

D. H. Lawrence

El Amante De
Lady Chatterley

E LEJANDRIA

D. H. Lawrence

El Amante De
Lady Chatterley

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL AMANTE DE LADY CHATTERLEY

D. H. LAWRENCE

**PUBLICADO: 1928
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I

La nuestra es, en esencia, una era trágica, así que nos negamos a tomarla trágicamente. El cataclismo ha ocurrido, estamos entre las ruinas, empezamos a construir nuevos y pequeños hábitats, a tener nuevas y pequeñas esperanzas. Es un trabajo bastante arduo: ya no hay un camino llano hacia el futuro, pero rodeamos o trepamos por encima de los obstáculos. Tenemos que vivir, sin importar cuántos cielos se hayan desplomado.

Esta era, más o menos, la situación de Constance Chatterley. La guerra había derribado el techo sobre su cabeza. Y se había dado cuenta de que uno debe vivir y aprender.

Se casó con Clifford Chatterley en 1917, cuando él estaba en casa con un permiso de un mes. Tuvieron un mes de luna de miel. Luego él regresó a Flandes, para ser enviado de vuelta a Inglaterra seis meses después, más o menos hecho pedazos. Constance, su esposa, tenía entonces veintitrés años, y él veintinueve.

Su aferramiento a la vida era maravilloso. No murió, y los pedazos parecieron volver a unirse. Durante dos años permaneció en manos de los médicos. Luego fue declarado curado y pudo volver a la vida, con la mitad inferior de su cuerpo, de las caderas para abajo, paralizada para siempre.

Esto fue en 1920. Regresaron, Clifford y Constance, a su hogar, Wragby Hall, el «asiento» familiar. Su padre había muerto, Clifford era ahora baronet, Sir Clifford, y Constance era Lady Chatterley. Vinieron a iniciar la vida doméstica y matrimonial en el hogar bastante desolado de los Chatterley con unos ingresos más bien insuficientes. Clifford tenía una hermana,

pero se había marchado. Aparte de ella, no había parientes cercanos. El hermano mayor había muerto en la guerra. Tullido para siempre, sabiendo que nunca podría tener hijos, Clifford regresó a las humeantes Midlands para mantener vivo el nombre de los Chatterley mientras pudiera.

No estaba realmente abatido. Podía desplazarse en una silla de ruedas y tenía un sillón de inválido con un pequeño motor acoplado, de modo que podía conducirse lentamente por el jardín y adentrarse en el hermoso y melancólico parque, del que en realidad estaba tan orgulloso, aunque fingiera tomarlo a la ligera.

Habiendo sufrido tanto, la capacidad de sufrir lo había abandonado en cierta medida. Permanecía extraño, brillante y alegre, casi, podría decirse, vivaracho, con su rostro sonrosado y de aspecto saludable, y sus ojos de un azul pálido, desafiantes y brillantes. Sus hombros eran anchos y fuertes, sus manos muy fuertes. Vestía con elegancia y llevaba hermosas corbatas de Bond Street. Sin embargo, en su rostro aún se advertía la mirada vigilante, el ligero vacío de un tullido.

Había estado tan cerca de perder la vida que lo que le quedaba le resultaba maravillosamente precioso. Era evidente en el brillo ansioso de sus ojos cuán orgulloso estaba, después del gran trauma, de estar vivo. Pero había sufrido tanto daño que algo en su interior había perecido, algunos de sus sentimientos se habían desvanecido. Había un vacío de insensibilidad.

Constance, su esposa, era una muchacha sonrosada y de aspecto campestre, de suave cabello castaño y cuerpo robusto, y de movimientos lentos, llena de una energía inusual. Tenía ojos grandes y asombrados, y una voz suave y apacible, y parecía recién llegada de su pueblo natal. No era así en absoluto. Su padre era el otrora conocido académico de la Real Academia, el viejo Sir Malcolm Reid. Su madre había sido una de las cultas fabianas en los días de gloria, un tanto prerrafaelitas. Entre artistas y socialistas cultivados, Constance y su hermana Hilda tuvieron lo que podría llamarse una educación estéticamente poco convencional. Las habían llevado a París, Florencia y Roma para que respiraran arte, y también las habían llevado en la otra dirección, a La Haya y a Berlín, a grandes convenciones socialistas, donde los oradores hablaban en todas las lenguas civilizadas y nadie se sentía intimidado.

Las dos hermanas, por lo tanto, desde una edad temprana no se sintieron en lo más mínimo amedrentadas ni por el arte ni por la política idealista. Era su atmósfera natural. Eran a la vez cosmopolitas y provincianas, con ese provincianismo cosmopolita del arte que va de la mano de los ideales sociales puros.

Las habían enviado a Dresde a los quince años, para estudiar música, entre otras cosas. Y allí lo habían pasado bien. Vivían libremente entre los estudiantes, discutían con los hombres sobre asuntos filosóficos, sociológicos y artísticos, eran tan buenas como los hombres mismos; solo que mejores, por ser mujeres. Y se iban de excursión a los bosques con jóvenes robustos que llevaban guitarras, ¡trang, trang! Cantaban las canciones de los Wander-vogel y eran libres. ¡Libres! Esa era la gran palabra. En el mundo abierto, en los bosques de la mañana, con mozos lozanos y de espléndidas gargantas, libres de hacer lo que quisieran y, sobre todo, de decir lo que quisieran. Era la conversación lo que importaba supremamente: el apasionado intercambio de palabras. El amor era solo un acompañamiento menor.

Tanto Hilda como Constance habían tenido sus tentativas aventuras amorosas para cuando cumplieron los dieciocho. Los jóvenes con los que hablaban con tanta pasión y cantaban con tanto brío y acampaban bajo los árboles con tal libertad querían, por supuesto, la conexión amorosa. Las chicas dudaban, pero es que se hablaba tanto del asunto, se suponía que era tan importante. Y los hombres eran tan humildes y suplicantes. ¿Por qué no podía una chica ser majestuosa y entregar el don de sí misma?

Así que habían entregado el don de sí mismas, cada una al joven con quien mantenía las discusiones más sutiles e íntimas. Las discusiones, los debates eran lo principal; el hacer el amor y la conexión eran solo una especie de reversión primitiva y un poco un anticlímax. Después una estaba menos enamorada del chico, y un poco inclinada a odiarlo, como si hubiera invadido la privacidad y la libertad interior de una. Porque, por supuesto, siendo una chica, toda la dignidad y el sentido de la vida consistían en el logro de una libertad absoluta, perfecta, pura y noble. ¿Qué otro significado tenía la vida de una chica? Sacudirse las viejas y sórdidas conexiones y sometimientos.

Y por mucho que se sentimentalizara, este asunto del sexo era una de las conexiones y sometimientos más antiguos y sórdidos. Los poetas que lo

glorificaban eran en su mayoría hombres. Las mujeres siempre habían sabido que había algo mejor, algo más elevado. Y ahora lo sabían con más certeza que nunca. La hermosa y pura libertad de una mujer era infinitamente más maravillosa que cualquier amor sexual. Lo único desafortunado era que los hombres se quedaban tan atrás de las mujeres en este asunto. Insistían en lo del sexo como perros.

Y una mujer tenía que ceder. Un hombre era como un niño con sus apetitos. Una mujer tenía que darle lo que quería, o como un niño probablemente se pondría desagradable, se marcharía enfurruñado y estropearía lo que era una conexión muy placentera. Pero una mujer podía ceder a un hombre sin ceder su yo interior y libre. Eso los poetas y los que hablaban de sexo no parecían haberlo tenido suficientemente en cuenta. Una mujer podía tomar a un hombre sin entregarse realmente. Ciertamente podía tomarlo sin entregarse a su poder. Más bien, podía usar este asunto del sexo para tener poder sobre él. Pues solo tenía que contenerse en el acto sexual, dejar que él terminara y se vaciara sin que ella llegara al clímax; y entonces podía prolongar la conexión y alcanzar su orgasmo y su clímax mientras él era meramente su herramienta.

Ambas hermanas habían tenido su experiencia amorosa para cuando llegó la guerra y fueron enviadas a casa a toda prisa. Ninguna se enamoró nunca de un joven a menos que él y ella estuvieran verbalmente muy cerca; es decir, a menos que estuvieran profundamente interesados, **HABLANDO** el uno con el otro. La emoción asombrosa, profunda, increíble que había en hablar apasionadamente con algún joven realmente inteligente durante horas, reanudándolo día tras día durante meses... ¡esto nunca lo habían comprendido hasta que sucedió! La promesa paradisíaca: ¡Tendrás hombres con quienes hablar! — nunca se había pronunciado. Se cumplió antes de que supieran qué promesa era.

Y si después de la excitada intimidad de estas discusiones vívidas e iluminadoras para el alma, el asunto del sexo se volvía más o menos inevitable, pues que así fuera. Marcaba el final de un capítulo. También tenía su propia emoción: una extraña emoción vibrante dentro del cuerpo, un espasmo final de autoafirmación, como la última palabra, excitante, y muy parecido a la fila de asteriscos que se puede poner para indicar el final de un párrafo y una ruptura en el tema.

Cuando las chicas volvieron a casa para las vacaciones de verano de 1913, cuando Hilda tenía veinte años y Connie dieciocho, su padre pudo ver claramente que habían tenido la experiencia del amor.

L'amour avait passé par là, como dice alguien. Pero él mismo era un hombre de experiencia y dejó que la vida siguiera su curso. En cuanto a la madre, una inválida nerviosa en los últimos meses de su vida, solo quería que sus hijas fueran «libres» y que «se realizaran». Ella misma nunca había podido ser del todo ella misma; se le había negado. Sabe Dios por qué, pues era una mujer que tenía sus propios ingresos y hacía su voluntad. Culpaba a su marido. Pero, en realidad, era una vieja impronta de autoridad en su propia mente o alma de la que no podía deshacerse. No tenía nada que ver con Sir Malcolm, quien dejaba que su esposa, nerviosamente hostil y de gran carácter, manejara sus propios asuntos, mientras él seguía su propio camino.

Así que las chicas eran «libres», y volvieron a Dresde, a su música, a la universidad y a los jóvenes. Amaban a sus respectivos jóvenes, y sus respectivos jóvenes las amaban con toda la pasión de la atracción mental. Todas las cosas maravillosas que los jóvenes pensaban, expresaban y escribían, las pensaban, expresaban y escribían para las jóvenes. El joven de Connie era músico, el de Hilda era técnico. Pero simplemente vivían para sus jóvenes. En sus mentes y en sus excitaciones mentales, eso es. En algún otro lugar se sentían un poco rechazados, aunque no lo sabían.

Era obvio en ellos también que el amor los había atravesado; es decir, la experiencia física. Es curioso qué transmutación sutil pero inconfundible produce, tanto en el cuerpo de los hombres como en el de las mujeres: la mujer más lozana, más sutilmente redondeada, sus angulosidades juveniles suavizadas, y su expresión ya sea ansiosa o triunfante; el hombre mucho más tranquilo, más introvertido, las formas mismas de sus hombros y sus nalgas menos asertivas, más vacilantes.

En la emoción sexual real dentro del cuerpo, las hermanas casi sucumbían al extraño poder masculino. Pero rápidamente se recuperaban, tomaban la emoción sexual como una sensación y permanecían libres. Mientras que los hombres, en gratitud a las mujeres por la experiencia sexual, entregaban sus almas a ellas. Y después parecían como si hubieran perdido un chelín y encontrado seis peniques. El hombre de Connie podía ser un poco huraño, y

el de Hilda un poco burlón. ¡Pero así son los hombres! Ingratos y nunca satisfechos. Cuando no los tienes, te odian porque no quieres; y cuando los tienes, te odian de nuevo, por alguna otra razón. O sin razón alguna, excepto que son niños descontentos y no pueden ser satisfechos con nada de lo que obtengan, haga lo que haga una mujer.

Sin embargo, llegó la guerra, Hilda y Connie fueron enviadas de vuelta a casa a toda prisa, después de haber estado ya en casa en mayo, para el funeral de su madre. Antes de la Navidad de 1914, sus dos jóvenes alemanes habían muerto; entonces las hermanas lloraron y amaron a los jóvenes apasionadamente, pero por debajo los olvidaron. Ya no existían.

Ambas hermanas vivían en la casa de su padre, en realidad de su madre, en Kensington, y se mezclaban con el joven grupo de Cambridge, el grupo que representaba la «libertad» y los pantalones de franela, y las camisas de franela abiertas en el cuello, y una especie de anarquía emocional de buena cuna, y una voz susurrante y murmurante, y una manera ultrasensible. Hilda, sin embargo, se casó de repente con un hombre diez años mayor que ella, un miembro de más edad del mismo grupo de Cambridge, un hombre con una buena cantidad de dinero y un cómodo puesto familiar en el gobierno; también escribía ensayos filosóficos. Vivía con él en una casa no muy grande en Westminster, y se movía en esa buena sociedad de gente del gobierno que no son de los más altos cargos, pero que son, o serían, el verdadero poder inteligente de la nación: gente que sabe de lo que habla, o que habla como si lo supiera.

Connie realizaba una forma leve de trabajo de guerra y se relacionaba con los intransigentes de Cambridge de pantalones de franela, que se burlaban suavemente de todo, hasta entonces. Su «amigo» era un tal Clifford Chatterley, un joven de veintidós años que había regresado apresuradamente de Bonn, donde estudiaba los aspectos técnicos de la minería del carbón. Anteriormente había pasado dos años en Cambridge. Ahora se había convertido en teniente primero en un regimiento elegante, por lo que podía burlarse de todo con más propiedad en uniforme.

Clifford Chatterley era de una clase más alta que Connie. Connie pertenecía a la intelectualidad acomodada, pero él era de la aristocracia. No de la más alta, pero aun así lo era. Su padre era baronet, y su madre había sido hija de un vizconde.

Pero Clifford, aunque de mejor cuna que Connie y más «de sociedad», era a su manera más provinciano y más tímido. Se sentía a gusto en el estrecho «gran mundo», es decir, la sociedad de la aristocracia terrateniente, pero era tímido y nervioso ante todo ese otro gran mundo que consiste en las vastas hordas de las clases media y baja, y los extranjeros. Si hay que decir la verdad, le tenía un poco de miedo a la humanidad de clase media y baja, y a los extranjeros que no eran de su clase. Era, de una manera paralizante, consciente de su propia indefensión, aunque tenía toda la defensa del privilegio. Lo cual es curioso, pero un fenómeno de nuestros días.

Por lo tanto, la peculiar y suave seguridad de una chica como Constance Reid lo fascinaba. Ella era mucho más dueña de sí misma en ese mundo exterior del caos de lo que él era dueño de sí mismo.

Sin embargo, él también era un rebelde: rebelándose incluso contra su clase. O quizás rebelde sea una palabra demasiado fuerte; demasiado fuerte con creces. Solo estaba atrapado en el retroceso general y popular de los jóvenes contra las convenciones y contra cualquier tipo de autoridad real. Los padres eran ridículos: el suyo, obstinado, supremamente ridículo. Y los gobiernos eran ridículos: el nuestro, del tipo «esperar y ver», especialmente ridículo. Y los ejércitos eran ridículos, y los viejos generales tontos del todo, el Kitchener de cara roja supremamente. Incluso la guerra era ridícula, aunque matara a bastante gente.

De hecho, todo era un poco ridículo, o muy ridículo: ciertamente, todo lo relacionado con la autoridad, ya fuera en el ejército, el gobierno o las universidades, era ridículo hasta el extremo. Y en la medida en que la clase gobernante pretendía gobernar, también eran ridículos. Sir Geoffrey, el padre de Clifford, era intensamente ridículo, talando sus árboles y sacando hombres de su mina para meterlos en la guerra; y él mismo tan seguro y patriótico; pero también, gastando más dinero en su país del que tenía.

Cuando la señorita Chatterley —Emma— bajó a Londres desde las Midlands para hacer algún trabajo de enfermería, se mostró muy ingeniosa de una manera discreta sobre Sir Geoffrey y su decidido patriotismo. Herbert, el hermano mayor y heredero, se rio a carcajadas, aunque eran sus árboles los que estaban cayendo para puntales de trinchera. Pero Clifford solo sonrió con un poco de incomodidad. Todo era ridículo, muy cierto. Pero cuando se acercaba demasiado y uno mismo se volvía ridículo también... Al

menos la gente de una clase diferente, como Connie, se tomaba algo en serio. Creían en algo.

Se tomaban bastante en serio a los soldados rasos, y la amenaza del servicio militar obligatorio, y la escasez de azúcar y caramelos para los niños. En todas estas cosas, por supuesto, las autoridades tenían una culpa ridícula. Pero Clifford no podía tomárselo a pecho. Para él, las autoridades eran ridículas ab ovo, no por los caramelos o los soldados.

Y las autoridades se sentían ridículas, y se comportaban de una manera bastante ridícula, y todo fue como la merienda de locos del sombrerero por un tiempo. Hasta que las cosas se desarrollaron por allá, y Lloyd George vino a salvar la situación por aquí. Y esto superó incluso el ridículo, los jóvenes frívolos ya no rieron más.

En 1916 Herbert Chatterley fue asesinado, así que Clifford se convirtió en el heredero. Estaba aterrorizado incluso de esto. Su importancia como hijo de Sir Geoffrey y vástago de Wragby estaba tan arraigada en él que nunca podría escapar de ella. Y sin embargo, sabía que esto también, a los ojos del vasto y bullente mundo, era ridículo. Ahora era el heredero y responsable de Wragby. ¿No era eso terrible? Y también espléndido al mismo tiempo, ¿quizás, puramente absurdo?

Sir Geoffrey no quería saber nada de absurdos. Estaba pálido y tenso, retraído en sí mismo, y obstinadamente decidido a salvar a su país y su propia posición, fuera Lloyd George o quienquiera que fuese. Estaba tan aislado, tan divorciado de la Inglaterra que era realmente Inglaterra, tan absolutamente incapaz, que incluso pensaba bien de Horatio Bottomley. Sir Geoffrey representaba a Inglaterra y a Lloyd George como sus antepasados habían representado a Inglaterra y a San Jorge; y nunca supo que había una diferencia. Así que Sir Geoffrey talaba madera y representaba a Lloyd George e Inglaterra, Inglaterra y Lloyd George.

Y quería que Clifford se casara y produjera un heredero. Clifford sentía que su padre era un anacronismo sin remedio. Pero ¿en qué estaba él mismo más avanzado, excepto en una dolorosa conciencia de lo ridículo de todo, y de lo supremamente ridículo de su propia posición? Porque, de grado o por fuerza, se tomaba su título de baronet y Wragby con la máxima seriedad.

La alegre excitación se había esfumado de la guerra... muerta. Demasiada muerte y horror. Un hombre necesitaba apoyo y consuelo. Un hombre necesitaba tener un ancla en el mundo seguro. Un hombre necesitaba una esposa.

Los Chatterley, dos hermanos y una hermana, habían vivido curiosamente aislados, encerrados entre sí en Wragby, a pesar de todas sus conexiones. Un sentido de aislamiento intensificaba el lazo familiar, un sentido de la debilidad de su posición, un sentido de indefensión, a pesar de, o debido al título y la tierra. Estaban aislados de esas Midlands industriales en las que pasaban sus vidas. Y estaban aislados de su propia clase por la naturaleza cavilosa, obstinada y encerrada de Sir Geoffrey, su padre, a quien ridiculizaban, pero por quien eran tan sensibles.

Los tres habían dicho que siempre vivirían juntos. Pero ahora Herbert había muerto, y Sir Geoffrey quería que Clifford se casara. Sir Geoffrey apenas lo mencionaba: hablaba muy poco. Pero su insistencia silenciosa y cavilosa en que así fuera era difícil de soportar para Clifford.

¡Pero Emma dijo que no! Era diez años mayor que Clifford, y sentía que su matrimonio sería una deserción y una traición a lo que los jóvenes de la familia habían representado.

Clifford se casó con Connie, no obstante, y tuvo su mes de luna de miel con ella. Era el terrible año de 1917, y eran íntimos como dos personas que están juntas en un barco que se hunde. Él había sido virgen cuando se casó; y la parte sexual no significaba mucho para él. Estaban tan unidos, él y ella, aparte de eso. Y Connie se regocijaba un poco en esta intimidad que estaba más allá del sexo, y más allá de la «satisfacción» de un hombre. Clifford, de todos modos, no estaba especialmente interesado en su «satisfacción», como parecían estarlo tantos hombres. No, la intimidad era más profunda, más personal que eso. Y el sexo era meramente un accidente, o un adjunto: uno de los curiosos procesos orgánicos, obsoletos, que persistían en su propia torpeza, pero que no era realmente necesario. Aunque Connie sí quería tener hijos; aunque solo fuera para fortalecerse contra su cuñada Emma.

Pero a principios de 1918, Clifford fue enviado a casa destrozado, y no hubo ningún hijo. Y Sir Geoffrey murió de disgusto.

CAPÍTULO II

Connie y Clifford volvieron a Wragby en el otoño de 1920. La señorita Chatterley, todavía disgustada por la defección de su hermano, se había marchado y vivía en un pequeño apartamento en Londres.

Wragby era una casa antigua, larga y baja, de piedra marrón, cuya construcción se inició a mediados del siglo XVIII y a la que se le fueron añadiendo partes hasta convertirla en un laberinto de lugar sin mucha distinción. Se alzaba en una eminencia en un parque antiguo y bastante hermoso de robles, pero, por desgracia, se podía ver en la corta distancia la chimenea del pozo de Tevershall, con sus nubes de vapor y humo, y en la húmeda y neblinosa lejanía de la colina, el desordenado caserío del pueblo de Tevershall, un pueblo que comenzaba casi a las puertas del parque y se extendía en una fealdad utterly sin esperanza a lo largo de una milla larga y espantosa: casas, hileras de casas de ladrillo miserables, pequeñas, tiznadas, con tejados de pizarra negra por tapas, ángulos agudos y una deliberada y desoladora monotonía.

Connie estaba acostumbrada a Kensington o a las colinas de Escocia o a las llanuras de Sussex: esa era su Inglaterra. Con el estoicismo de la juventud, asimiló de un vistazo la absoluta y desalmada fealdad de las Midlands del carbón y el hierro, y la dejó como estaba: increíble e indigna de ser pensada. Desde las habitaciones más bien lúgubres de Wragby oía el traqueteo de las cribas del pozo, el resoplido de la máquina de extracción, el tintineo de los vagones en las maniobras y el silbido ronco de las locomotoras de la mina. La escombrera del pozo de Tevershall estaba ardiendo, había estado ardiendo durante años, y costaría miles de libras apagarla. Así que tenía

que arder. Y cuando el viento soplaba en esa dirección, lo que ocurría a menudo, la casa se llenaba del hedor de esta combustión sulfurosa de los excrementos de la tierra. Pero incluso en los días sin viento, el aire siempre olía a algo subterráneo: azufre, hierro, carbón o ácido. E incluso sobre las rosas de Navidad, el hollín se depositaba persistentemente, increíble, como un maná negro de cielos funestos.

Bueno, ¡ahí estaba: un destino como el resto de las cosas! Era bastante horrible, pero ¿para qué protestar? No podías quitarlo a patadas. Simplemente seguía. ¡La vida, como todo lo demás! En el bajo y oscuro techo de nubes por la noche, manchas rojas ardían y temblaban, moteando, hinchándose y contrayéndose, como quemaduras que causan dolor. Eran los hornos. Al principio fascinaron a Connie con una especie de horror; sentía que vivía bajo tierra. Luego se acostumbró. Y por la mañana llovía.

Clifford profesaba preferir Wragby a Londres. Este campo tenía una voluntad sombría propia, y la gente tenía agallas. Connie se preguntaba qué más tenían: ciertamente ni ojos ni mente. La gente era tan demacrada, informe y lúgubre como el paisaje, y tan poco amigable. Solo había algo en su arrastrar gutural del dialecto, y el restregar de sus botas de minero con clavos mientras volvían a casa en cuadrillas por el asfalto desde el trabajo, que era terrible y un poco misterioso.

No había habido bienvenida a casa para el joven señor, ni festividades, ni delegación, ni siquiera una sola flor. Solo un viaje húmedo en un automóvil por un camino oscuro y húmedo, abriéndose paso entre árboles sombríos, hasta la ladera del parque donde pacían ovejas grises y húmedas, hasta la loma donde la casa extendía su oscura fachada marrón, y el ama de llaves y su esposo rondaban, como inquilinos inseguros sobre la faz de la tierra, listos para balbucear una bienvenida.

No había comunicación entre Wragby Hall y el pueblo de Tevershall, ninguna. Nadie se quitaba la gorra, nadie hacía reverencias. Los mineros simplemente miraban; los comerciantes se quitaban el sombrero ante Connie como ante una conocida y saludaban con torpeza a Clifford; eso era todo. Un abismo infranqueable y una especie de resentimiento silencioso por ambas partes. Al principio, Connie sufría por el constante goteo de resentimiento que venía del pueblo. Luego se endureció ante él, y se convirtió en una especie de tónico, algo a lo que había que estar a la altura. No era

que ella y Clifford fueran impopulares, simplemente pertenecían a una especie completamente diferente a la de los mineros. Un abismo infranqueable, una brecha indescriptible, como quizás no existe al sur del Trent. Pero en las Midlands y en el norte industrial, un abismo infranqueable, a través del cual ninguna comunicación podía tener lugar. ¡Tú a tu lado, yo al mío! Una extraña negación del pulso común de la humanidad.

Sin embargo, el pueblo simpatizaba con Clifford y Connie en abstracto. En persona era un —¡Déjame en paz!— por ambas partes.

El rector era un hombre agradable de unos sesenta años, lleno de su deber, y reducido, personalmente, casi a una nulidad por el silencioso —¡Déjame en paz!— del pueblo. Las esposas de los mineros eran casi todas metodistas. Los mineros no eran nada. Pero incluso un uniforme tan oficial como el que llevaba el clérigo era suficiente para oscurecer por completo el hecho de que era un hombre como cualquier otro. No, era el señor Ashby, una especie de artilugio automático de predicación y oración.

Este obstinado e instintivo —¡Nos consideramos tan buenos como usted, aunque sea Lady Chatterley!— desconcertó y confundió a Connie al principio en extremo. La curiosa, sospechosa y falsa amabilidad con la que las esposas de los mineros respondían a sus insinuaciones; el matiz curiosamente ofensivo de —¡Vaya, vaya! ¡Ahora soy alguien, con Lady Chatterley hablándome! ¡Pero que no piense que no soy tan buena como ella por eso!— que siempre oía vibrar en las voces medio serviles de las mujeres, era imposible. No había forma de superarlo. Era desesperada y ofensivamente inconformista.

Clifford los dejaba en paz, y ella aprendió a hacer lo mismo: simplemente pasaba sin mirarlos, y ellos la miraban como si fuera una figura de cera andante. Cuando tenía que tratar con ellos, Clifford era bastante altivo y despectivo; ya no se podía permitir ser amigable. De hecho, era en general bastante soberbio y despectivo con cualquiera que no fuera de su clase. Se mantenía firme, sin ningún intento de conciliación. Y no era ni querido ni odiado por la gente: era solo parte de las cosas, como la escombrera y el propio Wragby.

Pero Clifford era en realidad extremadamente tímido y cohibido ahora que estaba tullido. Odiaba ver a cualquiera excepto a los sirvientes personales. Porque tenía que sentarse en una silla de ruedas o en una especie de

sillón de inválido. Sin embargo, iba tan cuidadosamente vestido como siempre, por sus costosos sastres, y llevaba las cuidadas corbatas de Bond Street como antes, y de cintura para arriba parecía tan elegante e impresionante como siempre. Nunca había sido uno de los jóvenes modernos y afeminados: más bien bucólico incluso, con su rostro sonrosado y sus anchos hombros. Pero su voz muy baja y vacilante, y sus ojos, al mismo tiempo audaces y asustados, seguros e inciertos, revelaban su naturaleza. Su manera era a menudo ofensivamente soberbia, y luego de nuevo modesta y retraída, casi trémula.

Connie y él estaban unidos el uno al otro, a la manera distante y moderna. Él estaba demasiado herido en su interior, el gran trauma de su mutilación, para ser despreocupado y frívolo. Era un ser herido. Y como tal, Connie se aferraba a él apasionadamente.

Pero no podía evitar sentir cuán poca conexión tenía realmente con la gente. Los mineros eran, en cierto sentido, sus propios hombres; pero los veía como objetos más que como hombres, partes de la mina más que partes de la vida, fenómenos crudos y en bruto más que seres humanos junto a él. De alguna manera les tenía miedo, no podía soportar que lo miraran ahora que estaba tullido. Y su extraña y cruda vida le parecía tan antinatural como la de los erizos.

Estaba remotamente interesado; pero como un hombre que mira por un microscopio, o por un telescopio. No estaba en contacto. No estaba en contacto real con nadie, salvo, tradicionalmente, con Wragby, y, a través del estrecho vínculo de la defensa familiar, con Emma. Más allá de esto, nada lo tocaba realmente. Connie sentía que ella misma no lo tocaba realmente, no de verdad; quizás no había nada a lo que llegar en última instancia; solo una negación del contacto humano.

Sin embargo, dependía absolutamente de ella, la necesitaba a cada momento. Grande y fuerte como era, estaba desamparado. Podía desplazarse en una silla de ruedas, y tenía una especie de sillón de inválido con un motor acoplado, en el que podía moverse lentamente por el parque. Pero solo era como una cosa perdida. Necesitaba que Connie estuviera allí, para asegurarle que existía.

Aun así, era ambicioso. Había empezado a escribir relatos; relatos curiosos, muy personales, sobre gente que había conocido. Inteligentes, bas-

tante maliciosos y, sin embargo, de un modo misterioso, carentes de sentido. La observación era extraordinaria y peculiar. Pero no había tacto, ningún contacto real. Era como si todo sucediera en el vacío. Y como el campo de la vida es hoy en gran parte un escenario iluminado artificialmente, los relatos eran curiosamente fieles a la vida moderna, a la psicología moderna, se entiende.

Clifford era casi morbosamente sensible con estos relatos. Quería que todo el mundo los considerara buenos, de lo mejor, ne plus ultra. Aparecían en las revistas más modernas, y eran elogiados y criticados como de costumbre. Pero para Clifford, la crítica era una tortura, como cuchillos que lo agujoneaban. Era como si todo su ser estuviera en sus relatos.

Connie lo ayudaba todo lo que podía. Al principio estaba emocionada. Él lo discutía todo con ella de manera monótona, insistente, persistente, y ella tenía que responder con todas sus fuerzas. Era como si toda su alma, su cuerpo y su sexo tuvieran que despertarse y pasar a estos relatos suyos. Esto la emocionaba y la absorbía.

De vida física vivían muy poco. Tenía que supervisar la casa. Pero el ama de llaves había servido a Sir Geoffrey durante muchos años, y la mujer seca, de edad avanzada y superlativamente correcta... apenas se la podía llamar doncella, ni siquiera mujer... que servía en la mesa, había estado en la casa durante cuarenta años. Incluso las criadas ya no eran jóvenes. ¡Era horrible! ¿Qué se podía hacer con un lugar así, sino dejarlo en paz? ¡Todas esas habitaciones interminables que nadie usaba, toda la rutina de las Midlands, la limpieza mecánica y el orden mecánico! Clifford había insistido en una nueva cocinera, una mujer experimentada que lo había servido en sus habitaciones de Londres. Por lo demás, el lugar parecía regido por una anarquía mecánica. Todo funcionaba en bastante buen orden, estricta limpieza y estricta puntualidad; incluso una honestidad bastante estricta. Y sin embargo, para Connie, era una anarquía metódica. Ninguna calidez de sentimiento lo unía orgánicamente. La casa parecía tan lúgubre como una calle en desuso.

¿Qué podía hacer sino dejarla en paz...? Así que la dejó en paz. La señorita Chatterley venía a veces, con su rostro aristocrático y delgado, y triunfaba al no encontrar nada alterado. Nunca le perdonaría a Connie haberla desbancado de su unión en conciencia con su hermano. Era ella,

Emma, quien debería estar produciendo los relatos, estos libros, con él; los relatos de los Chatterley, algo nuevo en el mundo, que ellos, los Chatterley, habían puesto allí. No había otro estándar. No había ninguna conexión orgánica con el pensamiento y la expresión que habían existido antes. Solo algo nuevo en el mundo: los libros de los Chatterley, enteramente personales.

El padre de Connie, cuando hizo una visita relámpago a Wragby, le dijo en privado a su hija:

—En cuanto a lo que escribe Clifford, es ingenioso, pero no tiene nada dentro. ¡No durará!...

Connie miró al corpulento caballero escocés que se había dado la buena vida, y sus ojos, sus grandes y aún asombrados ojos azules, se volvieron vagos. ¡Nada dentro! ¿Qué quería decir con nada dentro? Si los críticos lo elogiaban, y el nombre de Clifford era casi famoso, e incluso daba dinero... ¿qué quería decir su padre con que no había nada en la escritura de Clifford? ¿Qué más podía haber?

Porque Connie había adoptado el estándar de los jóvenes: lo que había en el momento lo era todo. Y los momentos se sucedían unos a otros sin pertenecer necesariamente el uno al otro.

Fue en su segundo invierno en Wragby cuando su padre le dijo:

—Espero, Connie, que no dejes que las circunstancias te obliguen a ser una demi-vierge.

—¿Una demi-vierge? —respondió Connie vagamente—. ¿Por qué? ¿Por qué no?

—¡A menos que te guste, por supuesto! —dijo su padre apresuradamente.

A Clifford le dijo lo mismo, cuando los dos hombres estaban solos:

—Me temo que a Connie no le sienta muy bien ser una demi-vierge.

—¡Una medio virgen! —replicó Clifford, traduciendo la frase para asegurarse.

Pensó un momento, luego se sonrojó intensamente. Estaba enfadado y ofendido.

—¿En qué sentido no le sienta bien? —preguntó con rigidez.

—Se está quedando delgada... angulosa. No es su estilo. No es el tipo de chica delgaducha como una sardina, es una robusta trucha escocesa.

—¡Sin las manchas, por supuesto! —dijo Clifford.

Quería decirle algo a Connie más tarde sobre el asunto de la demi-vierge... el estado de medio virgen de sus asuntos. Pero no se atrevió a hacerlo. Era a la vez demasiado íntimo con ella y no lo suficiente. Estaba tan unido a ella, en su mente y en la de ella, pero corporalmente eran inexistentes el uno para el otro, y ninguno podía soportar sacar a relucir el corpus delicti. Eran tan íntimos, y estaban completamente fuera de contacto.

Connie adivinó, sin embargo, que su padre había dicho algo, y que algo rondaba la mente de Clifford. Sabía que a él no le importaba si ella era demi-vierge o demi-monde, siempre y cuando no lo supiera con certeza y no se viera obligado a verlo. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Connie y Clifford llevaban ya casi dos años en Wragby, viviendo su vaga vida de absorción en Clifford y su trabajo. Sus intereses nunca habían dejado de confluir en su obra. Hablaban y luchaban en los dolores de la composición, y sentían como si algo estuviera sucediendo, sucediendo realmente, realmente en el vacío.

Y hasta ahora, eso era una vida: en el vacío. Por lo demás, era la no existencia. Wragby estaba allí, los sirvientes... pero espectrales, sin existir realmente. Connie salía a pasear por el parque y por los bosques que se unían al parque, y disfrutaba de la soledad y el misterio, pateaba las hojas marrones del otoño y recogía las primulas de la primavera. Pero todo era un sueño; o más bien era como el simulacro de la realidad. Las hojas de roble eran para ella como hojas de roble vistas agitarse en un espejo, ella misma era una figura sobre la que alguien había leído, recogiendo primulas que solo eran sombras o recuerdos, o palabras. Ninguna sustancia en ella ni en nada... ¡ningún tacto, ningún contacto! Solo esta vida con Clifford, este interminable tejer de redes de hilos, de las minucias de la conciencia, estos relatos de los que Sir Malcolm decía que no tenían nada dentro y que no durarían. ¿Por qué debería haber algo en ellos, por qué deberían durar? A cada día le basta su afán. A cada momento le basta la apariencia de realidad.

Clifford tenía bastantes amigos, conocidos en realidad, y los invitaba a Wragby. Invitaba a todo tipo de gente, críticos y escritores, gente que ayudaría a alabar sus libros. Y ellos se sentían halagados de ser invitados a Wragby, y lo alababan. Connie lo entendía todo perfectamente. Pero ¿por qué no? Este era uno de los patrones fugaces en el espejo. ¿Qué había de malo en ello?

Ella era la anfitriona de esta gente... en su mayoría hombres. También era anfitriona de los parientes aristocráticos ocasionales de Clifford. Siendo una chica suave, sonrosada y de aspecto campestre, con tendencia a las pecas, con grandes ojos azules y cabello castaño y rizado, y una voz suave, y lomos femeninos bastante fuertes, se la consideraba un poco anticuada y «femenina». No era una «sardina delgaducha», como un chico, con el pecho plano y las nalgas pequeñas de un chico. Era demasiado femenina para ser del todo elegante.

Así que los hombres, especialmente los que ya no eran jóvenes, eran muy amables con ella. Pero, sabiendo la tortura que el pobre Clifford sentiría a la menor señal de coqueteo por su parte, no les daba ningún estímulo en absoluto. Se mostraba tranquila y vaga, no tenía contacto con ellos y no tenía intención de tenerlo. Clifford estaba extraordinariamente orgulloso de sí mismo.

Sus parientes la trataban con bastante amabilidad. Ella sabía que la amabilidad indicaba una falta de miedo, y que esta gente no te respetaba a menos que pudieras asustarlos un poco. Pero de nuevo, no tenía contacto. Dejaba que fueran amables y desdeñosos, dejaba que sintieran que no tenían necesidad de desenvainar el acero. No tenía ninguna conexión real con ellos.

El tiempo pasaba. Sucieda lo que sucediera, no sucedía nada, porque estaba tan hermosamente fuera de contacto. Ella y Clifford vivían en sus ideas y en los libros de él. Recibía invitados... siempre había gente en la casa. El tiempo pasaba como lo hace el reloj, las ocho y media en lugar de las siete y media.

CAPÍTULO III

Connie era consciente, sin embargo, de una creciente inquietud. Desde su desconexión, una inquietud se apoderaba de ella como una locura. Le crispaba los miembros cuando no quería crispárselos. Le sacudía la columna cuando no quería erguirse de un tirón, sino que prefería descansar cómodamente. Le vibraba dentro del cuerpo, en su vientre, en alguna parte, hasta que sentía que debía saltar al agua y nadar para alejarse de ella; una inquieta locura. Le hacía latir el corazón violentamente sin motivo. Y estaba adelgazando.

Era solo inquietud. Salía corriendo a través del parque, abandonaba a Clifford y se tumbaba boca abajo entre los helechos. Para alejarse de la casa... debía alejarse de la casa y de todos. El bosque era su único refugio, su santuario.

Pero no era realmente un refugio, un santuario, porque no tenía ninguna conexión con él. Solo era un lugar donde podía alejarse del resto. Nunca llegó a tocar realmente el espíritu del bosque... si es que tenía algo tan absurdo.

Vagamente sabía que se estaba desmoronando de alguna manera. Vagamente sabía que estaba desconectada: había perdido el contacto con el mundo sustancial y vital. Solo Clifford y sus libros, que no existían... ¡que no tenían nada dentro! Del vacío al vacío. Vagamente lo sabía. Pero era como golpearse la cabeza contra una piedra.

Su padre volvió a advertirle:

—¿Por qué no te buscas un novio, Connie? Te haría todo el bien del mundo.

Aquel invierno, Michaelis vino por unos días. Era un joven irlandés que ya había hecho una gran fortuna con sus obras de teatro en América. Durante un tiempo había sido acogido con bastante entusiasmo por la alta sociedad de Londres, pues escribía obras de teatro sobre la alta sociedad. Luego, gradualmente, la alta sociedad se dio cuenta de que había sido puesta en ridículo a manos de una rata callejera de Dublín venida a menos, y llegó la repulsión. Michaelis era la última palabra en lo que a ser un canalla y un patán se refería. Se descubrió que era anti-inglés, y para la clase que hizo este descubrimiento, esto era peor que el crimen más sucio. Fue ignorado por completo, y su cadáver arrojado al cubo de la basura.

Sin embargo, Michaelis tenía su apartamento en Mayfair y paseaba por Bond Street con la imagen de un caballero, pues no se puede conseguir ni que los mejores sastres rechacen a sus clientes de baja estofa, cuando los clientes pagan.

Clifford invitaba al joven de treinta años en un momento poco propicio de la carrera de ese joven. Aun así, Clifford no dudó. Michaelis tenía el oído de unos cuantos millones de personas, probablemente; y, siendo un outsider sin remedio, sin duda estaría agradecido de ser invitado a Wragby en esta coyuntura, cuando el resto del mundo elegante le hacía el vacío. Al estar agradecido, sin duda le haría un «favor» a Clifford allá en América. ¡Prestigio! Un hombre obtiene mucho prestigio, sea lo que sea, si se habla de él de la manera correcta, especialmente «allá». Clifford era un hombre con futuro; y era notable el buen instinto publicitario que tenía. Al final, Michaelis lo trató muy noblemente en una obra de teatro, y Clifford se convirtió en una especie de héroe popular. Hasta la reacción, cuando descubrió que lo habían puesto en ridículo.

Connie se extrañaba un poco del ciego e imperioso instinto de Clifford por darse a conocer: conocido, es decir, por el vasto mundo amorfo que él mismo no conocía y del que sentía un incómodo temor; conocido como escritor, como un escritor moderno de primera clase. Connie sabía por el exitoso, viejo, cordial y fanfarrón de Sir Malcolm que los artistas se publicitaban y se esforzaban por vender sus productos. Pero su padre utilizaba canales ya establecidos, usados por todos los demás académicos que

vendían sus cuadros. En cambio, Clifford descubría nuevos canales de publicidad, de todo tipo. Tenía a todo tipo de gente en Wragby, sin rebajarse exactamente. Pero, decidido a construirse rápidamente un monumento de reputación, utilizaba cualquier escombros a mano en su fabricación.

Michaelis llegó puntualmente, en un coche muy elegante, con chófer y mayordomo. ¡Era absolutamente de Bond Street! Pero al verlo, algo en el alma campestre de Clifford retrocedió. No era exactamente... no exactamente... de hecho, no era en absoluto, bueno, lo que su apariencia pretendía dar a entender. Para Clifford esto era definitivo y suficiente. Sin embargo, fue muy educado con el hombre; con el asombroso éxito que había en él. La diosa-perra, como la llaman, del Éxito, merodeaba, gruñendo y protectora, alrededor de los talones medio humildes, medio desafiante de Michaelis, e intimidaba a Clifford por completo: pues él también quería prostituirse a la diosa-perra del Éxito, si tan solo ella lo aceptara.

Michaelis obviamente no era un inglés, a pesar de todos los sastres, sombrereros, barberos, zapateros del mejor barrio de Londres. No, no, obviamente no era un inglés: el tipo equivocado de rostro pálido, algo achatado, y de porte; y el tipo equivocado de agravio. Tenía un rencor y un agravio: eso era obvio para cualquier caballero inglés de pura cepa, que desdeñaría dejar que algo así apareciera de forma flagrante en su propio comportamiento. Al pobre Michaelis le habían dado muchas patadas, de modo que incluso ahora tenía un aire de llevar el rabo entre las piernas. Se había abierto camino por puro instinto y una desfachatez aún más pura hasta el escenario y el prosce- nio con sus obras. Había conquistado al público. Y había pensado que los días de recibir patadas habían terminado. Ay, no lo estaban... Nunca lo estarían. Porque él, en cierto sentido, pedía que le dieran patadas. Ansiaba estar donde no pertenecía... entre las clases altas inglesas. ¡Y cómo disfrutaban ellas de las diversas patadas que le propinaban! ¡Y cómo las odiaba él!

Sin embargo, viajaba con su mayordomo y su coche muy elegante, este chuchito de Dublín.

Había algo en él que a Connie le gustaba. No se daba aires; no se hacía ilusiones sobre sí mismo. Hablaba con Clifford de forma sensata, breve y práctica sobre todas las cosas que Clifford quería saber. No se explayaba ni se dejaba llevar. Sabía que lo habían invitado a Wragby para ser utilizado, y como un viejo, astuto, casi indiferente hombre de negocios, o un gran hom-

bre de negocios, se dejaba hacer preguntas, y respondía con el menor derroche de sentimientos posible.

— ¡El dinero! —dijo—. El dinero es una especie de instinto. Es una especie de propiedad de la naturaleza en un hombre hacer dinero. No es algo que hagas. No es ningún truco que juegues. Es una especie de accidente permanente de tu propia naturaleza; una vez que empiezas, haces dinero, y sigues; hasta cierto punto, supongo.

— Pero hay que empezar —dijo Clifford.

— ¡Oh, desde luego! Tienes que entrar. No puedes hacer nada si te mantienen fuera. Tienes que abrirte paso a la fuerza. Una vez que lo has hecho, no puedes evitarlo.

— Pero, ¿podrías haber hecho dinero de otra forma que no fuera con obras de teatro? —preguntó Clifford.

— ¡Oh, probablemente no! Puedo ser un buen escritor o uno malo, pero soy un escritor y un dramaturgo, y tengo que serlo. No hay duda de eso.

— ¿Y crees que tienes que ser un escritor de obras populares? —preguntó Connie.

— ¡Ahí está, exactamente! —dijo él, volviéndose hacia ella en un súbito destello—. ¡No hay nada en ello! No hay nada en la popularidad. No hay nada en el público, si a eso vamos. No hay nada realmente en mis obras que las haga populares. No es eso. Simplemente son, como el tiempo... del tipo que tiene que ser... por el momento.

Volvió sus ojos lentos, más bien grandes, que se habían ahogado en una desilusión tan insondable, hacia Connie, y ella tembló un poco. Parecía tan viejo... infinitamente viejo, construido con capas de desilusión, descendiendo en él generación tras generación, como estratos geológicos; y al mismo tiempo estaba desamparado como un niño. Un marginado, en cierto sentido; pero con la valentía desesperada de su existencia de rata.

— Al menos es maravilloso lo que has hecho a tu edad —dijo Clifford, contemplativo.

— Tengo treinta... sí, ¡tengo treinta! —dijo Michaelis, bruscamente y de repente, con una risa curiosa; hueca, triunfante y amarga.

—¿Y estás solo? —preguntó Connie.

—¿Qué quieres decir? ¿Si vivo solo? Tengo a mi criado. Es griego, o eso dice, y bastante incompetente. Pero lo conservo. Y voy a casarme. Oh, sí, debo casarme.

—Suenas como ir a que te quiten las amígdalas —rio Connie—. ¿Será un esfuerzo?

Él la miró con admiración.

—Bueno, Lady Chatterley, ¡de alguna manera lo será! Me doy cuenta... discúlpeme... me doy cuenta de que no puedo casarme con una inglesa, ni siquiera con una irlandesa...

—Prueba con una americana —dijo Clifford.

—¡Oh, una americana! —rio con una risa hueca—. No, le he pedido a mi criado que me encuentre una turca o algo así... algo más cercano a lo oriental.

Connie realmente se maravillaba de este espécimen extraño y melancólico de éxito extraordinario; se decía que tenía unos ingresos de cincuenta mil dólares solo de América. A veces era guapo: a veces, cuando miraba de soslayo, hacia abajo, y la luz incidía en él, tenía la belleza silenciosa y perdurable de una máscara negra de marfil tallado, con sus ojos más bien grandes, y las cejas fuertes y extrañamente arqueadas, la boca inmóvil y comprimida; esa inmovilidad momentánea pero revelada, una inmovilidad, una atemporalidad a la que aspira el Buda, y que los negros expresan a veces sin aspirar a ella; ¡algo viejo, viejo y aquiescente en la raza! Eones de aquiescencia en el destino de la raza, en lugar de nuestra resistencia individual. Y luego, un nadar a través, como ratas en un río oscuro. Connie sintió un repentino y extraño salto de simpatía por él, un salto mezclado con compasión, y teñido de repulsión, que casi equivalía al amor. ¡El marginado! ¡El outsider! ¡Y lo llamaban patán! ¡Cuánto más patán y arrogante parecía Clifford! ¡Cuánto más estúpido!

Michaelis supo al instante que le había causado una impresión. Volvió sus ojos grandes, de color avellana, ligeramente prominentes, hacia ella con una mirada de puro desapego. La estaba evaluando, y la magnitud de la impresión que había causado. Con los ingleses, nada podía salvarlo de ser el

eterno outsider, ni siquiera el amor. Sin embargo, a veces las mujeres se enamoraban de él... también las inglesas.

Sabía exactamente dónde estaba con Clifford. Eran dos perros extraños que habrían querido gruñirse el uno al otro, pero que en cambio sonreían, a la fuerza. Pero con la mujer no estaba tan seguro.

El desayuno se servía en los dormitorios; Clifford nunca aparecía antes del almuerzo, y el comedor era un poco lúgubre. Después del café, Michaelis, alma inquieta y que no hallaba acomodo, se preguntó qué haría. Era un hermoso día de noviembre... hermoso para Wragby. Contempló el melancólico parque. ¡Dios mío! ¡Qué lugar!

Envió a un sirviente a preguntar si podía ser de alguna utilidad para Lady Chatterley: pensaba ir en coche a Sheffield. La respuesta llegó: si le gustaría subir al salón de Lady Chatterley.

Connie tenía un salón en el tercer piso, el último piso de la parte central de la casa. Las habitaciones de Clifford estaban en la planta baja, por supuesto. Michaelis se sintió halagado de que lo invitaran al salón privado de Lady Chatterley. Siguió ciegamente al sirviente... nunca se fijaba en las cosas, ni tenía contacto con su entorno. En la habitación de ella, echó un vistazo vago a las finas reproducciones alemanas de Renoir y Cézanne.

—Se está muy a gusto aquí arriba —dijo, con su extraña sonrisa, como si le doliera sonreír, mostrando los dientes—. Es usted sabia al subir a lo más alto.

—Sí, eso creo —dijo ella.

Su habitación era la única alegre y moderna de la casa, el único lugar en Wragby donde su personalidad se revelaba en absoluto. Clifford nunca la había visto, y ella invitaba a muy poca gente a subir.

Ahora, ella y Michaelis se sentaron en lados opuestos del fuego y hablaron. Ella le preguntó sobre sí mismo, su madre y su padre, sus hermanos... las otras personas siempre eran una especie de maravilla para ella, y cuando su simpatía se despertaba, carecía por completo de sentimiento de clase. Michaelis habló con franqueza sobre sí mismo, con total franqueza, sin afectación, revelando simplemente su alma amarga, indiferente, de perro callejero, y luego mostrando un destello de orgullo vengativo en su éxito.

—Pero, ¿por qué eres un pájaro tan solitario? —le preguntó Connie; y de nuevo él la miró, con su mirada avellanada, grande y escrutadora.

—Algunos pájaros son así —respondió él. Luego, con un toque de ironía familiar—: pero, oye, ¿y tú? ¿No eres tú también una especie de pájaro solitario?

Connie, un poco sorprendida, lo pensó por unos momentos, y luego dijo:

—¡Solo en cierto modo! ¡No del todo, como tú!

—¿Soy yo del todo un pájaro solitario? —preguntó él, con su extraña mueca de sonrisa, como si tuviera dolor de muelas; era tan torcida, y sus ojos eran tan perfectamente e invariablemente melancólicos, o estoicos, o desilusionados, o asustados.

—¿Por qué? —dijo ella, un poco sin aliento, mientras lo miraba—. Lo eres, ¿verdad?

Sintió una terrible llamada que venía de él, que casi le hizo perder el equilibrio.

—¡Oh, tienes toda la razón! —dijo él, apartando la cabeza y mirando de soslayo, hacia abajo, con esa extraña inmovilidad de una raza antigua que apenas está aquí en nuestros días. Fue eso lo que realmente hizo que Connie perdiera su capacidad de verlo separado de sí misma.

La miró con esa mirada plena que lo veía todo, lo registraba todo. Al mismo tiempo, el niño que llora en la noche gritaba desde su pecho hacia ella de una manera que afectó a su propio vientre.

—Es terriblemente amable por tu parte pensar en mí —dijo lacónicamente.

—¿Por qué no debería pensar en ti? —exclamó ella, apenas con aliento para pronunciarlo.

Él soltó el siseo rápido y torcido de una risa.

—¡Oh, de esa manera!... ¿Puedo tomar tu mano por un minuto? —preguntó de repente, fijando sus ojos en ella con un poder casi hipnótico, y enviando una llamada que la afectó directamente en el vientre.

Ella lo miró, aturdida y paralizada, y él se acercó y se arrodilló a su lado, tomó los dos pies de ella entre sus manos y hundió el rostro en su regazo, permaneciendo inmóvil. Ella estaba completamente confusa y aturdida, mirando hacia abajo con una especie de asombro la nuca bastante tierna de él, sintiendo su rostro presionar sus muslos. En toda su ardiente consternación, no pudo evitar poner su mano, con ternura y compasión, sobre la indefensa nuca de él, y él tembló con un profundo estremecimiento.

Luego la miró con esa terrible llamada en sus ojos grandes y brillantes. Ella fue completamente incapaz de resistirse. De su pecho fluyó la respuesta, un anhelo inmenso por él; debía darle cualquier cosa, cualquier cosa.

Era un amante curioso y muy gentil, muy gentil con la mujer, temblando incontrolablemente, y sin embargo, al mismo tiempo, desapegado, consciente, consciente de cada sonido exterior.

Para ella no significó nada, excepto que se entregó a él. Y al final, él dejó de temblar y yació completamente quieto, completamente quieto. Entonces, con dedos confusos y compasivos, ella le acarició la cabeza, que descansaba sobre su pecho.

Cuando se levantó, le besó ambas manos, luego ambos pies, en sus zapatillas de ante, y en silencio se fue al otro extremo de la habitación, donde se quedó de espaldas a ella. Hubo silencio durante unos minutos. Luego se volvió y se acercó de nuevo a ella, que estaba sentada en su antiguo lugar junto al fuego.

—Y ahora, ¡supongo que me odiarás! —dijo de una manera tranquila e inevitable. Ella lo miró rápidamente.

—¿Por qué debería? —preguntó.

—La mayoría lo hacen —dijo él; luego se corrigió—. Quiero decir... se supone que una mujer debe hacerlo.

—Este es el último momento en que debería odiarte —dijo ella con resentimiento.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Así debería ser! Eres terriblemente buena conmigo... —exclamó miserablemente.

Ella se preguntó por qué debería ser miserable.

—¿No quieres sentarte de nuevo? —dijo. Él miró hacia la puerta.

—¡Sir Clifford! —dijo—. ¿No estará... no estará...?

Ella hizo una pausa para considerar.

—¡Quizás! —dijo. Y lo miró—. No quiero que Clifford lo sepa... ni que lo sospeche. Le haría mucho daño. Pero no creo que esté mal, ¿tú sí?

—¡Mal! ¡Dios santo, no! Eres demasiado, infinitamente buena conmigo... Apenas puedo soportarlo.

Se apartó, y ella vio que en otro momento estaría sollozando.

—Pero no necesitamos que Clifford lo sepa, ¿verdad? —suplicó—. Le haría tanto daño. Y si nunca lo sabe, nunca lo sospecha, no le hace daño a nadie.

—¡Yo! —dijo él, casi con ferocidad—; ¡de mí no sabrá nada! Ya verás si lo sabe. ¡Yo, delatarme a mí mismo! ¡Ja! ¡Ja! —Rio de forma hueca y cínica ante tal idea. Ella lo observaba con asombro. Él le dijo—: ¿Puedo besarte la mano e irme? Creo que iré a Sheffield y almorzaré allí si puedo, y volveré para el té. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Puedo estar seguro de que no me odias... y de que no lo harás? —terminó con una desesperada nota de cinismo.

—No, no te odio —dijo ella—. Creo que eres agradable.

—¡Ah! —le dijo él con ferocidad—. ¡Preferiría que me dijeras eso a que me dijeras que me amas! Significa mucho más... Hasta la tarde entonces. Tengo mucho en qué pensar hasta entonces. —Le besó las manos humildemente y se fue.

—No creo que pueda soportar a ese joven —dijo Clifford en el almuerzo.

—¿Por qué? —preguntó Connie.

—Es un patán debajo de su barniz... esperando para darnos el timo.

—Creo que la gente ha sido muy cruel con él —dijo Connie.

—¿Te extraña? ¿Y crees que emplea sus horas de ocio haciendo buenas obras?

—Creo que tiene una cierta generosidad.

—¿Hacia quién?

—No lo sé muy bien.

—Naturalmente que no. Me temo que confundes la falta de escrúpulos con la generosidad.

Connie hizo una pausa. ¿Lo hacía? Era muy posible. Sin embargo, la falta de escrúpulos de Michaelis tenía una cierta fascinación para ella. Él llegaba hasta el final donde Clifford solo se arrastraba unos pocos pasos tímidos. A su manera, había conquistado el mundo, que era lo que Clifford quería hacer. ¿Los medios y los modos...? ¿Eran los de Michaelis más despreciables que los de Clifford? ¿Era la forma en que el pobre outsider se había abierto paso a empujones y rebotes en persona, y por las puertas traseras, peor que la forma de Clifford de publicitarse hasta la prominencia? La diosa-perra, el Éxito, era seguida por miles de perros jadeantes con las lenguas colgando. ¡El que la conseguía primero era el verdadero perro entre los perros, si te guías por el éxito! Así que Michaelis podía mantener la cola en alto.

Lo curioso era que no lo hacía. Volvió hacia la hora del té con un gran ramo de violetas y lirios, y la misma expresión de perro apaleado. Connie se preguntaba a veces si era una especie de máscara para desarmar la oposición, porque era casi demasiado fija. ¿Era realmente un perro tan triste?

Su especie de yo extinguido de perro triste persistió toda la noche, aunque a través de él Clifford sintió la desfachatez interior. Connie no la sintió, quizás porque no estaba dirigida contra las mujeres; solo contra los hombres, y sus presunciones y suposiciones. Esa indestructible desfachatez interior en el tipo enjuto era lo que hacía que los hombres tuvieran tanta manía a Michaelis. Su mera presencia era una afrenta para un hombre de sociedad, por mucho que la disfrazara con buenos modales fingidos.

Connie estaba enamorada de él, pero se las arregló para sentarse con su bordado y dejar que los hombres hablaran, y no delatarse. En cuanto a Michaelis, fue perfecto; exactamente el mismo joven melancólico, atento y distante de la noche anterior, a millones de leguas de sus anfitriones, pero siguiéndoles lacónicamente el juego en la medida requerida, y sin mostrarse ante ellos ni por un momento. Connie sintió que debía haber olvidado la mañana. No la había olvidado. Pero sabía dónde estaba... en el mismo viejo

lugar de fuera, donde están los outsiders de nacimiento. No se tomó el hacer el amor del todo personalmente. Sabía que no lo cambiaría de ser un perro sin dueño, a quien todo el mundo le envidia su collar de oro, a ser un cómodo perro de sociedad.

El hecho final era que, en lo más profundo de su alma, era un outsider, y antisocial, y aceptaba el hecho interiormente, sin importar cuán de Bond Street fuera por fuera. Su aislamiento era una necesidad para él; así como la apariencia de conformidad y de mezclarse con la gente elegante era también una necesidad.

Pero el amor ocasional, como consuelo y alivio, también era algo bueno, y no era desagradecido. Al contrario, estaba ardiente y conmovedoramente agradecido por un gesto de amabilidad natural y espontánea; casi hasta las lágrimas. Debajo de su rostro pálido, inmóvil y desilusionado, el alma de niño sollozaba de gratitud hacia la mujer, y ardía por volver a ella; así como su alma de marginado sabía que se mantendría realmente alejado de ella.

Encontró la oportunidad de decirle, mientras encendían las velas en el vestíbulo:

—¿Puedo ir?

—Yo iré a verte —dijo ella.

—¡Oh, bien!

La esperó durante mucho tiempo... pero ella vino.

Él era el tipo de amante tembloroso y excitado, cuya crisis llegaba pronto y terminaba. Había algo curiosamente infantil e indefenso en su cuerpo desnudo: como los niños están desnudos. Sus defensas estaban todas en su ingenio y astucia, sus mismos instintos de astucia, y cuando estos estaban en suspenso, parecía doblemente desnudo y como un niño, de carne inacabada y tierna, y de alguna manera luchando sin poder hacer nada.

Despertaba en la mujer una especie de compasión y anhelo salvajes, y un deseo físico salvaje y ávido. El deseo físico no lo satisfacía en ella; él siempre llegaba y terminaba tan rápidamente, luego se encogía sobre su pecho, y recuperaba un poco su desfachatez mientras ella yacía aturdida, decepcionada, perdida.

Pero entonces ella pronto aprendió a retenerlo, a mantenerlo allí dentro de ella cuando su crisis había terminado. Y allí él era generoso y curiosamente potente; permanecía firme dentro de ella, entregado a ella, mientras ella estaba activa... salvajemente, apasionadamente activa, llegando a su propia crisis. Y al sentir el frenesí de ella alcanzando su propia satisfacción orgásmica a partir de la dura y erecta pasividad de él, él sentía una curiosa sensación de orgullo y satisfacción.

— ¡Ah, qué bien! — susurró ella trémulamente, y se quedó completamente quieta, aferrada a él. Y él yacía allí en su propio aislamiento, pero de alguna manera orgulloso.

Esa vez solo se quedó los tres días, y para Clifford fue exactamente el mismo que la primera noche; para Connie también. No había manera de quebrar a su hombre exterior.

Le escribía a Connie con la misma nota de melancolía quejumbrosa de siempre, a veces ingeniosa, y teñida de un afecto extraño y asexuado. Parecía sentir por ella una especie de afecto sin esperanza, y la lejanía esencial seguía siendo la misma. No tenía esperanza en lo más profundo de su ser, y quería no tenerla. Más bien odiaba la esperanza. «Une immense espérance a traversé la terre» leyó en alguna parte, y su comentario fue: «—y ha ahogado, maldita sea, todo lo que valía la pena».

Connie nunca lo entendió realmente, pero, a su manera, lo amaba. Y todo el tiempo sentía el reflejo de la desesperanza de él en ella. Ella no podía, del todo, amar en la desesperanza. Y él, al no tener esperanza, nunca podía amar del todo.

Así que siguieron durante bastante tiempo, escribiéndose y viéndose ocasionalmente en Londres. Ella todavía quería la emoción física y sexual que podía obtener con él por su propia actividad, una vez que el pequeño orgasmo de él había pasado. Y él todavía quería dársela. Lo cual era suficiente para mantenerlos conectados.

Y suficiente para darle a ella una sutil especie de seguridad en sí misma, algo ciego y un poco arrogante. Era una confianza casi mecánica en sus propias capacidades, y venía acompañada de una gran alegría.

Estaba terriblemente alegre en Wragby. Y usaba toda su despertada alegría y satisfacción para estimular a Clifford, de modo que él escribió lo

mejor de sí en esta época, y fue casi feliz a su extraña y ciega manera. Realmente cosechó los frutos de la satisfacción sensual que ella obtenía de la pasividad masculina de Michaelis, erecta dentro de ella. Pero, por supuesto, él nunca lo supo, y si lo hubiera sabido, ¿no le habría dado las gracias!

Sin embargo, cuando aquellos días de su gran y gozosa alegría y estímulo se fueron, se fueron del todo, y ella estaba deprimida e irritable, ¿cómo los añoraba Clifford! Quizás si lo hubiera sabido, podría haber deseado volver a juntarla a ella y a Michaelis.

CAPÍTULO IV

Connie siempre tuvo un presentimiento de la desesperanza de su aventura con Mick, como lo llamaba la gente. Sin embargo, los demás hombres parecían no significar nada para ella. Estaba unida a Clifford. Él quería una buena parte de su vida y ella se la daba. Pero ella quería una buena parte de la vida de un hombre, y esto Clifford no se lo daba; no podía. Había espasmos ocasionales de Michaelis. Pero, como sabía por presentimiento, eso llegaría a su fin. Mick no podía mantener nada. Era parte de su propio ser que debía romper cualquier conexión y volver a ser un perro suelto, aislado, absolutamente solitario. Era su principal necesidad, aunque siempre dijera: ¡Ella me dejó!

Se supone que el mundo está lleno de posibilidades, pero se reducen a unas pocas en la mayoría de las experiencias personales. Hay muchos peces buenos en el mar... tal vez... pero las grandes masas parecen ser caballas o arenques, y si tú mismo no eres caballa o arenque, es probable que encuentres muy pocos peces buenos en el mar.

Clifford avanzaba a grandes pasos hacia la fama, e incluso el dinero. La gente venía a verlo. Connie casi siempre tenía a alguien en Wragby. Pero si no eran caballas, eran arenques, con algún pez gato o congrio ocasional.

Había algunos hombres habituales, constantes; hombres que habían estado en Cambridge con Clifford. Estaba Tommy Dukes, que había permanecido en el ejército y era general de brigada.

—El ejército me deja tiempo para pensar y me evita tener que enfrentarme a la batalla de la vida —decía.

Estaba Charles May, un irlandés, que escribía científicamente sobre las estrellas. Estaba Hammond, otro escritor. Todos tenían más o menos la misma edad que Clifford; los jóvenes intelectuales de la época. Todos creían en la vida de la mente. Lo que hicieras aparte de eso era tu asunto privado y no importaba mucho. A nadie se le ocurre preguntarle a otra persona a qué hora se retira al retrete. No le interesa a nadie más que a la persona en cuestión.

Y así con la mayoría de los asuntos de la vida ordinaria... cómo ganas tu dinero, o si amas a tu esposa, o si tienes «aventuras». Todos estos asuntos conciernen solo a la persona en cuestión y, como ir al retrete, no tienen interés para nadie más.

—El quid de la cuestión del problema sexual —dijo Hammond, que era un tipo alto y delgado con esposa y dos hijos, pero mucho más conectado a una máquina de escribir— es que no tiene quid. Estrictamente, no hay problema. No queremos seguir a un hombre al servicio, así que ¿por qué querríamos seguirlo a la cama con una mujer? Y ahí reside el problema. Si no prestáramos más atención a una cosa que a la otra, no habría problema. Es todo completamente insensato y sin sentido; una cuestión de curiosidad fuera de lugar.

—¡Desde luego, Hammond, desde luego! Pero si alguien empieza a hacerle el amor a Julia, tú empiezas a hervir; y si continúa, pronto estás en el punto de ebullición... —Julia era la esposa de Hammond.

—¡Pues claro! Lo mismo haría si empezara a orinar en un rincón de mi salón. Hay un lugar para todas estas cosas.

—¿Quieres decir que no te importaría si le hiciera el amor a Julia en alguna alcoba discreta?

Charlie May era ligeramente satírico, pues había coqueteado un poquito con Julia, y Hammond se había puesto muy brusco.

—Por supuesto que me importaría. El sexo es algo privado entre Julia y yo; y por supuesto que me importaría que alguien más intentara meterse.

—De hecho —dijo el enjuto y pecoso Tommy Dukes, que parecía mucho más irlandés que May, que era pálido y más bien gordo—: De hecho, Hammond, tienes un fuerte instinto de propiedad y una fuerte voluntad de autoafirmación, y quieres el éxito. Desde que estoy definitivamente en el

ejército, me he apartado del mundo, y ahora veo cuán desmesuradamente fuerte es el anhelo de autoafirmación y éxito en los hombres. Está enormemente sobredesarrollado. Toda nuestra individualidad ha ido por ese camino. Y por supuesto, hombres como tú piensan que les irá mejor con el apoyo de una mujer. Por eso eres tan celoso. Eso es lo que el sexo es para ti... una pequeña dinamo vital entre tú y Julia, para traer el éxito. Si empezaras a no tener éxito, empezarías a coquetear, como Charlie, que no tiene éxito. Los matrimonios como tú y Julia lleváis etiquetas, como los baúles de los viajeros. Julia está etiquetada como Sra. de Arnold. B. Hammond... igual que un baúl en el ferrocarril que pertenece a alguien. Y tú estás etiquetado como Arnold. B. Hammond, Al cuidado de la Sra. de Arnold. B. Hammond. ¡Oh, tienes toda la razón, tienes toda la razón! La vida de la mente necesita una casa cómoda y una cocina decente. Tienes toda la razón. Incluso necesita posteridad. Pero todo depende del instinto de éxito. Ese es el pivote sobre el que giran todas las cosas.

Hammond parecía bastante picado. Estaba bastante orgulloso de la integridad de su mente y de no ser un oportunista. No obstante, sí quería el éxito.

—Es muy cierto, no se puede vivir sin dinero —dijo May—. Tienes que tener una cierta cantidad para poder vivir y salir adelante... incluso para ser libre de pensar debes tener una cierta cantidad de dinero, o tu estómago te detiene. Pero me parece que podrías quitarle las etiquetas al sexo. Somos libres de hablar con cualquiera; así que ¿por qué no deberíamos ser libres de hacer el amor con cualquier mujer que nos incline a ello?

—Ahí habla el celta lascivo —dijo Clifford.

—¡Lascivo! Bueno, ¿por qué no? No veo que le haga más daño a una mujer por acostarme con ella que por bailar con ella... o incluso por hablarle del tiempo. Es solo un intercambio de sensaciones en lugar de ideas, así que ¿por qué no?

—¡Sé tan promiscuo como los conejos! —dijo Hammond.

—¿Por qué no? ¿Qué tienen de malo los conejos? ¿Son peores que una humanidad neurótica y revolucionaria, llena de odio nervioso?

—Pero no somos conejos, aun así —dijo Hammond.

—¡Precisamente! Tengo mi mente: tengo ciertos cálculos que hacer en ciertos asuntos astronómicos que me conciernen casi más que la vida o la muerte. A veces la indigestión interfiere conmigo. El hambre interferiría conmigo desastrosamente. De la misma manera, el sexo reprimido interfiere conmigo. ¿Entonces qué?

—Habría pensado que la indigestión sexual por exceso habría interferido contigo más seriamente —dijo Hammond satíricamente.

—¡Qué va! No como en exceso, y no follo en exceso. Uno tiene la opción de comer demasiado. Pero tú me matarías de hambre por completo.

—¡En absoluto! Puedes casarte.

—¿Cómo sabes que puedo? Puede que no se adapte al proceso de mi mente. El matrimonio podría... y lo haría... entorpecer mis procesos mentales. No estoy bien orientado en ese sentido... ¿y por eso debo estar encadenado en una perrera como un monje? Todo son tonterías y cobardía, muchacho. Debo vivir y hacer mis cálculos. A veces necesito mujeres. Me niego a hacer una montaña de ello, y rechazo la condena o prohibición moral de nadie. Me avergonzaría ver a una mujer paseando con mi etiqueta con mi nombre, dirección y estación de tren, como un baúl ropero.

Estos dos hombres no se habían perdonado el coqueteo con Julia.

—Es una idea divertida, Charlie —dijo Dukes—, que el sexo sea solo otra forma de hablar, donde actúas las palabras en lugar de decirlas. Supongo que es muy cierto. Supongo que podríamos intercambiar tantas sensaciones y emociones con las mujeres como intercambiamos ideas sobre el tiempo, y demás. El sexo podría ser una especie de conversación física normal entre un hombre y una mujer. No hablas con una mujer a menos que tengáis ideas en común; es decir, no hablas con ningún interés. Y de la misma manera, a menos que tuvieras alguna emoción o simpatía en común con una mujer, no te acostarías con ella. Pero si la tuvieras...

—Si tienes el tipo adecuado de emoción o simpatía con una mujer, deberías acostarte con ella —dijo May—. Es lo único decente, irse a la cama con ella. Así como, cuando estás interesado hablando con alguien, lo único decente es tener la conversación completa. No te muerdes la lengua púdicamente. Simplemente dices lo que tienes que decir. Y lo mismo al revés.

—No —dijo Hammond—. Está mal. Tú, por ejemplo, May, malgastas la mitad de tu fuerza con las mujeres. Nunca harás realmente lo que deberías hacer, con una mente tan brillante como la tuya. Demasiado de ti se va por el otro lado.

—Puede que sí... y demasiado poco de ti va por ese lado, Hammond, muchacho, casado o no. Puedes mantener la pureza y la integridad de tu mente, pero se está volviendo endemoniadamente seca. Tu mente pura se está secando como un violín, por lo que veo. Simplemente la estás reprimiendo con palabras.

Tommy Dukes soltó una carcajada.

—¡Adelante, vosotras dos, mentes! —dijo—. Miradme a mí... No hago ningún trabajo mental elevado y puro, nada más que anotar unas pocas ideas. Y sin embargo, ni me caso ni ando detrás de las mujeres. Creo que Charlie tiene toda la razón; si quiere correr detrás de las mujeres, es bastante libre de no correr demasiado a menudo. Pero yo no le prohibiría correr. En cuanto a Hammond, tiene un instinto de propiedad, así que naturalmente el camino recto y la puerta estrecha son lo correcto para él. Ya veréis que será un Hombre de Letras inglés antes de que termine, de la A a la Z. Luego estoy yo. No soy nada. Solo un petardo. ¿Y tú qué, Clifford? ¿Crees que el sexo es una dinamo para ayudar a un hombre a tener éxito en el mundo?

Clifford rara vez hablaba mucho en estas ocasiones. Nunca pontificaba; sus ideas no eran lo suficientemente vitales para ello, era demasiado confuso y emocional. Ahora se sonrojó y pareció incómodo.

—¡Bueno! —dijo—, estando yo mismo hors de combat, no veo que tenga nada que decir al respecto.

—En absoluto —dijo Dukes—; la parte de arriba de ti no está en absoluto hors de combat. Tienes la vida de la mente sana e intacta. Así que oigamos tus ideas.

—Bueno —balbuceó Clifford—, incluso así no supongo que tenga muchas ideas... Supongo que casarse y acabar con el tema representaría bastante bien lo que pienso. Aunque, por supuesto, entre un hombre y una mujer que se quieren, es una gran cosa.

—¿Qué clase de gran cosa? —dijo Tommy.

—Oh... perfecciona la intimidad —dijo Clifford, tan incómodo como una mujer en una conversación así.

—Bueno, Charlie y yo creemos que el sexo es una especie de comunicación como el habla. Que cualquier mujer inicie una conversación sexual conmigo, y es natural para mí irme a la cama con ella para terminarla, todo a su debido tiempo. Desafortunadamente, ninguna mujer inicia nada en particular conmigo, así que me voy a la cama solo; y no estoy peor por ello... Eso espero de todos modos, ¿pues cómo iba a saberlo? De todas formas, no tengo cálculos estelares con los que me puedan interferir, ni obras inmortales que escribir. Soy simplemente un tipo que se esconde en el ejército...

Se hizo el silencio. Los cuatro hombres fumaban. Y Connie estaba sentada allí y dio otra puntada a su costura... ¡Sí, estaba sentada allí! Tenía que estar callada. Tenía que estar callada como un ratón, para no interferir con las especulaciones inmensamente importantes de estos caballeros tan mentales. Pero tenía que estar allí. No se llevaban tan bien sin ella; sus ideas no fluían tan libremente. Clifford estaba mucho más nervioso e inquieto, se acobardaba mucho más rápido en ausencia de Connie, y la conversación no fluía. Tommy Dukes era el que salía mejor parado; su presencia lo inspiraba un poco. Hammond no le gustaba realmente; le parecía muy egoísta en un sentido mental. Y Charles May, aunque le gustaba algo de él, le parecía un poco desagradable y desordenado, a pesar de sus estrellas.

¡Cuántas noches se había sentado Connie a escuchar las manifestaciones de estos cuatro hombres! Estos, y uno o dos más. Que nunca parecieran llegar a ninguna parte no le preocupaba profundamente. Le gustaba oír lo que tenían que decir, especialmente cuando Tommy estaba allí. Era divertido. En lugar de que los hombres te besaran y te tocaran con sus cuerpos, te revelaban sus mentes. ¡Era muy divertido! ¡Pero qué mentes tan frías!

Y también era un poco irritante. Tenía más respeto por Michaelis, sobre cuyo nombre todos vertían un desprecio tan fulminante, como un pequeño arribista mestizo y un patán sin educación del peor tipo. Mestizo y patán o no, él saltaba a sus propias conclusiones. No se limitaba a rodearlas con millones de palabras, en el desfile de la vida de la mente.

A Connie le gustaba bastante la vida de la mente, y le producía una gran emoción. Pero sí pensaba que se excedía un poco. Le encantaba estar allí, en medio del humo del tabaco de aquellas famosas veladas de los comp-

inches, como los llamaba en privado para sí misma. Se divertía infinitamente, y también se sentía orgullosa de que ni siquiera para hablar pudieran prescindir de su presencia silenciosa. Tenía un inmenso respeto por el pensamiento... y estos hombres, al menos, intentaban pensar honestamente. Pero de alguna manera había un gato, y no quería saltar. Todos hablaban de algo, aunque qué era, por su vida que no podría decirlo. Era algo que Mick tampoco aclaraba.

Pero es que Mick no intentaba hacer nada, sino simplemente pasar por la vida y meterles tantos goles a los demás como ellos intentaban metérselos a él. Era realmente antisocial, que era lo que Clifford y sus compinches tenían en su contra. Clifford y sus compinches no eran antisociales; estaban más o menos empeñados en salvar a la humanidad, o en instruirla, por decir lo menos.

Hubo una charla espléndida el domingo por la noche, cuando la conversación derivó de nuevo hacia el amor.

—«Bendito sea el lazo que une

Nuestros corazones en afín no sé qué» —dijo Tommy Dukes—. Me gustaría saber cuál es el lazo... El lazo que nos une ahora mismo es la fricción mental de unos con otros. Y, aparte de eso, hay un maldito lazo muy pequeño entre nosotros. Nos separamos y decimos cosas maliciosas unos de otros, como todos los demás malditos intelectuales del mundo. Malditos todos, si a eso vamos, porque todos lo hacen. O nos separamos y cubrimos las cosas maliciosas que sentimos unos contra otros diciendo falsas zalamerías. Es curioso que la vida mental parezca florecer con sus raíces en el rencor, un rencor inefable e insondable. ¡Siempre ha sido así! ¡Mirad a Sócrates, en Platón, y su panda a su alrededor! La pura malicia de todo ello, solo pura alegría en hacer pedazos a otro... ¡Protágoras, o quienquiera que fuera! ¡Y Alcibíades, y todos los otros perritos discípulos uniéndose a la refriega! Debo decir que hace que uno prefiera a Buda, tranquilamente sentado bajo un árbol bodhi, o a Jesús, contando a sus discípulos pequeñas historias dominicales, pacíficamente y sin fuegos artificiales mentales. No, hay algo que no funciona en la vida mental, radicalmente. Está arraigada en el rencor y la envidia, la envidia y el rencor. Por el fruto conoceréis el árbol.

—No creo que seamos del todo tan rencorosos —protestó Clifford.

—Mi querido Clifford, piensa en la forma en que nos criticamos unos a otros, todos nosotros. Yo soy bastante peor que nadie. Porque prefiero infinitamente el rencor espontáneo a las zalamerías inventadas; esas sí que son veneno; cuando empiezo a decir qué buen tipo es Clifford, etc., etc., entonces el pobre Clifford es digno de lástima. Por el amor de Dios, todos vosotros, decid cosas maliciosas de mí, entonces sabré que significo algo para vosotros. No digáis zalamerías, o estoy acabado.

—Oh, pero yo sí creo que honestamente nos gustamos —dijo Hammond.

—¡Te digo que debemos... decimos cosas tan maliciosas el uno del otro, sobre el otro, a nuestras espaldas! Yo soy el peor.

—Y sí creo que confundes la vida mental con la actividad crítica. Estoy de acuerdo contigo, Sócrates le dio a la actividad crítica un gran comienzo, pero hizo más que eso —dijo Charlie May, bastante magistralmente. Los compinches tenían una curiosa pomposidad bajo su supuesta modestia. Todo era tan ex cathedra, y todo pretendía ser tan humilde.

Dukes se negó a dejarse arrastrar a hablar de Sócrates.

—Es muy cierto, la crítica y el conocimiento no son lo mismo —dijo Hammond.

—No lo son, por supuesto —intervino Berry, un joven moreno y tímido que había venido a ver a Dukes y se quedaba a pasar la noche.

Todos lo miraron como si el asno hubiera hablado.

—No estaba hablando del conocimiento... Estaba hablando de la vida mental —rio Dukes—. El verdadero conocimiento surge de todo el corpus de la conciencia; de tu vientre y tu pene tanto como de tu cerebro y tu mente. La mente solo puede analizar y racionalizar. Pon la mente y la razón a mandar sobre el resto, y todo lo que pueden hacer es criticar y crear una mortandad. Digo todo lo que pueden hacer. Es inmensamente importante. ¡Dios mío, el mundo necesita ser criticado hoy... criticado hasta la muerte! Por lo tanto, vivamos la vida mental y gloriémonos en nuestro rencor, y desnudemos el viejo y podrido espectáculo. Pero, ojo, es así; mientras vives tu vida, eres de alguna manera un todo orgánico con toda la vida. Pero una vez que empiezas la vida mental, arrancas la manzana. Has cortado la conexión entre la manzana y el árbol: la conexión orgánica. Y si no tienes nada en tu vida más que la vida mental, entonces tú mismo eres una man-

zana arrancada... te has caído del árbol. Y entonces es una necesidad lógica ser rencoroso, así como es una necesidad natural que una manzana arrancada se eche a perder.

Clifford abrió los ojos como platos: todo aquello eran sandeces para él. Connie rio en secreto para sus adentros.

—Bueno, entonces, todos somos manzanas arrancadas —dijo Hammond, bastante ácido y petulante.

—Pues hagamos sidra de nosotros mismos —dijo Charlie.

—Pero, ¿qué piensas del bolchevismo? —intervino el moreno Berry, como si todo hubiera conducido a ello.

—¡Bravo! —rugió Charlie—. ¿Qué piensas del bolchevismo?

—¡Vamos! ¡Hagamos trizas el bolchevismo! —dijo Dukes.

—Me temo que el bolchevismo es una cuestión amplia —dijo Hammond, sacudiendo la cabeza seriamente.

—El bolchevismo, me parece a mí —dijo Charlie—, es solo un odio superlativo a lo que llaman el burgués; y lo que es el burgués no está muy bien definido. Es el capitalismo, entre otras cosas. Los sentimientos y las emociones también son tan decididamente burgueses que tienes que inventar un hombre sin ellos.

—Luego, el individuo, especialmente el hombre personal, es burgués: así que debe ser suprimido. Debes sumergirte en la cosa mayor, la cosa soviético-social. Incluso un organismo es burgués: así que el ideal debe ser mecánico. La única cosa que es una unidad, no orgánica, compuesta de muchas partes diferentes pero igualmente esenciales, es la máquina. Cada hombre una pieza de la máquina, y la fuerza motriz de la máquina, el odio... el odio al burgués. Eso, para mí, es el bolchevismo.

—¡Absolutamente! —dijo Tommy—. Pero también, me parece una descripción perfecta de todo el ideal industrial. Es el ideal del dueño de la fábrica en pocas palabras; excepto que él negaría que la fuerza motriz fuera el odio. Odio es, de todos modos: odio a la vida misma. Basta con mirar estas Midlands, si no está claramente escrito... pero todo es parte de la vida de la mente, es un desarrollo lógico.

—Niego que el bolchevismo sea lógico, rechaza la mayor parte de las premisas —dijo Hammond.

—Mi querido amigo, permite la premisa material; también lo hace la mente pura... exclusivamente.

—Al menos el bolchevismo ha llegado al fondo del asunto —dijo Charlie.

—¡Al fondo! ¡El fondo que no tiene fondo! Los bolcheviques tendrán el mejor ejército del mundo en muy poco tiempo, con el mejor equipamiento mecánico.

—Pero esto no puede continuar... este asunto del odio. Debe haber una reacción... —dijo Hammond.

—Bueno, hemos estado esperando durante años... esperamos más. El odio es algo que crece como cualquier otra cosa. Es el resultado inevitable de forzar las ideas sobre la vida, de forzar nuestros instintos más profundos; nuestros sentimientos más profundos los forzamos de acuerdo con ciertas ideas. Nos conducimos con una fórmula, como una máquina. La mente lógica pretende llevar la voz cantante, y el gallinero se convierte en puro odio. Todos somos bolcheviques, solo que somos hipócritas. Los rusos son bolcheviques sin hipocresía.

—Pero hay muchas otras formas —dijo Hammond—, además de la forma soviética. Los bolcheviques no son realmente inteligentes.

—Por supuesto que no. Pero a veces es inteligente ser medio tonto: si quieres conseguir tu fin. Personalmente, considero que el bolchevismo es de medio tontos; pero también considero que nuestra vida social en occidente es de medio tontos. Así que incluso considero que nuestra afamada vida mental es de medio tontos. Todos somos tan fríos como cretinos, todos somos tan apáticos como idiotas. Todos somos bolcheviques, solo que le damos otro nombre. Creemos que somos dioses... ¡hombres como dioses! Es lo mismo que el bolchevismo. Hay que ser humano, y tener un corazón y un pene si uno va a escapar de ser un dios o un bolchevique... porque son la misma cosa: ambos son demasiado buenos para ser verdad.

Del silencio desaprobador surgió la ansiosa pregunta de Berry:

—Entonces crees en el amor, Tommy, ¿no es así?

—¡Tú, muchacho encantador! —dijo Tommy—. ¡No, mi querubín, nueve de cada diez veces, no! El amor es otra de esas actuaciones de medio tontos hoy en día. ¡Tipos con cinturas oscilantes follándose a chicas de jazz con nalgas de muchachito, como dos gemelos de cuello! ¿Te refieres a ese tipo de amor? ¿O al tipo de amor de propiedad conjunta, de tener éxito, mi-marido-mi-esposa? ¡No, mi buen amigo, no creo en él en absoluto!

—Pero, ¿crees en algo?

—¿Yo? Oh, intelectualmente creo en tener un buen corazón, un pene vivaracho, una inteligencia viva y el valor de decir «¡mierda!» delante de una dama.

—Bueno, los tienes todos —dijo Berry.

Tommy Dukes soltó una carcajada.

—¡Tú, niño angelical! ¡Si tan solo los tuviera! ¡Si tan solo los tuviera! No; mi corazón está tan entumecido como una patata, mi pene se inclina y nunca levanta la cabeza, antes me atrevería a cortármelo de raíz que decir «¡mierda!» delante de mi madre o mi tía... son verdaderas damas, ojo; y no soy realmente inteligente, solo soy un «vividor mental». Sería maravilloso ser inteligente: entonces uno estaría vivo en todas las partes mencionadas e innombrables. El pene levanta la cabeza y dice: ¿Cómo está usted?, a cualquier persona realmente inteligente. Renoir dijo que pintaba sus cuadros con el pene... ¡y lo hacía, cuadros preciosos! Ojalá yo hiciera algo con el mío. ¡Dios! ¡cuando uno solo puede hablar! ¡Otra tortura añadida al Hades! Y Sócrates lo empezó.

—Hay mujeres agradables en el mundo —dijo Connie, levantando la cabeza y hablando por fin.

A los hombres les molestó... ella debería haber fingido no oír nada. Odiaron que admitiera que había prestado tanta atención a tal conversación.

—¡Dios mío! —«Si no son agradables para mí, ¿qué me importa lo agradables que sean?». —¡No, es inútil! Simplemente no puedo vibrar al unísono con una mujer. No hay ninguna mujer que realmente pueda desear cuando la tengo delante, y no voy a empezar a forzarle a ello... ¡Dios mío, no! Permaneceré como estoy y llevaré la vida mental. Es lo único honesto que puedo hacer. Puedo ser bastante feliz hablando con las mujeres; pero es

todo puro, desesperadamente puro. ¡Desesperadamente puro! ¿Qué dices tú, Hildebrand, mi polluelo?

—Es mucho menos complicado si uno permanece puro —dijo Berry.

—¡Sí, la vida es demasiado sencilla!

CAPÍTULO V

En una mañana helada con un poco de sol de febrero, Clifford y Connie fueron a dar un paseo por el parque hasta el bosque. Es decir, Clifford resoplaba en su silla motorizada y Connie caminaba a su lado.

El aire duro seguía siendo sulfuroso, pero ambos estaban acostumbrados a él. Alrededor del horizonte cercano se extendía la calima, opalescente por la escarcha y el humo, y en la cima yacía el pequeño cielo azul; de modo que era como estar dentro de un recinto, siempre dentro. La vida, siempre un sueño o un frenesí, dentro de un recinto.

Las ovejas tosían en la hierba áspera y agostada del parque, donde la escarcha yacía azulada en las hondonadas de los mechones de hierba. A través del parque corría un sendero hasta la portilla del bosque, una fina cinta de color rosa. Clifford lo había hecho cubrir de nuevo con grava cribada de la escombrera de la mina. Cuando la roca y los desechos del inframundo se habían quemado y desprendido su azufre, se volvían de un rosa brillante, color camarón en los días secos, más oscuro, color cangrejo en los húmedos. Ahora era de un pálido color camarón, con una capa blanco-azulada de escarcha. Siempre le agradaba a Connie este suelo de grava cribada, de un rosa brillante. No hay mal que por bien no venga.

Clifford maniobró con cautela por la ladera de la loma desde la casa, y Connie mantuvo la mano en la silla. Delante se extendía el bosque, el bosquecillo de avellanos más cercano, la densidad purpúrea de los robles más allá. Desde el borde del bosque, los conejos saltaban y mordisqueaban.

Las cornejas se levantaron de repente en una negra hilera y se alejaron por el pequeño cielo.

Connie abrió la portilla del bosque y Clifford resopló lentamente a través de ella hacia el ancho camino que subía por una pendiente entre los limpios y azotados matorrales de avellanos. El bosque era un remanente de la gran selva donde cazaba Robin Hood, y este camino era una antigua, muy antigua vía que cruzaba el campo. Pero ahora, por supuesto, era solo un camino a través del bosque privado. La carretera de Mansfield se desviaba hacia el norte.

En el bosque todo estaba inmóvil, las viejas hojas en el suelo conservaban la escarcha en su envés. Un arrendajo graznó con dureza, muchos pajarillos revoloteaban. Pero no había caza; no había faisanes. Los habían matado durante la guerra, y el bosque se había quedado sin protección, hasta que ahora Clifford había recuperado a su guardabosques.

Clifford amaba el bosque; amaba los viejos robles. Sentía que eran suyos a través de generaciones. Quería protegerlos. Quería este lugar inviolable, aislado del mundo.

La silla resoplaba lentamente cuesta arriba, meciéndose y traqueteando sobre los terrones helados. Y de repente, a la izquierda, apareció un claro donde no había más que un enredo de helechos muertos, algún que otro arbolillo delgado y enjuto inclinado aquí y allá, grandes tocones aserrados, mostrando sus copas y sus raíces prensiles, sin vida. Y manchas de negrura donde los leñadores habían quemado la maleza y los desperdicios.

Este era uno de los lugares que Sir Geoffrey había talado durante la guerra para obtener madera de trinchera. Toda la loma, que se elevaba suavemente a la derecha del camino, estaba desnuda y extrañamente desolada. En la cima de la loma donde habían estado los robles, ahora había desnudez; y desde allí se podía ver, por encima de los árboles, la vía férrea de la mina y las nuevas instalaciones de Stacks Gate. Connie se había quedado mirando, era una brecha en el puro aislamiento del bosque. Dejaba entrar al mundo. Pero no se lo dijo a Clifford.

Este lugar desnudo siempre enfurecía curiosamente a Clifford. Había pasado por la guerra, había visto lo que significaba. Pero no se enfadaba de

verdad hasta que veía esta colina desnuda. La estaba haciendo replantar. Pero le hacía odiar a Sir Geoffrey.

Clifford iba con el rostro fijo mientras la silla subía lentamente. Cuando llegaron a la cima de la cuesta, se detuvo; no se arriesgaría a la larga y muy accidentada bajada. Se sentó a contemplar la extensión verdosa del camino que descendía, una vía despejada a través de los helechos y los robles. Se desviaba al pie de la colina y desaparecía; pero tenía una curva tan encantadora y suave, de caballeros cabalgando y damas en palafrenes.

—Considero que esto es realmente el corazón de Inglaterra —dijo Clifford a Connie, mientras estaba sentado allí bajo el tenue sol de febrero.

—¿De verdad? —dijo ella, sentándose, con su vestido de punto azul, en un tocón junto al sendero.

—¡Sí! Esta es la vieja Inglaterra, su corazón; y tengo la intención de mantenerla intacta.

—¡Oh, sí! —dijo Connie. Pero, al decirlo, oyó las sirenas de las once en la mina de Stacks Gate. Clifford estaba demasiado acostumbrado al sonido para notarlo.

—Quiero este bosque perfecto... intacto. No quiero que nadie entre en él sin permiso —dijo Clifford.

Había un cierto patetismo. El bosque aún conservaba algo del misterio de la vieja e indómita Inglaterra; pero las talas de Sir Geoffrey durante la guerra le habían asestado un golpe. ¡Qué quietos estaban los árboles, con sus innumerables y rizadas ramitas contra el cielo, y sus troncos grises y obstinados que se alzaban desde los helechos marrones! ¡Con qué seguridad revoloteaban los pájaros entre ellos! Y una vez hubo ciervos, y arqueros, y monjes que pasaban a lomos de asnos. El lugar recordaba, todavía recordaba.

Clifford estaba sentado bajo el pálido sol, con la luz en su cabello liso, más bien rubio, su rostro rojizo y lleno, inescrutable.

—Me importa más no tener un hijo cuando vengo aquí que en cualquier otro momento —dijo.

—Pero el bosque es más antiguo que tu familia —dijo Connie suavemente.

—¡Desde luego! —dijo Clifford—. Pero lo hemos conservado. Sin nosotros, desaparecería... ya habría desaparecido, como el resto del bosque. ¡Hay que preservar algo de la vieja Inglaterra!

—¿Hay que hacerlo? —dijo Connie—. ¿Si tiene que ser preservada, y preservada contra la nueva Inglaterra? Es triste, lo sé.

—Si no se preserva algo de la vieja Inglaterra, no habrá Inglaterra en absoluto —dijo Clifford—. Y nosotros, que tenemos este tipo de propiedad, y el sentimiento por ella, debemos preservarla.

Hubo una triste pausa.

—Sí, por un tiempo —dijo Connie.

—¡Por un tiempo! Es todo lo que podemos hacer. Solo podemos hacer nuestra parte. Siento que cada hombre de mi familia ha hecho su parte aquí, desde que tenemos el lugar. Uno puede ir contra las convenciones, pero debe mantener la tradición. —De nuevo hubo una pausa.

—¿Qué tradición? —preguntó Connie.

—¡La tradición de Inglaterra! ¡De esto!

—Sí —dijo ella lentamente.

—Por eso ayuda tener un hijo; uno es solo un eslabón en una cadena —dijo él.

A Connie no le entusiasman las cadenas, pero no dijo nada. Estaba pensando en la curiosa impersonalidad de su deseo de tener un hijo.

—Siento que no podamos tener un hijo —dijo ella.

Él la miró fijamente, con sus ojos grandes y de un azul pálido.

—Casi sería bueno que tuvieras un hijo de otro hombre —dijo—. Si lo criáramos en Wragby, nos pertenecería a nosotros y al lugar. No creo muy intensamente en la paternidad. Si tuviéramos al niño para criarlo, sería nuestro, y continuaría. ¿No crees que vale la pena considerarlo?

Connie lo miró por fin. El niño, su niño, era solo un «ello» para él. ¡Ello... ello... ello!

—Pero, ¿y el otro hombre? —preguntó ella.

—¿Importa mucho? ¿Nos afectan realmente estas cosas tan profundamente?... Tuviste aquel amante en Alemania... ¿qué es ahora? Casi nada. Me parece que no son estos pequeños actos y pequeñas conexiones que hacemos en nuestras vidas lo que importa tanto. Pasan, ¿y dónde están? ¿Dónde... dónde están las nieves de antaño?... Lo que perdura a lo largo de la vida es lo que importa; mi propia vida me importa, en su larga continuación y desarrollo. Pero, ¿qué importan las conexiones ocasionales? ¡Y las conexiones sexuales ocasionales especialmente! Si la gente no las exagera ridículamente, pasan como el apareamiento de los pájaros. Y así debería ser. ¿Qué importa? Lo que importa es la compañía de toda una vida. Es vivir juntos día a día, no dormir juntos una o dos veces. Tú y yo estamos casados, no importa lo que nos pase. Tenemos la costumbre el uno del otro. Y la costumbre, a mi parecer, es más vital que cualquier excitación ocasional. La cosa larga, lenta, duradera... de eso vivimos... no del espasmo ocasional de ningún tipo. Poco a poco, viviendo juntos, dos personas caen en una especie de unísono, vibran tan intrincadamente la una con la otra. Ese es el verdadero secreto del matrimonio, no el sexo; al menos no la simple función del sexo. Tú y yo estamos entrelazados en un matrimonio. Si nos atenemos a eso, deberíamos ser capaces de arreglar este asunto del sexo, como arreglamos ir al dentista; ya que el destino nos ha dado un jaque mate físico en ese aspecto.

Connie se sentó y escuchó con una especie de asombro y una especie de miedo. No sabía si tenía razón o no. Estaba Michaelis, a quien amaba; o eso se decía a sí misma. Pero su amor era de alguna manera solo una excursión de su matrimonio con Clifford; la larga y lenta costumbre de la intimidad, formada a través de años de sufrimiento y paciencia. Quizás el alma humana necesita excursiones, y no se le deben negar. Pero el objetivo de una excursión es que vuelvas a casa.

—¿Y no te importaría de qué hombre tuviera el hijo? —preguntó.

—Vamos, Connie, confiaría en tu instinto natural de decencia y selección. Simplemente no dejarías que el tipo equivocado de hombre te tocara.

¡Pensó en Michaelis! Era absolutamente la idea de Clifford del tipo equivocado de hombre.

—Pero los hombres y las mujeres pueden tener sentimientos diferentes sobre el tipo equivocado de hombre —dijo ella.

—No —replicó él—. Te preocupabas por mí. No creo que te preocuparas nunca por un hombre que me fuera puramente antipático. Tu ritmo no te lo permitiría.

Ella guardó silencio. La lógica podía ser irrefutable porque era absolutamente errónea.

—¿Y esperarías que te lo contara? —preguntó ella, mirándolo casi furtivamente.

—En absoluto. Sería mejor que no lo supiera... Pero estás de acuerdo conmigo, ¿no es así?, en que lo del sexo casual no es nada, comparado con la larga vida vivida juntos. ¿No crees que se puede simplemente subordinar el asunto del sexo a las necesidades de una vida larga? ¿Simplemente usarlo, ya que es a lo que estamos abocados? Después de todo, ¿importan estas excitaciones temporales? ¿No es todo el problema de la vida la lenta construcción de una personalidad integral, a lo largo de los años? ¿Vivir una vida integrada? No tiene sentido una vida desintegrada. Si la falta de sexo te va a desintegrar, entonces sal y ten una aventura amorosa. Si la falta de un hijo te va a desintegrar, entonces ten un hijo si es posible. Pero solo haz estas cosas para tener una vida integrada, que forme algo largo y armonioso. Y tú y yo podemos hacer eso juntos... ¿no crees?... si nos adaptamos a las necesidades, y al mismo tiempo entretajamos la adaptación para que forme una pieza con nuestra vida vivida constantemente. ¿No estás de acuerdo?

Connie estaba un poco abrumada por sus palabras. Sabía que teóricamente tenía razón. Pero cuando realmente tocaba su vida vivida constantemente con él, ella... dudaba. ¿Era realmente su destino seguir entretajándose en la vida de él el resto de su vida? ¿Nada más?

¿Era solo eso? Debía contentarse con tejer una vida estable con él, todo un solo tejido, pero quizás brocado con la flor ocasional de una aventura. Pero, ¿cómo podía saber lo que sentiría el año que viene? ¿Cómo podría saberlo alguien alguna vez? ¿Cómo podría decirse Sí? ¿durante años y años? ¡El pequeño sí, ido en un suspiro! ¿Por qué debería una estar atada por esa palabra mariposa? ¡Por supuesto que tenía que revolotear y desaparecer, para ser seguida por otros síes y noes! Como el deambular de las mariposas.

—Creo que tienes razón, Clifford. Y por lo que puedo ver, estoy de acuerdo contigo. Solo que la vida puede mostrar una cara completamente nueva a todo esto.

—Pero hasta que la vida muestre una cara nueva a todo esto, ¿estás de acuerdo?

—¡Oh, sí! Creo que sí, de verdad.

Estaba observando a un spaniel marrón que había salido corriendo de un sendero lateral y los miraba con la nariz levantada, emitiendo un ladrido suave y esponjoso. Un hombre con una escopeta salió a grandes zancadas, suavemente, detrás del perro, de cara a ellos como si fuera a atacarlos; luego se detuvo, saludó y se dispuso a bajar la colina. Era solo el nuevo guardabosques, pero había asustado a Connie, parecía emerger con una amenaza tan veloz. Así lo había visto ella, como la súbita acometida de una amenaza surgida de la nada.

Era un hombre con pantalones de pana verde oscuro y polainas... al estilo antiguo, con la cara y el bigote rojos y los ojos distantes. Bajaba rápidamente la colina.

—¡Mellors! —llamó Clifford.

El hombre se giró ligeramente y saludó con un pequeño y rápido gesto, ¡un soldado!

—¿Quieres girar la silla y ponerla en marcha? Eso lo hace más fácil —dijo Clifford.

El hombre se colgó inmediatamente la escopeta al hombro y se adelantó con los mismos movimientos curiosos, rápidos pero suaves, como si se mantuviera invisible. Era moderadamente alto y delgado, y estaba en silencio. No miró a Connie en absoluto, solo a la silla.

—Connie, este es el nuevo guardabosques, Mellors. ¿Aún no has hablado con su señoría, Mellors?

—¡No, señor! —llegaron las palabras prestas y neutrales.

El hombre se quitó el sombrero mientras estaba de pie, mostrando su cabello espeso y casi rubio. Miró directamente a los ojos de Connie, con una mirada perfecta, intrépida e impersonal, como si quisiera ver cómo era ella.

La hizo sentir tímida. Ella inclinó la cabeza hacia él con timidez, y él se cambió el sombrero a la mano izquierda y le hizo una ligera reverencia, como un caballero; pero no dijo nada en absoluto. Permaneció un momento quieto, con el sombrero en la mano.

—Pero llevas aquí algún tiempo, ¿no? —le dijo Connie.

—Ocho meses, señora... ¡su señoría! —se corrigió con calma.

—¿Y te gusta?

Ella lo miró a los ojos. Los ojos de él se entrecerraron un poco, con ironía, quizás con impertinencia.

—Pues sí, gracias, su señoría. Me crie aquí... —Hizo otra ligera reverencia, se giró, se puso el sombrero y se acercó a grandes zancadas para agarrar la silla. Su voz en las últimas palabras había caído en el arrastre pesado y amplio del dialecto... quizás también en son de burla, porque no había habido rastro de dialecto antes. Casi podría ser un caballero. De todos modos, era un tipo curioso, rápido, independiente, solitario, pero seguro de sí mismo.

Clifford arrancó el pequeño motor, el hombre giró cuidadosamente la silla y la colocó de frente a la pendiente que se curvaba suavemente hacia el oscuro bosquecillo de avellanos.

—¿Eso es todo entonces, Sir Clifford? —preguntó el hombre.

—No, será mejor que vengas por si se atasca. El motor no es lo suficientemente fuerte para el trabajo cuesta arriba.

El hombre miró a su alrededor en busca de su perro... una mirada pensativa. El spaniel lo miró y movió levemente la cola. Una pequeña sonrisa, burlesca o tomándole el pelo a ella, pero amable, apareció en sus ojos por un momento, luego se desvaneció, y su rostro quedó inexpresivo. Bajaron la pendiente con bastante rapidez, el hombre con la mano en la barandilla de la silla, estabilizándola. Parecía más un soldado libre que un sirviente. Y algo en él le recordó a Connie a Tommy Dukes.

Cuando llegaron al bosquecillo de avellanos, Connie corrió de repente hacia adelante y abrió la portilla que daba al parque. Mientras la sujetaba, los dos hombres la miraron al pasar, Clifford críticamente, el otro hombre con una curiosa y fría admiración; queriendo impersonalmente ver qué as-

pecto tenía. Y ella vio en sus ojos azules e impersonales una mirada de sufrimiento y desapego, pero una cierta calidez. Pero, ¿por qué era tan distante, tan apartado?

Clifford detuvo la silla, una vez pasada la portilla, y el hombre se acercó rápidamente, cortésmente, para cerrarla.

—¿Por qué corriste a abrir? —preguntó Clifford con su voz tranquila y calmada, que demostraba que estaba disgustado—. Mellors lo habría hecho.

—Pensé que seguiríais recto —dijo Connie.

—¿Y dejarte corriendo detrás de nosotros? —dijo Clifford.

—¡Oh, bueno, a veces me gusta correr!

Mellors volvió a tomar la silla, pareciendo perfectamente indiferente, pero Connie sintió que lo observaba todo. Mientras empujaba la silla por la empinada subida de la loma en el parque, respiraba con bastante rapidez, con los labios entreabiertos. En realidad era bastante frágil. Curiosamente lleno de vitalidad, pero un poco frágil y apagado. Su instinto de mujer lo percibió.

Connie se quedó atrás, dejó que la silla siguiera adelante. El día se había vuelto gris: el pequeño cielo azul que había estado suspendido bajo sobre sus bordes circulares de calima se había cerrado de nuevo, la tapa había caído, había un frío crudo. Iba a nevar. ¡Todo gris, todo gris! El mundo parecía desgastado.

La silla esperaba en lo alto del sendero rosa. Clifford miró a su alrededor en busca de Connie.

—No estarás cansada, ¿verdad? —preguntó.

—¡Oh, no! —dijo ella.

Pero lo estaba. Un extraño y cansado anhelo, una insatisfacción había comenzado en ella. Clifford no se dio cuenta: esas no eran cosas de las que él fuera consciente. Pero el extraño lo sabía. Para Connie, todo en su mundo y en su vida parecía desgastado, y su insatisfacción era más antigua que las colinas.

Llegaron a la casa y rodearon la parte trasera, donde no había escalones. Clifford se las arregló para pasarse a la silla de casa con ruedas, baja; era

muy fuerte y ágil con los brazos. Luego Connie levantó la carga de sus piernas muertas detrás de él.

El guardabosques, esperando atentamente a ser despedido, lo observó todo de cerca, sin perderse nada. Palideció, con una especie de miedo, cuando vio a Connie levantar las piernas inertes del hombre en sus brazos, para pasarlas a la otra silla, mientras Clifford pivotaba. Estaba asustado.

—Gracias, entonces, por la ayuda, Mellors —dijo Clifford despreocupadamente, mientras empezaba a rodar por el pasillo hacia las dependencias del servicio.

—¿Nada más, señor? —llegó la voz neutral, como en un sueño.

—¡Nada, buenos días!

—Buenos días, señor.

—¡Buenos días! Fue amable por su parte empujar la silla por esa colina... Espero que no le resultara pesado —dijo Connie, volviéndose para mirar al guardabosques que estaba fuera de la puerta.

Los ojos de él se encontraron con los de ella en un instante, como si despertaran. Era consciente de ella.

—¡Oh no, no pesaba! —dijo rápidamente. Luego su voz volvió a caer en el sonido amplio de la lengua vernácula—: ¡Buenos días a su señoría!

—¿Quién es tu guardabosques? —preguntó Connie en el almuerzo.

—¡Mellors! Ya lo viste —dijo Clifford.

—Sí, pero ¿de dónde salió?

—¡De ninguna parte! Era un chico de Tevershall... hijo de un minero, creo.

—¿Y era él mismo minero?

—Herrero en la bocamina, creo: herrero de superficie. Pero fue guardabosques aquí durante dos años antes de la guerra... antes de alistarse. Mi padre siempre tuvo una buena opinión de él, así que cuando volvió y fue a la mina a buscar trabajo de herrero, simplemente lo volví a contratar aquí como guardabosques. La verdad es que me alegré mucho de conseguirlo...

es casi imposible encontrar un buen hombre por aquí para guardabosques... y se necesita un hombre que conozca a la gente.

—¿Y no está casado?

—Lo estuvo. Pero su mujer se fue con... con varios hombres... pero finalmente con un minero en Stacks Gate, y creo que todavía vive allí.

—¿Así que este hombre está solo?

—¡Más o menos! Tiene una madre en el pueblo... y un hijo, creo.

Clifford miró a Connie, con sus ojos azules, pálidos y ligeramente prominentes, en los que aparecía una cierta vaguedad. Parecía alerta en primer plano, pero el fondo era como la atmósfera de las Midlands, calima, niebla humeante. Y la calima parecía ir avanzando. Así que cuando miraba a Connie de su manera peculiar, dándole su peculiar y precisa información, ella sentía que todo el fondo de su mente se llenaba de niebla, de nada. Y eso la asustaba. Lo hacía parecer impersonal, casi hasta la idiotez.

Y vagamente se dio cuenta de una de las grandes leyes del alma humana: que cuando el alma emocional recibe un golpe hiriente, que no mata al cuerpo, el alma parece recuperarse a medida que el cuerpo se recupera. Pero esto es solo apariencia. En realidad, es solo el mecanismo del hábito resumido. Lentamente, lentamente la herida del alma comienza a hacerse sentir, como un hematoma, que solo lentamente profundiza su terrible dolor, hasta que llena toda la psique. Y cuando creemos que nos hemos recuperado y olvidado, es entonces cuando hay que enfrentarse a las terribles secuelas en su peor momento.

Así era con Clifford. Una vez que estuvo «bien», una vez que estuvo de vuelta en Wragby, escribiendo sus relatos y sintiéndose seguro de la vida, a pesar de todo, pareció olvidar y haber recuperado toda su ecuanimidad. Pero ahora, a medida que pasaban los años, lentamente, lentamente, Connie sentía que el hematoma del miedo y el horror afloraba y se extendía en él. Durante un tiempo había sido tan profundo como para estar entumecido, como si no existiera. Ahora, lentamente, comenzaba a afirmarse en una extensión de miedo, casi parálisis. Mentalmente, seguía alerta. Pero la parálisis, el hematoma del shock demasiado grande, se extendía gradualmente en su yo afectivo.

Y a medida que se extendía en él, Connie sentía que se extendía en ella. Un pavor interior, un vacío, una indiferencia hacia todo se extendía gradualmente en su alma. Cuando Clifford se animaba, todavía podía hablar brillantemente y, por así decirlo, dominar el futuro: como cuando, en el bosque, habló de que ella tuviera un hijo y le diera un heredero a Wragby. Pero al día siguiente, todas las palabras brillantes parecían hojas muertas, arrugándose y convirtiéndose en polvo, sin significar realmente nada, arrastradas por cualquier ráfaga de viento. No eran las palabras frondosas de una vida efectiva, joven de energía y perteneciente al árbol. Eran las huestes de hojas caídas de una vida que es ineficaz.

Así le parecía en todas partes. Los mineros de Tevershall volvían a hablar de una huelga, y a Connie le parecía que tampoco era una manifestación de energía, era el hematoma de la guerra que había estado en suspenso, aflorando lentamente a la superficie y creando el gran dolor de la inquietud y el estupor del descontento. El hematoma era profundo, profundo, profundo... el hematoma de la falsa guerra inhumana. Se necesitarían muchos años para que la sangre viva de las generaciones disolviera el vasto coágulo negro de sangre magullada, en lo profundo de sus almas y cuerpos. Y se necesitaría una nueva esperanza.

¡Pobre Connie! A medida que pasaban los años, era el miedo a la nada en su vida lo que la afectaba. La vida mental de Clifford y la suya gradualmente comenzaron a parecerle nada. Su matrimonio, su vida integrada basada en un hábito de intimidad, de la que él hablaba: había días en que todo se volvía completamente en blanco y nada. Eran palabras, solo muchas palabras. La única realidad era la nada, y sobre ella una hipocresía de palabras.

Estaba el éxito de Clifford: ¡la diosa-perra! Era cierto que era casi famoso, y sus libros le reportaban mil libras. Su fotografía aparecía en todas partes. Había un busto suyo en una de las galerías, y un retrato suyo en dos galerías. Parecía la más moderna de las voces modernas. Con su extraño y tullido instinto para la publicidad, se había convertido en cuatro o cinco años en uno de los más conocidos de los jóvenes «intelectuales». Dónde entraba el intelecto, Connie no lo veía muy claro. Clifford era realmente hábil en ese análisis ligeramente humorístico de personas y motivos que al final deja todo hecho pedazos. Pero era más bien como cachorros destrozando los cojines del sofá; excepto que no era joven y juguetón, sino curiosamente viejo y bastante obstinadamente engreído. Era extraño y no era nada. Este

era el sentimiento que resonaba y resonaba en el fondo del alma de Connie: no era nada, una maravillosa exhibición de la nada. Al mismo tiempo, una exhibición. ¡Una exhibición! ¡una exhibición! ¡una exhibición!

Michaelis se había apoderado de Clifford como figura central para una obra de teatro; ya había esbozado el argumento y escrito el primer acto. Porque Michaelis era incluso mejor que Clifford para hacer una exhibición de la nada. Era el último vestigio de pasión que les quedaba a estos hombres: la pasión por hacer una exhibición. Sexualmente no tenían pasión, estaban incluso muertos. Y ahora no era dinero lo que Michaelis buscaba. Clifford nunca había ido principalmente a por dinero, aunque lo ganaba donde podía, pues el dinero es el sello y la marca del éxito. Y el éxito era lo que querían. Querían, ambos, hacer una verdadera exhibición... la propia exhibición de un hombre de sí mismo, que capturara por un tiempo a la vasta población.

Era extraño... la prostitución a la diosa-perra. Para Connie, ya que estaba realmente fuera de ello, y ya que se había vuelto insensible a la emoción de ello, era de nuevo la nada. Incluso la prostitución a la diosa-perra era la nada, aunque los hombres se prostituyeran innumerables veces. La nada incluso eso.

Michaelis le escribió a Clifford sobre la obra. Por supuesto, ella lo sabía desde hacía mucho tiempo. Y Clifford volvió a emocionarse. Iba a ser exhibido de nuevo esta vez, alguien lo iba a exhibir, y con ventaja. Invitó a Michaelis a Wragby con el Acto I.

Michaelis vino: en verano, con un traje de color pálido y guantes de ante blanco, con orquídeas malva para Connie, muy hermosas, y el Acto I fue un gran éxito. Incluso Connie se emocionó... hasta la última pizca de médula que le quedaba. Y Michaelis, emocionado por su poder de emocionar, era realmente maravilloso... y bastante hermoso, a los ojos de Connie. Vio en él esa antigua inmovilidad de una raza que ya no puede ser desilusionada, un extremo, quizás, de impureza que es pura. Al otro lado de su suprema prostitución a la diosa-perra, parecía puro, puro como una máscara africana de marfil que sueña la impureza en pureza, en sus curvas y planos de marfil.

Su momento de pura emoción con los dos Chatterley, cuando simplemente se llevó por delante a Connie y a Clifford, fue uno de los momentos supremos de la vida de Michaelis. Había tenido éxito: se los había llevado

por delante. Incluso Clifford estaba temporalmente enamorado de él... si es que se puede decir así.

Así que a la mañana siguiente, Mick estaba más inquieto que nunca: desasosegado, devorado, con las manos inquietas en los bolsillos del pantalón. Connie no lo había visitado por la noche... y él no había sabido dónde encontrarla. ¡Coquetería!... en su momento de triunfo.

Subió a su salón por la mañana. Ella sabía que vendría. Y su inquietud era evidente. Le preguntó por su obra... ¿le parecía buena? Tenía que oírla elogiar: eso lo afectaba con la última y fina emoción de pasión más allá de cualquier orgasmo sexual. Y ella la elogió con entusiasmo. Sin embargo, todo el tiempo, en el fondo de su alma, sabía que no era nada.

—¡Oye! —dijo de repente al final—. ¿Por qué no hacemos borrón y cuenta nueva tú y yo? ¿Por qué no nos casamos?

—Pero estoy casada —dijo ella asombrada, y sin embargo sin sentir nada.

—¡Oh, eso!... él se divorciará de ti sin problemas... ¿Por qué no nos casamos tú y yo? Quiero casarme. Sé que sería lo mejor para mí... casarme y llevar una vida ordenada. Llevo una vida de mil demonios, simplemente haciéndome pedazos. Oye, tú y yo, estamos hechos el uno para el otro... como uña y carne. ¿Por qué no nos casamos? ¿Ves alguna razón por la que no deberíamos?

Connie lo miró asombrada; y sin embargo no sentía nada. Estos hombres, eran todos iguales, lo dejaban todo fuera. Simplemente salían disparados de sus cabezas como si fueran petardos, y esperaban que te elevaras al cielo junto con sus delgados palos.

—Pero ya estoy casada —dijo ella—. No puedo dejar a Clifford, sabes.

—¿Por qué no? ¿Pero por qué no? —gritó él—. Apenas se dará cuenta de que te has ido, después de seis meses. No sabe que existe nadie, excepto él mismo. Vaya, el hombre no te sirve para nada, por lo que puedo ver; está completamente ensimismado en sí mismo.

Connie sintió que había verdad en esto. Pero también sintió que Mick apenas hacía una exhibición de altruismo.

—¿No están todos los hombres ensimismados en sí mismos? —preguntó ella.

—Oh, más o menos, lo admito. Un hombre tiene que estarlo, para salir adelante. Pero ese no es el punto. El punto es, ¿qué clase de buenos ratos puede darle un hombre a una mujer? ¿Puede darle unos ratos de puta madre, o no? Si no puede, no tiene derecho a la mujer... —Hizo una pausa y la miró con sus ojos grandes, de color avellana, casi hipnóticos—. Ahora considero —añadió— que puedo darle a una mujer los mejores ratos que pueda pedir. Creo que puedo garantizarlo.

—¿Y qué clase de buenos ratos? —preguntó Connie, mirándolo todavía con una especie de asombro, que parecía emoción; y por debajo sin sentir nada en absoluto.

—¡Toda clase de buenos ratos, maldita sea, de toda clase! Ropa, joyas hasta cierto punto, cualquier club nocturno que te guste, conocer a quien quieras conocer, vivir a todo tren... viajar y ser alguien dondequiera que vayas... ¡Maldita sea, toda clase de buenos ratos!

Lo dijo casi con un brillo de triunfo, y Connie lo miró como si estuviera deslumbrada, y sin sentir realmente nada en absoluto. Apenas si la superficie de su mente se sintió cosquilleada por las brillantes perspectivas que le ofrecía. Apenas si respondió su yo más exterior, que en cualquier otro momento se habría emocionado. Simplemente no sintió nada de todo ello, no pudo «excitarse». Se quedó sentada, mirando y pareciendo deslumbrada, y no sintió nada, solo en alguna parte olió el olor extraordinariamente desagradable de la diosa-perra.

Mick estaba sentado en ascuas, inclinado hacia adelante en su silla, mirándola casi histéricamente: y si estaba más ansioso por vanidad de que ella dijera ¡Sí!, o si estaba más aterrorizado por miedo a que dijera ¡Sí!, ¿quién puede decirlo?

—Tendría que pensarlo —dijo ella—. No podría decirlo ahora. Puede que te parezca que Clifford no cuenta, pero sí cuenta. Cuando piensas en lo discapacitado que está...

—¡Oh, maldita sea! Si un tipo va a aprovecharse de sus discapacidades, ¡yo podría empezar a decir lo solo que estoy, y siempre he estado, y todo el

resto del rollo lacrimógeno de tres al cuarto! ¡Maldita sea, si un tipo no tiene más que discapacidades para recomendarse...!

Se apartó, moviendo las manos furiosamente en los bolsillos del pantalón. Esa noche le dijo:

— Vienes a mi habitación esta noche, ¿verdad? No tengo ni idea de dónde está tu habitación.

— ¡De acuerdo! —dijo ella.

Fue un amante más excitado esa noche, con su extraña y frágil desnudez de niño pequeño. A Connie le resultó imposible llegar a su clímax antes de que él hubiera terminado realmente el suyo. Y él despertó en ella una cierta pasión ávida, con su desnudez y suavidad de niño pequeño; ella tuvo que continuar después de que él hubiera terminado, en el tumulto salvaje y el oleaje de sus lomos, mientras él heroicamente se mantenía erguido y presente en ella, con toda su voluntad y entrega, hasta que ella provocó su propia crisis, con extraños y pequeños gritos.

Cuando por fin se apartó de ella, dijo, con una vocecita amarga, casi burlona:

— No podrías correrte al mismo tiempo que un hombre, ¿verdad? ¡Tendrías que corrertela tú misma! ¡Tendrías que dirigir tú el espectáculo!

Este pequeño discurso, en ese momento, fue uno de los golpes de su vida. Porque esa especie de entrega pasiva era tan obviamente su único modo real de relación sexual.

— ¿Qué quieres decir? —dijo ella.

— Sabes lo que quiero decir. Sigues durante horas después de que yo me haya corrido... y tengo que aguantar con los dientes apretados hasta que te la corras tú misma con tus propios esfuerzos.

Estaba atónita por esta inesperada muestra de brutalidad, en el momento en que ardía con una especie de placer indescriptible, y una especie de amor por él. Porque después de todo, como tantos hombres modernos, él había terminado casi antes de haber empezado. Y eso obligaba a la mujer a ser activa.

—Pero quieres que continúe, para obtener mi propia satisfacción, ¿no?
—dijo ella.

Él rio sombríamente:

—¡Que yo lo quiero! —dijo—. ¡Esa es buena! ¡Quiero aguantar con los dientes apretados, mientras tú te pones a ello!

—Pero, ¿no lo quieres? —insistió ella.

Él eludió la pregunta.

—Todas las malditas mujeres son así —dijo—. O no se corren en absoluto, como si estuvieran muertas ahí dentro... o si no, esperan a que un tipo haya terminado de verdad, y entonces empiezan a corrérsela ellas, y un tipo tiene que aguantar. Nunca he tenido una mujer que se corriera justo al mismo tiempo que yo.

Connie solo oyó a medias esta novedosa información masculina. Solo estaba aturdida por el sentimiento de él en su contra... su incomprensible brutalidad. Se sentía tan inocente.

—Pero quieres que yo también tenga mi satisfacción, ¿no? —repitió.

—¡Oh, de acuerdo! Estoy dispuesto. Pero maldita sea si aguantar esperando a que una mujer se corra es un gran juego para un hombre...

Este discurso fue uno de los golpes cruciales de la vida de Connie. Mató algo en ella. No le había interesado tanto Michaelis; hasta que él empezó, ella no lo quería. Era como si nunca lo hubiera deseado positivamente. Pero una vez que él la había puesto en marcha, le parecía natural llegar a su propia crisis con él. Casi lo había amado por ello... casi esa noche lo amó, y quiso casarse con él.

Quizás instintivamente él lo supo, y por eso tuvo que derribar todo el tinglado de un golpe; el castillo de naipes. Todo su sentimiento sexual por él, o por cualquier hombre, se derrumbó esa noche. Su vida se separó de la de él tan completamente como si él nunca hubiera existido.

Y pasó los días lúgubrementes. No había nada ahora más que esta rutina vacía de lo que Clifford llamaba la vida integrada, la larga convivencia de dos personas que tienen la costumbre de estar en la misma casa la una con la otra.

¡La nada! Aceptar la gran nada de la vida parecía ser el único fin de vivir.
¡Todas las muchas y pequeñas cosas ocupadas e importantes que componen
la gran suma total de la nada!

CAPÍTULO VI

—¿Por qué los hombres y las mujeres no se gustan de verdad hoy en día?
—preguntó Connie a Tommy Dukes, que era más o menos su oráculo.

—¡Oh, pero sí se gustan! No creo que desde que se inventó la especie humana haya habido un momento en que los hombres y las mujeres se hayan gustado tanto como hoy. ¡Un gusto genuino! Mírame a mí... realmente me gustan más las mujeres que los hombres; son más valientes, se puede ser más franco con ellas.

Connie reflexionó sobre esto.

—Ah, sí, ¡pero nunca tienes nada que ver con ellas! —dijo.

—¿Yo? ¿Qué estoy haciendo sino hablar con perfecta sinceridad a una mujer en este momento?

—Sí, hablar...

—¿Y qué más podría hacer si fueras un hombre, que hablarte con perfecta sinceridad?

—Nada, quizás. Pero una mujer...

—Una mujer quiere que te guste y le hables, y al mismo tiempo la ames y la desees; y me parece que las dos cosas se excluyen mutuamente.

—¡Pero no deberían!

—Sin duda el agua no debería ser tan húmeda como es; se excede en humedad. ¡Pero ahí está! Me gustan las mujeres y les hablo, y por lo tanto

no las amo ni las deseo. Las dos cosas no suceden al mismo tiempo en mí.

—Creo que deberían.

—De acuerdo. El hecho de que las cosas deban ser algo diferente de lo que son, no es mi departamento.

Connie consideró esto.

—No es verdad —dijo—. Los hombres pueden amar a las mujeres y hablarles. No veo cómo pueden amarlas sin hablarles y ser amigables e íntimos. ¿Cómo pueden?

—Bueno —dijo él—, no lo sé. ¿De qué sirve que generalice? Solo conozco mi propio caso. Me gustan las mujeres, pero no las deseo. Me gusta hablarles; pero hablarles, aunque me hace íntimo en una dirección, me sitúa en polos opuestos a ellas en lo que a besos se refiere. ¡Así que ahí lo tienes! Pero no me tomes como un ejemplo general, probablemente solo soy un caso especial: uno de los hombres a los que les gustan las mujeres, pero no las aman, e incluso las odian si me fuerzan a fingir amor, o a una apariencia enredada.

—Pero, ¿no te entristece?

—¿Por qué debería? ¡En absoluto! Miro a Charlie May y al resto de los hombres que tienen aventuras... No, ¡no los envidio en absoluto! Si el destino me enviara una mujer que deseara, pues muy bien. Como no conozco a ninguna mujer que desee, y nunca veo una... pues, supongo que soy frío, y realmente me gustan mucho algunas mujeres.

—¿Te gusto yo?

—¡Mucho! Y ya ves que no hay cuestión de besos entre nosotros, ¿verdad?

—¡En absoluto! —dijo Connie—. Pero, ¿no debería haberla?

—¿Por qué, en nombre de Dios? Me gusta Clifford, pero, ¿qué dirías si fuera y lo besara?

—Pero, ¿no hay una diferencia?

—¿Dónde reside, en lo que a nosotros respecta? Todos somos seres humanos inteligentes, y el asunto masculino y femenino está en suspenso.

Simplemente en suspenso. ¿Cómo te gustaría que empezara a comportarme como un macho continental en este momento, y a exhibir el asunto del sexo?

—Lo odiaría.

—¡Pues entonces! Te digo que, si soy realmente una cosa masculina, nunca me encuentro con la hembra de mi especie. Y no la echo de menos, simplemente me gustan las mujeres. ¿Quién me va a obligar a amarlas, o a fingir que las amo, montando el juego del sexo?

—No, yo no. Pero, ¿no hay algo que no funciona?

—Puede que tú lo sientas, yo no.

—Sí, siento que algo no funciona entre hombres y mujeres. Una mujer ya no tiene ningún encanto para un hombre.

—¿Lo tiene un hombre para una mujer?

Ella reflexionó sobre el otro lado de la cuestión.

—No mucho —dijo con sinceridad.

—Entonces dejémoslo todo en paz, y seamos simplemente decentes y sencillos, como seres humanos cabales los unos con los otros. ¡Al diablo con la compulsión sexual artificial! ¡La rechazo!

Connie sabía que tenía razón, en realidad. Sin embargo, la dejaba sintiéndose tan desolada, tan desolada y perdida. Como una astilla en un estanque lúgubre, se sentía. ¿Qué sentido tenía ella, o cualquier cosa?

Era su juventud la que se rebelaba. Estos hombres parecían tan viejos y fríos. Todo parecía viejo y frío. Y Michaelis la decepcionó tanto; no servía para nada. Los hombres no la querían; simplemente no querían de verdad a una mujer, ni siquiera Michaelis.

Y los patanes que fingían que sí, y empezaban a montar el juego del sexo, eran peores que nunca.

Era simplemente deprimente, y había que aguantarse. Era muy cierto, los hombres no tenían un verdadero encanto para una mujer: si podías engañarte a ti misma pensando que lo tenían, incluso como ella se había engañado a sí misma con Michaelis, eso era lo mejor que podías hacer. Mien-

tras tanto, simplemente seguías viviendo y no había nada en ello. Entendía perfectamente por qué la gente tenía cócteles, y bailaba jazz, y charleston hasta caer rendida. Tenías que desahogarte de alguna manera, tu juventud, o te comía por dentro. Pero, ¡qué cosa más espantosa, esta juventud! Te sentías tan vieja como Matusalén, y sin embargo la cosa burbujeaba de alguna manera, y no te dejaba estar cómoda. ¡Una vida mezquina! ¡Y sin perspectivas! Casi deseaba haberse ido con Mick y haber hecho de su vida una larga fiesta de cócteles y noches de jazz. De todos modos, eso era mejor que simplemente consumirse en la tumba.

En uno de sus malos días, salió sola a caminar por el bosque, pesadamente, sin prestar atención a nada, sin siquiera darse cuenta de dónde estaba. El disparo de una escopeta no muy lejos la sobresaltó y la enfureció.

Luego, mientras caminaba, oyó voces y retrocedió. ¡Gente! No quería gente. Pero su agudo oído captó otro sonido, y se despertó; era un niño sollozando. Inmediatamente prestó atención; alguien estaba maltratando a un niño. Avanzó a grandes zancadas por el camino mojado, con su hosco resentimiento en primer plano. Se sentía preparada para montar una escena.

Al doblar la esquina, vio dos figuras en el camino más allá de ella: el guardabosques, y una niña pequeña con un abrigo morado y un gorro de piel de topo, llorando.

— ¡Ah, cállate ya, pequeña zorra mentirosa! —llegó la voz airada del hombre, y la niña sollozó más fuerte.

Constance se acercó a grandes zancadas, con los ojos encendidos. El hombre se volvió y la miró, saludando fríamente, pero estaba pálido de ira.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué llora? —exigió Constance, perentoria pero un poco sin aliento.

Una leve sonrisa, como una mueca de desprecio, apareció en el rostro del hombre.

— Pos no, va a tener que preguntárselo a ella —respondió con rudeza, en la habla vernácula más pura.

Connie sintió como si le hubiera abofeteado, y cambió de color. Luego reunió su desafío y lo miró, sus ojos azul oscuro brillando con cierta vaguedad.

—Le he preguntado a usted —jadeó.

Él hizo una extraña y pequeña reverencia, levantando el sombrero.

—Lo ha hecho, su señoría —dijo; luego, volviendo a la lengua vernácula —: pero no puedo decírselo. —Y se convirtió en un soldado, inescrutable, solo pálido de fastidio.

Connie se volvió hacia la niña, una criatura sonrosada de pelo negro de nueve o diez años.

—¿Qué pasa, cariño? ¡Dime por qué lloras! —dijo, con la dulzura convencionalizada apropiada. Sollozos más violentos, cohibidos. Aún más dulzura por parte de Connie.

—¡Venga, venga, no llores! ¡Dime qué te han hecho!... —y una intensa ternura en el tono. Al mismo tiempo, buscó en el bolsillo de su chaqueta de punto y, por suerte, encontró una moneda de seis peniques.

—¡No llores, entonces! —dijo, inclinándose frente a la niña—. ¡Mira lo que tengo para ti!

Sollozos, mocos, un puño retirado de una cara llorosa, y un ojo negro y astuto que se posó por un segundo en los seis peniques. Luego más sollozos, pero amainando.

—Venga, dime qué pasa, ¡dime! —dijo Connie, poniendo la moneda en la mano regordeta de la niña, que se cerró sobre ella.

—¡Es el... es el... gatito!

Temblores de sollozos que amainan.

—¿Qué gatito, cariño?

Tras un silencio, el puño tímido, apretando los seis peniques, señaló hacia el matorral de zarzas.

—¡Allí!

Connie miró, y allí, efectivamente, había un gran gato negro, estirado sombríamente, con un poco de sangre.

—¡Oh! —dijo con repulsión.

—Un cazador furtivo, su señoría —dijo el hombre satíricamente.

Ella lo miró con enfado.

—No me extraña que la niña llorara —dijo—, si le disparaste cuando ella estaba allí. ¡No me extraña que llorara!

Él la miró a los ojos, lacónico, despectivo, sin ocultar sus sentimientos. Y de nuevo Connie se sonrojó; sintió que había estado montando una escena, el hombre no la respetaba.

—¿Cómo te llamas? —le dijo juguetonamente a la niña—. ¿No me dirás tu nombre?

Mocos; luego, muy afectado con una voz aflautada:

—¡Connie Mellors!

—¡Connie Mellors! ¡Bueno, es un nombre bonito! ¿Y saliste con tu papá, y le disparó a un gatito? ¡Pero era un gatito malo!

La niña la miró, con ojos oscuros y audaces de escrutinio, midiéndola a ella y a su condolencia.

—Yo quería quedarme con mi abuela —dijo la niña.

—¿Ah, sí? Pero, ¿dónde está tu abuela?

La niña levantó un brazo, señalando hacia el camino.

—En la casita.

—¡En la casita! ¿Y te gustaría volver con ella?

Súbitos y estremecedores temblores de sollozos rememorados.

—¡Sí!

—Ven entonces, ¿te llevo? ¿Te llevo con tu abuela? Entonces tu papá puede hacer lo que tiene que hacer. —Se volvió hacia el hombre—. Es su hija, ¿verdad?

Él saludó e hizo un ligero movimiento de cabeza afirmativo.

—Supongo que puedo llevarla a la casita —dijo Connie.

—Si su señoría lo desea.

De nuevo la miró a los ojos, con esa mirada tranquila, escrutadora y desapegada. Un hombre muy solo, y por su cuenta.

—¿Te gustaría venir conmigo a la casita, con tu abuela, cariño?

La niña volvió a asomar la cabeza.

—¡Sí! —dijo con una sonrisita tonta.

A Connie no le gustó; la pequeña hembra malcriada y falsa. Sin embargo, le secó la cara y le tomó la mano. El guardabosques saludó en silencio.

—¡Buenos días! —dijo Connie.

Faltaba casi una milla para la casita, y Connie sénior estaba bien aburrida de Connie júnior para cuando la pintoresca casita del guardabosques estuvo a la vista. La niña ya estaba tan llena de triquiñuelas como un monito, y tan segura de sí misma.

En la casita, la puerta estaba abierta y se oía un traqueteo dentro. Connie se demoró, la niña se soltó de la mano y corrió adentro.

—¡Abuela! ¡Abuela!

—¡Vaya, ya estás de vuelta!

La abuela había estado limpiando la estufa con grafito, era sábado por la mañana. Salió a la puerta con su delantal de arpillera, un cepillo de grafito en la mano y una mancha negra en la nariz. Era una mujer pequeña y más bien seca.

—¡Vaya, qué cosas! —dijo, pasándose apresuradamente el brazo por la cara al ver a Connie de pie fuera.

—¡Buenos días! —dijo Connie—. Estaba llorando, así que la traje a casa.

La abuela miró rápidamente a la niña:

—¿Y dónde estaba tu padre, pues?

La niña se aferró a las faldas de su abuela y sonrió tontamente.

—Estaba allí —dijo Connie—, pero había disparado a un gato furtivo, y la niña estaba disgustada.

—¡Oh, no tenía por qué haberse molestado, Lady Chatterley, estoy segura! Estoy segura de que fue muy amable por su parte, pero no debería haberse molestado. ¡Vaya, si se ha visto! —y la anciana se volvió hacia la

niña—: ¡Imagínate, Lady Chatterley tomándose toda esa molestia por ti!
¡Vaya, no debería haberse molestado!

—No fue ninguna molestia, solo un paseo —dijo Connie sonriendo.

—¡Vaya, estoy segura de que fue muy amable por su parte, debo decir!
¡Así que estaba llorando! Sabía que habría algo antes de que llegaran lejos.
Le tiene miedo, eso es lo que pasa. Parece que es casi un extraño para ella,
un completo extraño, y no creo que sean dos que se lleven muy bien. Tiene
costumbres raras.

Connie no supo qué decir.

—¡Mira, abuela! —dijo la niña con una sonrisita.

La anciana miró la moneda de seis peniques en la mano de la niña.

—¡Y seis peniques y todo! ¡Oh, su señoría, no debería, no debería!
¡Vaya, si no es buena Lady Chatterley contigo! ¡Palabra, eres una chica con
suerte esta mañana!

Pronunciaba el nombre, como toda la gente: Chat'ley.—«¡Si no es buena
Lady Chat'ley contigo!»—. Connie no pudo evitar mirar la nariz de la an-
ciana, y esta última volvió a limpiarse vagamente la cara con el dorso de la
muñeca, pero no se quitó la mancha.

Connie se estaba alejando...

—Bueno, muchas gracias, Lady Chat'ley, de verdad. ¡Dale las gracias a
Lady Chat'ley! —esto último a la niña.

—Gracias —dijo la niña con voz aflautada.

—¡Qué encanto! —rio Connie, y se alejó, diciendo «Buenos días», since-
ramente aliviada de alejarse del contacto. Curioso, pensó, que aquel hombre
delgado y orgulloso tuviera por madre a esa mujer pequeña y avispada.

Y la anciana, tan pronto como Connie se fue, corrió al trozo de espejo en
el fregadero y se miró la cara. Al verla, golpeó el suelo con el pie con
impaciencia.

—¡Por supuesto tenía que pillarme con mi delantal basto y la cara sucia!
¡Bonita idea se habrá llevado de mí!

Connie volvió lentamente a casa, a Wragby. «¡Hogar!»... era una palabra cálida para usar para aquel gran y cansado laberinto. Pero es que era una palabra que había tenido sus días. De alguna manera estaba cancelada. Todas las grandes palabras, le parecía a Connie, estaban canceladas para su generación: amor, alegría, felicidad, hogar, madre, padre, marido, todas estas grandes y dinámicas palabras estaban ahora medio muertas, y morían día a día. El hogar era un lugar en el que vivías, el amor era algo con lo que no te engañabas, la alegría era una palabra que aplicabas a un buen charlestón, la felicidad era un término de hipocresía usado para engañar a otras personas, un padre era un individuo que disfrutaba de su propia existencia, un marido era un hombre con el que vivías y mantenías animado. En cuanto al sexo, la última de las grandes palabras, era solo un término de cóctel para una excitación que te animaba por un rato, y luego te dejaba más hecha polvo que nunca. ¡Deshilachada! Era como si el propio material del que estabas hecha fuera de mala calidad y se estuviera deshilachando hasta la nada.

Todo lo que realmente quedaba era un estoicismo obstinado: y en eso había un cierto placer. En la misma experiencia de la nada de la vida, fase tras fase, étape tras étape, había una cierta satisfacción macabra. ¡Así que eso es todo! Siempre esta era la última declaración: hogar, amor, matrimonio, Michaelis: ¡Así que eso es todo! — Y cuando uno moría, las últimas palabras a la vida serían: ¡Así que eso es todo! —

¿Dinero? Quizás no se podía decir lo mismo ahí. Dinero siempre se quería. El dinero, el éxito, la diosa-perra, como persistía en llamarla Tommy Dukes, por Henry James, eso era una necesidad permanente. No podías gastar tu último céntimo y decir finalmente: ¡Así que eso es todo! — No, si vivías incluso otros diez minutos, querías unos cuantos céntimos más para una cosa u otra. Solo para mantener el negocio funcionando mecánicamente, necesitabas dinero. Tenías que tenerlo. Dinero tienes que tener. No necesitas realmente tener nada más. ¡Así que eso es todo! —

Ya que, por supuesto, no es tu culpa estar vivo. Una vez que estás vivo, el dinero es una necesidad, y la única necesidad absoluta. De todo lo demás puedes prescindir, en un apuro. Pero no del dinero. ¡Enfáticamente, eso es todo! —

Pensó en Michaelis y en el dinero que podría haber tenido con él; y ni siquiera eso quería. Prefería la cantidad menor que ayudaba a Clifford a ganar con sus escritos. Que ella realmente ayudaba a ganar. — «Clifford y yo juntos, ganamos mil doscientas libras al año escribiendo»; así se lo planteaba a sí misma. ¡Ganar dinero! ¡Ganarlo! ¡De la nada! ¡Arrancárselo al aire! ¡La última hazaña de la que enorgullecerse humanamente! El resto, paparruchas.

Así que caminó penosamente a casa hacia Clifford, para unir fuerzas con él de nuevo, para crear otra historia de la nada: y una historia significaba dinero. A Clifford parecía importarle mucho si sus relatos eran considerados literatura de primera clase o no. A ella, estrictamente, no le importaba. ¡Nada de nada!, decía su padre. ¡Mil doscientas libras el año pasado!, era la réplica simple y final.

Si eras joven, simplemente apretabas los dientes y mordías y aguantabas, hasta que el dinero empezaba a fluir de lo invisible; era una cuestión de poder. Era una cuestión de voluntad; una sutil, sutil, poderosa emanación de voluntad desde ti mismo te devolvía la misteriosa nada del dinero: una palabra en un trozo de papel. Era una especie de magia, ciertamente era un triunfo. ¡La diosa-perra! Bueno, si uno tenía que prostituirse, ¡que fuera a una diosa-perra! Siempre se la podía despreciar incluso mientras uno se prostituía a ella, lo cual era bueno.

Clifford, por supuesto, todavía tenía muchos tabúes y fetiches infantiles. Quería ser considerado «realmente bueno», lo cual era una soberana tontería. Lo que era realmente bueno era lo que realmente tenía éxito. No servía de nada ser realmente bueno y quedarse con ello. Parecía que la mayoría de los hombres «realmente buenos» simplemente perdían el autobús. Después de todo, solo vivías una vida, y si perdías el autobús, te quedabas en la acera, junto con el resto de los fracasados.

Connie estaba contemplando un invierno en Londres con Clifford, el próximo invierno. Él y ella habían cogido el autobús, así que bien podían viajar en la parte de arriba un rato y presumir.

Lo peor de todo era que Clifford tendía a volverse vago, ausente, y a caer en ataques de depresión vacía. Era la herida de su psique que salía a la luz. Pero a Connie le daban ganas de gritar. Oh Dios, si el mecanismo de la

propia conciencia iba a estropearse, ¿entonces qué se podía hacer? ¡Maldita sea, una hacía su parte! ¿Iban a dejarla en la estacada absolutamente?

A veces lloraba amargamente, pero incluso mientras lloraba se decía a sí misma: ¡Tonta, mojando pañuelos! ¡Como si eso te fuera a llevar a alguna parte!

Desde Michaelis, había decidido que no quería nada. Esa parecía la solución más simple a lo que de otro modo era insoluble. No quería nada más de lo que tenía; solo quería seguir adelante con lo que tenía: Clifford, los relatos, Wragby, el asunto de Lady Chatterley, el dinero y la fama, tal como era... quería seguir adelante con todo ello. El amor, el sexo, todo ese tipo de cosas, ¡solo sorbetes! Chúpalo y olvídalos. Si no te aferras a ello en tu mente, no es nada. El sexo especialmente... ¡nada! Hazte a la idea y habrás resuelto el problema. El sexo y un cóctel: ambos duraban más o menos lo mismo, tenían el mismo efecto y equivalían más o menos a lo mismo.

¡Pero un niño, un bebé! eso todavía era una de las sensaciones. Se aventuraría con mucho tiento en ese experimento. Había que considerar al hombre, y era curioso, no había un hombre en el mundo cuyos hijos quisieras. ¡Los hijos de Mick! ¡Pensamiento repulsivo! ¡Igual daría tener un hijo de un conejo! ¿Tommy Dukes?... era muy agradable, pero de alguna manera no podías asociarlo con un bebé, otra generación. Él terminaba en sí mismo. Y de todo el resto de los conocidos bastante amplios de Clifford, no había un hombre que no despertara su desprecio, cuando pensaba en tener un hijo de él. Había varios que habrían sido bastante posibles como amantes, incluso Mick. ¡Pero dejar que te engendraran un hijo! ¡Uf! Humillación y abominación.

¡Así que eso era todo!

Sin embargo, Connie tenía al niño en el fondo de su mente. ¡Espera! ¡espera! Pasaría por su tamiz las generaciones de hombres y vería si no podía encontrar uno que sirviera. —«Id por las calles y callejuelas de Jerusalén, y ved si podéis encontrar a un hombre». Había sido imposible encontrar a un hombre en la Jerusalén del profeta, aunque había miles de seres humanos masculinos. ¡Pero un hombre! ¡C'est une autre chose!

Tenía la idea de que tendría que ser un extranjero: no un inglés, y menos aún un irlandés. Un verdadero extranjero.

¡Pero espera! ¡espera! El próximo invierno llevaría a Clifford a Londres; el invierno siguiente lo llevaría al extranjero, al sur de Francia, a Italia. ¡Espera! No tenía prisa por el niño. Ese era su asunto privado, y el único punto en el que, a su manera extraña y femenina, era seria hasta el fondo de su alma. No iba a arriesgarse con cualquier recién llegado, ¡ella no! Se podía tomar un amante casi en cualquier momento, pero un hombre que engendrara un hijo en una... ¡espera! ¡espera! es un asunto muy diferente.— «Id por las calles y callejuelas de Jerusalén...». No era una cuestión de amor; era una cuestión de un hombre. Vaya, uno podría incluso odiarlo, personalmente. Sin embargo, si él era el hombre, ¿qué importaría el odio personal de una? Este asunto concernía a otra parte de una misma.

Había llovido como de costumbre, y los senderos estaban demasiado empapados para la silla de Clifford, pero Connie quería salir. Salía sola todos los días ahora, sobre todo al bosque, donde estaba realmente sola. No veía a nadie allí.

Ese día, sin embargo, Clifford quería enviar un mensaje al guardabosques, y como el recadero estaba en cama con gripe —alguien siempre parecía tener gripe en Wragby—, Connie dijo que pasaría por la casita.

El aire era suave y muerto, como si todo el mundo estuviera muriendo lentamente. Gris, húmedo y silencioso, incluso del arrastrar de las minas, pues los pozos trabajaban a jornada reducida, y hoy estaban parados del todo. ¡El fin de todas las cosas!

En el bosque todo estaba completamente inerte e inmóvil, solo grandes gotas caían de las ramas desnudas, con un pequeño estruendo hueco. Por lo demás, entre los viejos árboles había profundidad tras profundidad de inercia gris, desesperada, silencio, nada.

Connie caminó confusamente. Del viejo bosque emanaba una antigua melancolía, de alguna manera tranquilizadora para ella, mejor que la dura insensibilidad del mundo exterior. Le gustaba la interioridad del remanente de bosque, la reticencia muda de los viejos árboles. Parecían un verdadero poder de silencio, y sin embargo una presencia vital. Ellos también esperaban: obstinada, estoicamente esperando, y emitiendo una potencia de silencio. Quizás solo esperaban el final; ser talados, despejados, el fin del bosque, para ellos el fin de todas las cosas. Pero quizás su silencio fuerte y aristocrático, el silencio de los árboles fuertes, significaba otra cosa.

Al salir del bosque por el lado norte, la casita del guardabosques, una casita de piedra bastante oscura, marrón, con tejados a dos aguas y una hermosa chimenea, parecía deshabitada, tan silenciosa y solitaria estaba. Pero un hilo de humo se elevaba de la chimenea, y el pequeño jardín cercado en la parte delantera de la casa estaba cavado y muy bien cuidado. La puerta estaba cerrada.

Ahora que estaba aquí, se sentía un poco tímida ante el hombre, con sus curiosos ojos de mirada lejana. No le gustaba llevarle órdenes, y sentía ganas de marcharse de nuevo. Llamó suavemente, nadie vino. Llamó de nuevo, pero sin hacer mucho ruido. No hubo respuesta. Se asomó por la ventana y vio la pequeña habitación oscura, con su privacidad casi siniestra, que no quería ser invadida.

Se quedó escuchando, y le pareció oír ruidos en la parte trasera de la casita. Al no haber conseguido que la oyeran, se le despertó el orgullo, no sería derrotada.

Así que rodeó la casa por un lado. En la parte trasera de la casita, el terreno se elevaba abruptamente, por lo que el patio trasero estaba hundido y rodeado por un murete de piedra. Dobló la esquina de la casa y se detuvo. En el pequeño patio, a dos pasos de ella, el hombre se estaba lavando, completamente ajeno. Estaba desnudo hasta las caderas, sus pantalones de pana se deslizaban sobre sus esbeltos lomos. Y su espalda blanca y delgada estaba curvada sobre un gran cuenco de agua jabonosa, en el que sumergía la cabeza, sacudiéndola con un movimiento extraño, rápido y pequeño, levantando sus delgados brazos blancos y exprimiendo el agua jabonosa de sus oídos, rápido, sutil como una comadreja jugando con el agua, y completamente solo. Connie retrocedió por la esquina de la casa y se apresuró hacia el bosque. A pesar de sí misma, había sufrido una conmoción. Después de todo, simplemente un hombre lavándose; ¡bastante corriente, sabe Dios!

Sin embargo, de una manera curiosa fue una experiencia visionaria: la había golpeado en medio del cuerpo. Vio los torpes pantalones deslizándose sobre los lomos puros, delicados y blancos, los huesos mostrándose un poco, y la sensación de soledad, de una criatura puramente sola, la abrumó. Desnudez perfecta, blanca, solitaria de una criatura que vive sola, e interiormente sola. Y más allá de eso, una cierta belleza de una criatura pura. No la materia de la belleza, ni siquiera el cuerpo de la belleza, sino una lamben-

cia, la cálida llama blanca de una vida singular, revelándose en contornos que se podrían tocar: ¡un cuerpo!

Connie había recibido el impacto de la visión en su vientre, y lo sabía; yacía dentro de ella. Pero con su mente se inclinaba a ridiculizarlo. ¡Un hombre lavándose en un patio trasero! ¡Sin duda con jabón amarillo de mal olor! — Estaba bastante molesta; ¿por qué tenía que tropezar con estas vulgaridades privadas?

Así que se alejó de sí misma, pero después de un rato se sentó en un tocón. Estaba demasiado confundida para pensar. Pero en el enredo de su confusión, estaba decidida a entregar su mensaje al tipo. No sería frustrada. Debía darle tiempo para vestirse, pero no tiempo para salir. Probablemente se estaba preparando para salir a alguna parte.

Así que volvió lentamente, escuchando. Al acercarse, la casita parecía igual. Un perro ladró y ella llamó a la puerta, el corazón latiéndole a pesar de sí misma.

Oyó al hombre bajar las escaleras con ligereza. Abrió la puerta rápidamente y la sobresaltó. Él mismo parecía inquieto, pero al instante una risa apareció en su rostro.

— ¡Lady Chatterley! — dijo — . ¿Quiere entrar?

Sus modales eran tan perfectamente naturales y buenos, que ella cruzó el umbral hacia la pequeña habitación bastante lúgubre.

— Solo venía con un mensaje de Sir Clifford — dijo ella con su voz suave y un poco sin aliento.

El hombre la miraba con aquellos ojos azules suyos que todo lo veían, lo que la hizo apartar un poco la cara. Él la encontró atractiva, casi hermosa, en su timidez, y tomó el mando de la situación él mismo al instante.

— ¿Le gustaría sentarse? — preguntó, presumiendo que no lo haría. La puerta estaba abierta.

— ¡No, gracias! Sir Clifford se preguntaba si usted... — y le entregó su mensaje, mirándolo inconscientemente a los ojos de nuevo. Y ahora sus ojos parecían cálidos y amables, particularmente para una mujer, maravillosamente cálidos, y amables, y a gusto.

—Muy bien, su señoría. Me encargaré de ello de inmediato.

Al recibir una orden, todo su ser había cambiado, cubierto por una especie de dureza y distancia. Connie dudó, debería irse. Pero miró alrededor de la pequeña sala de estar limpia, ordenada y bastante lúgubre con algo parecido a la consternación.

—¿Vive aquí completamente solo? —preguntó.

—Completamente solo, su señoría.

—Pero su madre...

—Ella vive en su propia casita en el pueblo.

—¿Con la niña? —preguntó Connie.

—¡Con la niña!

Y su rostro llano, más bien curtido, adoptó una indefinible expresión de burla. Era un rostro que cambiaba todo el tiempo, desconcertante.

—No —dijo, viendo a Connie quedarse perpleja—, mi madre viene y limpia para mí los sábados; el resto lo hago yo mismo.

De nuevo Connie lo miró. Sus ojos sonreían de nuevo, un poco burlones, pero cálidos y azules, y de alguna manera amables. Se maravillaba de él. Llevaba pantalones y camisa de franela y una corbata gris, el pelo suave y húmedo, el rostro más bien pálido y de aspecto curtido. Cuando los ojos dejaban de reír, parecían como si hubieran sufrido mucho, sin perder por ello su calidez. Pero una palidez de aislamiento se apoderó de él, ella no estaba realmente allí para él.

Quería decir tantas cosas, y no dijo nada. Solo lo miró de nuevo y comentó:

—Espero no haberlo molestado.

La leve sonrisa de burla entrecerró sus ojos.

—Solo peinándome, si no le importa. Siento no llevar chaqueta, pero es que no tenía ni idea de quién llamaba. Nadie llama aquí, y lo inesperado suena ominoso.

Caminó delante de ella por el sendero del jardín para sujetarle la portilla. En camisa, sin la torpe chaqueta de pana, vio de nuevo lo esbelto que era,

delgado, un poco encorvado. Sin embargo, al pasar a su lado, había algo joven y brillante en su cabello rubio y en sus ojos rápidos. Sería un hombre de unos treinta y siete u ocho años.

Ella caminó penosamente hacia el bosque, sabiendo que él la miraba; la alteraba tanto, a pesar de sí misma.

Y él, al entrar en casa, pensaba: «Es agradable, ¡es auténtica! Es más agradable de lo que ella cree».

Ella se preguntaba mucho sobre él; parecía tan diferente a un guardabosques, tan diferente a un obrero de todos modos; aunque tenía algo en común con la gente local. Pero también algo muy poco común.

—El guardabosques, Mellors, es una persona curiosa —le dijo a Clifford—; casi podría ser un caballero.

—¿Ah, sí? —dijo Clifford—. No me había dado cuenta.

—Pero, ¿no hay algo especial en él? —insistió Connie.

—Creo que es un tipo bastante agradable, pero sé muy poco de él. Solo salió del ejército el año pasado, hace menos de un año. De la India, creo. Puede que haya aprendido ciertos trucos allí, quizás fue sirviente de un oficial y mejoró su posición. Algunos hombres eran así. Pero no les sirve de nada, tienen que volver a su antiguo lugar cuando vuelven a casa.

Connie miró a Clifford contemplativamente. Vio en él el peculiar y tenso rechazo contra cualquiera de las clases bajas que pudiera estar realmente ascendiendo, que sabía que era característico de su estirpe.

—Pero, ¿no crees que hay algo especial en él? —preguntó.

—Francamente, ¡no! Nada que yo haya notado.

La miró con curiosidad, con inquietud, medio suspicazmente. Y ella sintió que no le estaba diciendo la verdad; no se estaba diciendo a sí mismo la verdad, eso era. Le disgustaba cualquier sugerencia de un ser humano realmente excepcional. La gente debía estar más o menos a su nivel, o por debajo.

Connie sintió de nuevo la estrechez, la mezquindad de los hombres de su generación. ¡Eran tan estrechos, tan asustados de la vida!

CAPÍTULO VII

Cuando Connie subió a su dormitorio, hizo lo que no había hecho en mucho tiempo: se quitó toda la ropa y se miró desnuda en el enorme espejo. No sabía qué estaba buscando, o mirando, con mucha claridad, pero movió la lámpara hasta que le dio de lleno.

Y pensó, como había pensado tantas veces... ¡qué cosa tan frágil, fácil de herir, más bien patética es un cuerpo humano, desnudo; de alguna manera un poco inacabado, incompleto!

Se suponía que tenía una figura bastante buena, pero ahora estaba pasada de moda: un poco demasiado femenina, no lo suficientemente parecida a un muchacho adolescente. No era muy alta, un poco escocesa y baja; pero tenía una cierta gracia fluida, descendente, que podría haber sido belleza. Su piel era ligeramente morena, sus miembros tenían una cierta quietud, su cuerpo debería haber tenido una riqueza plena, descendente; pero le faltaba algo.

En lugar de madurar sus curvas firmes y descendentes, su cuerpo se estaba aplanando y volviéndose un poco áspero. Era como si no hubiera tenido suficiente sol y calor; estaba un poco grisáceo y sin savia.

Decepcionado de su verdadera feminidad, no había logrado volverse juvenil, e insustancial, y transparente; en cambio, se había vuelto opaco.

Sus pechos eran más bien pequeños y caídos en forma de pera. Pero estaban inmaduros, un poco amargos, colgando allí sin sentido. Y su vientre había perdido el brillo fresco y redondo que había tenido cuando era joven,

en los días de su chico alemán, que realmente la amaba físicamente. Entonces era joven y expectante, con una mirada propia y real. Ahora se estaba volviendo flácido y un poco plano, más delgado, pero con una delgadez flácida. Sus muslos, también, que solían parecer tan vivos y fugaces en su redondez femenina, de alguna manera también se estaban volviendo planos, flácidos, sin sentido.

Su cuerpo se estaba volviendo sin sentido, volviéndose apagado y opaco, tanta sustancia insignificante. La hacía sentirse inmensamente deprimida y sin esperanza. ¿Qué esperanza había? Era vieja, vieja a los veintisiete años, sin brillo ni chispa en la carne. Vieja por negligencia y negación, sí, negación. Las mujeres de moda mantenían sus cuerpos brillantes como delicada porcelana, mediante atención externa. No había nada dentro de la porcelana; pero ella ni siquiera era tan brillante como eso. ¡La vida mental! De repente la odió con una furia arrolladora, ¡la estafa!

Se miró en el reflejo del otro espejo la espalda, la cintura, los lomos. Estaba adelgazando, pero para ella no le sentaba bien. El pliegue de su cintura en la espalda, al inclinarse hacia atrás para mirar, estaba un poco cansado; y solía tener un aspecto tan alegre. Y la larga pendiente de sus caderas y sus nalgas había perdido su brillo y su sensación de riqueza. ¡Desaparecido! Solo el chico alemán lo había amado, y llevaba diez años muerto, casi. ¡Cómo pasaba el tiempo! Diez años muerto, y ella solo tenía veintisiete. ¡Aquel chico sano con su sensualidad fresca y torpe, de la que entonces se había burlado tanto! ¿Dónde la encontraría ahora? Había desaparecido de los hombres. Tenían sus patéticos espasmos de dos segundos como Michaelis; pero ninguna sensualidad humana sana, que calienta la sangre y refresca todo el ser.

Aun así, pensaba que la parte más hermosa de ella era la larga caída inclinada de las caderas desde la cavidad de la espalda, y la quietud soñolienta y redonda de las nalgas. Como colinas de arena, dicen los árabes, suaves y descendentes con una larga pendiente. Aquí la vida aún persistía esperanzada. Pero aquí también estaba más delgada, y volviéndose inmadura, astringente.

Pero la parte delantera de su cuerpo la hacía sentirse desgraciada. Ya empezaba a aflojarse, con una especie de delgadez flácida, casi marchita, enve-

jeciendo antes de haber vivido realmente. Pensó en el hijo que de alguna manera podría tener. ¿Estaba en condiciones, de todos modos?

Se deslizó en su camisón y se fue a la cama, donde sollozó amargamente. Y en su amargura ardía una fría indignación contra Clifford, y sus escritos y su conversación: contra todos los hombres de su clase que defraudaban a una mujer incluso de su propio cuerpo.

¡Injusto! ¡Injusto! El sentimiento de profunda injusticia física le quemaba hasta el alma.

Pero por la mañana, de todos modos, se levantó a las siete y bajó a ver a Clifford. Tenía que ayudarlo en todas las cosas íntimas, pues no tenía ayuda de cámara y se negaba a tener una sirvienta. El marido del ama de llaves, que lo había conocido de niño, lo ayudaba y hacía cualquier trabajo pesado; pero Connie hacía las cosas personales, y las hacía de buena gana. Era una exigencia para ella, pero había querido hacer lo que podía.

Así que casi nunca se iba de Wragby, y nunca por más de un día o dos; entonces la señora Betts, el ama de llaves, atendía a Clifford. Él, como era inevitable con el paso del tiempo, daba por sentado todo el servicio. Era natural que lo hiciera.

Y sin embargo, en lo más profundo de sí misma, un sentimiento de injusticia, de ser defraudada, empezó a arder en Connie. El sentimiento físico de injusticia es un sentimiento peligroso, una vez que se despierta. Debe tener una salida, o carcome a aquel en quien se suscita. Pobre Clifford, no tenía la culpa. La suya era la mayor desgracia. Todo era parte de la catástrofe general.

Y sin embargo, ¿no tenía él en cierto modo la culpa? Esta falta de calidez, esta falta del simple y cálido contacto físico, ¿no tenía él la culpa de eso? Nunca era realmente cálido, ni siquiera amable, solo atento, considerado, ¿de una manera fría y bien educada! Pero nunca cálido como un hombre puede serlo con una mujer, como incluso el padre de Connie podía serlo con ella, con la calidez de un hombre que se daba la buena vida, y tenía la intención de hacerlo, pero que aún podía consolar a una mujer con un poco de su brillo masculino.

Pero Clifford no era así. Toda su estirpe no era así. Todos eran interiormente duros y distantes, y para ellos la calidez era simplemente de mal gus-

to. Tienes que arreglártelas sin ella y mantenerte en tu sitio; lo cual estaba muy bien si eras de la misma clase y estirpe. Entonces podías mantenerte frío y ser muy estimable, y mantenerte en tu sitio, y disfrutar de la satisfacción de mantenerlo. Pero si eras de otra clase y otra estirpe no servía; no tenía ninguna gracia simplemente mantenerte en tu sitio y sentir que pertenecías a la clase dominante. ¿Qué sentido tenía, cuando incluso los aristócratas más elegantes no tenían realmente nada positivo propio que mantener, y su gobierno era realmente una farsa, no un gobierno en absoluto? ¿Qué sentido tenía? Todo eran tonterías frías.

Un sentimiento de rebelión ardía en Connie. ¿De qué servía todo aquello? ¿De qué servía su sacrificio, dedicar su vida a Clifford? ¿A qué servía, después de todo? A un frío espíritu de vanidad, que no tenía contactos humanos cálidos, y que era tan corrupto como cualquier judío de baja cuna en su ansia de prostitución a la diosa-perra, el Éxito. Incluso la fría y sin contacto seguridad de Clifford de que pertenecía a la clase dominante no impedía que su lengua colgara fuera de su boca, mientras jadeaba tras la diosa-perra. Después de todo, Michaelis era realmente más digno en el asunto, y mucho, mucho más exitoso. En realidad, si mirabas de cerca a Clifford, era un bufón, y un bufón es más humillante que un patán.

Entre los dos hombres, Michaelis realmente tenía mucho más uso para ella que Clifford. Incluso tenía más necesidad de ella. ¡Cualquier buena enfermera puede atender unas piernas tullidas! Y en cuanto al esfuerzo heroico, Michaelis era una rata heroica, y Clifford era en gran medida un caniche presuntuoso.

Había gente alojada en la casa, entre ellos la tía de Clifford, Eva, Lady Bennerley. Era una mujer delgada de sesenta años, con la nariz roja, viuda, y todavía con algo de «grande dame». Pertenecía a una de las mejores familias y tenía el carácter para llevarlo. A Connie le caía bien, era perfectamente sencilla y franca, en la medida en que pretendía ser franca, y superficialmente amable. Por dentro, era una maestra en mantenerse en su sitio y mantener a los demás un poco más abajo. No era en absoluto una esnob: demasiado segura de sí misma. Era perfecta en el deporte social de mantenerse fríamente en su sitio y hacer que los demás le rindieran pleitesía.

Era amable con Connie, e intentaba introducirse en su alma de mujer con el afilado punzón de sus observaciones de buena cuna.

—Eres bastante maravillosa, en mi opinión —le dijo a Connie—. Has hecho maravillas por Clifford. Nunca vi en él ningún genio en ciernes, y ahí está, haciendo furor. —La tía Eva estaba bastante complacientemente orgullosa del éxito de Clifford. ¡Otra pluma en el sombrero de la familia! No le importaban un comino sus libros, pero ¿por qué debería?

—Oh, no creo que sea mérito mío —dijo Connie.

—¡Debe serlo! No puede ser de nadie más. Y me parece que no sacas suficiente provecho de ello.

—¿Cómo?

—Mira la forma en que estás encerrada aquí. Le dije a Clifford: ¡Si esa niña se rebela un día, te lo tendrás que agradecer a ti mismo!

—Pero Clifford nunca me niega nada —dijo Connie.

—Oye, mi querida niña —y Lady Bennerley posó su delgada mano en el brazo de Connie—. Una mujer tiene que vivir su vida, o vivir para arrepentirse de no haberla vivido. ¡Créeme! —Y tomó otro sorbo de brandy, que tal vez era su forma de arrepentimiento.

—Pero yo vivo mi vida, ¿no?

—¡No en mi opinión! Clifford debería traerte a Londres y dejarte salir. Sus amigos están bien para él, pero ¿qué son para ti? Si yo fuera tú, pensaría que no es suficiente. Dejarás pasar tu juventud, y pasarás tu vejez, y también tu mediana edad, arrepintiéndote.

Su señoría cayó en un silencio contemplativo, calmada por el brandy.

Pero a Connie no le entusiasmaba ir a Londres y ser guiada por el mundo elegante por Lady Bennerley. No se sentía realmente elegante, no era interesante. Y sí sentía la peculiar y marchitante frialdad debajo de todo ello; como la tierra de Labrador, que tiene florecillas alegres en su superficie, y un pie más abajo está congelada.

Tommy Dukes estaba en Wragby, y otro hombre, Harry Winterslow, y Jack Strangeways con su esposa Olive. La conversación era mucho más deshilvanada que cuando solo estaban los compinches, y todos estaban un poco aburridos, pues el tiempo era malo, y solo había billar y la pianola para bailar.

Olive estaba leyendo un libro sobre el futuro, cuando los bebés se criarían en botellas y las mujeres serían «inmunizadas».

—¡Sería algo estupendo! —dijo—. Entonces una mujer puede vivir su propia vida. —Strangeways quería hijos, y ella no.

—¿Cómo te gustaría que te inmunizaran? —le preguntó Winterslow, con una sonrisa fea.

—Espero estarlo; naturalmente —dijo ella—. De todos modos, el futuro va a tener más sentido, y una mujer no tiene por qué ser arrastrada por sus funciones.

—Quizás flote en el espacio del todo —dijo Dukes.

—Creo que una civilización suficiente debería eliminar muchas de las discapacidades físicas —dijo Clifford—. Todo el asunto del amor, por ejemplo, bien podría desaparecer. Supongo que lo haría si pudiéramos criar bebés en botellas.

—¡No! —gritó Olive—. Eso podría dejar mucho más espacio para la diversión.

—Supongo —dijo Lady Bennerley, contemplativa—, que si el asunto del amor desapareciera, algo más ocuparía su lugar. Morfina quizás. Un poco de morfina en todo el aire. Sería maravillosamente refrescante para todos.

—¡El gobierno soltando éter en el aire los sábados, para un fin de semana alegre! —dijo Jack—. Suena bien, pero ¿dónde estaríamos para el miércoles?

—Mientras puedas olvidar tu cuerpo, eres feliz —dijo Lady Bennerley—. Y en el momento en que empiezas a ser consciente de tu cuerpo, eres desdichado. Así que, si la civilización sirve de algo, tiene que ayudarnos a olvidar nuestros cuerpos, y entonces el tiempo pasa felizmente sin que nos demos cuenta.

—Ayudarnos a deshacernos de nuestros cuerpos por completo —dijo Winterslow—. Ya es hora de que el hombre empiece a mejorar su propia naturaleza, especialmente el lado físico.

—Imagínate si flotáramos como el humo del tabaco —dijo Connie.

—No ocurrirá —dijo Dukes—. Nuestro viejo tinglado se vendrá abajo; nuestra civilización va a caer. Va a caer por el pozo sin fondo, por el abismo. ¡Y creedme, el único puente sobre el abismo será el falo!

—¡Oh, por favor, sea imposible, general! —gritó Olive.

—Creo que nuestra civilización va a colapsar —dijo la tía Eva.

—¿Y qué vendrá después? —preguntó Clifford.

—No tengo la menor idea, pero algo, supongo —dijo la anciana dama.

—Connie dice gente como volutas de humo, y Olive dice mujeres inmunizadas y bebés en botellas, y Dukes dice que el falo es el puente hacia lo que viene después. Me pregunto qué será realmente —dijo Clifford.

—¡Oh, no te molestes! Sigamos con el hoy —dijo Olive—. Solo date prisa con la botella de crianza, y libranos a nosotras, pobres mujeres.

—Incluso podría haber hombres de verdad, en la siguiente fase —dijo Tommy—. ¡Hombres de verdad, inteligentes, sanos, y mujeres sanas y agradables! ¿No sería eso un cambio, un cambio enorme respecto a nosotros? Nosotros no somos hombres, y las mujeres no son mujeres. Solo somos apaños cerebrales, experimentos mecánicos e intelectuales. Incluso puede que llegue una civilización de hombres y mujeres genuinos, en lugar de nuestro pequeño lote de listillos, todos con una edad de inteligencia de siete años. Sería aún más asombroso que hombres de humo o bebés en botellas.

—Oh, cuando la gente empieza a hablar de mujeres de verdad, me rindo —dijo Olive.

—Ciertamente, nada más que el espíritu en nosotros vale la pena —dijo Winterslow.

—¡Espíritus! —dijo Jack, bebiendo su whisky con soda.

—¿Tú crees? ¡A mí dame la resurrección del cuerpo! —dijo Dukes—. Pero llegará, con el tiempo, cuando hayamos apartado un poco la piedra cerebral, el dinero y lo demás. Entonces tendremos una democracia del tacto, en lugar de una democracia del bolsillo.

Algo resonó dentro de Connie: «¡Dame la democracia del tacto, la resurrección del cuerpo!». No sabía en absoluto lo que significaba, pero la con-

soló, como pueden hacerlo las cosas sin sentido.

De todos modos, todo era terriblemente tonto, y estaba exasperadamente aburrida de todo ello, de Clifford, de la tía Eva, de Olive y Jack, y de Winterslow, e incluso de Dukes. ¡Hablar, hablar, hablar! ¡Qué infierno era, el continuo traqueteo!

Luego, cuando toda la gente se fue, no fue mejor. Continuó caminando penosamente, pero la exasperación y la irritación se habían apoderado de la parte inferior de su cuerpo, no podía escapar. Los días parecían pasar moliendo, con una curiosa dolorosidad, pero no pasaba nada. Solo que estaba adelgazando; incluso el ama de llaves se dio cuenta y le preguntó por su estado. Incluso Tommy Dukes insistió en que no estaba bien, aunque ella decía que estaba perfectamente. Solo que empezó a tener miedo de las espantosas lápidas blancas, esa peculiar y repugnante blancura del mármol de Carrara, detestable como dientes postizos, que se erguían en la ladera, bajo la iglesia de Tevershall, y que veía con una lúgubre claridad desde el parque. El erizamiento de los horribles dientes postizos de las lápidas en la colina la afectaba con una especie de horror macabro. Sentía que no estaba lejos el momento en que sería enterrada allí, sumada a la espantosa hueste bajo las lápidas y los monumentos, en estas sucias Midlands.

Necesitaba ayuda, y lo sabía; así que escribió un pequeño cri de cœur a su hermana, Hilda. «No estoy bien últimamente, y no sé qué me pasa».

Hilda bajó de Escocia, donde había fijado su residencia. Llegó en marzo, sola, conduciendo ella misma un ágil biplaza. Subió por el camino, tocando la bocina en la pendiente, luego rodeó el óvalo de hierba, donde se encontraban los dos grandes hayas silvestres, en el llano frente a la casa.

Connie había salido corriendo a los escalones. Hilda detuvo su coche, salió y besó a su hermana.

—¡Pero Connie! —dijo—. ¿Qué te pasa?

—¡Nada! —dijo Connie, bastante avergonzada; pero sabía cómo había sufrido en contraste con Hilda. Ambas hermanas tenían la misma piel más bien dorada y brillante, y el pelo castaño y suave, y un físico naturalmente fuerte y cálido. Pero ahora Connie estaba delgada y con aspecto terroso, con un cuello flacucho y amarillento, que sobresalía de su jersey.

—¡Pero estás enferma, niña! —dijo Hilda, con la voz suave y un poco sin aliento, que ambas hermanas tenían por igual. Hilda era casi, pero no del todo, dos años mayor que Connie.

—No, no enferma. Quizás estoy aburrida —dijo Connie un poco patéticamente.

La luz de la batalla brilló en el rostro de Hilda: era una mujer, por suave y tranquila que pareciera, del viejo tipo amazona, no hecha para encajar con los hombres.

—¡Este lugar miserable! —dijo suavemente, mirando al pobre y destartado Wragby con verdadero odio. Ella misma parecía suave y cálida, como una pera madura, y era una amazona de la vieja estirpe.

Entró tranquilamente a ver a Clifford. Él pensó en lo guapa que parecía, pero también se encogió ante ella. La familia de su esposa no tenía su tipo de modales, ni su tipo de etiqueta. Los consideraba más bien advenedizos, pero una vez que entraban, le hacían pasar por el aro.

Él estaba sentado, cuadrado y bien arreglado en su silla, con el pelo liso y rubio, y el rostro fresco, los ojos azules pálidos y un poco prominentes, la expresión inescrutable, pero de buena cuna. Hilda pensó que era hosca y estúpida, y él esperó. Tenía un aire de aplomo, pero a Hilda no le importaba qué aire tuviera; estaba en pie de guerra, y si hubiera sido Papa o Emperador habría sido lo mismo.

—Connie tiene un aspecto espantoso —dijo con su voz suave, fijándolo con sus hermosos y fulminantes ojos grises. Parecía tan virginal, al igual que Connie; pero él bien conocía la piedra de la obstinación escocesa debajo.

—Está un poco más delgada —dijo él.

—¿No has hecho nada al respecto?

—¿Crees que es necesario? —preguntó él, con su más suave rigidez inglesa, pues las dos cosas suelen ir juntas.

Hilda solo lo fulminó con la mirada sin responder; la réplica no era su fuerte, ni el de Connie; así que lo fulminó, y él se sintió mucho más incómodo que si ella hubiera dicho algo.

—La llevaré a un médico —dijo Hilda al fin—. ¿Puedes sugerir uno bueno por aquí?

—Me temo que no.

—Entonces la llevaré a Londres, donde tenemos un médico de confianza.

Aunque hervía de rabia, Clifford no dijo nada.

—Supongo que puedo quedarme a pasar la noche —dijo Hilda, quitándose los guantes—, y la llevaré a la ciudad mañana.

Clifford estaba amarillo de ira, y por la noche el blanco de sus ojos también estaba un poco amarillo. Se le iba al hígado. Pero Hilda era consistentemente modesta y virginal.

—Debes tener una enfermera o alguien que te cuide personalmente. Realmente deberías tener un ayuda de cámara —dijo Hilda mientras estaban sentados, con aparente calma, tomando café después de la cena. Hablaba con su manera suave, aparentemente gentil, pero Clifford sintió que lo estaba golpeando en la cabeza con una porra.

—¿Tú crees? —dijo fríamente.

—¡Estoy segura! Es necesario. O eso, o mi padre y yo debemos llevarnos a Connie por unos meses. Esto no puede continuar.

—¿Qué no puede continuar?

—¿No has mirado a la niña? —preguntó Hilda, mirándolo fijamente. Él parecía más bien un enorme cangrejo de río cocido, en ese momento; o eso pensó ella.

—Connie y yo lo discutiremos —dijo él.

—Ya lo he discutido con ella —dijo Hilda.

Clifford había estado suficiente tiempo en manos de enfermeras; las odiaba, porque no le dejaban ninguna privacidad real. ¡Y un ayuda de cámara!... no podía soportar a un hombre merodeando a su alrededor. Casi mejor cualquier mujer. Pero, ¿por qué no Connie?

Las dos hermanas partieron por la mañana, Connie con aspecto de cordero pascual, bastante pequeña al lado de Hilda, que sostenía el volante. Sir Malcolm estaba fuera, pero la casa de Kensington estaba abierta.

El médico examinó a Connie cuidadosamente y le preguntó todo sobre su vida.

— Veo su fotografía, y la de Sir Clifford, en los periódicos ilustrados a veces. Casi famosos, ¿no es así? Así es como crecen las niñas tranquilas, aunque usted sigue siendo una niña tranquila incluso ahora, a pesar de los periódicos ilustrados. ¡No, no! No hay nada orgánicamente mal, ¡pero esto no puede ser! ¡no puede ser! Dígale a Sir Clifford que tiene que traerla a la ciudad, o llevarla al extranjero, y divertirla. ¡Tiene que divertirse, tiene que hacerlo! Su vitalidad está demasiado baja; sin reservas, sin reservas. Los nervios del corazón ya están un poco raros: ¡oh, sí! Nada más que nervios; la pondría bien en un mes en Cannes o Biarritz. Pero no debe seguir así, no debe, se lo digo, o no responderé de las consecuencias. Está gastando su vida sin renovarla. Tiene que divertirse, adecuada y saludablemente. Está gastando su vitalidad sin crear ninguna. No puede seguir así, sabe. ¡Depresión! ¡evite la depresión!

Hilda apretó la mandíbula, y eso significaba algo.

Michaelis oyó que estaban en la ciudad y vino corriendo con rosas.

— ¡Vaya, qué pasa! — gritó —. Eres una sombra de ti misma. ¡Vaya, nunca vi un cambio así! ¿Por qué no me lo hiciste saber? ¡Ven a Niza conmigo! ¡Ven a Sicilia! ¡Vamos, ven a Sicilia conmigo, es encantador allí ahora mismo! ¡Necesitas sol! ¡Necesitas vida! ¡Vaya, te estás consumiendo! ¡Ven conmigo! ¡Ven a África! ¡Oh, al diablo con Sir Clifford! ¡Déjalo, y ven conmigo! Me casaré contigo en cuanto se divorcie de ti. ¡Vamos, prueba una vida! ¡Por el amor de Dios! Ese lugar, Wragby, mataría a cualquiera. ¡Lugar bestial! ¡Lugar inmundo! ¡Mataría a cualquiera! ¡Ven conmigo al sol! ¡Es el sol lo que necesitas, por supuesto, y un poco de vida normal!

Pero el corazón de Connie simplemente se detuvo al pensar en abandonar a Clifford en ese mismo momento. No podía hacerlo. No... ¡no! Simplemente no podía. Tenía que volver a Wragby.

Michaelis estaba disgustado. A Hilda no le gustaba Michaelis, pero casi lo prefería a Clifford. Las hermanas regresaron a las Midlands.

Hilda habló con Clifford, que todavía tenía los ojos amarillentos cuando regresaron. Él también, a su manera, estaba agotado; pero tuvo que es-

cuchar todo lo que dijo Hilda, todo lo que dijo el médico, no lo que dijo Michaelis, por supuesto, y se quedó callado durante el ultimátum.

—Aquí está la dirección de un buen ayuda de cámara, que estuvo con un paciente inválido del médico hasta que murió el mes pasado. Es realmente un buen hombre, y es bastante seguro que venga.

—Pero yo no soy un inválido, y no tendré un ayuda de cámara —dijo Clifford, pobre diablo.

—Y aquí están las direcciones de dos mujeres; vi a una de ellas, lo haría muy bien; una mujer de unos cincuenta años, tranquila, fuerte, amable y, a su manera, culta...

Clifford solo refunfuñó y no quiso responder.

—Muy bien, Clifford. Si no resolvemos algo para mañana, le telegrafiaré a mi padre y nos llevaremos a Connie.

—¿Se irá Connie? —preguntó Clifford.

—No quiere, pero sabe que debe. Mi madre murió de cáncer, provocado por la preocupación. No vamos a correr ningún riesgo.

Así que al día siguiente Clifford sugirió a la señora Bolton, la enfermera parroquial de Tevershall. Aparentemente, la señora Betts había pensado en ella. La señora Bolton se estaba retirando de sus deberes parroquiales para aceptar trabajos de enfermería privada. Clifford sentía un extraño temor de entregarse en manos de una extraña, pero esta señora Bolton lo había cuidado una vez durante la escarlatina, y la conocía.

Las dos hermanas visitaron inmediatamente a la señora Bolton, en una casa bastante nueva en una hilera, muy selecta para Tevershall. Encontraron a una mujer de aspecto más bien bueno, de cuarenta y tantos años, con uniforme de enfermera, con cuello y delantal blancos, preparándose el té en un salón pequeño y abarrotado.

La señora Bolton fue muy atenta y educada, parecía bastante agradable, hablaba con un ligero acento arrastrado, pero en un inglés muy correcto, y por haber mandado a los mineros enfermos durante muchos años, tenía una muy buena opinión de sí misma y una buena dosis de seguridad. En resumen, a su pequeña manera, una de la clase gobernante del pueblo, muy respetada.

—¡Sí, Lady Chatterley no tiene nada de buen aspecto! ¡Vaya, solía ser tan lozana, verdad que sí? ¡Pero ha estado decayendo todo el invierno! Oh, es duro, lo es. ¡Pobre Sir Clifford! Eh, esa guerra, tiene mucho de qué responder.

Y la señora Bolton vendría a Wragby de inmediato, si el Dr. Shardlow la dejaba. Tenía otra quincena de enfermería parroquial que hacer, por derecho, pero podrían conseguir una sustituta, ya sabes.

Hilda se fue corriendo a ver al Dr. Shardlow, y el domingo siguiente la señora Bolton subió en el coche de Leiver a Wragby, con dos baúles. Hilda habló con ella; la señora Bolton estaba lista en cualquier momento para hablar. ¡Y parecía tan joven! la forma en que la pasión se sonrojaba en su mejilla más bien pálida. Tenía cuarenta y siete años.

Su marido, Ted Bolton, había muerto en la mina, hacía veintidós años, veintidós años la pasada Navidad, justo en Navidad, dejándola con dos hijos, uno un bebé en brazos. Oh, la bebé ya estaba casada, Edith, con un joven de Boots Cash Chemists en Sheffield. La otra era maestra de escuela en Chesterfield, venía a casa los fines de semana, cuando no la invitaban a algún sitio. Los jóvenes se divertían hoy en día, no como cuando ella, Ivy Bolton, era joven.

Ted Bolton tenía veintiocho años cuando murió en una explosión en la mina. El capataz de delante les gritó a todos que se tumbaran rápido, eran cuatro. Y todos se tumbaron a tiempo, solo Ted, y lo mató. Luego, en la investigación, del lado de los patrones dijeron que Ted se había asustado y había intentado huir, y no había obedecido las órdenes, así que fue como si fuera culpa suya. Así que la indemnización fue solo de trescientas libras, y lo hicieron parecer más un regalo que una indemnización legal, porque en realidad fue culpa del hombre. Y no le dejaron tener el dinero de golpe; ella quería tener una pequeña tienda. Pero dijeron que sin duda lo malgastaría, ¡quizás en bebida! Así que tuvo que sacarlo a treinta chelines por semana. Sí, tenía que ir todos los lunes por la mañana a las oficinas y estar allí un par de horas esperando su turno; sí, durante casi cuatro años fue todos los lunes. ¿Y qué podía hacer con dos niños pequeños a su cargo? Pero la madre de Ted fue muy buena con ella. Cuando el bebé pudo empezar a andar, se quedaba con los dos niños durante el día, mientras ella, Ivy Bolton, iba a Sheffield y asistía a clases de primeros auxilios, y luego el cuarto año

incluso hizo un curso de enfermería y se tituló. Estaba decidida a ser independiente y a mantener a sus hijos. Así que fue asistente en el hospital de Uthwaite, un lugar pequeño, durante un tiempo. Pero cuando la Compañía, la Tevershall Colliery Company, en realidad Sir Geoffrey, vio que podía salir adelante por sí misma, fueron muy buenos con ella, le dieron la enfermería parroquial y la apoyaron, eso diría de ellos. Y lo había hecho desde entonces, hasta que ahora se le estaba haciendo un poco pesado, necesitaba algo un poco más ligero, había mucho trajín si eras enfermera de distrito.

—Sí, la Compañía ha sido muy buena conmigo, siempre lo digo. Pero nunca olvidaré lo que dijeron de Ted, porque era un tipo tan firme y valiente como el que más pisó la jaula, y fue como si lo marcaran de cobarde. Pero ahí estaba, muerto, y no podía decirles nada a ninguno de ellos.

Era una extraña mezcla de sentimientos lo que la mujer mostraba al hablar. Le gustaban los mineros, a los que había cuidado durante tanto tiempo; pero se sentía muy superior a ellos. Se sentía casi de clase alta; y al mismo tiempo, un resentimiento contra la clase dominante ardía en ella. ¡Los patrones! En una disputa entre patrones y obreros, ella siempre estaba del lado de los obreros. Pero cuando no había cuestión de contienda, ansiaba ser superior, ser de las clases altas. Las clases altas la fascinaban, apelando a su peculiar pasión inglesa por la superioridad. Estaba emocionada de venir a Wragby; emocionada de hablar con Lady Chatterley, ¡caramba, diferente de las esposas de los mineros comunes! Lo dijo con todas las letras. Sin embargo, se podía ver asomar en ella un rencor contra los Chatterley; el rencor contra los patrones.

—¡Vaya, sí, por supuesto, agotaría a Lady Chatterley! Es una suerte que tuviera una hermana que viniera a ayudarla. Los hombres no piensan, altos y bajos por igual, dan por sentado lo que una mujer hace por ellos. Oh, se lo he echado en cara a los mineros muchas veces. Pero es muy duro para Sir Clifford, sabe, tullido como está. Siempre fueron una familia altiva, distantes en cierto modo, como tienen derecho a serlo. ¡Pero luego ser derribado así! Y es muy duro para Lady Chatterley, quizás más duro para ella. ¡Lo que se pierde! Yo solo tuve a Ted tres años, pero caramba, mientras lo tuve, tuve un marido que nunca podría olvidar. Era uno entre mil, y alegre como el día. ¿Quién habría pensado que moriría? No me lo creo hasta el día de hoy, de alguna manera, nunca me lo he creído, aunque lo lavé con mis

propias manos. Pero para mí nunca estuvo muerto, nunca lo estuvo. Nunca lo asimilé.

Esta era una nueva voz en Wragby, muy nueva para Connie; despertó en ella un nuevo oído.

Durante la primera semana más o menos, sin embargo, la señora Bolton estuvo muy callada en Wragby; su manera segura y mandona la abandonó, y estaba nerviosa. Con Clifford era tímida, casi asustada, y silenciosa. A él le gustó eso, y pronto recuperó la compostura, dejándola hacer cosas por él sin siquiera notarla.

— ¡Es una nulidad útil! —dijo él. Connie abrió los ojos con asombro, pero no lo contradijo. ¡Qué diferentes son las impresiones en dos personas diferentes!

Y pronto se volvió bastante soberbio, algo señorial con la enfermera. Ella se lo había esperado, y él siguió el juego sin saberlo. ¡Tan susceptibles somos a lo que se espera de nosotros! Los mineros habían sido como niños, hablándole y diciéndole lo que les dolía, mientras ella los vendaba o los cuidaba. Siempre la habían hecho sentir tan grandiosa, casi sobrehumana en sus administraciones. Ahora Clifford la hacía sentir pequeña, y como una sirvienta, y ella lo aceptaba sin una palabra, ajustándose a las clases altas.

Llegaba muy silenciosa, con su rostro largo y hermoso, y los ojos bajos, para atenderlo. Y decía muy humildemente:

— ¿Hago esto ahora, Sir Clifford? ¿Hago aquello?

— No, déjelo por un tiempo, lo haré más tarde.

— Muy bien, Sir Clifford.

— Vuelva en media hora.

— Muy bien, Sir Clifford.

— Y saque esos papeles viejos, ¿quiere?

— Muy bien, Sir Clifford.

Iba suavemente, y en media hora volvía suavemente. La intimidaban, pero no le importaba. Estaba experimentando a las clases altas. No resentía ni le disgustaba Clifford; él era solo parte de un fenómeno, el fenómeno de

la gente de clase alta, hasta ahora desconocido para ella, pero ahora por conocer. Se sentía más a gusto con Lady Chatterley, y después de todo, la señora de la casa es la que más importa.

La señora Bolton ayudaba a Clifford a acostarse por la noche, y dormía al otro lado del pasillo de su habitación, y venía si él la llamaba por la noche. También lo ayudaba por la mañana, y pronto lo atendió por completo, incluso afeitándolo, a su manera suave y tentativa de mujer. Era muy buena y competente, y pronto supo cómo tenerlo en su poder. Después de todo, no era tan diferente de los mineros, cuando le enjabonabas la barbilla y le frotabas suavemente la barba incipiente. La distancia y la falta de franqueza no le molestaban, estaba teniendo una nueva experiencia.

Clifford, sin embargo, en su interior, nunca perdonó del todo a Connie por haber entregado su cuidado personal a una mujer extraña y contratada. Mató, se dijo a sí mismo, la verdadera flor de la intimidad entre él y ella. Pero a Connie no le importó eso. La fina flor de su intimidad era para ella más bien como una orquídea, un bulbo pegado parasitariamente a su árbol de la vida, y produciendo, a sus ojos, una flor bastante pobre.

Ahora que tenía más tiempo para sí misma, podía tocar suavemente el piano, arriba en su habitación, y cantar: «No toques la ortiga... pues los lazos del amor son difíciles de desatar». No se había dado cuenta hasta hace poco de lo difíciles de desatar que eran, estos lazos del amor. ¡Pero gracias al cielo los había desatado! Estaba tan contenta de estar sola, de no tener que hablar siempre con él. Cuando él estaba solo, tecleaba-tecleaba-tecleaba en una máquina de escribir, hasta el infinito. Pero cuando no estaba «trabajando», y ella estaba allí, hablaba, siempre hablaba; un análisis pequeño e infinito de personas y motivos, y resultados, caracteres y personalidades, hasta que ahora ya había tenido suficiente. Durante años le había encantado, hasta que tuvo suficiente, y de repente fue demasiado. Estaba agradecida de estar sola.

Era como si miles y miles de pequeñas raíces e hilos de conciencia en él y en ella hubieran crecido juntos en una masa enredada, hasta que no pudieron apretujarse más, y la planta estaba muriendo. Ahora, tranquila y sutilmente, estaba desenredando el enredo de la conciencia de él y de ella, rompiendo los hilos suavemente, uno por uno, con paciencia e impaciencia por liberarse. Pero los lazos de tal amor son incluso más difíciles de desatar

que la mayoría de los lazos; aunque la llegada de la señora Bolton había sido de gran ayuda.

Pero él todavía quería las viejas veladas íntimas de conversación con Connie; conversación o lectura en voz alta. Pero ahora ella podía arreglar que la señora Bolton viniera a las diez para molestarlos. A las diez en punto, Connie podía subir y estar sola. Clifford estaba en buenas manos con la señora Bolton.

La señora Bolton comía con la señora Betts en la sala del ama de llaves, ya que todas estaban de acuerdo. Y era curioso cuánto más cerca parecían haber llegado las dependencias del servicio; justo hasta las puertas del estudio de Clifford, cuando antes estaban tan remotas. Porque la señora Betts a veces se sentaba en la habitación de la señora Bolton, y Connie oía sus voces bajas, y sentía de alguna manera la fuerte y otra vibración de la gente trabajadora casi invadiendo el salón, cuando ella y Clifford estaban solos. Tan cambiado estaba Wragby simplemente por la llegada de la señora Bolton.

Y Connie se sintió liberada, en otro mundo, sintió que respiraba de otra manera. Pero todavía tenía miedo de cuántas de sus raíces, quizás mortales, estaban enredadas con las de Clifford. Sin embargo, aun así, respiraba más libremente, una nueva fase iba a comenzar en su vida.

CAPÍTULO VIII

La señora Bolton también mantenía un ojo protector sobre Connie, sintiendo que debía extenderle su protección femenina y profesional. Siempre la instaba a su señoría a salir a caminar, a ir en coche a Uthwaite, a estar al aire libre. Porque Connie se había acostumbrado a quedarse quieta junto al fuego, fingiendo leer o coser débilmente, y apenas salía.

Fue un día ventoso, poco después de que Hilda se fuera, que la señora Bolton dijo:

— Ahora, ¿por qué no va a dar un paseo por el bosque y mira los narcisos detrás de la casita del guardabosques? Son la vista más bonita que vería en una jornada de marcha. Y podría poner algunos en su habitación, los narcisos silvestres siempre tienen un aspecto tan alegre, ¿no es así?

Connie se lo tomó bien, incluso lo de daffs por narcisos. ¡Narcisos silvestres! Después de todo, uno no debería cocerse en su propio jugo. La primavera volvía... «Las estaciones vuelven, pero no a mí vuelve el Día, ni el dulce acercarse de la Tarde o la Mañana».

¡Y el guardabosques, su cuerpo delgado y blanco, como un pistilo solitario de una flor invisible! Lo había olvidado en su indecible depresión. Pero ahora algo se despertó... «Pálido más allá del porche y el portal»... lo que había que hacer era pasar los porches y los portales.

Estaba más fuerte, podía caminar mejor, y en el bosque el viento no sería tan agotador como en el parque, aplastándose contra ella. Quería olvidar, olvidar el mundo, y a toda la gente espantosa, de cuerpos de carroña. «¡De-

béis nacer de nuevo! ¡Creo en la resurrección del cuerpo! Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, de ninguna manera dará fruto. ¡Cuando salga el azafrán, yo también emergeré y veré el sol!». En el viento de marzo, frases interminables barrían su conciencia.

Pequeñas ráfagas de sol soplaban, extrañamente brillantes, e iluminaban las celidonias en el borde del bosque, bajo las varas de avellano, que brillaban y amarilleaban. Y el bosque estaba quieto, más quieto, pero aun así ventoso con el sol que lo cruzaba. Las primeras anémonas de bosque habían salido, y todo el bosque parecía pálido con la palidez de interminables y pequeñas anémonas, salpicando el suelo agitado. «El mundo ha palidecido con tu aliento». Pero era el aliento de Perséfone, esta vez; había salido del infierno en una mañana fría. Llegaban frías ráfagas de viento, y arriba había una furia de viento enredado atrapado entre las ramitas. También él estaba atrapado e intentando liberarse, el viento, como Absalón. ¡Qué frías parecían las anémonas, moviendo sus hombros blancos y desnudos sobre faldas de crinolina verde! Pero lo soportaban. Unas pocas primeras y pequeñas prímulas descoloridas también, junto al sendero, y capullos amarillos desplegándose.

El rugido y el vaivén estaban arriba, solo corrientes frías bajaban. Connie estaba extrañamente excitada en el bosque, y el color voló a sus mejillas, y ardió azul en sus ojos. Caminaba penosamente, recogiendo unas pocas prímulas y las primeras violetas, que olían dulce y frío, dulce y frío. Y se dejó llevar sin saber dónde estaba.

Hasta que llegó al claro, en el extremo del bosque, y vio la casita de piedra teñida de verde, con un aspecto casi rosado, como la carne debajo de un champiñón, su piedra calentada por un estallido de sol. Y había un destello de jazmín amarillo junto a la puerta; la puerta cerrada. Pero ningún sonido; ningún humo de la chimenea; ningún perro ladrando.

Rodeó la parte trasera en silencio, donde el terraplén se elevaba; tenía una excusa, para ver los narcisos.

Y allí estaban, las flores de tallo corto, susurrando y revoloteando y temblando, tan brillantes y vivas, pero sin ningún lugar donde esconder sus rostros, mientras los apartaban del viento.

Sacudían sus pequeños harapos brillantes y soleados en ataques de angustia. Pero quizás les gustaba de verdad; quizás realmente les gustaba el zarandeo.

Constance se sentó de espaldas a un joven pino, que se mecía contra ella con una vida curiosa, elástica y poderosa, elevándose. ¡La cosa erguida, viva, con su copa al sol! Y observó cómo los narcisos se volvían dorados, en un estallido de sol que era cálido en sus manos y su regazo. Incluso captó el tenue aroma alquitranado de las flores. Y entonces, estando tan quieta y sola, pareció entrar en la corriente de su propio destino. Había estado atada por una cuerda, y forcejeando y enredándose como un barco en sus amarras; ahora estaba suelta y a la deriva.

El sol dio paso al frío; los narcisos estaban en la sombra, inclinándose silenciosamente. Así se inclinarían durante el día y la larga y fría noche. ¡Tan fuertes en su fragilidad!

Se levantó, un poco rígida, cogió unos pocos narcisos y bajó. Odiaba romper las flores, pero quería solo una o dos para que la acompañaran. Tendría que volver a Wragby y sus muros, y ahora lo odiaba, especialmente sus gruesos muros. ¡Muros! ¡Siempre muros! Sin embargo, uno los necesitaba con este viento.

Cuando llegó a casa, Clifford le preguntó:

—¿Adónde fuiste?

—¡Crucé todo el bosque! Mira, ¿no son adorables los pequeños narcisos? ¡Pensar que salen de la tierra!

—Tanto de la tierra como del aire y el sol —dijo él.

—Pero modelados en la tierra —replicó ella, con una pronta contradicción que la sorprendió un poco.

La tarde siguiente fue de nuevo al bosque. Siguió el ancho camino que se desviaba y subía a través de los alerces hasta un manantial llamado Pozo de John. Hacía frío en esa ladera, y no había ni una flor en la oscuridad de los alerces. Pero el manantial helado brotaba suavemente hacia arriba desde su diminuto lecho de guijarros puros, de un blanco rojizo. ¡Qué helado y claro era! ¡brillante! Sin duda, el nuevo guardabosques había puesto guijarros nuevos. Oyó el débil tintineo del agua, mientras el diminuto desbordamien-

to goteaba y bajaba la colina. Incluso por encima del siseante estruendo del bosque de alerces, que extendía su oscuridad erizada, sin hojas y lobuna por la ladera, oyó el tintineo como de pequeñas campanas de agua.

Este lugar era un poco siniestro, frío, húmedo. Sin embargo, el pozo debió de ser un abrevadero durante cientos de años. Ahora ya no. Su diminuto espacio despejado era exuberante, frío y lúgubre.

Se levantó y se dirigió lentamente hacia casa. Mientras caminaba, oyó un débil golpeteo a la derecha y se detuvo a escuchar. ¿Era un martillo o un pájaro carpintero? Seguramente era un martillo.

Siguió caminando, escuchando. Y entonces se fijó en un estrecho sendero entre jóvenes abetos, un sendero que parecía no llevar a ninguna parte. Pero sintió que había sido usado. Se desvió por él aventureramente, entre los espesos y jóvenes abetos, que pronto dieron paso al viejo bosque de robles. Siguió el sendero, y el martilleo se hizo más cercano, en el silencio del bosque ventoso, pues los árboles crean un silencio incluso en su ruido de viento.

Vio un pequeño claro secreto y una pequeña cabaña secreta hecha de postes rústicos. ¡Y nunca había estado aquí antes! Se dio cuenta de que era el lugar tranquilo donde se criaban los faisanes; el guardabosques, en mangas de camisa, estaba arrodillado, martilleando. El perro se adelantó con un ladrido corto y agudo, y el guardabosques levantó la cara de repente y la vio. Tenía una mirada de sobresalto en los ojos.

Se enderezó y saludó, observándola en silencio, mientras ella se adelantaba con los miembros debilitados. Le molestó la intrusión, apreciaba su soledad como su única y última libertad en la vida.

—Me preguntaba qué era el martilleo —dijo ella, sintiéndose débil y sin aliento, y un poco asustada de él, mientras la miraba tan directamente.

—Estoy preparando los gallineros para los pajarillos —dijo él, en la jerga más pura.

Ella no supo qué decir, y se sintió débil.

—Me gustaría sentarme un poco —dijo.

—Venga y siéntese aquí en la cabaña —dijo él, yendo delante de ella hacia la cabaña, apartando un poco de madera y trastos, y sacando una silla

rústica, hecha de varas de avellano.

—¿Le enciendo un fueguito? —preguntó, con la curiosa ingenuidad del dialecto.

—Oh, no se moleste —respondió ella.

Pero él le miró las manos: estaban bastante azules. Así que rápidamente cogió unas ramitas de alerce y las llevó a la pequeña chimenea de ladrillo en la esquina, y en un momento la llama amarilla subía por el tiro. Hizo un sitio junto al hogar de ladrillo.

—Siéntese aquí entonces un rato, y caliéntese —dijo.

Ella le obedeció. Tenía esa curiosa clase de autoridad protectora que ella obedecía al instante. Así que se sentó y se calentó las manos en el fuego, y echó leños a la lumbre, mientras fuera él volvía a martillear. En realidad, no quería sentarse, metida en un rincón junto al fuego; habría preferido mirar desde la puerta, pero la estaban cuidando, así que tuvo que someterse.

La cabaña era bastante acogedora, con paneles de pino sin barnizar, con una pequeña mesa rústica y un taburete al lado de su silla, y un banco de carpintero, luego una caja grande, herramientas, tablas nuevas, clavos; y muchas cosas colgadas de clavijas: hacha, hachuela, trampas, cosas en sacos, su abrigo. No tenía ventana, la luz entraba por la puerta abierta. Era un revoltijo, pero también era una especie de pequeño santuario.

Escuchaba el golpeteo del martillo del hombre; no era tan feliz. Estaba oprimido. ¡Aquello era una invasión de su privacidad, y una peligrosa! ¡Una mujer! Había llegado al punto en que todo lo que quería en la tierra era estar solo. Y sin embargo, era impotente para preservar su privacidad; era un hombre contratado, y esta gente era su ama.

Especialmente no quería volver a entrar en contacto con una mujer. Lo temía, pues tenía una gran herida de antiguos contactos. Sentía que si no podía estar solo, y si no podía ser dejado en paz, moriría. Su retroceso del mundo exterior era completo; su último refugio era este bosque; ¡esconderse allí!

Connie se calentó junto al fuego, que había hecho demasiado grande; luego le entró calor. Fue y se sentó en el taburete en la puerta, observando al hombre trabajar. Él parecía no notarla, pero lo sabía. Sin embargo, siguió

trabajando, como absorto, y su perra marrón estaba sentada sobre su cola cerca de él y observaba el mundo poco fiable.

Esbelto, silencioso y rápido, el hombre terminó el gallinero que estaba haciendo, le dio la vuelta, probó la puerta corredera y luego lo apartó. Luego se levantó, fue a por un gallinero viejo y lo llevó al tajo de cortar donde estaba trabajando. Agachado, probó los barrotes; algunos se rompieron en sus manos; empezó a sacar los clavos. Luego le dio la vuelta al gallinero y deliberó, y no dio absolutamente ninguna señal de ser consciente de la presencia de la mujer.

Así que Connie lo observó fijamente. Y la misma soledad solitaria que había visto en él desnudo, la vio ahora en él vestido: solitario y concentrado, como un animal que trabaja solo, pero también meditabundo, como un alma que se repliega, se aleja de todo contacto humano. Silenciosa, pacientemente, se estaba replegando de ella incluso ahora. Era la quietud, y la especie de paciencia atemporal, en un hombre impaciente y apasionado, lo que tocó el vientre de Connie. Lo vio en su cabeza inclinada, las manos rápidas y silenciosas, el agacharse de sus lomos esbeltos y sensibles; algo paciente y retraído. Sintió que su experiencia había sido más profunda y amplia que la suya; mucho más profunda y amplia, y quizás más mortal. Y esto la alivió de sí misma; se sintió casi irresponsable.

Así que se sentó en la puerta de la cabaña en un sueño, completamente inconsciente del tiempo y de las circunstancias particulares. Estaba tan a la deriva que él la miró rápidamente y vio la mirada completamente quieta y expectante en su rostro. Para él era una mirada de espera. Y una pequeña y delgada lengua de fuego parpadeó de repente en sus lomos, en la raíz de su espalda, y gimió en espíritu. Temía con una repulsión casi de muerte cualquier otro contacto humano cercano. Deseaba por encima de todas las cosas que ella se fuera y lo dejara en su propia privacidad. Temía su voluntad, su voluntad femenina, y su moderna insistencia femenina. Y sobre todo temía su fría impertinencia de clase alta de salirse con la suya. Porque después de todo, él era solo un hombre contratado. Odiaba su presencia allí.

Connie volvió en sí con una súbita inquietud. Se levantó. La tarde se estaba convirtiendo en noche, pero no podía irse. Se acercó al hombre, que se puso de pie en atención, su rostro curtido, rígido y en blanco, sus ojos observándola.

—Se está tan bien aquí, tan tranquilo —dijo—. Nunca había estado aquí antes.

—¿No?

—Creo que vendré a sentarme aquí a veces.

—Sí.

—¿Cierra la cabaña con llave cuando no está aquí?

—Sí, su señoría.

—¿Cree que podría tener una llave también, para poder sentarme aquí a veces? ¿Hay dos llaves?

—Que yo sepa, no la hay.

Había caído en la lengua vernácula. Connie dudó; estaba oponiendo resistencia. ¿Era su cabaña, después de todo?

—¿No podríamos conseguir otra llave? —preguntó con su voz suave, que por debajo tenía el timbre de una mujer decidida a salirse con la suya.

—¡Otra! —dijo él, mirándola con un destello de ira, teñido de burla.

—Sí, un duplicado —dijo ella, sonrojándose.

—Quizás Sir Clifford lo sepa —dijo él, dándole largas.

—¡Sí! —dijo ella—, puede que tenga otra. Si no, podríamos hacer una con la que usted tiene. Solo tardaría un día o dos, supongo. Podría prestar su llave por ese tiempo.

—¡No sé decirle, mi señora! No conozco a naide que haga llaves por aquí.

Connie se sonrojó de repente de ira.

—¡Muy bien! —dijo—. Ya me encargaré yo.

—De acuerdo, su señoría.

Sus ojos se encontraron. Los de él tenían una mirada fría y fea de aversión y desprecio, e indiferencia a lo que pudiera pasar. Los de ella estaban ardientes por el rechazo.

Pero su corazón se hundió, vio cuán absolutamente le desagradaba, cuando iba en su contra. Y lo vio en una especie de desesperación.

—¡Buenas tardes!

—¡Buenas tardes, mi señora! —Saludó y se apartó bruscamente. Ella había despertado a los perros dormidos de la vieja y voraz ira en él, la ira contra la mujer voluntariosa. Y él era impotente, impotente. ¡Lo sabía!

Y ella estaba enfadada contra el hombre voluntarioso. ¡Un sirviente, además! Caminó a casa hosca.

Encontró a la señora Bolton bajo el gran haya en la loma, buscándola.

—Me preguntaba si vendría, mi señora —dijo la mujer alegremente.

—¿Llego tarde? —preguntó Connie.

—Oh... solo que Sir Clifford estaba esperando su té.

—¿Por qué no lo preparó usted entonces?

—Oh, no creo que sea mi lugar. No creo que a Sir Clifford le gustara en absoluto, mi señora.

—No veo por qué no —dijo Connie.

Entró en el estudio de Clifford, donde la vieja tetera de latón hervía a fuego lento en la bandeja.

—¿Llego tarde, Clifford? —dijo, dejando las pocas flores y cogiendo la lata de té, mientras estaba de pie frente a la bandeja con su sombrero y su bufanda—. ¡Lo siento! ¿Por qué no dejaste que la señora Bolton preparara el té?

—No se me ocurrió —dijo irónicamente—. No la veo presidiendo la mesa del té.

—Oh, no hay nada sacrosanto en una tetera de plata —dijo Connie.

Él la miró con curiosidad.

—¿Qué hiciste toda la tarde? —preguntó.

—Caminé y me senté en un lugar resguardado. ¿Sabes que todavía hay bayas en el gran acebo?

Se quitó la bufanda, pero no el sombrero, y se sentó a preparar el té. La tostada estaría seguramente correosa. Puso la funda sobre la tetera y se levantó para coger un vasito para sus violetas. Las pobres flores colgaban, lacias en sus tallos.

— ¡Revivirán! —dijo, poniéndolas delante de él en su vaso para que las oliera.

— «Más dulces que los párpados de Juno» —citó él.

— No veo ninguna conexión con las violetas reales —dijo ella—. Los isabelinos son bastante recargados.

Le sirvió el té.

— ¿Crees que hay una segunda llave para esa pequeña cabaña no lejos del Pozo de John, donde se crían los faisanes? —dijo.

— Puede que la haya. ¿Por qué?

— La encontré hoy por casualidad, y nunca la había visto antes. Creo que es un lugar encantador. Podría sentarme allí a veces, ¿no?

— ¿Estaba Mellors allí?

— ¡Sí! Así es como la encontré: por su martilleo. No pareció gustarle nada mi intromisión. De hecho, fue casi grosero cuando le pregunté por una segunda llave.

— ¿Qué dijo?

— Oh, nada: solo sus modales; y dijo que no sabía nada de llaves.

— Puede que haya una en el estudio de mi padre. Betts las conoce todas; están todas allí. Le pediré que eche un vistazo.

— ¡Oh, hazlo! —dijo ella.

— ¿Así que Mellors fue casi grosero?

— ¡Oh, nada, de verdad! Pero no creo que quisiera darme la libertad del castillo, exactamente.

— No me extraña.

— Aun así, no veo por qué debería importarle. ¡No es su casa, después de todo! No es su morada privada. No veo por qué no debería sentarme allí si

quiero.

—¡Desde luego! —dijo Clifford—. Se cree demasiado, ese hombre.

—¿Tú crees?

—¡Oh, decididamente! Se cree algo excepcional. Sabes que tuvo una esposa con la que no se llevaba bien, así que se alistó en 1915 y lo enviaron a la India, creo. De todos modos, fue herrero de la caballería en Egipto durante un tiempo; siempre estuvo relacionado con los caballos, un tipo listo en ese sentido. Luego, algún coronel indio se encaprichó de él y lo hicieron teniente. Sí, le dieron un despacho. Creo que volvió a la India con su coronel, y hasta la frontera noroeste. Estuvo enfermo; tiene una pensión. No salió del ejército hasta el año pasado, creo, y entonces, naturalmente, no es fácil para un hombre como ese volver a su propio nivel. Está condenado a dar tumbos. Pero cumple con su deber, en lo que a mí respecta. Solo que no voy a tolerar nada del toque de teniente Mellors.

—¿Cómo pudieron hacerlo oficial cuando habla un marcado dialecto de Derbyshire?

—No lo hace... excepto a ratos. Puede hablar perfectamente bien, para lo que es él. Supongo que tiene la idea de que si ha vuelto a la tropa, será mejor que hable como habla la tropa.

—¿Por qué no me hablaste de él antes?

—Oh, no tengo paciencia para estos romances. Son la ruina de todo orden. Es una lástima que hayan ocurrido.

Connie se inclinaba a estar de acuerdo. ¿De qué servía la gente descontenta que no encajaba en ninguna parte?

Con el buen tiempo, Clifford también decidió ir al bosque. El viento era frío, pero no tan molesto, y el sol era como la vida misma, cálido y pleno.

—Es asombroso —dijo Connie—, lo diferente que se siente uno cuando hay un día realmente fresco y bueno. Normalmente se siente que el aire mismo está medio muerto. La gente está matando el propio aire.

—¿Crees que la gente lo está haciendo? —preguntó él.

—Sí, lo creo. El vapor de tanto aburrimiento, y descontento e ira de toda la gente, simplemente mata la vitalidad en el aire. Estoy segura.

—¿Quizás alguna condición de la atmósfera reduce la vitalidad de la gente? —dijo él.

—No, es el hombre quien envenena el universo —afirmó ella.

—Ensucucia su propio nido —comentó Clifford.

La silla siguió resoplando. En el bosquecillo de avellanos, los amentos colgaban de un oro pálido, y en los lugares soleados las anémonas de bosque estaban completamente abiertas, como si exclamaran con la alegría de la vida, tan buenas como en días pasados, cuando la gente podía exclamar junto con ellas. Tenían un tenue aroma a flor de manzano. Connie cogió algunas para Clifford.

Él las tomó y las miró con curiosidad.

—«Tú, todavía no violada novia de la quietud» —citó—. Parece encajar con las flores mucho mejor que con los jarrones griegos.

—¡Violada es una palabra horrible! —dijo ella—. Solo la gente viola las cosas.

—Oh, no sé... los caracoles y esas cosas —dijo él.

—Incluso los caracoles solo se las comen, y las abejas no violan.

Estaba enfadada con él, convirtiéndolo todo en palabras. Las violetas eran los párpados de Juno, y las anémonas eran novias no violadas. ¡Cómo odiaba las palabras, siempre interponiéndose entre ella y la vida!: ellas eran las que violaban, si algo lo hacía: palabras y frases hechas, chupando toda la savia vital de los seres vivos.

El paseo con Clifford no fue un éxito total. Entre él y Connie había una tensión que cada uno fingía no notar, pero allí estaba. De repente, con toda la fuerza de su instinto femenino, lo estaba apartando. Quería liberarse de él, y especialmente de su conciencia, sus palabras, su obsesión consigo mismo, su interminable y obsesiva rutina consigo mismo y sus propias palabras.

El tiempo volvió a ser lluvioso. Pero después de un día o dos, salió bajo la lluvia y fue al bosque. Y una vez allí, se dirigió hacia la cabaña. Llovía, pero no hacía tanto frío, y el bosque se sentía tan silencioso y remoto, inaccesible en la penumbra de la lluvia.

Llegó al claro. ¡Nadie allí! La cabaña estaba cerrada con llave. Pero se sentó en el escalón de troncos, bajo el porche rústico, y se acurrucó en su propio calor. Así se sentó, mirando la lluvia, escuchando sus muchos ruidos silenciosos, y los extraños suspiros del viento en las ramas superiores, cuando parecía no haber viento. Viejos robles se erguían alrededor, grises, troncos poderosos, ennegrecidos por la lluvia, redondos y vitales, lanzando ramas audaces. El suelo estaba bastante libre de maleza, las anémonas salpicadas, había uno o dos arbustos, saúco o mundillo, y un enredo purpúreo de zarzas; el viejo color rojizo de los helechos casi había desaparecido bajo los volantes verdes de las anémonas. Quizás este era uno de los lugares no violados. ¡No violado! El mundo entero estaba violado.

Algunas cosas no pueden ser violadas. No puedes violar una lata de sardinas. Y tantas mujeres son así; y hombres. ¡Pero la tierra...!

La lluvia amainaba. Apenas si creaba oscuridad entre los robles. Connie quería irse; sin embargo, se quedó sentada. Pero le estaba entrando frío; sin embargo, la abrumadora inercia de su resentimiento interior la mantenía allí como paralizada.

¡Violada! Cuán violada se podía estar sin ser tocada siquiera. Violada por palabras muertas convertidas en obscenas, e ideas muertas convertidas en obsesiones.

Un perro marrón y mojado llegó corriendo y no ladró, levantando una pluma húmeda por cola. El hombre lo seguía con una chaqueta de hule negra y mojada, como un chófer, y el rostro un poco sonrojado. Ella sintió que él retrocedía en su rápido caminar al verla. Se puso de pie en el palmo de sequedad bajo el porche rústico. Él saludó sin hablar, acercándose lentamente. Ella empezó a retirarse.

— Ya me voy —dijo.

— ¿Estaba esperando para entrar? —preguntó él, mirando la cabaña, no a ella.

— No, solo me senté unos minutos al abrigo —dijo ella, con tranquila dignidad.

Él la miró. Parecía tener frío.

— Sir Clifford no tenía otra llave, entonces, ¿no? —preguntó.

—No, pero no importa. Puedo sentarme perfectamente seca bajo este porche. ¡Buenas tardes! —Odiaba el exceso de lengua vernácula en su discurso.

Él la observó de cerca mientras se alejaba. Luego se subió la chaqueta y metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacando la llave de la cabaña.

—Pos va a ser mejor que se quede usted con esta llave, y yo ya me las apañaré pa los pájaros por otro lao.

Ella lo miró.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Quiero decir que pos va a ser mejor que encuentre otro sitio que sirva pa criar los faisanes. Si usted quiere estar aquí, no querrá que yo ande liando por aquí to el tiempo.

Ella lo miró, entendiendo su significado a través de la niebla del dialecto.

—¿Por qué no habla un inglés normal? —dijo ella con frialdad.

—¡Yo! Pos si yo creía que era normal.

Ella guardó silencio por unos momentos, enfadada.

—Así que si quiere la llave, mejor que la coja. O pos va a ser mejor que se la dé mañana, y saque to los trastos primero. ¿Le parece bien?

Se enfadó más.

—No quería su llave —dijo—. No quiero que saque nada en absoluto. ¡No quiero en lo más mínimo echarlo de su cabaña, gracias! Solo quería poder sentarme aquí a veces, como hoy. Pero puedo sentarme perfectamente bien bajo el porche, así que por favor no diga más al respecto.

Él la miró de nuevo, con sus pícaros ojos azules.

—Vaya —empezó, en el dialecto amplio y lento—. Su señoría es tan bienvenida como la Navidad a la cabaña y a la llave y a to lo que hay. Solo que en esta época del año hay pájaros que poner, y tengo que andar por aquí un buen rato, cuidándolos y to. En invierno apenas si me acerco al lugar. Pero con la primavera, y Sir Clifford queriendo empezar con los faisanes... Y su señoría no querrá que yo ande por aquí enredando cuando esté, to el tiempo.

Ella escuchaba con una especie de vago asombro.

—¿Por qué debería molestarme que usted esté aquí? —preguntó.

—¡La molestia de mí! —dijo brevemente, pero significativamente. Ella se sonrojó.

—¡Muy bien! —dijo finalmente—. No lo molestaré. Pero no creo que me hubiera importado en absoluto sentarme y verlo cuidar de los pájaros. Me habría gustado. Pero como usted piensa que interfiere con usted, no lo molestaré, no tema. Usted es el guardabosques de Sir Clifford, no el mío.

La frase sonó extraña, no supo por qué. Pero la dejó pasar.

—No, su señoría. Es la cabaña de su señoría. Es como a su señoría le guste y le plazca, siempre. Me puede despedir con una semana de antelación. Era solo...

—¿Solo qué? —preguntó, desconcertada.

Él se echó el sombrero hacia atrás de una manera extraña y cómica.

—Solo que pos va a ser que a usted le gustaría el sitio pa usted sola, cuando viniera, y no yo enredando por aquí.

—Pero, ¿por qué? —dijo ella, enfadada—. ¿No es usted un ser humano civilizado? ¿Cree que debería tenerle miedo? ¿Por qué debería prestarle atención a usted y a que esté aquí o no? ¿Por qué es importante?

Él la miró, todo su rostro brillando con una risa pícara.

—No lo es, su señoría. En lo más mínimo —dijo.

—Bueno, ¿entonces por qué? —preguntó.

—¿Le consigo otra llave a su señoría entonces?

—¡No, gracias! No la quiero.

—La conseguiré de todos modos. Será mejor que tengamos dos llaves del lugar.

—Y considero que es usted un insolente —dijo Connie, sonrojada, jadeando un poco.

—¡No, no! —dijo él rápidamente—. ¡No diga usted eso! ¡No, no! Nunca quise decir na. Solo pensé que si usted venía aquí, yo tendría que irme, y

sería mucho trabajo, instalarme en otro sitio. Pero si su señoría no va a prestarme atención, entonces... es la cabaña de Sir Clifford, y todo es como a su señoría le guste, todo es como a su señoría le guste y le plazca, siempre y cuando no me preste atención a mí, haciendo los trabajillos que tengo que hacer.

Connie se fue completamente desconcertada. No estaba segura de si la habían insultado y ofendido mortalmente, o no. Quizás el hombre realmente solo quería decir lo que dijo; que pensaba que ella esperaría que él se mantuviera alejado. ¡Como si a ella se le ocurriera! Y como si él pudiera ser tan importante, él y su estúpida presencia.

Se fue a casa en un estado de confusión, sin saber qué pensaba o sentía.

CAPÍTULO IX

Connie se sorprendió de su propio sentimiento de aversión hacia Clifford. Es más, sintió que en realidad siempre le había desagradado. No odio: no había pasión en ello. Sino una profunda repugnancia física. Casi le parecía que se había casado con él porque le desagradaba, de una manera secreta y física. Pero, por supuesto, se había casado con él en realidad porque de una manera mental la atraía y la excitaba. Él le había parecido, de alguna manera, su amo, más allá de ella.

Ahora la excitación mental se había agotado y colapsado, y ella solo era consciente de la aversión física. Se alzaba en ella desde sus profundidades: y se dio cuenta de cómo le había estado carcomiendo la vida.

Se sentía débil y completamente desamparada. Deseaba que alguna ayuda viniera de fuera. Pero en todo el mundo no había ayuda. La sociedad era terrible porque estaba loca. La sociedad civilizada está loca. El dinero y el llamado amor son sus dos grandes manías; el dinero con mucha ventaja. El individuo se afirma en su locura inconexa en estos dos modos: el dinero y el amor. ¡Mira a Michaelis! Su vida y actividad eran simplemente locura. Su amor era una especie de locura.

Y Clifford lo mismo. ¡Toda esa conversación! ¡Toda esa escritura! ¡Toda esa lucha salvaje por salir adelante! Era simplemente locura. Y estaba empeorando, volviéndose realmente maníaca.

Connie se sentía exhausta de miedo. Pero al menos, Clifford estaba transfiriendo su control de ella a la señora Bolton. Él no lo sabía. Como muchas

personas locas, su locura podía medirse por las cosas de las que no era consciente; los grandes trechos desérticos de su conciencia.

La señora Bolton era admirable en muchos aspectos. Pero tenía esa extraña especie de autoritarismo, una afirmación interminable de su propia voluntad, que es uno de los signos de locura en la mujer moderna. Ella pensaba que era completamente sumisa y que vivía para los demás. Clifford la fascinaba porque siempre, o muy a menudo, frustraba su voluntad, como por un instinto más fino. Él tenía una voluntad de autoafirmación más fina y sutil que la de ella. Este era su encanto para ella.

Quizás ese había sido su encanto también para Connie.

—¡Hoy hace un día precioso! —diría la señora Bolton con su voz acariciadora y persuasiva—. Yo creo que disfrutaría de un pequeño paseo en su silla hoy, el sol es simplemente encantador.

—¿Sí? ¿Me da ese libro... ahí, ese amarillo? Y creo que haré que saquen esos jacintos.

—¡Vaya, si son tan hermosos! —lo pronunciaba con el sonido de la «y» inglesa: ¡be-yutiful!—. Y el aroma es simplemente espléndido.

—El aroma es a lo que me opongo —dijo él—. Es un poco fúnebre.

—¡Usted cree! —exclamó ella sorprendida, un poco ofendida, pero impresionada. Y sacó los jacintos de la habitación, impresionada por la mayor exquisitez de él.

—¿Lo afeito esta mañana, o prefiere hacerlo usted mismo? —Siempre la misma voz suave, acariciadora, sumisa, pero controladora.

—No lo sé. ¿Le importa esperar un poco? Tocaré el timbre cuando esté listo.

—¡Muy bien, Sir Clifford! —respondió ella, tan suave y sumisa, retirándose en silencio. Pero cada rechazo acumulaba nueva energía de voluntad en ella.

Cuando él tocaba el timbre, después de un tiempo, ella aparecía al instante. Y entonces él decía:

—Creo que prefiero que me afeito usted esta mañana.

El corazón de ella daba un pequeño brinco, y respondía con una suavidad extra:

—¡Muy bien, Sir Clifford!

Era muy diestra, con un tacto suave y persistente, un poco lento. Al principio a él le había molestado el tacto infinitamente suave de sus dedos en su rostro. Pero ahora le gustaba, con una creciente voluptuosidad. La dejaba afeitarlo casi todos los días: su rostro cerca del de él, sus ojos muy concentrados, vigilando que lo hiciera bien. Y gradualmente las yemas de sus dedos conocieron perfectamente sus mejillas y labios, su mandíbula y barbilla y garganta. Él estaba bien alimentado y tenía buen aspecto, su rostro y garganta eran bastante apuestos, y era un caballero.

Ella también era guapa, pálida, su rostro más bien largo y absolutamente quieto, sus ojos brillantes, pero sin revelar nada. Gradualmente, con una suavidad infinita, casi con amor, lo estaba agarrando por el cuello, y él se estaba rindiendo a ella.

Ahora ella hacía casi todo por él, y él se sentía más a gusto con ella, menos avergonzado de aceptar sus servicios serviles, que con Connie. A ella le gustaba manejarlo. Le encantaba tener su cuerpo a su cargo, absolutamente, hasta los últimos oficios serviles. Le dijo a Connie un día:

—Todos los hombres son bebés, cuando llegas al fondo de ellos. Vaya, he manejado a algunos de los clientes más duros que jamás bajaron a la mina de Tevershall. Pero que les pase algo y tengas que hacer por ellos, y son bebés, solo bebés grandes. ¡Oh, no hay mucha diferencia en los hombres!

Al principio, la señora Bolton había pensado que realmente había algo diferente en un caballero, un verdadero caballero, como Sir Clifford. Así que Clifford le había sacado una buena ventaja. Pero gradualmente, a medida que llegaba al fondo de él, para usar su propio término, descubrió que era como el resto, un bebé crecido a proporciones de hombre: pero un bebé con un temperamento extraño y una fina manera y poder en su control, y todo tipo de conocimientos extraños que ella nunca había soñado, con los que aún podía intimidarla.

Connie a veces se sentía tentada de decirle:

—¡Por el amor de Dios, no te hundas tan horribilmente en las manos de esa mujer! —Pero descubrió que no le importaba lo suficiente como para

decírselo, a la larga.

Todavía tenían la costumbre de pasar la noche juntos, hasta las diez. Entonces hablaban, o leían juntos, o repasaban su manuscrito. Pero la emoción se había esfumado. A ella le aburrían sus manuscritos. Pero todavía los escribía a máquina obedientemente para él. Pero con el tiempo, la señora Bolton haría incluso eso.

Porque Connie le había sugerido a la señora Bolton que aprendiera a usar una máquina de escribir. Y la señora Bolton, siempre dispuesta, había comenzado de inmediato, y practicaba asiduamente. Así que ahora Clifford a veces le dictaba una carta, y ella la tomaba con bastante lentitud, pero correctamente. Y él era muy paciente deletreándole las palabras difíciles, o las frases ocasionales en francés. Ella estaba tan emocionada, que era casi un placer instruirla.

Ahora Connie a veces alegaba un dolor de cabeza como excusa para subir a su habitación después de la cena.

—Quizás la señora Bolton juegue al piquet con usted —le dijo a Clifford.

—Oh, estaré perfectamente bien. Ve a tu habitación y descansa, querida.

Pero apenas se había ido, él tocaba el timbre para llamar a la señora Bolton, y le pedía que jugara una partida de piquet o bezique, o incluso ajedrez. Le había enseñado todos estos juegos. Y a Connie le resultaba curiosamente desagradable ver a la señora Bolton, sonrojada y trémula como una niña pequeña, tocando su reina o su caballo con dedos inciertos, y luego retirándolos de nuevo. Y Clifford, sonriendo débilmente con una superioridad medio burlona, diciéndole:

—¡Debe decir j'adoube!

Ella lo miraba con ojos brillantes y sorprendidos, luego murmuraba tímidamente, obedientemente:

—¡J'adoube!

Sí, la estaba educando. Y él lo disfrutaba, le daba una sensación de poder. Y ella estaba emocionada. Estaba entrando poco a poco en posesión de todo lo que la alta sociedad sabía, todo lo que los hacía de clase alta: aparte del dinero. Eso la emocionaba. Y al mismo tiempo, estaba haciendo que él

quisiera tenerla allí con él. Era una adulación sutil y profunda para él, su genuina emoción.

Para Connie, Clifford parecía estar mostrando sus verdaderos colores: un poco vulgar, un poco común y sin inspiración; más bien gordo. Los trucos y el humilde autoritarismo de Ivy Bolton también eran demasiado transparentes. Pero Connie sí se maravillaba de la genuina emoción que la mujer obtenía de Clifford. Decir que estaba enamorada de él sería expresarlo mal. Estaba emocionada por su contacto con un hombre de la clase alta, este caballero con título, este autor que podía escribir libros y poemas, y cuya fotografía aparecía en los periódicos ilustrados. Estaba emocionada hasta una pasión extraña. Y su «educación» despertaba en ella una pasión de excitación y respuesta mucho más profunda de lo que cualquier aventura amorosa podría haber hecho. En verdad, el hecho mismo de que no pudiera haber ninguna aventura amorosa la dejaba libre para emocionarse hasta la médula con esta otra pasión, la peculiar pasión de saber, saber como él sabía.

No había duda de que la mujer estaba de alguna manera enamorada de él: cualquiera que sea la fuerza que le demos a la palabra amor. Se veía tan guapa y tan joven, y sus ojos grises a veces eran maravillosos. Al mismo tiempo, había una satisfacción suave y latente en ella, incluso de triunfo, y satisfacción privada. ¡Uf, esa satisfacción privada! ¡Cómo la detestaba Connie!

¡Pero no era de extrañar que Clifford estuviera atrapado por la mujer! Ella lo adoraba absolutamente, a su manera persistente, y se ponía absolutamente a su servicio, para que él la usara como quisiera. ¡No era de extrañar que estuviera halagado!

Connie oía largas conversaciones entre los dos. O más bien, era sobre todo la señora Bolton la que hablaba. Le había desatado el torrente de chismes sobre el pueblo de Tevershall. Era más que chismes. Era la señora Gaskell y George Eliot y la señorita Mitford, todo en uno, con mucho más que estas mujeres dejaban fuera. Una vez empezada, la señora Bolton era mejor que cualquier libro sobre las vidas de la gente. Los conocía a todos tan íntimamente, y tenía un entusiasmo tan peculiar y ardiente en todos sus asuntos, que era maravilloso, aunque un poco humillante escucharla. Al principio no se había atrevido a «hablar de Tevershall», como ella lo llama-

ba, con Clifford. Pero una vez empezado, siguió. Clifford escuchaba en busca de «material», y lo encontró en abundancia. Connie se dio cuenta de que su supuesto genio era solo esto: un perspicaz talento para el chismorreó personal, inteligente y aparentemente desapegado. La señora Bolton, por supuesto, era muy cálida cuando «hablaba de Tevershall». Se dejaba llevar, de hecho. Y era maravilloso, las cosas que pasaban y que ella sabía. Habría dado para docenas de volúmenes.

Connie estaba fascinada escuchándola. Pero después siempre un poco avergonzada. No debería escuchar con esta extraña curiosidad rabiosa. Después de todo, uno puede oír los asuntos más privados de otras personas, pero solo en un espíritu de respeto por la cosa luchadora y maltratada que es cualquier alma humana, y en un espíritu de fina y discriminatoria simpatía. Porque incluso la sátira es una forma de simpatía. Es la forma en que nuestra simpatía fluye y retrocede lo que realmente determina nuestras vidas. Y aquí reside la vasta importancia de la novela, manejada adecuadamente. Puede informar y conducir a nuevos lugares el flujo de nuestra conciencia compasiva, y puede alejar nuestra simpatía en un retroceso de las cosas que han muerto. Por lo tanto, la novela, manejada adecuadamente, puede revelar los lugares más secretos de la vida: pues es en los lugares secretos y pasionales de la vida, sobre todo, donde la marea de la conciencia sensible necesita fluir y refluir, limpiando y refrescando.

Pero la novela, como el chismorreó, también puede excitar simpatías y rechazos espurios, mecánicos y mortificantes para la psique. La novela puede glorificar los sentimientos más corruptos, siempre que sean convencionalmente «puros». Entonces la novela, como el chismorreó, se vuelve finalmente viciosa, y, como el chismorreó, tanto más viciosa porque siempre está ostensiblemente del lado de los ángeles. El chismorreó de la señora Bolton siempre estaba del lado de los ángeles. «Y él era un tipo tan malo, y ella una mujer tan agradable». Mientras que, como Connie podía ver incluso por el chismorreó de la señora Bolton, la mujer había sido simplemente una hipócrita, y el hombre, un honesto airado. Pero la honestidad airada lo convertía en un «hombre malo», y la hipocresía en una «mujer agradable», en la viciosa y convencional canalización de la simpatía por parte de la señora Bolton.

Por esta razón, el chismorreó era humillante. Y por la misma razón, la mayoría de las novelas, especialmente las populares, también son humil-

lantes. El público ahora solo responde a una apelación a sus vicios.

Sin embargo, se obtenía una nueva visión del pueblo de Tevershall con la conversación de la señora Bolton. Parecía un terrible y bullente revoltijo de vida fea: no la monotonía plana que parecía desde fuera. Clifford, por supuesto, conocía de vista a la mayoría de la gente mencionada, Connie solo a uno o dos. Pero realmente sonaba más como una jungla centroafricana que como un pueblo inglés.

— ¡Supongo que oyó que la señorita Allsopp se casó la semana pasada! ¿Se lo puede creer? La señorita Allsopp, la hija del viejo James, el de las botas y zapatos Allsopp. Sabe que construyeron una casa en Pye Croft. El viejo murió el año pasado de una caída: ochenta y tres años tenía, y ágil como un muchacho. Y entonces resbaló en la colina de Bestwood, en un tobogán que habían hecho los chicos el invierno pasado, y se rompió el fémur, y eso acabó con él, pobre viejo, fue una pena. Bueno, le dejó todo su dinero a Tattie: a los chicos no les dejó ni un penique. Y Tattie, sé que tiene cinco años... sí, cumplió cincuenta y tres el otoño pasado. ¡Y sabe que eran gente tan de capilla, por Dios! Enseñó en la escuela dominical durante treinta años, hasta que su padre murió. Y entonces empezó a tener líos con un tipo de Kinbrook, no sé si lo conoce, un tipo ya mayor con la nariz roja, bastante presumido, Willcock, que trabaja en el almacén de madera de Harison. Bueno, tiene sesenta y cinco años si no tiene más, pero los habría tomado por un par de tórtolos, viéndolos, del brazo y besándose en la puerta: sí, y ella sentada en sus rodillas justo en el ventanal de la carretera de Pye Croft, para que cualquiera los viera. Y él tiene hijos de más de cuarenta: solo perdió a su mujer hace dos años. Si el viejo James Allsopp no se ha levantado de su tumba, es porque no hay resurrección: ¡porque la mantenía tan estricta! Ahora están casados y se han ido a vivir a Kinbrook, y dicen que ella anda en bata de la mañana a la noche, un verdadero espectáculo. ¡Estoy segura de que es terrible, cómo se comportan los viejos! Vaya si son mucho peores que los jóvenes, y mucho más asquerosos. Yo se lo achaco al cine. Pero no se les puede apartar. Siempre les digo: id a una buena película instructiva, pero por el amor de Dios, alejaos de estos melodramas y películas de amor. ¡Al menos mantened a los niños alejados! Pero ahí los tienes, los mayores son peores que los niños: y los viejos se llevan la palma. ¡Y hablan de moralidad! a nadie le importa un bledo. La gente hace lo que le da la gana, y mucho mejor les va por ello, debo decir. Pero ahora tienen que apre-

tarse el cinturón, ahora que las minas van tan mal, y no tienen dinero. Y las quejas que tienen, es terrible, especialmente las mujeres. ¡Los hombres son tan buenos y pacientes! ¿Qué pueden hacer, pobres diablos? Pero las mujeres, ¡oh, vaya si protestan! Van y presumen, dando contribuciones para un regalo de bodas para la princesa María, y luego, cuando ven todas las cosas magníficas que se han regalado, simplemente deliran: ¿quién es ella, mejor que nadie? ¿Por qué Swan & Edgar no me da a mí un abrigo de piel, en lugar de darle a ella seis? ¡Ojalá me hubiera quedado con mis diez chelines! ¿Qué me va a dar ella a mí, me gustaría saber? Aquí no puedo conseguir un abrigo nuevo de primavera, mi padre trabaja tan mal, y ella recibe camionetas llenas. Ya es hora de que los pobres tengan algo de dinero para gastar, los ricos ya lo han tenido bastante tiempo. Quiero un abrigo nuevo de primavera, sí quiero, ¿y dónde lo voy a conseguir? —Les digo: ¡dad gracias de que estáis bien alimentadas y bien vestidas, sin todas las nuevas galas que queréis! —Y me contestan: —¿Y por qué la princesa María no da gracias de ir por ahí con sus harapos viejos, entonces, y no tener nada? ¡Gente como ella recibe camionetas llenas, y yo no puedo tener un abrigo nuevo de primavera! Es una maldita vergüenza. ¡Princesa! ¡menuda tontería lo de princesa! Lo que importa es el dinero, y como ella tiene mucho, ¡le dan más! A mí nadie me da nada, y tengo tanto derecho como cualquiera. No me hables de educación. Lo que importa es el dinero. Quiero un abrigo nuevo de primavera, sí quiero, y no lo conseguiré, porque no hay dinero—. Eso es todo lo que les importa, la ropa. No les importa dar siete u ocho guineas por un abrigo de invierno —hijas de mineros, fíjese—, y dos guineas por un sombrero de verano para un niño. Y luego van a la capilla metodista primitiva con su sombrero de dos guineas, chicas que en mis tiempos se habrían enorgullecido de uno de tres chelines y seis peniques. Oí que en el aniversario metodista primitivo de este año, cuando montan una plataforma para los niños de la escuela dominical, como una tribuna que llega casi hasta el techo, oí a la señorita Thompson, que tiene la primera clase de niñas en la escuela dominical, decir que habría más de mil libras en ropa nueva de domingo sentada en esa plataforma. ¡Y los tiempos son los que son! Pero no se les puede detener. Están locas por la ropa. Y los chicos igual. Los muchachos se gastan hasta el último céntimo en sí mismos, ropa, fumar, beber en el Club del Minero, irse de juerga a Sheffield dos o tres veces por semana. Vaya, es otro mundo. Y no temen a nada, y no respetan nada, los jóvenes. Los hombres mayores son tan pacientes y buenos, de verdad, que

dejan que las mujeres se lleven todo. Y a esto es a lo que conduce. Las mujeres son verdaderos demonios. Pero los muchachos no son como sus padres. No sacrifican nada, no lo hacen: son todo para sí mismos. Si les dices que deberían estar ahorrando un poco, para un hogar, dicen: ¡Eso ya esperará, ya esperará, voy a divertirme mientras pueda! ¡Cualquier otra cosa ya esperará! —Oh, son rudos y egoístas, si quieres. Todo recae en el hombre mayor, y las perspectivas son malas por todas partes.

Clifford empezó a tener una nueva idea de su propio pueblo. El lugar siempre lo había asustado, pero lo había considerado más o menos estable. ¿Ahora...?

—¿Hay mucho socialismo, bolchevismo, entre la gente? —preguntó.

—¡Oh! —dijo la señora Bolton—. Se oye a unos cuantos bocazas. Pero son sobre todo mujeres que se han endeudado. Los hombres no hacen caso. No creo que conviertan nunca a nuestros hombres de Tevershall en rojos. Son demasiado decentes para eso. Pero los jóvenes parlotean a veces. No es que les importe de verdad. Solo quieren un poco de dinero en el bolsillo, para gastar en el Club o ir de juerga a Sheffield. Eso es todo lo que les importa. Cuando no tienen dinero, escuchan a los rojos despotricar. Pero nadie cree en ello, de verdad.

—¿Así que cree que no hay peligro?

—¡Oh, no! No si el negocio fuera bien, no lo habría. Pero si las cosas fueran mal durante mucho tiempo, los jóvenes podrían ponerse raros. Le digo que son un grupo egoísta y malcriado. Pero no veo cómo podrían hacer algo. Nunca se toman nada en serio, excepto presumir en motocicletas y bailar en el Palais-de-danse de Sheffield. No se les puede hacer tomar nada en serio. Los serios se visten de etiqueta y se van al Pally a presumir delante de un montón de chicas y a bailar estos nuevos charlestones y qué sé yo. Estoy segura de que a veces el autobús estará lleno de jóvenes en traje de noche, muchachos mineros, de camino al Pally: sin contar los que han ido con sus chicas en coche o en motocicleta. No le dan una sola idea seria a nada, salvo a las carreras de Doncaster y al Derby: porque todos apuestan en cada carrera. ¡Y el fútbol! Pero incluso el fútbol no es lo que era, ni de lejos. Es demasiado como un trabajo duro, dicen. No, prefieren irse en motocicleta a Sheffield o Nottingham los sábados por la tarde.

—Pero, ¿qué hacen cuando llegan allí?

—Oh, holgazanear... y tomar el té en algún lugar elegante como el Mikado... e ir al Pally o al cine o al Empire, con alguna chica. Las chicas son tan libres como los chicos. Hacen lo que les da la gana.

—¿Y qué hacen cuando no tienen dinero para estas cosas?

—Parece que lo consiguen, de alguna manera. Y entonces empiezan a hablar mal. Pero no veo cómo se va a conseguir el bolchevismo, cuando todo lo que quieren los muchachos es solo dinero para divertirse, y las chicas lo mismo, con ropa bonita: y no les importa nada más. No tienen cerebro para ser socialistas. No tienen suficiente seriedad para tomarse nada realmente en serio, y nunca la tendrán.

Connie pensó, qué extremadamente parecidas sonaban las clases bajas a todas las demás clases. Exactamente lo mismo otra vez, Tevershall o Mayfair o Kensington. Hoy en día solo había una clase: los chicos del dinero. El chico del dinero y la chica del dinero, la única diferencia era cuánto tenías y cuánto querías.

Bajo la influencia de la señora Bolton, Clifford empezó a interesarse de nuevo por las minas. Empezó a sentir que pertenecía. Un nuevo tipo de autoafirmación surgió en él. Después de todo, él era el verdadero jefe en Tevershall, él era realmente las minas. Era una nueva sensación de poder, algo de lo que hasta ahora se había encogido con pavor.

Las minas de Tevershall se estaban agotando. Solo había dos minas: la propia Tevershall y New London. Tevershall había sido una vez una mina famosa y había producido mucho dinero. Pero sus mejores días habían pasado. New London nunca fue muy rica, y en tiempos normales simplemente se las arreglaba decentemente. Pero ahora los tiempos eran malos, y eran minas como New London las que se quedaban atrás.

—Muchos hombres de Tevershall se han ido a Stacks Gate y Whiteover —dijo la señora Bolton—. No ha visto las nuevas instalaciones de Stacks Gate, abiertas después de la guerra, ¿verdad, Sir Clifford? Oh, tiene que ir un día, son algo completamente nuevo: unas grandes fábricas químicas en la bocamina, no parece en absoluto una mina. Dicen que sacan más dinero de los subproductos químicos que del carbón, no recuerdo qué es. ¡Y las magníficas casas nuevas para los hombres, verdaderas mansiones! Por

supuesto, ha traído un montón de chusma de todo el país. Pero muchos hombres de Tevershall prosperaron allí, y les va bien, mucho mejor que a nuestros propios hombres. Dicen que Tevershall está acabado, terminado: solo es cuestión de unos pocos años más, y tendrá que cerrar. Y New London será la primera. ¡Caramba, qué raro será cuando no haya ninguna mina de Tevershall funcionando! Ya es bastante malo durante una huelga, pero caramba, si cierra para siempre, será como el fin del mundo. Incluso cuando yo era una niña, era la mejor mina del país, y un hombre se consideraba afortunado si podía conseguir trabajo aquí. Oh, se ha ganado algo de dinero en Tevershall. Y ahora los hombres dicen que es un barco que se hunde, y que es hora de que todos se vayan. ¡No suena terrible? Pero, por supuesto, hay muchos que nunca se irán hasta que tengan que hacerlo. No les gustan estas minas modernas, tan profundas, y toda la maquinaria para trabajarlas. Algunos de ellos simplemente temen a esos hombres de hierro, como los llaman, esas máquinas para extraer el carbón, donde antes siempre lo hacían los hombres. Y dicen que también es un derroche. Pero lo que se pierde en derroche se ahorra en salarios, y mucho más. Parece que pronto no habrá utilidad para los hombres sobre la faz de la tierra, todo serán máquinas. Pero dicen que eso es lo que decía la gente cuando tuvieron que abandonar los viejos telares de medias. Recuerdo uno o dos. Pero, caramba, ¡cuantas más máquinas, más gente, eso es lo que parece! Dicen que no se pueden obtener los mismos productos químicos del carbón de Tevershall que del de Stacks Gate, y eso es curioso, no están a ni tres millas de distancia. Pero eso dicen. Pero todo el mundo dice que es una pena que no se pueda empezar algo, para mantener a los hombres un poco mejor y emplear a las chicas. ¡Todas las chicas yendo a Sheffield todos los días! Caramba, sería algo de lo que hablar si las minas de Tevershall tomaran un nuevo impulso, después de que todo el mundo dijera que están acabadas, y que son un barco que se hunde, y que los hombres deberían abandonarlas como las ratas abandonan un barco que se hunde. Pero la gente habla tanto. Por supuesto, hubo un auge durante la guerra. Cuando Sir Geoffrey se convirtió en un fideicomiso y aseguró el dinero para siempre, de alguna manera. ¡O eso dicen! Pero dicen que incluso los patrones y los propietarios no sacan mucho de ello ahora. ¡Casi no se puede creer, verdad? Vaya, siempre pensé que las minas durarían para siempre. ¡Quién lo hubiera pensado, cuando yo era una niña! Pero New England ha cerrado, y también Colwick Wood: sí, es bastante inquietante pasar por ese bosquecillo y ver Colwick Wood allí abandonado

entre los árboles, y arbustos creciendo por toda la bocamina, y las vías rojas de óxido. Es como la muerte misma, una mina muerta. Vaya, ¿qué haríamos si Tevershall cerrara? No se puede ni pensar. Siempre ha habido esa multitud, excepto en las huelgas, e incluso entonces las ruedas de los ventiladores no se paraban, excepto cuando subían a los ponis. Estoy segura de que es un mundo curioso, no sabes dónde estás de un año para otro, de verdad que no.

Fue la conversación de la señora Bolton lo que realmente le dio un nuevo impulso a Clifford. Sus ingresos, como ella le señaló, estaban seguros, gracias al fideicomiso de su padre, aunque no fueran grandes. Las minas no le concernían realmente. Era el otro mundo el que quería capturar, el mundo de la literatura y la fama; el mundo popular, no el mundo obrero.

Ahora se daba cuenta de la distinción entre el éxito popular y el éxito laboral: el populacho del placer y el populacho del trabajo. Él, como individuo privado, había estado proveyendo con sus relatos al populacho del placer. Y había tenido éxito. Pero debajo del populacho del placer yacía el populacho del trabajo, sombrío, mugriento y bastante terrible. Ellos también tenían que tener sus proveedores. Y era un negocio mucho más sombrío proveer al populacho del trabajo que al populacho del placer. Mientras él escribía sus relatos y «prosperaba» en el mundo, Tevershall se iba a pique.

Ahora se daba cuenta de que la diosa-perra del éxito tenía dos apetitos principales: uno por la adulación, la lisonja, las caricias y las cosquillas, como las que le daban los escritores y artistas; pero el otro, un apetito más sombrío por la carne y los huesos. Y la carne y los huesos para la diosa-perra los proporcionaban los hombres que ganaban dinero en la industria.

Sí, había dos grandes grupos de perros que se disputaban a la diosa-perra: el grupo de los aduladores, los que le ofrecían entretenimiento, relatos, películas, obras de teatro; y la otra, mucho menos vistosa, mucho más salvaje, los que le daban carne, la verdadera sustancia del dinero. Los perros bien cuidados y vistosos del entretenimiento se disputaban y gruñían entre ellos por los favores de la diosa-perra. Pero no era nada comparado con la silenciosa lucha a muerte que se libraba entre los indispensables, los que traían los huesos.

Pero bajo la influencia de la señora Bolton, Clifford se sintió tentado de entrar en esta otra lucha, de capturar a la diosa-perra por los medios brutos

de la producción industrial. De alguna manera, se animó. En cierto modo, la señora Bolton hizo de él un hombre, como Connie nunca lo hizo. Connie lo mantenía apartado y lo hacía sensible y consciente de sí mismo y de sus propios estados. La señora Bolton lo hacía consciente solo de las cosas exteriores. Interiormente, empezó a ablandarse como una pulpa. Pero exteriormente, empezó a ser efectivo.

Incluso se animó a ir a las minas una vez más: y cuando estuvo allí, bajó en una vagoneta, y en una vagoneta fue arrastrado a las galerías. Cosas que había aprendido antes de la guerra, y que parecía haber olvidado por completo, ahora le volvieron a la mente. Estaba sentado allí, tullido, en una vagoneta, con el gerente de la mina mostrándole la veta con una potente linterna. Y dijo poco. Pero su mente empezó a funcionar.

Empezó a leer de nuevo sus obras técnicas sobre la industria del carbón, estudió los informes del gobierno y leyó con atención las últimas novedades sobre minería y la química del carbón y del esquisto que estaban escritas en alemán. Por supuesto, los descubrimientos más valiosos se mantenían en secreto en la medida de lo posible. Pero una vez que se iniciaba una especie de investigación en el campo de la minería del carbón, un estudio de métodos y medios, un estudio de subproductos y las posibilidades químicas del carbón, era asombrosa la ingeniosidad y la astucia casi sobrenatural de la mente técnica moderna, como si realmente el diablo mismo hubiera prestado su ingenio diabólico a los científicos técnicos de la industria. Era mucho más interesante que el arte, que la literatura, pobre material emocional y medio tonto, esta ciencia técnica de la industria. En este campo, los hombres eran como dioses, o demonios, inspirados para descubrir, y luchando por llevar a cabo sus descubrimientos. En esta actividad, los hombres estaban más allá de cualquier edad mental calculable. Pero Clifford sabía que cuando se trataba de la vida emocional y humana, estos hombres hechos a sí mismos tenían una edad mental de unos trece años, muchachos débiles. La discrepancia era enorme y espantosa.

Pero que así fuera. Que el hombre se deslizara hacia la idiotez general en la mente emocional y «humana», a Clifford no le importaba. Que todo eso se fuera al diablo. Estaba interesado en los aspectos técnicos de la minería moderna del carbón y en sacar a Tevershall del hoyo.

Bajaba a la mina día tras día, estudiaba, sometía al gerente general, y al gerente de superficie, y al gerente de la mina, y a los ingenieros a un interrogatorio que nunca habían soñado. ¡Poder! Sintió una nueva sensación de poder fluyendo a través de él: poder sobre todos estos hombres, sobre los cientos y cientos de mineros. Estaba descubriendo cosas: y estaba tomando el control de las cosas.

Y parecía verdaderamente haber renacido. ¡Ahora la vida entraba en él! Había estado muriendo gradualmente, con Connie, en la vida privada y aislada del artista y del ser consciente. Ahora que todo eso se fuera. Que durmiera. Simplemente sintió la vida precipitarse en él desde el carbón, desde la mina. El aire viciado de la mina era mejor que el oxígeno para él. Le daba una sensación de poder, poder. Estaba haciendo algo: e iba a hacer algo. Iba a ganar, a ganar: no como había ganado con sus relatos, mera publicidad, en medio de un completo agotamiento de energía y malicia. Sino una victoria de hombre.

Al principio pensó que la solución residía en la electricidad: convertir el carbón en energía eléctrica. Luego surgió una nueva idea. Los alemanes inventaron una nueva locomotora con un autoalimentador, que no necesitaba fogonero. Y debía ser alimentada con un nuevo combustible, que ardía en pequeñas cantidades a gran temperatura, bajo condiciones peculiares.

La idea de un nuevo combustible concentrado que ardiera con una lenta dureza a una temperatura feroz fue lo que primero atrajo a Clifford. Debía haber algún tipo de estímulo externo para la combustión de tal combustible, no simplemente el suministro de aire. Empezó a experimentar y consiguió a un joven listo que había demostrado ser brillante en química para que lo ayudara.

Y se sintió triunfante. Por fin había salido de sí mismo. Había cumplido su anhelo secreto de toda la vida de salir de sí mismo. El arte no lo había hecho por él. El arte solo lo había empeorado. Pero ahora, ahora lo había hecho.

No era consciente de cuánto estaba la señora Bolton detrás de él. No sabía cuánto dependía de ella. Pero a pesar de todo, era evidente que cuando estaba con ella, su voz descendía a un ritmo fácil de intimidad, casi un poco vulgar.

Con Connie, era un poco rígido. Sentía que le debía todo, todo, y le mostraba el máximo respeto y consideración, siempre que ella le diera un mero respeto exterior. Pero era obvio que le tenía un secreto temor. El nuevo Aquiles en él tenía un talón, y en este talón la mujer, la mujer como Connie su esposa, podía dejarlo cojo fatalmente. Vivía con un cierto temor medio sumiso hacia ella, y era extremadamente amable con ella. Pero su voz era un poco tensa cuando le hablaba, y empezó a guardar silencio siempre que ella estaba presente.

Solo cuando estaba a solas con la señora Bolton se sentía realmente un señor y un amo, y su voz fluía con ella casi tan fácilmente y locuazmente como la de ella. Y la dejaba afeitarse y esponjar todo su cuerpo como si fuera un niño, realmente como si fuera un niño.

CAPÍTULO X

Connie estaba bastante sola ahora, venía menos gente a Wragby. Clifford ya no los quería. Se había vuelto incluso en contra de los compinches. Era extraño. Prefería la radio, que había instalado con cierto gasto, y con bastante éxito al final. A veces podía sintonizar Madrid o Frankfurt, incluso allí en las inquietas Midlands.

Y se sentaba solo durante horas escuchando el altavoz bramar. A Connie la asombraba y la dejaba atónita. Pero allí se sentaba, con una expresión en blanco y absorta en el rostro, como una persona que pierde la razón, y escuchaba, o parecía escuchar, esa cosa indecible.

¿Estaba realmente escuchando? ¿O era una especie de somnífero que tomaba, mientras algo más trabajaba por debajo en él? Connie no lo sabía. Huía a su habitación, o al aire libre, al bosque. A veces la invadía una especie de terror, un terror de la incipiente locura de toda la especie civilizada.

Pero ahora que Clifford se estaba desviando hacia esta otra extraña actividad industrial, convirtiéndose casi en una criatura, con un caparazón exterior duro y eficiente y un interior pulposo, uno de los asombrosos cangrejos y langostas del mundo moderno, industrial y financiero, invertebrados del orden de los crustáceos, con caparazones de acero, como máquinas, y cuerpos interiores de pulpa blanda, la propia Connie estaba realmente completamente abandonada.

Ni siquiera era libre, pues Clifford debía tenerla allí. Parecía tener un terror nervioso de que ella lo dejara. La curiosa parte pulposa de él, la parte emocional y humanamente individual, dependía de ella con terror, como un

niño, casi como un idiota. Debía estar allí, allí en Wragby, una Lady Chat-terley, su esposa. De lo contrario, estaría perdido como un idiota en un páramo.

Esta asombrosa dependencia Connie la comprendió con una especie de horror. Lo oía con sus gerentes de la mina, con los miembros de su junta di-rectiva, con jóvenes científicos, y se asombraba de su aguda perspicacia para las cosas, su poder, su extraño poder material sobre lo que se llaman hombres prácticos. Se había convertido en un hombre práctico él mismo, y uno asombrosamente astuto y poderoso, un maestro. Connie lo atribuía a la influencia de la señora Bolton sobre él, justo en la crisis de su vida.

Pero este hombre astuto y práctico era casi un idiota cuando se le dejaba solo a su propia vida emocional. Adoraba a Connie, ella era su esposa, un ser superior, y la adoraba con una extraña y cobarde idolatría, como un sal-vaje, una adoración basada en un enorme miedo, e incluso odio al poder del ídolo, el temible ídolo. Todo lo que quería era que Connie jurara, jurara no dejarlo, no delatarlo.

—Clifford —le dijo, pero esto fue después de que tuviera la llave de la cabaña—, ¿realmente te gustaría que tuviera un hijo algún día?

Él la miró con una aprensión furtiva en sus ojos pálidos y más bien prominentes.

—No me importaría, si no hiciera ninguna diferencia entre nosotros —dijo.

—¿Ninguna diferencia en qué? —preguntó ella.

—En ti y en mí; en nuestro amor el uno por el otro. Si va a afectar a eso, entonces estoy totalmente en contra. Vaya, ¡incluso podría tener un hijo pro-pio algún día!

Ella lo miró asombrada.

—Quiero decir, podría volver a mí uno de estos días.

Ella seguía mirando asombrada, y él se sentía incómodo.

—¿Así que no te gustaría que tuviera un hijo? —dijo ella.

—Te lo digo —replicó él rápidamente, como un perro acorralado—, es-toy dispuesto, siempre que no afecte a tu amor por mí. Si afectara a eso, es-

toy totalmente en contra.

Connie solo pudo guardar silencio con frío miedo y desprecio. Tal conversación era realmente el parloteo de un idiota. Ya no sabía de lo que estaba hablando.

—Oh, no haría ninguna diferencia en mi sentimiento por ti —dijo ella, con un cierto sarcasmo.

—¡Ahí está! —dijo él—. ¡Ese es el punto! En ese caso, no me importa en lo más mínimo. Quiero decir que sería terriblemente agradable tener un niño corriendo por la casa, y sentir que uno está construyendo un futuro para él, entonces tendría algo por lo que esforzarme, y sabría que es tu hijo, ¿no es así, querida? Y parecería exactamente igual que el mío. Porque eres tú quien cuenta en estos asuntos. Lo sabes, ¿verdad, querida? Yo no entro, soy una cifra. ¡Tú eres el gran Yo-soy! en lo que a la vida se refiere. Lo sabes, ¿verdad? Quiero decir, en lo que a mí respecta. Quiero decir, que sin ti no soy absolutamente nada. Vivo por tu bien y tu futuro. No soy nada para mí mismo.

Connie lo escuchó todo con una creciente consternación y repulsión. Era una de las espantosas medias verdades que envenenan la existencia humana. ¿Qué hombre en su sano juicio le diría tales cosas a una mujer? Pero los hombres no están en su sano juicio. ¿Qué hombre con una chispa de honor pondría esta espantosa carga de responsabilidad vital sobre una mujer, y la dejaría allí, en el vacío?

Además, en media hora, Connie oyó a Clifford hablar con la señora Bolton, con una voz acalorada e impulsiva, revelándose en una especie de pasión sin pasión a la mujer, como si fuera mitad amante, mitad madre adoptiva para él. Y la señora Bolton lo estaba vistiendo cuidadosamente de etiqueta, pues había importantes invitados de negocios en la casa.

Connie a veces sentía de verdad que moriría en esta época. Sentía que estaba siendo aplastada hasta la muerte por extrañas mentiras y por la asombrosa crueldad de la idiotez. La extraña eficiencia de Clifford en los negocios, en cierto modo, la intimidaba, y su declaración de adoración privada la llenaba de pánico. No había nada entre ellos. Ni siquiera lo tocaba hoy en día, y él nunca la tocaba a ella. Ni siquiera le tomaba la mano y la sostenía amablemente. No, y porque estaban tan absolutamente fuera de contacto, la

torturaba con su declaración de idolatría. Era la crueldad de la impotencia absoluta. Y sintió que perdería la razón, o que moriría.

Huía todo lo posible al bosque. Una tarde, mientras estaba sentada meditando, observando el agua burbujear fríamente en el Pozo de John, el guardabosques se había acercado a ella a grandes zancadas.

— ¡Le he hecho una llave, mi señora! —dijo, saludando, y le ofreció la llave.

— ¡Muchísimas gracias! —dijo ella, sorprendida.

— La cabaña no está muy ordenada, si no le importa —dijo él—. La he limpiado lo que he podido.

— ¡Pero no quería que se molestara! —dijo ella.

— Oh, no ha sido ninguna molestia. Voy a poner a las gallinas en una semana más o menos. Pero no se asustarán de usted. Tendré que cuidarlas mañana y noche, pero no la molestaré más de lo necesario.

— Pero no me molestaría —suplicó ella—. Prefiero no ir a la cabaña en absoluto, si voy a estorbar.

Él la miró con sus agudos ojos azules. Parecía amable, pero distante. Pero al menos estaba cuerdo y sano, aunque pareciera delgado y enfermo. Una tos lo molestaba.

— Tiene tos —dijo ella.

— Nada, ¡un resfriado! La última neumonía me dejó con tos, pero no es nada.

Se mantuvo distante de ella y no se acercó más.

Iba con bastante frecuencia a la cabaña, por la mañana o por la tarde, pero él nunca estaba allí. Sin duda la evitaba a propósito. Quería mantener su propia privacidad.

Había ordenado la cabaña, puesto la mesita y la silla cerca de la chimenea, dejado un pequeño montón de leña menuda y pequeños troncos, y guardado las herramientas y trampas en la medida de lo posible, borrándose a sí mismo. Afuera, junto al claro, había construido un pequeño tejado bajo de ramas y paja, un refugio para los pájaros, y debajo estaban los cinco

gallineros. Y, un día que llegó, encontró a dos gallinas marrones sentadas, alertas y feroces en los gallineros, incubando huevos de faisán, e hinchadas de orgullo y profundamente sumidas en todo el calor de la sangre femenina meditativa. Esto casi le rompió el corazón a Connie. Ella misma estaba tan desamparada y sin usar, no era una hembra en absoluto, solo una mera cosa de terrores.

Luego, los cinco gallineros estaban ocupados por gallinas, tres marrones, una gris y una negra. Todas por igual, se acurrucaban sobre los huevos con la suave pesadez anidante del impulso femenino, la naturaleza femenina, ahuecando las plumas. Y con ojos brillantes observaban a Connie, mientras se agachaba ante ellas, y daban breves y agudos cloqueos de ira y alarma, pero principalmente de ira femenina por ser abordadas.

Connie encontró maíz en el cajón del maíz de la cabaña. Se lo ofreció a las gallinas en la mano. No quisieron comerlo. Solo una gallina le picoteó la mano con un pequeño y feroz picotazo, así que Connie se asustó. Pero ansiaba darles algo, a las madres cluecas que ni se alimentaban ni bebían. Trajo agua en una pequeña lata y se alegró cuando una de las gallinas bebió.

Ahora venía todos los días a ver a las gallinas, eran las únicas cosas en el mundo que le calentaban el corazón. Las protestas de Clifford la dejaban helada de pies a cabeza. La voz de la señora Bolton la dejaba helada, y el sonido de los hombres de negocios que venían. Una carta ocasional de Michaelis la afectaba con la misma sensación de frío. Sintió que seguramente moriría si duraba mucho más.

Sin embargo, era primavera, y los jacintos de los bosques brotaban, y los brotes de las hojas de los avellanos se abrían como una salpicadura de lluvia verde. ¡Qué terrible era que fuera primavera, y todo de corazón frío, de corazón frío! ¡Solo las gallinas, tan maravillosamente ahuecadas sobre los huevos, estaban calientes con sus cuerpos femeninos calientes e incubadores! Connie se sentía vivir al borde del desmayo todo el tiempo.

Entonces, un día, un hermoso día soleado con grandes matas de prímulas bajo los avellanos, y muchas violetas salpicando los senderos, llegó por la tarde a los gallineros y había un pollito diminuto, diminuto y vivaracho, pavoneándose diminutamente delante de un gallinero, y la gallina madre cloqueando de terror. El esbelto pollito era de un color marrón grisáceo con marcas oscuras, y era la chispa de criatura más viva en siete reinos en ese

momento. Connie se agachó para mirar en una especie de éxtasis. ¡Vida, vida! ¡Vida nueva, pura, chispeante, intrépida! ¡Vida nueva! ¡Tan diminuta y tan absolutamente sin miedo! Incluso cuando correteó un poco torpemente de nuevo hacia el gallinero y desapareció bajo las plumas de la gallina en respuesta a los salvajes gritos de alarma de la madre, no estaba realmente asustado, lo tomó como un juego, el juego de vivir. Pues en un momento una diminuta y afilada cabeza asomaba a través de las plumas doradas de la gallina y observaba el Cosmos.

Connie estaba fascinada. Y al mismo tiempo, nunca había sentido tan agudamente la agonía de su propio desamparo femenino. Se estaba volviendo insoportable.

Ahora solo tenía un deseo, ir al claro del bosque. El resto era una especie de sueño doloroso. Pero a veces la retenían todo el día en Wragby, por sus deberes de anfitriona. Y entonces sentía como si ella también se estuviera quedando en blanco, simplemente en blanco y loca.

Una noche, con o sin invitados, escapó después del té. Era tarde, y huyó a través del parque como quien teme que lo llamen. El sol se ponía rosado cuando entró en el bosque, pero siguió adelante entre las flores. La luz duraría mucho tiempo arriba.

Llegó al claro sonrojada y semiconsciente. El guardabosques estaba allí, en mangas de camisa, cerrando los gallineros para la noche, para que los pequeños ocupantes estuvieran a salvo. Pero todavía un pequeño trío correteaba sobre diminutas patas, alertas ácaros parduscos, bajo el refugio de paja, negándose a ser llamados por la ansiosa madre.

—¡Tenía que venir a ver los pollitos! —dijo, jadeando, mirando tímidamente al guardabosques, casi sin darse cuenta de él—. ¿Hay más?

—¡Treinta y seis hasta ahora! —dijo—. ¡No está mal!

Él también sentía un curioso placer al ver salir a las crías.

Connie se agachó frente al último gallinero. Los tres pollitos habían entrado corriendo. Pero sus cabezas descaradas seguían asomando bruscamente a través de las plumas amarillas, luego se retiraban, luego solo una cabecita de ojos vivarachos observaba desde el vasto cuerpo materno.

—Me encantaría tocarlos —dijo, metiendo los dedos con cautela a través de los barrotes del gallinero. Pero la gallina madre le picoteó la mano con ferocidad, y Connie retrocedió sobresaltada y asustada.

—¡Cómo me picotea! ¡Me odia! —dijo con voz asombrada—. ¡Pero yo no les haría daño!

El hombre que estaba de pie sobre ella rio, y se agachó a su lado, con las rodillas separadas, y metió la mano con tranquila confianza lentamente en el gallinero. La vieja gallina lo picoteó, pero no con tanta saña. Y lentamente, suavemente, con dedos seguros y amables, palpó entre las plumas de la vieja ave y sacó un pollito que piaba débilmente en su mano cerrada.

—¡Toma! —dijo, tendiéndole la mano. Ella tomó la pequeña cosa parda entre sus manos, y allí se quedó, sobre sus imposibles pequeñas patas, su átomo de vida en equilibrio temblando a través de sus pies casi ingravidos en las manos de Connie. Pero levantó su hermosa y bien formada cabecita con audacia, y miró bruscamente a su alrededor, y dio un pequeño «pío».

—¡Tan adorable! ¡Tan descarado! —dijo suavemente.

El guardabosques, agachado a su lado, también observaba con rostro divertido al audaz pajarillo en sus manos. De repente, vio caer una lágrima en la muñeca de ella.

Y se levantó y se apartó, moviéndose hacia el otro gallinero. Porque de repente fue consciente de la vieja llama disparándose y saltando en sus lomos, que había esperado que estuviera quieta para siempre. Luchó contra ella, dándole la espalda. Pero saltó, y saltó hacia abajo, girando en sus rodillas.

Se volvió de nuevo para mirarla. Ella estaba arrodillada y sostenía sus dos manos lentamente hacia adelante, ciegamente, para que el pollito corriera de nuevo hacia la gallina madre. Y había algo tan mudo y desamparado en ella, que la compasión ardió en sus entrañas por ella.

Sin saberlo, se acercó rápidamente a ella y se agachó de nuevo a su lado, tomando el pollito de sus manos, porque ella tenía miedo de la gallina, y volviéndolo a meter en el gallinero. En la parte posterior de sus lomos, el fuego se avivó de repente con más fuerza.

La miró con aprensión. Su rostro estaba apartado, y lloraba ciegamente, en toda la angustia del desamparo de su generación. Su corazón se derritió de repente, como una gota de fuego, y extendió la mano y posó los dedos en la rodilla de ella.

—No deberías llorar —dijo suavemente.

Pero entonces ella se cubrió la cara con las manos y sintió que realmente su corazón estaba roto y que ya nada importaba.

Él le puso la mano en el hombro, y suavemente, gentilmente, empezó a recorrer la curva de su espalda, ciegamente, con un movimiento ciego de caricia, hasta la curva de sus lomos agachados. Y allí su mano, suavemente, suavemente, acarició la curva de su flanco, en la ciega caricia instintiva.

Ella había encontrado su trozo de pañuelo y trataba ciegamente de secarse la cara.

—¿Vienes a la cabaña? —dijo él, con una voz tranquila y neutral.

Y cerrando suavemente la mano sobre la parte superior de su brazo, la levantó y la condujo lentamente a la cabaña, sin soltarla hasta que estuvo dentro. Luego apartó la silla y la mesa, y sacó una manta de soldado marrón del baúl de herramientas, extendiéndola lentamente. Ella le miró el rostro, mientras permanecía inmóvil.

Su rostro estaba pálido y sin expresión, como el de un hombre que se somete al destino.

—Tumbate ahí —dijo suavemente, y cerró la puerta, de modo que quedó oscuro, completamente oscuro.

Con una extraña obediencia, ella se tumbó en la manta. Luego sintió la mano suave, buscadora, desamparadamente deseosa, tocando su cuerpo, buscando su rostro. La mano acarició su rostro suavemente, suavemente, con infinito consuelo y seguridad, y al final hubo el suave toque de un beso en su mejilla.

Yacía completamente quieta, en una especie de sueño, en una especie de sueño. Luego tembló al sentir su mano buscando suavemente, pero con una extraña y frustrada torpeza entre su ropa. Sin embargo, la mano también sabía cómo desnudarla donde quería. Le bajó la fina funda de seda, lentamente, con cuidado, hasta abajo y por encima de sus pies. Luego, con un

temblor de placer exquisito, tocó el cuerpo cálido y suave, y tocó su ombligo por un momento en un beso. Y tuvo que entrar en ella de inmediato, entrar en la paz en la tierra de su cuerpo suave y quiescente. Fue el momento de paz pura para él, la entrada en el cuerpo de la mujer.

Ella yacía quieta, en una especie de sueño, siempre en una especie de sueño. La actividad, el orgasmo fue suyo, todo suyo; ella ya no podía esforzarse por sí misma. Incluso la opresión de sus brazos alrededor de ella, incluso el intenso movimiento de su cuerpo, y el brotar de su semilla en ella, era una especie of sueño, del que no empezó a despertar hasta que él hubo terminado y yacía jadeando suavemente contra su pecho.

Entonces se preguntó, solo vagamente, ¿por qué? ¿Por qué era esto necesario? ¿Por qué le había quitado una gran nube y le había dado paz? ¿Era real? ¿Era real?

Su atormentado cerebro de mujer moderna todavía no tenía descanso. ¿Era real? Y supo que, si se entregaba al hombre, era real. Pero si se guardaba para sí misma, no era nada. Era vieja; millones de años, sentía. Y al final, ya no podía soportar la carga de sí misma. Estaba para ser tomada. Para ser tomada.

El hombre yacía en una misteriosa quietud. ¿Qué sentía? ¿Qué pensaba? Ella no lo sabía. Era un hombre extraño para ella, no lo conocía. Solo debía esperar, pues no se atrevía a romper su misteriosa quietud. Yacía allí con sus brazos alrededor de ella, su cuerpo sobre el de ella, su cuerpo mojado tocando el de ella, tan cerca. Y completamente desconocido. Sin embargo, no sin paz. Su misma quietud era pacífica.

Lo supo cuando, al fin, él se despertó y se apartó de ella. Fue como un abandono. Le bajó el vestido en la oscuridad por encima de las rodillas y se quedó de pie unos momentos, aparentemente ajustándose su propia ropa. Luego abrió silenciosamente la puerta y salió.

Vio una luna muy brillante y pequeña brillando sobre el resplandor crepuscular sobre los robles. Rápidamente se levantó y se arregló; estaba ordenada. Luego fue a la puerta de la cabaña.

Todo el bosque inferior estaba en la sombra, casi en la oscuridad. Sin embargo, el cielo arriba era cristalino. Pero apenas arrojaba luz. Él vino a

través de la sombra inferior hacia ella, su rostro levantado como una mancha pálida.

—¿Nos vamos, entonces? —dijo.

—¿Adónde?

—Iré contigo hasta la portilla.

Arregló las cosas a su manera. Cerró la puerta de la cabaña con llave y fue tras ella.

—No lo lamentas, ¿verdad? —preguntó, mientras caminaba a su lado.

—¡No! ¡No! ¿Y tú? —dijo ella.

—¡Por eso! ¡No! —dijo él. Luego, después de un rato, añadió—: Pero está el resto de las cosas.

—¿Qué resto de las cosas? —dijo ella.

—Sir Clifford. Los demás. Todas las complicaciones.

—¿Por qué complicaciones? —dijo ella, decepcionada.

—Siempre es así. Tanto para ti como para mí. Siempre hay complicaciones. —Siguió caminando firmemente en la oscuridad.

—¿Y lo lamentas? —dijo ella.

—¡En cierto modo! —respondió él, mirando al cielo—. Pensé que había terminado con todo eso. Ahora he empezado de nuevo.

—¿Empezado qué?

—La vida.

—¡La vida! —repitió ella, con una extraña emoción.

—Es la vida —dijo él—. No hay manera de mantenerse al margen. Y si te mantienes al margen, casi podrías morirte. Así que si tengo que volver a abrirme en canal, pues tendré que hacerlo.

Ella no lo veía del todo de esa manera, pero aun así...

—Es solo amor —dijo alegremente.

—Sea lo que sea —respondió él.

Siguieron a través del bosque que oscurecía en silencio, hasta que estuvieron casi en la portilla.

—Pero no me odias, ¿verdad? —dijo ella con nostalgia.

—No, no —respondió él. Y de repente la apretó con fuerza contra su pecho de nuevo, con la vieja pasión que los unía—. No, para mí fue bueno, fue bueno. ¿Lo fue para ti?

—Sí, para mí también —respondió ella, un poco mentirosamente, pues no había sido consciente de mucho.

La besó suavemente, suavemente, con los besos de la calidez.

—Si tan solo no hubiera tanta otra gente en el mundo —dijo lúgubremente.

Ella rio. Estaban en la portilla del parque. Él le abrió.

—No iré más lejos —dijo.

—¡No! —Y ella le tendió la mano, como para estrechársela. Pero él la tomó entre las suyas.

—¿Volveré? —preguntó ella con nostalgia.

—¡Sí! ¡Sí!

Ella lo dejó y cruzó el parque.

Él se quedó atrás y la vio adentrarse en la oscuridad, contra la palidez del horizonte. Casi con amargura la vio irse. Ella lo había vuelto a conectar, cuando él había querido estar solo. Le había costado esa amarga privacidad de un hombre que al final solo quiere estar solo.

Se adentró en la oscuridad del bosque. Todo estaba quieto, la luna se había puesto. Pero era consciente de los ruidos de la noche, las máquinas en Stacks Gate, el tráfico en la carretera principal. Subió lentamente la loma desnuda. Y desde la cima podía ver el campo, brillantes hileras de luces en Stacks Gate, luces más pequeñas en la mina de Tevershall, las luces amarillas de Tevershall y luces por todas partes, aquí y allá, en el campo oscuro, con el distante rubor de los hornos, tenue y rosado, ya que la noche era clara, el rosado del vertido de metal al rojo vivo. ¡Luces eléctricas afiladas y malvadas en Stacks Gate! ¡Un indefinible latido de maldad en ellas! Y toda

la inquietud, el temor siempre cambiante de la noche industrial en las Midlands. Podía oír las máquinas de extracción en Stacks Gate bajando a los mineros de las siete. La mina trabajaba en tres turnos.

Volvió a bajar a la oscuridad y el aislamiento del bosque. Pero sabía que el aislamiento del bosque era ilusorio. Los ruidos industriales rompían la soledad, las luces afiladas, aunque invisibles, se burlaban de ella. Un hombre ya no podía ser privado y retraído. El mundo no permite ermitaños. Y ahora había tomado a la mujer y se había traído un nuevo ciclo de dolor y fatalidad. Pues sabía por experiencia lo que significaba.

No era culpa de la mujer, ni siquiera culpa del amor, ni culpa del sexo. La culpa estaba allí, ahí fuera, en esas malvadas luces eléctricas y diabólicos traqueteos de máquinas. Allí, en el mundo de la avidez mecánica, del mecanismo ávido y la avidez mecanizada, centelleando con luces y brotando metal caliente y rugiendo con el tráfico, allí yacía la vasta cosa maligna, lista para destruir todo lo que no se conformara. Pronto destruiría el bosque, y los jacintos de los bosques no volverían a brotar. Todas las cosas vulnerables deben perecer bajo el rodar y correr del hierro.

Pensó con infinita ternura en la mujer. Pobre criatura desamparada, era más agradable de lo que sabía, y ¡oh!, demasiado agradable para el duro lote con el que estaba en contacto. Pobre criatura, ella también tenía algo de la vulnerabilidad de los jacintos silvestres, no era toda de goma dura y platino, como la chica moderna. ¡Y acabarían con ella! Tan seguro como la vida, acabarían con ella, como acaban con toda la vida naturalmente tierna. ¡Ternero! En alguna parte era tierna, tierna con una ternura de los jacintos en crecimiento, algo que ha desaparecido de las mujeres de celuloide de hoy. Pero la protegería con su corazón por un tiempo. Por un tiempo, antes de que el mundo de hierro insensible y el Mammón de la avidez mecanizada acabaran con ambos, con ella y con él.

Volvió a casa con su escopeta y su perro, a la oscura casita, encendió la lámpara, avivó el fuego y cenó pan y queso, cebolletas y cerveza. Estaba solo, en un silencio que amaba. Su habitación estaba limpia y ordenada, pero bastante austera. Sin embargo, el fuego era brillante, el hogar blanco, la lámpara de petróleo colgaba brillante sobre la mesa, con su hule blanco. Intentó leer un libro sobre la India, pero esa noche no pudo leer. Se sentó

junto al fuego en mangas de camisa, sin fumar, pero con una jarra de cerveza al alcance. Y pensó en Connie.

A decir verdad, lamentaba lo que había pasado, quizás más por ella. Tenía un presentimiento. Ningún sentimiento de maldad o pecado; no lo atormentaba ninguna conciencia al respecto. Sabía que la conciencia era principalmente miedo a la sociedad, o miedo a uno mismo. No tenía miedo de sí mismo. Pero tenía un miedo bastante consciente de la sociedad, que sabía por instinto que era una bestia malévola y parcialmente loca.

¡La mujer! ¡Si pudiera estar allí con él, y no hubiera nadie más en el mundo! El deseo volvió a surgir, su pene empezó a moverse como un pájaro vivo. Al mismo tiempo, una opresión, un temor de exponerse a sí mismo y a ella a esa Cosa exterior que centelleaba viciosamente en las luces eléctricas, pesaba sobre sus hombros. Ella, pobre joven criatura, era solo una joven criatura femenina para él; pero una joven criatura femenina en la que había entrado y a la que deseaba de nuevo.

Estirándose con el curioso bostezo del deseo, pues había estado solo y apartado de hombre o mujer durante cuatro años, se levantó y cogió de nuevo su abrigo y su escopeta, bajó la lámpara y salió a la noche estrellada, con el perro. Impulsado por el deseo y por el temor de la Cosa malévola de fuera, hizo su ronda en el bosque, lenta y suavemente. Amaba la oscuridad y se envolvía en ella. Se ajustaba a la turgencia de su deseo que, a pesar de todo, era como una riqueza; ¡la inquieta agitación de su pene, el fuego agitado en sus lomos! Oh, si tan solo hubiera otros hombres con quienes estar, para luchar contra esa centelleante Cosa eléctrica de ahí fuera, para preservar la ternura de la vida, la ternura de las mujeres y las riquezas naturales del deseo. ¡Si tan solo hubiera hombres con quienes luchar codo con codo! Pero los hombres estaban todos ahí fuera, gloriándose en la Cosa, triunfando o siendo pisoteados en el torbellino de la avidez mecanizada o del mecanismo ávido.

Constance, por su parte, había cruzado el parque a toda prisa, a casa, casi sin pensar. Todavía no tenía remordimientos. Llegaría a tiempo para la cena.

Sin embargo, le molestó encontrar las puertas cerradas, de modo que tuvo que llamar al timbre. La señora Bolton abrió.

— ¡Vaya, ahí está, su señoría! ¡Empezaba a preguntarme si se había perdido! — dijo un poco pícaramente —. Sir Clifford no ha preguntado por usted, sin embargo; tiene al señor Linley con él, hablando de algo. Parece que se quedará a cenar, ¿no le parece, mi señora?

— Así parece — dijo Connie.

— ¿Retraso la cena un cuarto de hora? Eso le daría tiempo para vestirse cómodamente.

— Quizás sea mejor.

El señor Linley era el gerente general de las minas, un hombre mayor del norte, sin suficiente empuje para el gusto de Clifford; no estaba a la altura de las condiciones de la posguerra, ni tampoco de los mineros de la posguerra, con su credo de «huelga de celo». Pero a Connie le caía bien el señor Linley, aunque se alegraba de ahorrarse las adulaciones de su esposa.

Linley se quedó a cenar, y Connie fue la anfitriona que tanto gustaba a los hombres, tan modesta, pero tan atenta y consciente, con grandes y amplios ojos azules y una suave compostura que ocultaba suficientemente lo que realmente estaba pensando. Connie había interpretado a esta mujer tantas veces, que era casi una segunda naturaleza para ella; pero aun así, decididamente segunda. Sin embargo, era curioso cómo todo desaparecía de su conciencia mientras la interpretaba.

Esperó pacientemente hasta que pudo subir a su habitación y pensar sus propios pensamientos. Siempre estaba esperando, parecía ser su fuerte.

Una vez en su habitación, sin embargo, se sentía todavía vaga y confusa. No sabía qué pensar. ¿Qué clase de hombre era él, realmente? ¿Realmente le gustaba a ella? No mucho, sentía. Sin embargo, era amable. Había algo, una especie de amabilidad cálida e ingenua, curiosa y repentina, que casi le abría el vientre a él. Pero sentía que podría ser así de amable con cualquier mujer. Aunque aun así, era curiosamente tranquilizador, reconfortante. Y era un hombre apasionado, sano y apasionado. Pero quizás no era lo suficientemente individual; podría ser igual con cualquier mujer como lo había sido con ella. Realmente no era personal. Ella solo era realmente una hembra para él.

Pero quizás eso era mejor. Y después de todo, él era amable con la hembra que había en ella, lo que ningún hombre había sido jamás. Los hombres

eran muy amables con la persona que ella era, pero bastante crueles con la hembra, despreciándola o ignorándola por completo. Los hombres eran terriblemente amables con Constance Reid o con Lady Chatterley; pero no con su vientre, no eran amables. Y él no prestaba atención a Constance ni a Lady Chatterley; simplemente le acariciaba suavemente los lomos o los pechos.

Fue al bosque al día siguiente. Era una tarde gris y tranquila, con el eléboro de un verde oscuro extendiéndose bajo el bosquecillo de avellanos, y todos los árboles haciendo un esfuerzo silencioso por abrir sus brotes. Hoy casi podía sentirlo en su propio cuerpo, el enorme impulso de la savia en los árboles macizos, hacia arriba, arriba, arriba hasta las puntas de los brotes, para empujar allí en pequeñas hojas de roble llameantes, bronce como la sangre. Era como una marea que corría turgente hacia arriba y se extendía por el cielo.

Llegó al claro, pero él no estaba allí. Solo lo había esperado a medias. Los polluelos de faisán corrían ligeros por todas partes, ligeros como insectos, desde los gallineros donde las gallinas amarillas cloqueaban ansiosamente. Connie se sentó y los observó, y esperó. Solo esperó. Apenas si veía a los polluelos. Esperó.

El tiempo pasaba con una lentitud de sueño, y él no venía. Solo lo había esperado a medias. Nunca venía por la tarde. Debía ir a casa a tomar el té. Pero tuvo que forzarse a marcharse.

Mientras volvía a casa, cayó una fina llovizna.

—¿Llueve otra vez? —dijo Clifford, viéndola sacudir su sombrero.

—Solo una llovizna.

Sirvió el té en silencio, absorta en una especie de obstinación. Sí quería ver al guardabosques hoy, para ver si era realmente real. Si era realmente real.

—¿Te leo un poco después? —dijo Clifford.

Ella lo miró. ¿Había sentido algo?

—La primavera me hace sentir rara... pensé que podría descansar un poco —dijo.

—Como quieras. No te sientes realmente mal, ¿verdad?

—¡No! Solo bastante cansada, con la primavera. ¿Quieres que la señora Bolton toque algo contigo?

—¡No! Creo que escucharé la radio.

Oyó la curiosa satisfacción en su voz. Subió a su dormitorio. Allí oyó empezar a bramar el altavoz, con una voz idiotamente aterciopelada y distinguida, algo sobre una serie de pregones callejeros, la flor y nata de la afectación distinguida imitando a los antiguos pregoneros. Se puso su viejo impermeable de color violeta y salió sigilosamente de la casa por la puerta lateral.

La llovizna era como un velo sobre el mundo, misteriosa, silenciosa, no fría. Le entró mucho calor mientras cruzaba el parque a toda prisa. Tuvo que abrir su ligero impermeable.

El bosque estaba silencioso, quieto y secreto en la llovizna vespertina, lleno del misterio de los huevos y los brotes entreabiertos, las flores a medio desnudar. En la penumbra de todo ello, los árboles brillaban desnudos y oscuros como si se hubieran desvestido, y las cosas verdes en la tierra parecían zumbiar de verdor.

Todavía no había nadie en el claro. Los polluelos casi todos se habían metido debajo de las gallinas madres, solo uno o dos aventureros perdidos todavía picoteaban en la sequedad bajo el refugio del tejado de paja. Y dudaban de sí mismos.

¡Así que! Todavía no había venido. Se mantenía alejado a propósito. O quizás algo andaba mal. Quizás podía ir a la casita y ver.

Pero había nacido para esperar. Abrió la cabaña con su llave. Estaba todo ordenado, el maíz puesto en el cajón, las mantas dobladas en el estante, la paja ordenada en un rincón; un nuevo fardo de paja. La lámpara de huracán colgaba de un clavo. La mesa y la silla habían sido puestas de nuevo donde ella había yacido.

Se sentó en un taburete en la puerta. ¡Qué quieto estaba todo! La fina lluvia soplaba muy suavemente, como una película, pero el viento no hacía ruido. Nada hacía ningún sonido. Los árboles se erguían como seres

poderosos, tenues, crepusculares, silenciosos y vivos. ¡Qué vivo estaba todo!

La noche se acercaba de nuevo; tendría que irse. La estaba evitando.

Pero de repente entró a grandes zancadas en el claro, con su chaqueta de hule negra como un chófer, brillando por la humedad. Miró rápidamente la cabaña, saludó a medias, luego se desvió y continuó hacia los gallineros. Allí se agachó en silencio, mirando todo cuidadosamente, luego cerró cuidadosamente a las gallinas y los polluelos, a salvo para la noche.

Al fin se acercó lentamente a ella. Ella seguía sentada en su taburete. Se paró ante ella bajo el porche.

—Has venido, entonces —dijo, usando la entonación del dialecto.

—Sí —dijo ella, mirándolo—. ¡Llegas tarde!

—¡Sí! —respondió él, mirando hacia el bosque.

Ella se levantó lentamente, apartando su taburete.

—¿Querías entrar? —preguntó.

Él la miró con astucia.

—¿No pensará la gente algo, que vengas aquí todas las noches? —dijo.

—¿Por qué? —lo miró, perpleja—. Dije que vendría. Nadie lo sabe.

—Pero pronto lo sabrán —respondió él—. ¿Y entonces qué?

Ella no supo qué responder.

—¿Por qué deberían saberlo? —dijo.

—La gente siempre lo sabe —dijo fatalmente.

Su labio tembló un poco.

—Bueno, no puedo evitarlo —tartamudeó.

—No —dijo—. Puedes evitarlo no viniendo... si quieres —añadió, en un tono más bajo.

—Pero no quiero —murmuró.

Miró hacia el bosque y guardó silencio.

—Pero, ¿qué pasará cuando la gente se entere? —preguntó al fin—. ¡Piénsalo! Piensa en lo rebajada que te sentirás, una de las sirvientas de tu marido.

Ella miró su rostro apartado.

—¿Es... —tartamudeó—, es que no me quieres?

—¡Piensa! —dijo—. ¡Piensa en qué pasará si la gente se entera... Sir Clifford y todos... y todo el mundo hablando...!

—Bueno, puedo irme.

—¿Adónde?

—¡A cualquier parte! Tengo mi propio dinero. Mi madre me dejó veinte mil libras en un fideicomiso, y sé que Clifford no puede tocarlo. Puedo irme.

—Pero quizás no quieras irte.

—¡Sí, sí! No me importa lo que me pase.

—¡Sí, eso crees! ¡Pero te importará! Tendrás que importarte, a todo el mundo le importa. Tienes que recordar que su señoría se lía con un guarda-bosques. No es como si yo fuera un caballero. Sí, te importaría. Te importaría.

—¡No me importaría! ¡Qué me importa mi señoría! En realidad lo odio. Siento que la gente se burla cada vez que lo dice. ¡Y lo hacen, lo hacen! Incluso tú te burlas cuando lo dices.

—¡Yo!

Por primera vez la miró directamente, y a los ojos.

—Yo no me burlo de ti —dijo.

Al mirarlo a los ojos, vio que sus propios ojos se oscurecían, completamente oscuros, la pupila dilatándose.

—¿No te importa todo el riesgo? —preguntó con voz ronca—. Debería importarte. ¡No dejes que te importe cuando sea demasiado tarde!

Había una curiosa súplica de advertencia en su voz.

—Pero no tengo nada que perder —dijo ella con irritación—. Si supieras lo que es, pensarías que estaría contenta de perderlo. Pero, ¿tienes miedo por ti?

—¡Sí! —dijo brevemente—. Lo tengo. Tengo miedo. Tengo miedo de las cosas.

—¿De qué cosas? —preguntó.

Hizo un curioso movimiento de cabeza hacia atrás, indicando el mundo exterior.

—¡De las cosas! ¡De todos! ¡De todos ellos!

Luego se inclinó y de repente besó su rostro infeliz.

—No, no me importa —dijo—. Tengámoslo, y al diablo el resto. ¡Pero si fueras a arrepentirte de haberlo hecho!

—No me disuadas —suplicó.

Le puso los dedos en la mejilla y la besó de nuevo de repente.

—Déjame entrar entonces —dijo suavemente—. Y quítate el impermeable.

Colgó su escopeta, se quitó la chaqueta de cuero mojada y buscó las mantas.

—Traje otra manta —dijo—, para que podamos poner una sobre nosotros si queremos.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo ella—. La cena es a las siete y media.

La miró rápidamente, luego a su reloj.

—De acuerdo —dijo.

Cerró la puerta y encendió una pequeña luz en la lámpara de huracán colgante.

—Alguna vez tendremos mucho tiempo —dijo.

Puso las mantas con cuidado, una doblada para su cabeza. Luego se sentó un momento en el taburete y la atrajo hacia sí, sujetándola con un brazo,

buscando su cuerpo con la mano libre. Oyó el jadeo de su aliento contenido al encontrarla. Debajo de su frágil enagua, estaba desnuda.

—¡Eh! ¡qué es tocarte! —dijo, mientras su dedo acariciaba la delicada, cálida y secreta piel de su cintura y caderas. Bajó el rostro y frotó su mejilla contra su vientre y contra sus muslos una y otra vez. Y de nuevo ella se preguntó un poco sobre la clase de éxtasis que era para él. No entendía la belleza que encontraba en ella, a través del tacto sobre su cuerpo vivo y secreto, casi el éxtasis de la belleza. Porque solo la pasión está despierta a ello. Y cuando la pasión está muerta, o ausente, entonces el magnífico latido de la belleza es incomprensible e incluso un poco despreciable; la cálida y viva belleza del contacto, mucho más profunda que la belleza de la sabiduría. Sintió el deslizamiento de su mejilla sobre sus muslos y vientre y nalgas, y el roce cercano de su bigote y su pelo suave y espeso, y sus rodillas empezaron a temblar. Muy adentro de ella sintió un nuevo movimiento, una nueva desnudez emergiendo. Y tuvo medio miedo. Medio deseó que no la acariciara tanto. La estaba abarcando de alguna manera. Sin embargo, estaba esperando, esperando.

Y cuando entró en ella, con una intensificación de alivio y consumación que fue paz pura para él, ella todavía estaba esperando. Se sintió un poco excluida. Y supo que, en parte, era culpa suya. Se había forzado a esta separación. Ahora quizás estaba condenada a ella. Yacía quieta, sintiendo su movimiento dentro de ella, su profunda concentración, el súbito temblor de él al brotar su semilla, luego el lento empuje que remitía. Ese empuje de las nalgas, seguramente era un poco ridículo. Si eras una mujer, y estabas al margen de todo el asunto, ¡seguramente ese empuje de las nalgas del hombre era supremamente ridículo! ¡Seguramente el hombre era intensamente ridículo en esta postura y en este acto!

Pero yacía quieta, sin retroceder. Incluso, cuando él hubo terminado, no se despertó para aferrarse a su propia satisfacción, como había hecho con Michaelis; yacía quieta, y las lágrimas llenaron lentamente sus ojos y corrieron.

Él también yacía quieto. Pero la abrazó con fuerza y trató de cubrir sus pobres piernas desnudas con las suyas, para mantenerlas calientes. Yacía sobre ella con una calidez cercana e indudable.

—¿Tienes frío? —preguntó, con una voz suave y pequeña, como si ella estuviera cerca, tan cerca. Mientras que ella estaba excluida, distante.

—¡No! Pero debo irme —dijo suavemente.

Él suspiró, la abrazó más fuerte, luego se relajó para descansar de nuevo.

No había adivinado sus lágrimas. Pensó que ella estaba allí con él.

—Debo irme —repitió.

Se levantó, se arrodilló a su lado un momento, le besó la cara interna de los muslos, luego le bajó las faldas, abotonándose su propia ropa sin pensar, sin siquiera apartarse, en la tenue, muy tenue luz de la linterna.

—Tienes que venir a la casita alguna vez —dijo, mirándola con un rostro cálido, seguro y tranquilo.

Pero ella yacía allí inerte, y lo miraba pensando. ¡Extraño! ¡Extraño! Incluso le guardaba un poco de rencor.

Se puso el abrigo y buscó su sombrero, que se había caído, luego se colgó la escopeta.

—¡Vamos entonces! —dijo, mirándola con aquellos ojos cálidos y pacíficos.

Se levantó lentamente. No quería irse. También le molestaba un poco quedarse. Él la ayudó con su delgado impermeable y se aseguró de que estuviera ordenada.

Luego abrió la puerta. El exterior estaba completamente oscuro. El fiel perro bajo el porche se levantó con placer al verlo. La llovizna pasaba grisácea bajo la oscuridad. Estaba completamente oscuro.

—Tengo que coger la linterna —dijo—. No habrá naide.

Caminó justo delante de ella por el estrecho sendero, balanceando la lámpara de huracán, revelando la hierba mojada, las raíces negras y brillantes de los árboles como serpientes, flores pálidas. Por lo demás, todo era una niebla de lluvia gris y una oscuridad completa.

—Tienes que venir a la casita alguna vez —dijo—, ¿vendrás? Lo mismo da que nos ahorquen por una oveja que por un cordero.

Le desconcertó su extraño y persistente deseo de ella, cuando no había nada entre ellos, cuando nunca le hablaba realmente, y a pesar de sí misma le molestaba el dialecto. Su «tienes que venir» no parecía dirigido a ella, sino a alguna mujer vulgar. Reconoció las hojas de dedalera del camino y supo, más o menos, dónde estaban.

— Son las siete y cuarto —dijo—, llegarás. —Había cambiado la voz, parecía sentir su distancia. Al doblar la última curva del camino hacia el muro de avellanos y la portilla, apagó la luz—. Desde aquí veremos —dijo, tomándola suavemente por el brazo.

Pero era difícil, la tierra bajo sus pies era un misterio, pero él se orientaba por el tacto: estaba acostumbrado. En la portilla le dio su linterna eléctrica.

— Está un poco más claro en el parque —dijo—; pero tómala por si te sales del sendero.

Era cierto, parecía haber un fantasmagórico destello de grisura en el espacio abierto del parque. De repente la atrajo hacia sí y metió la mano bajo su vestido de nuevo, sintiendo su cuerpo cálido con su mano húmeda y fría.

— Podría morir por el tacto de una mujer como tú —dijo en su garganta—. Si te quedaras otro minuto.

Ella sintió la fuerza repentina de su deseo de ella de nuevo.

— No, debo correr —dijo, un poco alocadamente.

— Sí —respondió él, cambiando de repente, soltándola.

Se dio la vuelta, y al instante se volvió hacia él diciendo:

— Bésame.

Él se inclinó sobre su indistinguible figura y la besó en el ojo izquierdo. Ella ofreció la boca y él la besó suavemente, pero se apartó de inmediato. Odiaba los besos en la boca.

— Vendré mañana —dijo ella, apartándose—; si puedo —añadió.

— ¡Sí! no tan tarde —respondió él desde la oscuridad. Ya no podía verlo en absoluto.

— Buenas noches —dijo ella.

— Buenas noches, su señoría —su voz.

Se detuvo y miró hacia atrás en la oscuridad húmeda. Apenas podía ver su bulto.

—¿Por qué has dicho eso? —dijo.

—No —respondió él—. Buenas noches entonces, ¡corre!

Se sumergió en la noche tangible, gris oscura. Encontró la puerta lateral abierta y se deslizó en su habitación sin ser vista. Al cerrar la puerta, sonó el gong, pero se daría un baño de todos modos... debía darse un baño. «Pero no llegaré tarde más», se dijo a sí misma; «es demasiado molesto».

Al día siguiente no fue al bosque. En cambio, fue con Clifford a Uthwaite. De vez en cuando podía salir en el coche, y tenía a un joven fuerte como chófer, que podía ayudarlo a salir del coche si era necesario. Quería ver especialmente a su padrino, Leslie Winter, que vivía en Shipley Hall, no lejos de Uthwaite. Winter era ahora un caballero anciano, rico, uno de los ricos propietarios de minas de carbón que habían tenido su apogeo en tiempos del rey Eduardo. El rey Eduardo se había alojado más de una vez en Shipley, para la caza. Era una hermosa y antigua mansión de estuco, muy elegantemente decorada, pues Winter era soltero y se enorgullecía de su estilo; pero el lugar estaba rodeado de minas. Leslie Winter apreciaba a Clifford, pero personalmente no le tenía un gran respeto, por las fotografías en los periódicos ilustrados y la literatura. El anciano era un dandi de la escuela del rey Eduardo, que pensaba que la vida era la vida y los tipos que escribían eran otra cosa. Hacia Connie, el señor era siempre bastante galante; la consideraba una doncella atractiva y recatada, y bastante desperdiciada en Clifford, y era una lástima que no tuviera ninguna posibilidad de traer un heredero a Wragby. Él mismo no tenía heredero.

Connie se preguntó qué diría si supiera que el guardabosques de Clifford había tenido relaciones con ella, y le había dicho «tienes que venir a la casita alguna vez». La detestaría y la despreciaría, pues había llegado casi a odiar el avance de las clases trabajadoras. Un hombre de su propia clase no le importaría, pues Connie estaba dotada por la naturaleza de esta apariencia de doncella recatada y sumisa, y quizás era parte de su naturaleza. Winter la llamaba «querida niña» y le regaló una miniatura bastante encantadora de una dama del siglo XVIII, un poco en contra de su voluntad.

Pero Connie estaba preocupada por su aventura con el guardabosques. Después de todo, el señor Winter, que era realmente un caballero y un hombre de mundo, la trataba como a una persona y a un individuo con discernimiento; no la metía en el mismo saco que al resto de su feminidad en su «tú» y «vos».

No fue al bosque ese día, ni al siguiente, ni al día después. No fue mientras sintió, o imaginó que sentía, al hombre esperándola, deseándola. Pero al cuarto día estaba terriblemente inquieta e intranquila. Todavía se negaba a ir al bosque y abrir sus muslos una vez más al hombre. Pensó en todas las cosas que podría hacer: ir en coche a Sheffield, hacer visitas, y la idea de todas estas cosas era repelente. Al fin decidió dar un paseo, no hacia el bosque, sino en la dirección opuesta; iría a Marehay, a través de la pequeña puerta de hierro en el otro lado de la valla del parque. Era un día de primavera gris y tranquilo, casi cálido. Caminó sin prestar atención, absorta en pensamientos de los que ni siquiera era consciente. No era realmente consciente de nada fuera de ella, hasta que la sobresaltó el fuerte ladrido del perro en la granja de Marehay. ¡La granja de Marehay! Sus pastos llegaban hasta la valla del parque de Wragby, así que eran vecinos, pero hacía algún tiempo que Connie no los visitaba.

—¡Bell! —le dijo a la gran bull-terrier blanca—. ¡Bell! ¿me has olvidado? ¿No me conoces? —Tenía miedo de los perros, y Bell retrocedió y ladró, y ella quería pasar por el corral de la granja hacia el sendero del coto.

Apareció la señora Flint. Era una mujer de la edad de Constance, había sido maestra de escuela, pero Connie sospechaba que era una pequeña cosa más bien falsa.

—¡Vaya, es Lady Chatterley! ¡Vaya! —Y los ojos de la señora Flint brillaron de nuevo, y se sonrojó como una joven—. ¡Bell, Bell! ¡Vaya! ¡ladrándole a Lady Chatterley! ¡Bell! ¡Cállate! —Se lanzó hacia adelante y golpeó al perro con un paño blanco que tenía en la mano, luego se acercó a Connie.

—Solía conocerme —dijo Connie, estrechándole la mano. Los Flint eran inquilinos de los Chatterley.

—¡Por supuesto que conoce a su señoría! Solo está presumiendo —dijo la señora Flint, radiante y mirando hacia arriba con una especie de confusión sonrojada—, pero hace tanto que no la ve. Espero que esté mejor.

—Sí, gracias, estoy bien.

—Apenas la hemos visto en todo el invierno. ¿Quiere entrar y ver al bebé?

—¡Bueno! —Connie dudó—. Solo por un minuto.

La señora Flint voló locamente adentro para ordenar, y Connie la siguió lentamente, dudando en la cocina bastante oscura donde la tetera hervía junto al fuego. Volvió la señora Flint.

—Espero que me disculpe —dijo—. ¿Quiere entrar aquí?

Entraron en la sala de estar, donde un bebé estaba sentado en la alfombra de trapo junto al hogar, y la mesa estaba puesta toscamente para el té. Una joven sirvienta retrocedió por el pasillo, tímida y torpe.

El bebé era una criatura vivaracha de aproximadamente un año, con el pelo rojo como su padre y descarados ojos de un azul pálido. Era una niña, y no se dejaba intimidar. Estaba sentada entre cojines y rodeada de muñecas de trapo y otros juguetes en un exceso moderno.

—¡Vaya, qué encanto! —dijo Connie—, ¡y cómo ha crecido! ¡Una niña grande! ¡Una niña grande!

Le había regalado un chal cuando nació, y patos de celuloide por Navidad.

—¡Venga, Josephine! ¿Quién ha venido a verte? ¿Quién es, Josephine? Lady Chatterley... conoces a Lady Chatterley, ¿verdad?

La extraña y vivaracha criatura miró descaradamente a Connie. Las señorías todavía le daban lo mismo.

—¡Ven! ¿Quieres venir conmigo? —dijo Connie al bebé.

Al bebé le daba lo mismo, así que Connie la cogió y la sentó en su regazo. ¡Qué cálido y encantador era tener a un niño en el regazo, y los bracitos suaves, las piernecitas inconscientes y descaradas!

—Estaba tomándome una taza de té sencilla yo sola. Luke se ha ido al mercado, así que puedo tomarla cuando quiera. ¿Le gustaría una taza, Lady Chatterley? Supongo que no es a lo que está acostumbrada, pero si quisiera.

Connie quiso, aunque no quería que le recordaran a lo que estaba acostumbrada. Hubo un gran reordenamiento de la mesa, y se trajeron las mejores tazas y la mejor tetera.

—¡Si tan solo no se tomara ninguna molestia! —dijo Connie.

Pero si la señora Flint no se tomaba ninguna molestia, ¿dónde estaba la gracia! Así que Connie jugó con la niña y se divirtió con su pequeña audacia femenina, y obtuvo un profundo placer voluptuoso de su suave y joven calor. ¡Vida joven! ¡Y tan intrépida! Tan intrépida, porque tan indefensa. ¡Toda la gente mayor, tan limitada por el miedo!

Tomó una taza de té, que estaba bastante fuerte, y pan y mantequilla muy buenos, y ciruelas en conserva. La señora Flint se sonrojó y brilló y se pavoneó de emoción, como si Connie fuera algún galante caballero. Y tuvieron una verdadera charla femenina, y ambas la disfrutaron.

—Es un té bastante pobre, sin embargo —dijo la señora Flint.

—Es mucho más agradable que en casa —dijo Connie con sinceridad.

—¡Oh! —dijo la señora Flint, sin creerlo, por supuesto.

Pero al fin Connie se levantó.

—Debo irme —dijo—. Mi marido no tiene ni idea de dónde estoy. Se estará preguntando todo tipo de cosas.

—Nunca pensará que está aquí —rio la señora Flint emocionada—. Enviaré al pregonero.

—Adiós, Josephine —dijo Connie, besando al bebé y alborotándole el pelo rojo y ralo.

La señora Flint insistió en abrir la puerta principal, cerrada con llave y cerrojo. Connie salió al pequeño jardín delantero de la granja, cerrado por un seto de aligustre. Había dos hileras de aurículas junto al sendero, muy aterciopeladas y ricas.

—¡Qué aurículas más bonitas! —dijo Connie.

—«Recklesses», como las llama Luke —rio la señora Flint—. Coja algunas.

Y ansiosamente cogió las flores de terciopelo y prímula.

—¡Suficiente! ¡Suficiente! —dijo Connie.

Llegaron a la pequeña puerta del jardín.

—¿Hacia dónde iba? —preguntó la señora Flint.

—Por el coto.

—¡Déjeme ver! Oh, sí, las vacas están en el cercado del torno. Pero todavía no han subido. Pero la puerta está cerrada, tendrá que trepar.

—Puedo trepar —dijo Connie.

—Quizás pueda bajar con usted por el cercado.

Bajaron por el pobre pasto, mordisqueado por los conejos. Los pájaros silbaban en un salvaje triunfo vespertino en el bosque. Un hombre llamaba a las últimas vacas, que se arrastraban lentamente por el pasto gastado por el sendero.

—Van tarde con el ordeño esta noche —dijo la señora Flint severamente—. Saben que Luke no volverá hasta después del anochecer.

Llegaron a la valla, más allá de la cual el joven bosque de abetos se erizaba denso. Había una pequeña puerta, pero estaba cerrada. En la hierba, del lado de dentro, había una botella, vacía.

—Ahí está la botella vacía del guardabosques para su leche —explicó la señora Flint—. Se la traemos hasta aquí y luego él mismo la recoge.

—¿Cuándo? —dijo Connie.

—Oh, en cualquier momento que ande por aquí. A menudo por la mañana. ¡Bueno, adiós, Lady Chatterley! Y vuelva, por favor. Fue tan encantador tenerla.

Connie trepó la valla hacia el estrecho sendero entre los densos y erizados abetos jóvenes. La señora Flint volvió corriendo a través del pasto, con un sombrero de sol, porque en realidad era maestra de escuela. A Constance no le gustaba esta parte densa y nueva del bosque; le parecía tétrica y asfixiante. Se apresuró con la cabeza gacha, pensando en el bebé de los Flint. Era una criatura encantadora, pero sería un poco patizamba como su padre. Ya se notaba, pero quizás se le quitaría al crecer. ¡Qué cálido y satisfactorio era de alguna manera tener un bebé, y cómo lo había presumido la señora Flint!

Tenía algo que Connie no tenía, y aparentemente no podía tener. Sí, la señora Flint había hecho alarde de su maternidad. Y Connie había estado un poco, solo un poquito celosa. No pudo evitarlo.

Salió de su ensimismamiento y dio un pequeño grito de miedo. Había un hombre allí.

Era el guardabosques, estaba en el sendero como el asno de Balaam, cerrándole el paso.

—¿Cómo es esto? —dijo sorprendido.

—¿Cómo ha venido? —jadeó ella.

—¿Y usted? ¿Ha estado en la cabaña?

—¡No! ¡No! Fui a Marehay.

La miró con curiosidad, escrutadoramente, y ella bajó la cabeza un poco culpable.

—¿Y iba a la cabaña ahora? —preguntó con bastante severidad.

—¡No! No debo. Me quedé en Marehay. Nadie sabe dónde estoy. Llego tarde. Tengo que correr.

—¿Dándome esquinazo, eh? —dijo, con una leve sonrisa irónica.

—¡No! No. No es eso. Solo...

—Vaya, ¿qué otra cosa? —dijo. Y se acercó a ella y le rodeó con el brazo. Ella sintió la parte delantera de su cuerpo terriblemente cerca de ella, y viva.

—¡Oh, ahora no, ahora no! —gritó, tratando de apartarlo.

—¿Por qué no? Son solo las seis. Tienes media hora. ¡No! ¡No! Te quiero.

La sujetó con fuerza y ella sintió su urgencia. Su viejo instinto era luchar por su libertad. Pero algo más en ella era extraño e inerte y pesado. Su cuerpo era urgente contra el de ella, y ya no tenía corazón para luchar.

Miró a su alrededor.

—¡Ven... ven aquí! Por aquí —dijo, mirando penetrantemente entre los densos abetos, que eran jóvenes y no más que a medio crecer.

Volvió a mirarla. Ella vio sus ojos, tensos y brillantes, feroces, no amorosos. Pero su voluntad la había abandonado. Un extraño peso estaba sobre sus miembros. Estaba cediendo. Se estaba rindiendo.

La condujo a través del muro de árboles espinosos, que eran difíciles de atravesar, a un lugar donde había un pequeño espacio y un montón de ramas muertas. Arrojó una o dos secas, puso su abrigo y chaleco sobre ellas, y ella tuvo que tumbarse allí bajo las ramas del árbol, como un animal, mientras él esperaba, de pie en camisa y calzones, observándola con ojos embrujados. Pero aun así fue previsor... la hizo tumbarse correctamente, correctamente. Sin embargo, rompió la cinta de su ropa interior, pues ella no lo ayudó, solo yacía inerte.

Él también se había desnudado la parte delantera de su cuerpo y ella sintió su carne desnuda contra la de ella cuando él entró. Por un momento estuvo quieto dentro de ella, turgente allí y temblando. Luego, cuando empezó a moverse, en el repentino e indefenso orgasmo, despertaron en ella nuevas y extrañas emociones que ondulaban en su interior. Ondeando, ondeando, ondeando, como un aleteo superpuesto de llamas suaves, suaves como plumas, que corrían hacia puntos de brillantez, exquisitos, exquisitos y la derretían toda por dentro. Era como campanas que ondulaban hacia arriba y hacia arriba hasta una culminación. Yacía inconsciente de los pequeños gritos salvajes que profirió al final. Pero terminó demasiado pronto, demasiado pronto, y ya no pudo forzar su propia conclusión con su propia actividad. Esto era diferente, diferente. No podía hacer nada. Ya no podía endurecerse y agarrarse para su propia satisfacción en él. Solo podía esperar, esperar y gemir en espíritu mientras sentía que él se retiraba, se retiraba y se contraía, llegando al terrible momento en que se deslizaría fuera de ella y se iría. Mientras todo su vientre estaba abierto y suave, y clamaba suavemente, como una anémona de mar bajo la marea, clamando que él volviera a entrar y la satisficiera. Se aferró a él, inconsciente en la pasión, y él nunca se deslizó del todo fuera de ella, y sintió el suave capullo de él moverse dentro de ella, y extraños ritmos aflorando en ella con un extraño movimiento rítmico creciente, hinchándose y hinchándose hasta llenar toda su conciencia adherente, y luego comenzó de nuevo el movimiento inefable que no era realmente movimiento, sino puros remolinos de sensación que se ahondaban más y más a través de todo su tejido y conciencia, hasta que fue un fluido perfecto y concéntrico de sentimiento, y yacía allí llorando en gritos incon-

scientes e inarticulados. ¡La voz de la noche más profunda, la vida! El hombre la oyó debajo de él con una especie de asombro, mientras su vida brotaba en ella. Y a medida que remitía, él también remitía y yacía completamente quieto, sin saber, mientras el agarre de ella sobre él se relajaba lentamente, y ella yacía inerte. Y yacían y no sabían nada, ni siquiera el uno del otro, ambos perdidos. Hasta que al fin él empezó a despertar y a ser consciente de su indefensa desnudez, y ella fue consciente de que su cuerpo aflojaba su abrazo sobre ella. Se estaba separando; pero en su pecho sintió que no podía soportar que la dejara descubierta. Debía cubrirla ahora para siempre.

Pero se apartó al fin, y la besó y la cubrió, y empezó a cubrirse él mismo. Ella yacía mirando hacia las ramas del árbol, incapaz aún de moverse. Él se quedó de pie y se abrochó los calzones, mirando a su alrededor. Todo estaba denso y silencioso, salvo por el perro asombrado que yacía con las patas contra el hocico. Se sentó de nuevo en la maleza y tomó la mano de Connie en silencio.

Ella se volvió y lo miró.

—Nos corrimos juntos esa vez —dijo él.

Ella no respondió.

—Es bueno cuando es así. La mayoría de la gente vive su vida y nunca lo sabe —dijo, hablando más bien como en un sueño.

Ella miró su rostro meditabundo.

—¿De verdad? —dijo—. ¿Estás contento?

Él la miró a los ojos.

—Contento —dijo—. Sí, pero no importa. —No quería que ella hablara. Y se inclinó sobre ella y la besó, y ella sintió que así debía besarla para siempre.

Al fin se incorporó.

—¿La gente no se corre junta a menudo? —preguntó con ingenua curiosidad.

—Muchos de ellos nunca. Se puede ver por su aspecto crudo. —Habló sin querer, arrepintiéndose de haber empezado.

—¿Te has corrido así con otras mujeres?

La miró divertido.

—No lo sé —dijo—, no lo sé.

Y ella supo que nunca le diría nada que no quisiera decirle. Observó su rostro, y la pasión por él se movió en sus entrañas. Se resistió en la medida de lo posible, pues era la pérdida de sí misma para sí misma.

Se puso el chaleco y el abrigo, y se abrió paso de nuevo hacia el sendero.

Los últimos rayos horizontales del sol tocaron el bosque.

—No iré contigo —dijo—; mejor no.

Ella lo miró con nostalgia antes de darse la vuelta. Su perro esperaba tan ansiosamente que se fuera, y él parecía no tener absolutamente nada que decir. Nada.

Connie volvió a casa lentamente, dándose cuenta de la profundidad de la otra cosa en ella. Otro yo estaba vivo en ella, ardiendo fundido y suave en su vientre y sus entrañas, y con este yo lo adoraba. Lo adoró hasta que sus rodillas se debilitaron mientras caminaba. En su vientre y sus entrañas fluía y estaba viva ahora y vulnerable, e indefensa en la adoración de él como la mujer más ingenua.—«Se siente como un niño», se dijo a sí misma; «se siente como un niño en mí».—Y así era, como si su vientre, que siempre había estado cerrado, se hubiera abierto y llenado de nueva vida, casi una carga, pero encantadora.

«¡Si tuviera un hijo!», pensó para sí misma; «¡si lo tuviera dentro de mí como un niño!», y sus miembros se fundieron ante la idea, y se dio cuenta de la inmensa diferencia entre tener un hijo para una misma y tener un hijo de un hombre por el que sus entrañas anhelaban. Lo primero parecía en cierto sentido ordinario: pero tener un hijo de un hombre al que una adoraba en sus entrañas y su vientre, le hacía sentir que era muy diferente de su antiguo yo, y como si se hundiera profundamente, profundamente en el centro de toda la feminidad y el sueño de la creación.

No era la pasión lo que era nuevo para ella, era la anhelante adoración. Sabía que siempre la había temido, pues la dejaba indefensa; todavía la temía, por si al adorarlo demasiado, entonces se perdería, se borraría, y no quería ser borrada, una esclava, como una mujer salvaje. No debía conver-

tirse en una esclava. Temía su adoración, pero no lucharía contra ella de inmediato. Sabía que podía luchar contra ella. Tenía un demonio de obstinación en el pecho que podría haber luchado contra la adoración plena, suave y palpitante de su vientre y haberla aplastado. Incluso ahora podía hacerlo, o eso pensaba, y entonces podría tomar su pasión con su propia voluntad.

¡Ah, sí, ser apasionada como una bacante, como una bacanal huyendo por los bosques, invocar a Yaco, el falo brillante que no tenía personalidad independiente detrás, sino que era un puro sirviente divino para la mujer! El hombre, el individuo, que no se atreviera a entrometerse. No era más que un sirviente del templo, el portador y guardián del falo brillante, el suyo propio.

Así, en el flujo del nuevo despertar, la vieja y dura pasión ardió en ella por un tiempo, y el hombre se redujo a un objeto despreciable, el mero portador del falo, para ser despedazado cuando su servicio terminara. Sintió la fuerza de las bacantes en sus miembros y su cuerpo, la mujer brillante y rápida, abatiendo al macho; pero mientras sentía esto, su corazón estaba pesado. No lo quería, era conocido y estéril, sin nacimiento; la adoración era su tesoro. Era tan insondable, tan suave, tan profunda y tan desconocida. No, no, renunciaría a su duro y brillante poder femenino; estaba cansada de él, anquilosada con él; se hundiría en el nuevo baño de vida, en las profundidades de su vientre y sus entrañas que cantaban la canción sin voz de la adoración. Era pronto todavía para empezar a temer al hombre.

—Fui andando por Marehay, y tomé el té con la señora Flint —le dijo a Clifford—. Quería ver al bebé. Es tan adorable, con el pelo como telarañas rojas. ¡Un encanto! El señor Flint se había ido al mercado, así que ella, yo y el bebé tomamos el té juntas. ¿Te preguntaste dónde estaba?

—Bueno, me lo pregunté, pero supuse que habrías entrado en algún sitio a tomar el té —dijo Clifford celosamente. Con una especie de segunda vista, percibió algo nuevo en ella, algo para él completamente incomprensible, pero lo atribuyó al bebé. Pensó que todo lo que le pasaba a Connie era que no tenía un bebé, que no lo traía al mundo automáticamente, por así decirlo.

—La vi cruzar el parque hacia la puerta de hierro, mi señora —dijo la señora Bolton—; así que pensé que quizás había pasado por la rectoría.

—Casi lo hago, luego me desvié hacia Marehay.

Los ojos de las dos mujeres se encontraron: los de la señora Bolton, grises, brillantes y escrutadores; los de Connie, azules, velados y extrañamente hermosos. La señora Bolton estaba casi segura de que tenía un amante, pero ¿cómo podía ser, y quién podía ser? ¿Dónde había un hombre?

—Oh, es tan bueno para usted, si sale y ve un poco de compañía a veces —dijo la señora Bolton—. Le estaba diciendo a Sir Clifford, que le haría a su señoría un mundo de bien si saliera más entre la gente.

—Sí, me alegro de haber ido, y un bebé tan pintoresco, encantador y descarado, Clifford —dijo Connie—. Tiene el pelo como telarañas, y de un naranja brillante, y los ojos de porcelana azul pálido más extraños y descarados. Por supuesto, es una niña, o no sería tan audaz, más audaz que cualquier pequeño Sir Francis Drake.

—Tiene razón, mi señora... una auténtica Flint. Siempre fueron una familia pelirroja y atrevida —dijo la señora Bolton.

—¿No te gustaría verlo, Clifford? Los he invitado a tomar el té para que lo veas.

—¿Quiénes? —preguntó él, mirando a Connie con gran inquietud.

—La señora Flint y el bebé, el próximo lunes.

—Puedes invitarlos a tomar el té en tu habitación —dijo.

—Vaya, ¿no quieres ver al bebé? —exclamó ella.

—Oh, lo veré, pero no quiero pasar una hora del té con ellos.

—Oh —dijo Connie, mirándolo con grandes ojos velados.

Realmente no lo veía, él era otra persona.

—Puede tomar un té agradable y acogedor en su habitación, mi señora, y la señora Flint estará más cómoda que si Sir Clifford estuviera allí —dijo la señora Bolton.

Estaba segura de que Connie tenía un amante, y algo en su alma se regocijaba. Pero, ¿quién era él? ¿Quién era él? Quizás la señora Flint proporcionaría una pista.

Connie no se daría un baño esa noche. La sensación de su carne tocándola, su misma pegajosidad sobre ella, le era querida, y en cierto sentido, sagrada.

Clifford estaba muy inquieto. No la dejó irse después de la cena, y ella había deseado tanto estar sola. Lo miró, pero estaba curiosamente sumisa.

—¿Jugamos a algo, o te leo, o qué hacemos? —preguntó inquieto.

—Léeme tú —dijo Connie.

—¿Qué te leo... verso o prosa? ¿O drama?

—Lee a Racine —dijo.

Había sido una de sus extravagancias en el pasado, leer a Racine a la manera grandiosa francesa, pero ahora estaba oxidado y un poco cohibido; realmente prefería el altavoz. Pero Connie estaba cosiendo, cosiendo un pequeño vestido de seda de color prímula, cortado de uno de sus vestidos, para el bebé de la señora Flint. Entre llegar a casa y la cena lo había cortado, y estaba sentada en el suave y quiescente éxtasis de sí misma, cosiendo, mientras el ruido de la lectura continuaba.

Dentro de sí misma podía sentir el zumbido de la pasión, como el zumbido posterior de campanas profundas.

Clifford le dijo algo sobre Racine. Captó el sentido después de que las palabras se hubieran ido.

—¡Sí! ¡Sí! —dijo, mirándolo—. ¡Es espléndido!

De nuevo se asustó del profundo brillo azul de sus ojos y de su suave quietud, sentada allí. Nunca había estado tan absolutamente suave y quieta. Lo fascinaba sin poder evitarlo, como si algún perfume en ella lo embriagara. Así que continuó sin poder evitarlo con su lectura, y el sonido gutural del francés era como el viento en las chimeneas para ella. De Racine no oyó ni una sílaba.

Estaba absorta en su propio suave éxtasis, como un bosque que susurra con el tenue y alegre gemido de la primavera, moviéndose hacia el brote. Podía sentir en el mismo mundo con ella al hombre, el hombre sin nombre, moviéndose sobre hermosos pies, hermosos en el misterio fálico. Y en sí

misma, en todas sus venas, lo sentía a él y a su hijo. Su hijo estaba en todas sus venas, como un crepúsculo.

«Pues manos no tiene, ni ojos, ni pies, ni dorado tesoro de cabellos...»

Era como un bosque, como el oscuro entrelazamiento del robledal, zumbando inaudiblemente con miríadas de brotes que se abrían. Mientras tanto, los pájaros del deseo dormían en la vasta e intrincada complejidad de su cuerpo.

Pero la voz de Clifford continuaba, aplaudiendo y gorgoteando con sonidos inusuales. ¡Qué extraordinario era! ¡Qué extraordinario era él, inclinado allí sobre el libro, extraño y rapaz y civilizado, con hombros anchos y sin piernas de verdad! ¡Qué criatura extraña, con la voluntad aguda, fría e inflexible de algún pájaro, y sin calidez, sin ninguna calidez! Una de esas criaturas del después, que no tienen alma, sino una voluntad extra-alerta, una voluntad fría. Se estremeció un poco, asustada de él. Pero entonces, la suave y cálida llama de la vida era más fuerte que él, y las cosas reales le estaban ocultas.

La lectura terminó. Se sobresaltó. Levantó la vista y se sobresaltó aún más al ver a Clifford observándola con ojos pálidos y extraños, como de odio.

—¡Muchísimas gracias! ¡Lees a Racine de maravilla! —dijo suavemente.

—Casi tan maravillosamente como tú lo escuchas —dijo él cruelmente.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Estoy haciendo un vestido de niña, para el bebé de la señora Flint.

Se dio la vuelta. ¡Un niño! ¡Un niño! Esa era toda su obsesión.

—Después de todo —dijo, con voz declamatoria—, uno obtiene todo lo que quiere de Racine. Las emociones que están ordenadas y tienen forma son más importantes que las emociones desordenadas.

Ella lo observó con grandes ojos vagos y velados.

—Sí, estoy segura de que lo son —dijo.

—El mundo moderno solo ha vulgarizado la emoción al dejarla suelta. Lo que necesitamos es control clásico.

—Sí —dijo lentamente, pensando en él escuchando con rostro vacío la idiotez emocional de la radio—. La gente finge tener emociones, y en realidad no siente nada. Supongo que eso es ser romántico.

—¡Exactamente! —dijo él.

De hecho, estaba cansado. Esa noche lo había cansado. Habría preferido estar con sus libros técnicos, o su gerente de la mina, o escuchando la radio.

La señora Bolton entró con dos vasos de leche malteada: para Clifford, para hacerlo dormir, y para Connie, para que engordara de nuevo. Era una copa nocturna regular que ella había introducido.

Connie se alegró de irse, cuando hubo bebido su vaso, y agradeció no tener que ayudar a Clifford a acostarse. Tomó su vaso y lo puso en la bandeja, luego tomó la bandeja para dejarla fuera.

—¡Buenas noches, Clifford! ¡Duerme bien! Racine se mete en uno como un sueño. ¡Buenas noches!

Se había deslizado hacia la puerta. Se iba sin darle las buenas noches. Él la observó con ojos agudos y fríos. ¡Así que! Ni siquiera le daba las buenas noches, después de que él había pasado una noche leyéndole. ¡Qué profundidades de insensibilidad en ella! Incluso si el beso no era más que una formalidad, era de tales formalidades de las que depende la vida. ¡Era una bolchevique, en realidad! ¡Sus instintos eran bolcheviques! Miró con frialdad e ira la puerta por la que se había ido. ¡Ira!

Y de nuevo el temor de la noche se apoderó de él. Era una red de nervios, y cuando no estaba preparado para trabajar, y tan lleno de energía; o cuando no estaba escuchando la radio, y tan completamente neutro; entonces lo acosaba la ansiedad y una sensación de vacío peligroso e inminente. Tenía miedo. Y Connie podía alejarle el miedo, si quisiera. Pero era obvio que no quería, no quería. Era insensible, fría e insensible a todo lo que él hacía por ella. Él entregaba su vida por ella, y ella era insensible a él. Solo quería salirse con la suya. «La dama ama su voluntad».

Ahora era un bebé lo que la obsesionaba. ¡Solo para que fuera suyo, todo suyo, y no de él!

Clifford estaba muy sano, considerando. Se veía tan bien y sonrosado, en el rostro, sus hombros eran anchos y fuertes, su pecho profundo, había en-

gordado. Y sin embargo, al mismo tiempo, tenía miedo a la muerte. Un terrible hueco parecía amenazarlo en alguna parte, de alguna manera, un vacío, y en este vacío su energía se colapsaría. Sin energía, a veces se sentía muerto, realmente muerto.

Así que sus ojos pálidos y más bien prominentes tenían una mirada extraña, furtiva, y sin embargo un poco cruel, tan fría: y al mismo tiempo, casi impertinente. Era una mirada muy extraña, esta mirada de impertinencia: como si estuviera triunfando sobre la vida a pesar de la vida. «¿Quién conoce los misterios de la voluntad, pues puede triunfar incluso contra los ángeles...?»

Pero su temor eran las noches en que no podía dormir. Entonces era terrible, en verdad, cuando la aniquilación lo presionaba por todos lados. Entonces era espantoso existir sin tener vida alguna: sin vida, en la noche, existir.

Pero ahora podía llamar a la señora Bolton. Y ella siempre vendría. Eso era un gran consuelo. Vendría en su bata, con el pelo en una trenza por la espalda, curiosamente juvenil y tenue, aunque la trenza castaña estaba veteada de gris. Y le prepararía café o manzanilla, y jugaría al ajedrez o al piquet con él. Tenía la extraña facultad de una mujer de jugar incluso al ajedrez lo suficientemente bien, cuando estaba medio dormida, lo suficientemente bien como para que valiera la pena vencerla. Así, en la silenciosa intimidad de la noche, se sentaban, o ella se sentaba y él yacía en la cama, con la lámpara de lectura arrojando su luz solitaria sobre ellos, ella casi dormida, él casi perdido en una especie de miedo, y jugaban, jugaban juntos; luego tomaban una taza de café y una galleta juntos, apenas hablando, en el silencio de la noche, pero siendo un consuelo el uno para el otro.

Y esa noche ella se preguntaba quién era el amante de Lady Chatterley. Y pensaba en su Ted, muerto hacía tanto tiempo, pero para ella nunca del todo muerto. Y cuando pensaba en él, el viejo, viejo rencor contra el mundo resurgía, pero especialmente contra los patrones, que lo habían matado. No lo habían matado realmente. Sin embargo, para ella, emocionalmente, lo habían hecho. Y en algún lugar profundo de sí misma, por eso, era una nihilista, y realmente anárquica.

En su semisueño, los pensamientos de su Ted y los pensamientos del amante desconocido de Lady Chatterley se entremezclaban, y entonces sin-

tió que compartía con la otra mujer un gran rencor contra Sir Clifford y todo lo que él representaba. Al mismo tiempo, jugaba al piquet con él, y apostaban seis peniques. Y era una fuente de satisfacción jugar al piquet con un baronet, e incluso perder seis peniques con él.

Cuando jugaban a las cartas, siempre apostaban. Le hacía olvidarse de sí mismo. Y generalmente ganaba. Esa noche también estaba ganando. Así que no se iría a dormir hasta que apareciera la primera luz del alba. Afortunadamente, empezó a aparecer a las cuatro y media o por ahí.

Connie estaba en la cama, y profundamente dormida todo este tiempo. Pero el guardabosques tampoco podía descansar. Había cerrado los gallineros y hecho su ronda por el bosque, luego había vuelto a casa y cenado. Pero no se acostó. En cambio, se sentó junto al fuego y pensó.

Pensó en su niñez en Tevershall y en sus cinco o seis años de vida matrimonial. Pensó en su esposa, y siempre con amargura. Le había parecido tan brutal. Pero no la había visto ahora desde 1915, en la primavera en que se alistó. Sin embargo, allí estaba, a menos de tres millas de distancia, y más brutal que nunca. Esperaba no volver a verla mientras viviera.

Pensó en su vida en el extranjero, como soldado. India, Egipto, luego India de nuevo: la vida ciega e irreflexiva con los caballos: el coronel que lo había querido y a quien él había querido: los varios años que había sido oficial, un teniente con una muy buena oportunidad de ser capitán. Luego la muerte del coronel por neumonía, y su propio escape por los pelos de la muerte: su salud dañada: su profunda inquietud: su abandono del ejército y su regreso a Inglaterra para volver a ser un obrero.

Estaba contemporizando con la vida. Había pensado que estaría a salvo, al menos por un tiempo, en este bosque. Todavía no había caza: tenía que criar a los faisanes. No tendría que servir a ningún cazador. Estaría solo y apartado de la vida, que era todo lo que quería. Tenía que tener algún tipo de trasfondo. Y este era su lugar natal. Incluso estaba su madre, aunque nunca había significado mucho para él. Y podía seguir en la vida, existiendo de un día para otro, sin conexión y sin esperanza. Porque no sabía qué hacer consigo mismo.

No sabía qué hacer consigo mismo. Desde que había sido oficial durante algunos años y se había mezclado con los otros oficiales y funcionarios, con

sus esposas y familias, había perdido toda ambición de «prosperar». Había una dureza, una curiosa dureza de cuello de goma y una falta de vida en las clases media y alta, tal como las había conocido, que simplemente lo dejaba sintiéndose frío y diferente de ellas.

Así que había vuelto a su propia clase. Para encontrar allí, lo que había olvidado durante su ausencia de años, una mezquindad y una vulgaridad de modales extremadamente desagradable. Admitía ahora por fin, lo importante que eran los modales. Admitía también, lo importante que era incluso fingir que no te importaban los centavos y las pequeñas cosas de la vida. Pero entre la gente común no había fingimiento. Un penique más o menos en el tocino era peor que un cambio en el Evangelio. No podía soportarlo.

Y de nuevo, estaba la disputa salarial. Habiendo vivido entre las clases propietarias, conocía la absoluta futilidad de esperar cualquier solución a la disputa salarial. No había solución, salvo la muerte. Lo único era no preocuparse, no preocuparse por los salarios.

Sin embargo, si eras pobre y miserable, tenías que preocuparte. De todos modos, se estaba convirtiendo en lo único que les importaba. La preocupación por el dinero era como un gran cáncer, carcomiendo a los individuos de todas las clases. Él se negaba a preocuparse por el dinero.

¿Y entonces qué? ¿Qué ofrecía la vida aparte de la preocupación por el dinero? Nada.

Sin embargo, podía vivir solo, en la pálida satisfacción de estar solo, y criar faisanes para que al final los mataran hombres gordos después del desayuno. Era futilidad, futilidad a la enésima potencia.

Pero, ¿por qué preocuparse, por qué molestarse? Y no se había preocupado ni molestado hasta ahora, cuando esta mujer había entrado en su vida. Era casi diez años mayor que ella. Y él era mil años mayor en experiencia, empezando desde abajo. La conexión entre ellos se estaba estrechando. Podía ver el día en que se consolidaría y tendrían que hacer una vida juntos. «¡Pues los lazos del amor son difíciles de desatar!»

¿Y entonces qué? ¿Entonces qué? ¿Debía empezar de nuevo sin nada con qué empezar? ¿Debía enredar a esta mujer? ¿Debía tener la horrible pelea con su marido tullido? ¿Y también algún tipo de horrible pelea con su propia esposa brutal, que lo odiaba? ¡Miseria! ¡Mucha miseria! Y ya no era

joven y simplemente alegre. Tampoco era del tipo despreocupado. Cada amargura y cada fealdad lo herirían: ¡y a la mujer!

Pero incluso si se libraban de Sir Clifford y de su propia esposa, incluso si se libraban, ¿qué iban a hacer? ¿Qué iba a hacer él mismo? ¿Qué iba a hacer con su vida? Porque debía hacer algo. No podía ser un mero parásito, viviendo de su dinero y de su propia y muy pequeña pensión.

Era lo insoluble. Solo podía pensar en ir a América, a probar un nuevo aire. Descreía del dólar por completo. Pero quizás, quizás había algo más.

No podía descansar ni siquiera irse a la cama. Después de estar sentado en un estupor de pensamientos amargos hasta la medianoche, se levantó de repente de su silla y buscó su abrigo y su escopeta.

—Vamos, muchacha —le dijo a la perra—. Estamos mejor fuera.

Era una noche estrellada, pero sin luna. Hizo una ronda lenta, escrupulosa, de pasos suaves y sigilosos. Lo único con lo que tenía que lidiar era con los mineros poniendo trampas para conejos, particularmente los mineros de Stacks Gate, en el lado de Marehay. Pero era temporada de cría, e incluso los mineros la respetaban un poco. Sin embargo, la sigilosa ronda en busca de cazadores furtivos calmó sus nervios y apartó su mente de sus pensamientos.

Pero cuando hubo terminado su lenta y cautelosa ronda de sus límites —era una caminata de casi cinco millas—, estaba cansado. Subió a la cima de la loma y miró. No había ningún sonido salvo el ruido, el débil ruido sordo de la mina de Stacks Gate, que nunca dejaba de funcionar: y apenas había luces, salvo las brillantes hileras eléctricas de las fábricas. El mundo yacía oscuro y humeante, durmiendo. Eran las dos y media. Pero incluso en su sueño era un mundo inquieto y cruel, agitado por el ruido de un tren o de algún gran camión en la carretera, y destellando con algún relámpago rosado de los hornos. Era un mundo de hierro y carbón, la crueldad del hierro y el humo del carbón, y la interminable, interminable codicia que lo impulsaba todo. Solo codicia, codicia agitándose en su sueño.

Hacía frío y tosía. Una fina corriente de aire frío soplaba sobre la loma. Pensó en la mujer. Ahora habría dado todo lo que tenía o pudiera tener por tenerla caliente en sus brazos, ambos envueltos en una sola manta, y dormir. Todas las esperanzas de eternidad y todas las ganancias del pasado las

habría dado por tenerla allí, para estar envuelto caliente con ella en una sola manta, y dormir, solo dormir. Parecía que el sueño con la mujer en sus brazos era la única necesidad.

Fue a la cabaña, se envolvió en la manta y se tumbó en el suelo para dormir. Pero no pudo, tenía frío. Y además, sentía cruelmente su propia naturaleza inacabada. Sentía cruelmente su propia condición inacabada de soledad. La quería, para tocarla, para apretarla contra él en un momento de plenitud y sueño.

Se levantó de nuevo y salió, hacia las puertas del parque esta vez: luego lentamente por el sendero hacia la casa. Eran casi las cuatro, todavía claro y frío, pero sin señales de amanecer. Estaba tan acostumbrado a la oscuridad que podía ver bien.

Lenta, lentamente la gran casa lo atrajo, como un imán. Quería estar cerca de ella. No era deseo, no era eso. Era la cruel sensación de soledad inacabada, que necesitaba una mujer silenciosa envuelta en sus brazos. Quizás podría encontrarla. Quizás incluso podría llamarla para que saliera: o encontrar alguna manera de entrar. Porque la necesidad era imperiosa.

Subió lenta y silenciosamente la pendiente hacia la mansión. Luego rodeó los grandes árboles en la cima de la loma, hacia el camino de entrada, que hacía una gran curva alrededor de un rombo de hierba frente a la entrada. Ya podía ver las dos magníficas hayas que se erguían en este gran rombo llano frente a la casa, destacándose oscuramente en el aire oscuro.

Allí estaba la casa, baja y larga y oscura, con una luz encendida abajo, en la habitación de Sir Clifford. Pero en qué habitación estaba ella, la mujer que sostenía el otro extremo del frágil hilo que lo atraía tan despiadadamente, eso no lo sabía.

Se acercó un poco más, escopeta en mano, y se quedó inmóvil en el camino de entrada, observando la casa. Quizás incluso ahora podría encontrarla, llegar a ella de alguna manera. La casa no era inexpugnable: era tan listo como los ladrones. ¿Por qué no ir a ella?

Se quedó inmóvil, esperando, mientras el alba palidecía débil e imperceptiblemente detrás de él. Vio apagarse la luz de la casa. Pero no vio a la señora Bolton acercarse a la ventana y descorrer la vieja cortina de seda azul oscuro, y pararse ella misma en la habitación oscura, mirando hacia la

penumbra del día que se acercaba, buscando el anhelado amanecer, esperando, esperando a que Clifford estuviera realmente seguro de que amanecía. Porque cuando estaba seguro del amanecer, se dormiría casi al instante.

Se quedó ciega de sueño junto a la ventana, esperando. Y mientras estaba allí, se sobresaltó y casi gritó. Porque había un hombre ahí fuera en el camino, una figura negra en el crepúsculo. Se despertó grisáceamente y observó, pero sin hacer ningún sonido para no molestar a Sir Clifford.

La luz del día empezó a susurrar en el mundo, y la figura oscura pareció hacerse más pequeña y más definida. Distinguió la escopeta y las polainas y la chaqueta holgada... sería Oliver Mellors, el guardabosques. ¡Sí, pues allí estaba el perro olisqueando como una sombra y esperándolo!

¿Y qué quería el hombre? ¿Quería despertar la casa? ¿Qué hacía allí parado, paralizado, mirando la casa como un perro macho enamorado fuera de la casa donde está la perra?

¡Dios mío! El conocimiento atravesó a la señora Bolton como un disparo. ¡Él era el amante de Lady Chatterley! ¡Él! ¡Él!

¡Pensar en ello! ¡Vaya, si ella, Ivy Bolton, había estado una vez un poquito enamorada de él! Cuando él era un muchacho de dieciséis años y ella una mujer de veintiséis. Fue cuando ella estaba estudiando, y él la había ayudado mucho con la anatomía y las cosas que había tenido que aprender. Había sido un chico listo, tenía una beca de la Escuela de Gramática de Sheffield y había aprendido francés y otras cosas: y luego, después de todo, se había convertido en un herrero de superficie que herraba caballos, porque le gustaban los caballos, decía: pero en realidad porque tenía miedo de salir y enfrentarse al mundo, solo que nunca lo admitiría.

Pero había sido un buen muchacho, un buen muchacho, la había ayudado mucho, tan listo para aclararte las cosas. Era tan listo como Sir Clifford: y siempre un mujeriego. Más con las mujeres que con los hombres, decían.

Hasta que se fue y se casó con esa Bertha Coutts, como para fastidiarse a sí mismo. Algunas personas se casan para fastidiarse, porque están decepcionadas de algo. ¡Y no es de extrañar que hubiera sido un fracaso! —Durante años se fue, todo el tiempo de la guerra: y teniente y todo: ¡todo un caballero, realmente todo un caballero! —¡Y luego volver a Tevershall e ir como guardabosques! Realmente, ¡algunas personas no saben aprovechar

sus oportunidades cuando las tienen! Y hablando de nuevo el marcado dialecto de Derbyshire como el peor, cuando ella, Ivy Bolton, sabía que hablaba como cualquier caballero, de verdad.

¡Bueno, bueno! ¡Así que su señoría se había enamorado de él! Bueno, su señoría no era la primera: había algo en él. ¡Pero vaya! ¡Un muchacho de Tevershall nacido y criado, y ella su señoría en Wragby Hall! ¡Caramba, eso sí que era un golpe para los altivos Chatterley!

Pero él, el guardabosques, a medida que amanecía, se había dado cuenta: ¡no sirve de nada! No sirve de nada intentar deshacerse de tu propia soledad. Tienes que aferrarte a ella toda tu vida. Solo a veces, a veces, el vacío se llenará. ¡A veces! Pero tienes que esperar a esos momentos. Acepta tu propia soledad y aférrate a ella, toda tu vida. Y luego acepta los momentos en que el vacío se llena, cuando llegan. Pero tienen que llegar. No puedes forzarlos.

Con un chasquido repentino, el sangrante deseo que lo había arrastrado tras ella se rompió. Lo había roto, porque así debía ser. Debía haber un encuentro por ambas partes. Y si ella no venía a él, él no la rastrearía. No debía. Debía irse, hasta que ella viniera.

Se dio la vuelta lentamente, pensativo, aceptando de nuevo el aislamiento. Sabía que era mejor así. Ella debía venir a él: no servía de nada que él la siguiera. ¡No servía de nada!

La señora Bolton lo vio desaparecer, vio a su perro correr tras él.

«Bueno, bueno», dijo. «Es el único hombre en el que nunca pensé; y el único hombre en el que podría haber pensado. Fue amable conmigo cuando era un muchacho, después de que perdí a Ted. ¡Bueno, bueno! ¡Qué diría él si lo supiera!».

Y miró triunfante a Clifford, que ya dormía, mientras salía sigilosamente de la habitación.

CAPÍTULO XI

Connie estaba ordenando uno de los trasteros de Wragby. Había varios: la casa era un laberinto y la familia nunca vendía nada. Al padre de Sir Geoffrey le habían gustado los cuadros y a la madre de Sir Geoffrey los muebles del Cinquecento. Al propio Sir Geoffrey le habían gustado los viejos arcones de roble tallado, arcones de sacristía. Y así sucesivamente a través de las generaciones. Clifford coleccionaba cuadros muy modernos, a precios muy moderados.

Así que en el trastero había malos Sir Edwin Landseer y patéticos nidos de pájaro de William Henry Hunt: y otras cosas de la Academia, suficientes para asustar a la hija de un académico. Decidió revisarlo todo un día y despejarlo. Y los muebles grotescos le interesaban.

Envuelto cuidadosamente para preservarlo de daños y carcoma estaba la vieja cuna familiar, de palisandro. Tuvo que desenvolverla para mirarla. Tenía un cierto encanto: la miró durante mucho tiempo.

—Es una lástima que no la vayan a necesitar —suspiró la señora Bolton, que estaba ayudando—. Aunque cunas como esa ya no se llevan hoy en día.

—Podrían necesitarla. Podría tener un hijo —dijo Connie despreocupadamente, como si dijera que podría tener un sombrero nuevo.

—¡Quiere decir si le pasara algo a Sir Clifford! —balbuceó la señora Bolton.

—¡No! Quiero decir tal como están las cosas. Lo de Sir Clifford es solo parálisis muscular, no le afecta —dijo Connie, mintiendo tan naturalmente

como respiraba.

Clifford le había metido la idea en la cabeza. Había dicho: «Por supuesto que yo todavía puedo tener un hijo. No estoy realmente mutilado en absoluto. La potencia puede volver fácilmente, aunque los músculos de las caderas y las piernas estén paralizados. Y entonces la semilla puede ser transferida».

Realmente sentía, cuando tenía sus períodos de energía y trabajaba tan duro en la cuestión de las minas, como si su potencia sexual estuviera volviendo. Connie lo había mirado aterrorizada. Pero fue lo suficientemente lista como para usar su sugerencia para su propia preservación. Porque tendría un hijo si pudiera: pero no el suyo.

La señora Bolton se quedó por un momento sin aliento, estupefacta. Luego no lo creyó: vio en ello una artimaña. Sin embargo, los médicos podían hacer tales cosas hoy en día. Podían, en cierto modo, injertar la semilla.

—Bueno, mi señora, solo espero y ruego que pueda. Sería encantador para usted: y para todos. ¡Caramba, un niño en Wragby, qué diferencia supondría!

—¡Verdad que sí! —dijo Connie.

Y eligió tres cuadros de la Academia de hacía sesenta años, para enviarlos a la duquesa de Shortlands para el próximo bazar benéfico de la dama. La llamaban «la duquesa de los bazares», y siempre pedía a todo el condado que enviara cosas para que las vendiera. Estaría encantada con tres cuadros de la Academia enmarcados. Incluso podría hacer una visita, gracias a ellos. ¡Qué furioso se ponía Clifford cuando venía!

Pero, ¡ay, Dios mío!, pensaba para sí la señora Bolton. ¿Es por el hijo de Oliver Mellors por lo que nos está preparando? ¡Ay, Dios mío, eso sería un bebé de Tevershall en la cuna de Wragby, por mi vida! ¡No la deshonraría, tampoco!

Entre otras monstruosidades en este trastero había una caja lacada en negro bastante grande, excelente e ingeniosamente hecha hacía unos sesenta o setenta años, y equipada con todos los objetos imaginables. En la parte superior había un neceser concentrado: cepillos, frascos, espejos, peines, cajas, incluso tres hermosas navajas de afeitar en fundas de seguridad, cuenco de afeitar y todo. Debajo venía una especie de equipo de escritorio: se-

cantes, plumas, tinteros, papel, sobres, cuadernos de notas; y luego un perfecto costurero con tres tijeras de diferentes tamaños, dedales, agujas, sedas y algodones, un huevo de zurcir, todo de la mejor calidad y perfectamente acabado. Luego había un pequeño botiquín, con frascos etiquetados Láudano, Tintura de Mirra, Esencia de Clavo y demás: pero vacíos. Todo estaba perfectamente nuevo, y el conjunto, cuando se cerraba, era tan grande como una pequeña pero gruesa maleta de fin de semana. Y por dentro, encajaba como un rompecabezas. Los frascos no podrían haberse derramado de ninguna manera: no había espacio.

El objeto estaba maravillosamente hecho e ideado, una excelente artesanía del orden victoriano. Pero de alguna manera era monstruoso. Algún Chatterley debió de sentirlo incluso, pues el objeto nunca se había usado. Tenía una peculiar falta de alma.

Sin embargo, la señora Bolton estaba emocionada.

— ¡Mire qué cepillos tan hermosos, tan caros, incluso las brochas de afeitar, tres perfectas! ¡No! ¡y esas tijeras! Son lo mejor que se puede comprar. ¡Oh, a mí me parece encantador!

— ¿De verdad? — dijo Connie —. Entonces quédeselo.

— ¡Oh no, mi señora!

— ¡Por supuesto! Solo estará aquí hasta el día del Juicio Final. Si no lo quiere, se lo enviaré a la duquesa junto con los cuadros, y no se merece tanto. ¡Quédeselo!

— ¡Oh, su señoría! Vaya, nunca podré agradecerérselo.

— No hace falta que lo intente — rio Connie.

Y la señora Bolton bajó con la enorme y negrísima caja en sus brazos, sonrojándose intensamente en su excitación.

El señor Betts la llevó en el carruaje a su casa en el pueblo, con la caja. Y tuvo que invitar a algunas amigas para enseñársela: la maestra, la esposa del farmacéutico, la señora Weedon, la esposa del subcajero. Les pareció maravilloso. Y entonces empezó el susurro sobre el hijo de Lady Chatterley.

— ¡Nunca dejarán de ocurrir maravillas! — dijo la señora Weedon.

Pero la señora Bolton estaba convencida, si llegaba, de que sería hijo de Sir Geoffrey. ¡Así que ahí queda eso!

No mucho después, el rector le dijo amablemente a Clifford:

—¿Y podemos realmente esperar un heredero para Wragby? ¡Ah, eso sería la mano de Dios en su misericordia, en verdad!

—¡Bueno! Podemos esperar —dijo Clifford, con una leve ironía, y al mismo tiempo, una cierta convicción. Había empezado a creer que realmente era posible que fuera incluso su hijo.

Entonces, una tarde, vino Leslie Winter, el señor Winter, como todo el mundo lo llamaba: enjuto, inmaculado y de setenta años; y un caballero en cada centímetro de su ser, como le dijo la señora Bolton a la señora Betts. ¡En cada milímetro, en verdad! Y con su manera de hablar anticuada, un tanto ¡ejem, ejem!, parecía más pasado de moda que las pelucas empolvadas. El tiempo, en su vuelo, deja caer estas finas y viejas plumas.

Discutieron sobre las minas. La idea de Clifford era que su carbón, incluso el de peor calidad, podía convertirse en un combustible concentrado y duro que ardería a gran temperatura si se le alimentaba con un cierto aire húmedo y acidulado a una presión bastante fuerte. Hacía tiempo que se había observado que con un viento particularmente fuerte y húmedo la escombrera de la mina ardía muy vivamente, apenas desprendía humos y dejaba un fino polvo de ceniza, en lugar de la lenta grava rosada.

—Pero, ¿dónde encontrará las máquinas adecuadas para quemar su combustible? —preguntó Winter.

—Las haré yo mismo. Y usaré mi combustible yo mismo. Y venderé energía eléctrica. Estoy seguro de que podría hacerlo.

—Si puede hacerlo, entonces espléndido, espléndido, mi querido muchacho. ¡Ejem! ¡Espléndido! Si puedo ser de alguna ayuda, estaré encantado. Me temo que estoy un poco anticuado, y mis minas son como yo. Pero quién sabe, cuando me haya ido, puede que haya hombres como usted. ¡Espléndido! Dará empleo a todos los hombres de nuevo, y no tendrá que vender su carbón, o dejar de venderlo. Una idea espléndida, y espero que sea un éxito. Si tuviera hijos propios, sin duda tendrían ideas modernas para Shipley: ¡sin duda! Por cierto, querido muchacho, ¿tiene algún fundamento el rumor de que podemos albergar esperanzas de un heredero para Wragby?

—¿Hay un rumor? —preguntó Clifford.

—Bueno, mi querido muchacho, me lo preguntó Marshall de Fillingwood, eso es todo lo que puedo decir sobre un rumor. Por supuesto, no lo repetiría por nada del mundo, si no tuviera fundamento.

—Bueno, señor —dijo Clifford inquieto, pero con extraños ojos brillantes—. Hay una esperanza. Hay una esperanza.

Winter cruzó la habitación y estrechó la mano de Clifford.

—¡Mi querido muchacho, mi querido muchacho, puede creer lo que significa para mí oír eso! Y oír que está trabajando con la esperanza de un hijo: y que puede volver a dar empleo a todos los hombres de Tevershall. ¡Ah, mi muchacho! ¡mantener el nivel de la estirpe, y tener trabajo esperando a cualquier hombre que quiera trabajar!—

El anciano estaba realmente conmovido.

Al día siguiente, Connie estaba arreglando altos tulipanes amarillos en un jarrón de cristal.

—Connie —dijo Clifford—, ¿sabías que corre el rumor de que vas a proveer a Wragby de un hijo y heredero?

Connie se sintió abrumada por el terror, pero se quedó quieta, tocando las flores.

—¡No! —dijo—. ¿Es una broma? ¿O malicia?

Hizo una pausa antes de responder:

—Ninguna de las dos, espero. Espero que sea una profecía.

Connie continuó con sus flores.

—Recibí una carta de mi padre esta mañana —dijo—. Quiere saber si soy consciente de que ha aceptado la invitación de Sir Alexander Cooper para mí para julio y agosto, a la Villa Esmeralda en Venecia.

—¿Julio y agosto? —dijo Clifford.

—Oh, no me quedaría todo ese tiempo. ¿Estás seguro de que no vendrías?

—No viajaré al extranjero —dijo Clifford prontamente.

Llevó sus flores a la ventana.

—¿Te importa si voy? —dijo—. Sabes que estaba prometido, para este verano.

—¿Por cuánto tiempo irías?

—Quizás tres semanas.

Hubo silencio por un tiempo.

—Bueno —dijo Clifford lentamente, y un poco sombrío—. Supongo que podría soportarlo durante tres semanas: si estuviera absolutamente seguro de que querías volver.

—Querría volver —dijo ella, con tranquila sencillez, cargada de convicción. Estaba pensando en el otro hombre.

Clifford sintió su convicción, y de alguna manera la creyó, creyó que era por él. Se sintió inmensamente aliviado, alegre al instante.

—En ese caso —dijo—, creo que estaría bien, ¿no te parece?

—Creo que sí —dijo ella.

—¿Disfrutarías del cambio?

Lo miró con extraños ojos azules.

—Me gustaría volver a ver Venecia —dijo—, y bañarme en una de las islas de gujarros al otro lado de la laguna. ¡Pero sabes que detesto el Lido! Y no creo que me gusten Sir Alexander Cooper y Lady Cooper. Pero si Hilda está allí, y tenemos una góndola propia: sí, será bastante encantador. Ojalá vinieras.

Lo dijo sinceramente. Le encantaría hacerlo feliz, de estas maneras.

—¡Ah, pero piensa en mí, sin embargo, en la Gare du Nord: en el muelle de Calais!

—¿Pero por qué no? Veo a otros hombres llevados en sillas de manos, que han sido heridos en la guerra. Además, iríamos en coche todo el camino.

—Necesitaríamos llevar a dos hombres.

—¡Oh, no! Nos las arreglaríamos con Field. Siempre habría otro hombre allí.

Pero Clifford negó con la cabeza.

—¡Este año no, querida! ¡Este año no! El año que viene probablemente lo intentaré.

Se fue sombría. ¡El año que viene! ¿Qué traería el año que viene? Ella misma no quería realmente ir a Venecia: no ahora, ahora que estaba el otro hombre. Pero iba como una especie de disciplina: y también porque, si tenía un hijo, Clifford podría pensar que tenía un amante en Venecia.

Ya era mayo, y en junio se suponía que debían partir. ¡Siempre estos arreglos! ¡Siempre la vida de uno arreglada por otro! ¡Ruedas que te trabajaban y te impulsaban, y sobre las que no tenías un control real!

Era mayo, pero de nuevo frío y húmedo. ¡Un mayo frío y húmedo, bueno para el trigo y el heno! ¡Poco importan el trigo y el heno hoy en día! Connie tuvo que ir a Uthwaite, que era su pequeña ciudad, donde los Chatterley seguían siendo los Chatterley. Fue sola, con Field conduciendo.

A pesar de mayo y de un nuevo verdor, el campo era lúgubre. Hacía bastante frío, y había humo en la lluvia, y una cierta sensación de vapor de escape en el aire. Uno simplemente tenía que vivir de su resistencia. No es de extrañar que esta gente fuera fea y dura.

El coche avanzaba con dificultad cuesta arriba a través del largo y sórdido caserío de Tevershall, las viviendas de ladrillo ennegrecido, los tejados de pizarra negra brillando con sus bordes afilados, el barro negro de polvo de carbón, los pavimentos mojados y negros. Era como si la desolación se hubiera empapado en todo. La negación absoluta de la belleza natural, la negación absoluta de la alegría de la vida, la ausencia absoluta del instinto de belleza armoniosa que tiene todo pájaro y bestia, la muerte absoluta de la facultad intuitiva humana era espantosa. ¡Las pilas de jabón en las tiendas de comestibles, el ruibarbo y los limones en las fruterías! ¡Los sombreros horribles en las sombrererías! todo pasaba feo, feo, feo, seguido por el horror de yeso y dorado del cine con sus anuncios de películas mojados, «¡Un amor de mujer!» y la nueva y grande capilla primitiva, bastante primitiva en su ladrillo desnudo y grandes paneles de vidrio verdoso y frambuesa en las ventanas. La capilla wesleyana, más arriba, era de ladrillo ennegrecido y se

encontraba detrás de rejas de hierro y arbustos ennegrecidos. La capilla congregacional, que se consideraba superior, estaba construida con arenisca rústica y tenía un campanario, pero no muy alto. Justo más allá estaban los nuevos edificios escolares, de un costoso ladrillo rosa y con un patio de recreo de grava dentro de rejas de hierro, todo muy imponente, y mezclando la sugerencia de una capilla y una prisión. Las niñas de quinto curso tenían una lección de canto, terminando los ejercicios de la-me-do-la y empezando una «dulce canción infantil». Algo más diferente al canto, al canto espontáneo, sería imposible de imaginar: un extraño aullido que seguía los contornos de una melodía. No era como los salvajes: los salvajes tienen ritmos sutiles. No era como los animales: los animales quieren decir algo cuando aúllan. No se parecía a nada en la tierra, y se llamaba cantar. Connie se sentó y escuchó con el corazón en un puño, mientras Field llenaba el depósito. ¿Qué podría ser de un pueblo así, un pueblo en el que la facultad intuitiva viva estaba muerta como un clavo, y solo quedaban extraños aullidos mecánicos y una extraña fuerza de voluntad?

Un carro de carbón bajaba la colina, traqueteando bajo la lluvia. Field arancó cuesta arriba, pasando por las grandes pero de aspecto cansado tiendas de telas y ropa, la oficina de correos, hacia la pequeña plaza del mercado, un espacio desolado, donde Sam Black se asomaba por la puerta del «Sun», que se llamaba a sí mismo posada, no pub, y donde se alojaban los viajeros de comercio, y saludaba al coche de Lady Chatterley.

La iglesia estaba a la izquierda, entre árboles negros. El coche se deslizó cuesta abajo, pasando por el Miners' Arms. Ya había pasado el Wellington, el Nelson, el Three Tunns y el Sun, ahora pasaba el Miners' Arms, luego el Mechanics' Hall, luego el nuevo y casi llamativo Miners' Welfare y así, pasando unas pocas «villas» nuevas, salió a la carretera ennegrecida entre setos oscuros y campos de un verde oscuro, hacia Stacks Gate.

¡Tevershall! ¡Eso era Tevershall! ¡La alegre Inglaterra! ¡La Inglaterra de Shakespeare! No, sino la Inglaterra de hoy, como Connie se había dado cuenta desde que había venido a vivir en ella. Estaba produciendo una nueva raza de humanidad, hiperconsciente en lo monetario, social y político, en el lado espontáneo e intuitivo, muerta, pero muerta. Medio cadáveres, todos ellos: pero con una terrible e insistente conciencia en la otra mitad. Había algo extraño y subterráneo en todo ello. Era un inframundo. Y completamente incalculable. ¿Cómo entenderemos las reacciones en medio

cadáveres? Cuando Connie vio los grandes camiones llenos de trabajadores del acero de Sheffield, seres extraños, distorsionados, más bien pequeños como hombres, de excursión a Matlock, sus entrañas se desmayaron y pensó: ¡Ah, Dios, qué le ha hecho el hombre al hombre? ¿Qué han estado haciendo los líderes de los hombres a sus semejantes? Los han reducido a menos que humanos; ¡y ahora ya no puede haber ninguna camaradería! Es solo una pesadilla.

Sintió de nuevo en una ola de terror la desesperanza gris y arenosa de todo ello. Con tales criaturas para las masas industriales, y las clases altas como ella las conocía, no había esperanza, ya no había esperanza. ¡Y sin embargo, ella quería un bebé, y un heredero para Wragby! ¡Un heredero para Wragby! Se estremeció de pavor.

¡Sin embargo, Mellors había salido de todo esto! —Sí, pero estaba tan apartado de todo como ella. Incluso en él no quedaba ninguna camaradería. Estaba muerta. La camaradería estaba muerta. Solo había separación y desesperanza, en lo que a todo esto se refería. Y esto era Inglaterra, la gran masa de Inglaterra: como Connie sabía, ya que había conducido desde el centro de ella.

El coche subía hacia Stacks Gate. La lluvia amainaba, y en el aire apareció un extraño y diáfano destello de mayo. El campo se extendía en largas ondulaciones, al sur hacia el Peak, al este hacia Mansfield y Nottingham. Connie viajaba hacia el sur.

Al subir a la zona alta, pudo ver a su izquierda, en una altura sobre la tierra ondulada, la masa sombría y poderosa del castillo de Warsop, de un gris oscuro, con debajo el enlucido rojizo de las viviendas de los mineros, bastante nuevas, y debajo de ellas las columnas de humo oscuro y vapor blanco de la gran mina que ponía tantos miles de libras al año en los bolsillos del duque y los demás accionistas. El poderoso y antiguo castillo era una ruina, pero aun así su masa colgaba en el bajo horizonte, sobre las columnas negras y blancas que ondeaban en el aire húmedo de abajo.

Una curva, y corrieron por el altiplano hasta Stacks Gate. Stacks Gate, visto desde la carretera principal, era solo un enorme y magnífico hotel nuevo, el Coningsby Arms, de color rojo y blanco y dorado, en un aislamiento bárbaro junto a la carretera. Pero si mirabas, veías a la izquierda hileras de hermosas viviendas «modernas», dispuestas como un juego de dominó, con

espacios y jardines, un extraño juego de dominó que unos extraños «maestros» estaban jugando en la tierra sorprendida. Y más allá de estos bloques de viviendas, en la parte de atrás, se alzaban todas las asombrosas y aterradoras estructuras elevadas de una mina realmente moderna, fábricas químicas y largas galerías, enormes, y de formas no conocidas antes por el hombre. Los castilletes y la escombrera de la propia mina eran insignificantes entre las enormes nuevas instalaciones. Y delante de esto, el juego de dominó se mantenía para siempre en una especie de sorpresa, esperando ser jugado.

Esto era Stacks Gate, nuevo sobre la faz de la tierra, desde la guerra. Pero de hecho, aunque ni siquiera Connie lo sabía, cuesta abajo, a media milla del «hotel», estaba el viejo Stacks Gate, con una pequeña y vieja mina y viviendas de ladrillo ennegrecido, y una o dos capillas y una o dos tiendas y uno o dos pequeños pubs.

Pero eso ya no contaba. Las vastas columnas de humo y vapor se elevaban de las nuevas fábricas de arriba, y esto era ahora Stacks Gate: sin capillas, sin pubs, incluso sin tiendas. Solo las grandes «fábricas», que son la Olimpia moderna con templos a todos los dioses; luego las viviendas modelo; luego el hotel. El hotel en realidad no era más que un pub de mineros, aunque parecía de primera clase.

Incluso desde la llegada de Connie a Wragby, este nuevo lugar había surgido sobre la faz de la tierra, y las viviendas modelo se habían llenado de chusma que llegaba de todas partes, para cazar furtivamente los conejos de Clifford entre otras ocupaciones.

El coche continuó por las tierras altas, viendo el paisaje ondulado extenderse. ¡El campo! Había sido una vez un campo orgulloso y señorial. Delante, asomándose de nuevo y colgando en el borde del horizonte, estaba la enorme y espléndida masa de Chadwick Hall, más ventana que pared, una de las casas isabelinas más famosas. Noble se erguía sola sobre un gran parque, pero anticuada, pasada de moda. Todavía se mantenía, pero como un lugar de exhibición. «¡Mirad cómo señoreaban nuestros antepasados!».

Ese era el pasado. El presente yacía debajo. Solo Dios sabe dónde yace el futuro. El coche ya estaba girando, entre pequeñas y viejas casitas de mineros ennegrecidas, para descender a Uthwaite. Y Uthwaite, en un día húmedo, enviaba toda una serie de columnas de humo y vapor, a cua-

lesquiera dioses que hubiera. Uthwaite, abajo en el valle, con todos los hilos de acero de los ferrocarriles a Sheffield atravesándolo, y las minas de carbón y las acerías enviando humo y resplandor desde largos tubos, y el patético y pequeño chapitel en espiral de la iglesia, que se va a caer, todavía pinchando los humos, siempre afectaba a Connie de una manera extraña. Era una antigua ciudad mercado, centro de los valles. Una de las principales posadas era el Chatterley Arms. Allí, en Uthwaite, Wragby era conocido como Wragby, como si fuera un lugar entero, no solo una casa, como lo era para los forasteros: Wragby Hall, cerca de Tevershall: Wragby, un «asiento».

Las casitas de los mineros, ennegrecidas, estaban pegadas a la acera, con esa intimidad y pequeñez de las viviendas de los mineros de más de cien años. Se alineaban a lo largo de todo el camino. La carretera se había convertido en una calle, y al bajar, te olvidabas al instante del campo abierto y ondulado donde los castillos y las grandes casas todavía dominaban, pero como fantasmas. Ahora estabas justo encima del enredo de vías de tren desnudas, y fundiciones y otras «fábricas» se alzaban a tu alrededor, tan grandes que solo eras consciente de las paredes. Y el hierro resonaba con un enorme y reverberante estruendo, y enormes camiones sacudían la tierra, y las sirenas chillaban.

Sin embargo, una vez más, una vez que habías bajado del todo y entrado en el retorcido y torcido corazón de la ciudad, detrás de la iglesia, estabas en el mundo de hacía dos siglos, en las calles torcidas donde se encontraba el Chatterley Arms y la vieja farmacia, calles que solían conducir al salvaje mundo abierto de los castillos y las majestuosas casas yacentes.

Pero en la esquina un policía levantó la mano mientras pasaban tres camiones cargados de hierro, sacudiendo la pobre y vieja iglesia. Y hasta que los camiones no pasaron, no pudo saludar a su señoría.

Así era. Sobre las viejas y torcidas calles burguesas se agolpaban hordas de viviendas de mineros viejas y ennegrecidas, bordeando las carreteras de salida. E inmediatamente después de estas venían las hileras más nuevas y rosadas de casas un poco más grandes, enyesando el valle: los hogares de los obreros más modernos. Y más allá de eso de nuevo, en las amplias y onduladas regiones de los castillos, el humo ondeaba contra el vapor, y mancha tras mancha de ladrillo rojizo y crudo mostraba los nuevos asentamien-

tos mineros, a veces en las hondonadas, a veces horriblemente feos a lo largo del horizonte de las laderas. Y entre, en medio, estaban los jirones de la vieja Inglaterra de postas y casitas, incluso la Inglaterra de Robin Hood, donde los mineros merodeaban con la desolación de los instintos deportivos reprimidos, cuando no estaban trabajando.

¡Inglaterra, mi Inglaterra! pero, ¿cuál es mi Inglaterra? Las majestuosas casas de Inglaterra dan buenas fotografías y crean la ilusión de una conexión con los isabelinos. Las hermosas y antiguas mansiones están ahí, de los días de la Buena Reina Ana y Tom Jones. Pero el hollín cae y ennegrece el estuco apagado, que hace mucho que dejó de ser dorado. Y una por una, como las majestuosas casas, son abandonadas. Ahora las están derribando. En cuanto a las casitas de Inglaterra —ahí están—, grandes enyesados de viviendas de ladrillo en el campo sin esperanza.

Ahora están derribando las majestuosas casas, las mansiones georgianas están desapareciendo. Fritchley, una perfecta y antigua mansión georgiana, estaba siendo demolida incluso ahora, mientras Connie pasaba en el coche. Estaba en perfecto estado: hasta la guerra los Weatherley habían vivido allí con estilo. Pero ahora era demasiado grande, demasiado cara, y el campo se había vuelto demasiado inhóspito. La alta sociedad se estaba marchando a lugares más agradables, donde podían gastar su dinero sin tener que ver cómo se ganaba.

Esto es historia. Una Inglaterra borra a otra. Las minas habían enriquecido las mansiones. Ahora las estaban borrando, como ya habían borrado las casitas. La Inglaterra industrial borra a la Inglaterra agrícola. Un significado borra a otro. La nueva Inglaterra borra a la vieja Inglaterra. Y la continuidad no es orgánica, sino mecánica.

Connie, perteneciente a las clases ociosas, se había aferrado a los restos de la vieja Inglaterra. Le había llevado años darse cuenta de que estaba realmente borrada por esta nueva y espantosa Inglaterra, aterradora, y que el borrado continuaría hasta ser completo. Fritchley se había ido, Eastwood se había ido, Shipley se estaba yendo: el amado Shipley del señor Winter.

Connie pasó un momento por Shipley. Las puertas del parque en la parte de atrás se abrían justo cerca del paso a nivel del ferrocarril de la mina; la propia mina de Shipley se encontraba justo más allá de los árboles. Las

puertas estaban abiertas, porque a través del parque había un derecho de paso que usaban los mineros. Merodeaban por el parque.

El coche pasó por los estanques ornamentales, en los que los mineros arrojaban sus periódicos, y tomó el camino privado hacia la casa. Se alzaba arriba, a un lado, un edificio de estuco muy agradable de mediados del siglo XVIII. Tenía una hermosa avenida de tejos, que había conducido a una casa más antigua, y la mansión se extendía serenamente, guiñando sus cristales georgianos como si estuviera alegre. Detrás, había jardines realmente hermosos.

A Connie le gustó el interior mucho más que el de Wragby. Era mucho más luminoso, más vivo, bien formado y elegante. Las habitaciones estaban revestidas con paneles pintados de color crema, los techos estaban tocados con dorado, y todo se mantenía en un orden exquisito, todos los accesorios eran perfectos, sin reparar en gastos. Incluso los pasillos lograban ser amplios y encantadores, suavemente curvados y llenos de vida.

Pero Leslie Winter estaba solo. Había adorado su casa. Pero su parque estaba bordeado por tres de sus propias minas. Había sido un hombre generoso en sus ideas. Casi había dado la bienvenida a los mineros en su parque. ¿No lo habían enriquecido los mineros? Así, cuando veía a las cuadrillas de hombres deformes pasar junto a sus aguas ornamentales —no en la parte privada del parque, no, ahí trazaba la línea—, decía: «los mineros quizás no son tan ornamentales como los ciervos, pero son mucho más rentables».

Pero eso fue en la dorada —monetariamente— segunda mitad del reinado de la reina Victoria. Los mineros eran entonces «buenos trabajadores».

Winter había pronunciado este discurso, medio disculpándose, a su invitado, el entonces Príncipe de Gales. Y el Príncipe había respondido, en su inglés bastante gutural:

—Tiene usted toda la razón. Si hubiera carbón bajo Sandringham, abriría una mina en el césped y lo consideraría un paisajismo de primera. Oh, estoy dispuesto a cambiar corzos por mineros, a ese precio. Sus hombres son buenos hombres también, he oído.

Pero entonces, el Príncipe quizás tenía una idea exagerada de la belleza del dinero y de las bendiciones del industrialismo.

Sin embargo, el Príncipe había sido un Rey, y el Rey había muerto, y ahora había otro Rey, cuya función principal parecía ser abrir comedores de beneficencia.

Y los buenos trabajadores estaban de alguna manera cercando Shipley. Nuevos pueblos mineros se agolpaban en el parque, y el señor sentía de alguna manera que la población era extraña. Solía sentirse, de una manera bonachona pero bastante grandiosa, señor de su propio dominio y de sus propios mineros. Ahora, por una sutil pervasión del nuevo espíritu, de alguna manera había sido expulsado. Era él quien ya no pertenecía. No había lugar a dudas. Las minas, la industria, tenían una voluntad propia, y esta voluntad estaba en contra del caballero propietario. Todos los mineros participaban en esa voluntad, y era difícil vivir en contra de ella. O te echaba del lugar, o te echaba de la vida por completo.

El señor Winter, un soldado, había resistido. Pero ya no le importaba pasear por el parque después de la cena. Casi se escondía, en el interior. Una vez había paseado, con la cabeza descubierta, y con sus zapatos de charol y calcetines de seda morada, con Connie hasta la puerta, hablándole a su manera bien educada y un tanto ¡ejem, ejem! Pero cuando llegó el momento de pasar junto a los pequeños grupos de mineros que se quedaban mirando sin saludar ni nada, Connie sintió cómo el enjuto y bien educado anciano se encogía, se encogía como un elegante ciervo antílope en una jaula se encoge ante la mirada vulgar. Los mineros no eran personalmente hostiles: en absoluto. Pero su espíritu era frío y lo estaba expulsando. Y en el fondo, había un profundo rencor. Ellos «trabajaban para él». Y en su fealdad, resentían su existencia elegante, bien cuidada y bien educada. «¡Y este quién es!». Era la diferencia lo que resentían.

Y en algún lugar, en su secreto corazón inglés, siendo bastante soldado, creía que tenían razón en resentir la diferencia. Se sentía un poco culpable por tener todas las ventajas. Sin embargo, representaba un sistema, y no sería expulsado.

Excepto por la muerte. Que le sobrevino poco después de la visita de Connie, de repente. Y se acordó generosamente de Clifford en su testamento.

Los herederos dieron inmediatamente la orden de demoler Shipley. Costaba demasiado mantenerlo. Nadie viviría allí. Así que fue desmantela-

do. La avenida de tejos fue talada. El parque fue despojado de su madera y dividido en lotes. Estaba bastante cerca de Uthwaite. En el extraño y árido desierto de esta tierra de nadie una vez más, se levantaron nuevas y pequeñas calles de adosados, ¡muy deseables! ¡La urbanización Shipley Hall!

A un año de la última visita de Connie, había sucedido. Allí estaba la urbanización Shipley Hall, una serie de «chalets» adosados de ladrillo rojo en nuevas calles. Nadie habría soñado que la mansión de estuco había estado allí doce meses antes.

Pero esta es una etapa posterior del paisajismo del rey Eduardo, del tipo que tiene una mina de carbón ornamental en el césped.

Una Inglaterra borra a otra. La Inglaterra de los señores Winter y de los Wragby Hall se había ido, muerta. El borrado solo no estaba completo todavía.

¿Qué vendría después? Connie no podía imaginarlo. Solo podía ver las nuevas calles de ladrillo extendiéndose por los campos, las nuevas construcciones levantándose en las minas, las nuevas chicas con sus medias de seda, los nuevos muchachos mineros holgazaneando en el Pally o en el Welfare. La generación más joven era completamente inconsciente de la vieja Inglaterra. Había una brecha en la continuidad de la conciencia, casi americana: pero industrial en realidad. ¿Qué sería lo siguiente?

Connie siempre sentía que no había un siguiente. Quería esconder la cabeza en la arena: o al menos, en el pecho de un hombre vivo.

¡El mundo era tan complicado y extraño y espantoso! ¡La gente común era tanta, y realmente, tan terrible! Así pensaba mientras volvía a casa, y veía a los mineros arrastrándose desde las minas, gris-negros, distorsionados, un hombro más alto que el otro, arrastrando sus pesadas botas con suela de hierro. Rostros grises subterráneos, el blanco de los ojos girando, cuellos encogidos por el techo de la mina, hombros deformados. ¡Hombres! ¡Hombres! Ay, en algunos aspectos hombres pacientes y buenos. En otros, inexistentes. Algo que los hombres deberían tener había sido criado y aniquilado en ellos. Sin embargo, eran hombres. Engendraban hijos. Se podría tener un hijo de ellos. ¡Pensamiento terrible, terrible! Eran buenos y amables. Pero eran solo la mitad, solo la mitad gris de un ser humano. Por ahora, eran «buenos». Pero incluso esa era la bondad de su ser a medias.

¡Suponiendo que los muertos en ellos se levantaran alguna vez! Pero no, era demasiado terrible pensar en ello. Connie tenía un miedo absoluto de las masas industriales. Le parecían tan extrañas. ¡Una vida sin ninguna belleza, sin intuición, siempre «en la mina»!

¡Hijos de tales hombres! ¡Oh Dios, oh Dios!

Sin embargo, ¡Mellors había salido de un padre así! No del todo. Cuarenta años habían marcado una diferencia, una diferencia espantosa en la hombría. El hierro y el carbón habían comido profundamente en los cuerpos y las almas de los hombres.

¡Fealdad encarnada, y sin embargo viva! ¿Qué sería de todos ellos? Quizás con la desaparición del carbón desaparecerían de nuevo, de la faz de la tierra. Habían aparecido de la nada por miles, cuando el carbón los había llamado. Quizás eran solo una extraña fauna de las vetas de carbón. Criaturas de otra realidad, eran elementales, sirviendo a los elementos del carbón, como los trabajadores del metal eran elementales, sirviendo al elemento del hierro. ¡Hombres no hombres, sino ánimas de carbón y hierro y arcilla! ¡Fauna de los elementos, carbono, hierro, silicio: elementales! Tenían quizás algo de la extraña belleza inhumana de los minerales, el brillo del carbón, el peso y la azulada resistencia del hierro, la transparencia del vidrio. ¡Criaturas elementales, extrañas y distorsionadas, del mundo mineral! Pertenecían al carbón, al hierro, a la arcilla, como los peces pertenecen al mar y los gusanos a la madera muerta. ¡El ánima de la desintegración mineral!

Connie se alegró de estar en casa, de enterrar la cabeza en la arena. Se alegró incluso de balbucear con Clifford. Pues su miedo a las Midlands mineras y siderúrgicas la afectaba con una extraña sensación que le recorría todo el cuerpo, como la gripe.

—Por supuesto, tuve que tomar el té en la tienda de la señorita Bentley —dijo.

—¡De verdad! Winter te habría dado el té.

—Oh, sí, pero no me atreví a decepcionar a la señorita Bentley.

La señorita Bentley era una solterona cetrina con una nariz bastante grande y una disposición romántica, que servía el té con una cuidadosa intensidad digna de un sacramento.

—¿Preguntó por mí? —dijo Clifford.

—¡Por supuesto! —¿Puedo preguntar a su señoría cómo está Sir Clifford?—. ¡Creo que lo tiene en una estima incluso mayor que a la enfermera Cavell!

—Y supongo que dijiste que estaba floreciente.

—¡Sí! Y pareció tan absorta como si hubiera dicho que los cielos se le habían abierto. Le dije que si alguna vez venía a Tevershall, que viniera a verlo.

—¡A mí! ¡Para qué! ¡Verme a mí!

—Pues sí, Clifford. No puedes ser tan adorado sin dar algo a cambio. ¡San Jorge de Capadocia no era nada comparado contigo, a sus ojos!

—¿Y crees que vendrá?

—¡Oh! —Connie imitó a la señorita Bentley sin aliento— ¡se sonrojó! y pareció bastante hermosa por un momento, ¡pobre criatura! ¿Por qué los hombres no se casan con las mujeres que realmente los adorarían?

—Las mujeres empiezan a adorar demasiado tarde. Pero, ¿dijo que vendría?

—¡Oh! «¡su señoría, si alguna vez me atreviera a presumir!».

—¡Atreverse a presumir! ¡qué absurdo! Pero espero por Dios que no aparezca. ¿Y qué tal su té?

—¡Oh, de Lipton y muy fuerte! Pero Clifford, ¿te das cuenta de que eres el Roman de la rose de la señorita Bentley y de muchas como ella?

—No me siento halagado, ni siquiera así.

—Atesoran cada una de tus fotos en los periódicos ilustrados, y probablemente rezan por ti todas las noches. Es bastante maravilloso.

Subió a cambiarse.

Esa noche él le dijo:

—Tú sí crees, ¿no es así?, que hay algo eterno en el matrimonio.

Ella lo miró.

—Pero Clifford, haces que la eternidad suene como una tapa o una cadena muy, muy larga que se arrastra detrás de uno, sin importar lo lejos que vaya.

La miró, molesto.

—Lo que quiero decir —dijo— es que si vas a Venecia, no irás con la esperanza de alguna aventura amorosa que puedas tomarte au grand sérieux, ¿verdad?

—¿Una aventura amorosa en Venecia au grand sérieux? ¡No, te lo aseguro! No, nunca me tomaría una aventura amorosa en Venecia más que au très petit sérieux.

Habló con una extraña especie de desprecio. Él frunció el ceño, mirándola.

Al bajar por la mañana, encontró a la perra del guardabosques, Flossie, sentada en el pasillo fuera de la habitación de Clifford, y gimiendo muy débilmente.

—¡Vaya, Flossie! —dijo suavemente—. ¿Qué haces aquí?

Y abrió silenciosamente la puerta de Clifford. Clifford estaba sentado en la cama, con la mesilla y la máquina de escribir apartadas, y el guardabosques estaba de pie en atención a los pies de la cama. Flossie entró corriendo. Con un leve gesto de cabeza y ojos, Mellors le ordenó que volviera a la puerta, y ella salió sigilosamente.

—¡Oh, buenos días, Clifford! —dijo Connie—. No sabía que estabas ocupado. —Luego miró al guardabosques, dándole los buenos días. Él murmuró su respuesta, mirándola como vagamente. Pero ella sintió que una ráfaga de pasión la tocaba, solo por su presencia.

—¿Te interrumpí, Clifford? Lo siento.

—No, no es nada importante.

Se deslizó fuera de la habitación de nuevo y subió al tocador azul del primer piso. Se sentó en la ventana y lo vio bajar por el camino, con su curioso y silencioso movimiento, borrado. Tenía una especie de distinción natural y tranquila, un orgullo distante, y también un cierto aire de fragilidad. ¡Un asalariado! ¡Uno de los asalariados de Clifford! «La culpa, querido

Bruto, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos, que somos subalternos».

¿Era un subalterno? ¿Lo era? ¿Qué pensaba él de ella?

Era un día soleado, y Connie trabajaba en el jardín, y la señora Bolton la ayudaba. Por alguna razón, las dos mujeres se habían acercado, en uno de los inexplicables flujos y reflujos de simpatía que existen entre las personas. Estaban sujetando claveles y plantando pequeñas plantas para el verano. Era un trabajo que a ambas les gustaba. Connie sentía especialmente un deleite en poner las suaves raíces de las plantas jóvenes en un charco negro y suave, y acunarlas. En esta mañana de primavera, sintió también un temblor en su vientre, como si el sol lo hubiera tocado y lo hubiera hecho feliz.

—¿Hace muchos años que perdió a su marido? —le dijo a la señora Bolton, mientras cogía otra pequeña planta y la colocaba en su agujero.

—¡Veintitrés! —dijo la señora Bolton, mientras separaba cuidadosamente las jóvenes aguileñas en plantas individuales—. Veintitrés años desde que lo trajeron a casa.

El corazón de Connie dio un vuelco, ante la terrible finalidad de aquello. «¡Lo trajeron a casa!».

—¿Por qué lo mataron, cree usted? —preguntó—. ¿Era feliz con usted?

Era una pregunta de mujer a mujer. La señora Bolton se apartó un mechón de pelo de la cara, con el dorso de la mano.

—No lo sé, mi señora. Como que no se rendía a las cosas: no iba realmente con los demás. Y luego odiaba bajar la cabeza por nada en el mundo. Una especie de obstinación, que acaba por hacerse matar. Verá, a él realmente no le importaba. Yo se lo achaco a la mina. Nunca debería haber bajado a la mina. Pero su padre lo hizo bajar, de niño; y luego, cuando tienes más de veinte años, no es muy fácil salir.

—¿Dijo que la odiaba?

—¡Oh, no! ¡Nunca! Nunca dijo que odiara nada. Solo ponía una cara rara. Era uno de esos que no se cuidaban: como algunos de los primeros muchachos que se fueron tan alegres a la guerra y murieron enseguida. No era realmente un cabeza hueca. Pero no se cuidaba. Yo solía decirle: «¡No te importa nada ni nadie!». ¡Pero sí le importaba! La forma en que se sentó

cuando nació mi primer bebé, inmóvil, y la especie de ojos fatales con los que me miró cuando todo terminó. Lo pasé mal, pero tuve que consolarlo a él. «¡Está todo bien, muchacho, está todo bien!», le dije. Y me echó una mirada, y esa especie de sonrisa rara. Nunca dijo nada. Pero no creo que tuviera ningún placer verdadero conmigo por las noches después; nunca se dejaba llevar de verdad. Yo solía decirle: «¡Oh, déjate llevar, muchacho!». —Le hablaba en dialecto a veces. Y no decía nada. Pero no se dejaba llevar, o no podía. No quería que yo tuviera más hijos. Siempre culpé a su madre, por dejarlo entrar en la habitación. No tenía derecho a haber estado allí. Los hombres le dan mucha más importancia a las cosas de la que deberían, una vez que empiezan a cavilar.

—¿Le importó tanto? —dijo Connie asombrada.

—¡Sí, como que no podía tomarlo como algo natural, todo ese dolor! Y le estropeó el placer en su poco de amor conyugal. Le dije: si a mí no me importa, ¿por qué debería importarte a ti? ¡Es asunto mío! —Pero todo lo que decía era: ¡No está bien!

—Quizás era demasiado sensible —dijo Connie.

—¡Eso es! Cuando llegas a conocer a los hombres, así es como son: demasiado sensibles en el lugar equivocado. Y creo que, sin saberlo, odiaba la mina, simplemente la odiaba. Parecía tan tranquilo cuando estaba muerto, como si se hubiera liberado. Era un muchacho tan guapo. Se me partió el corazón al verlo, tan quieto y de aspecto puro, como si hubiera querido morir. Oh, se me partió el corazón, eso sí. Pero fue la mina.

Lloró unas pocas lágrimas amargas, y Connie lloró más. Era un cálido día de primavera, con un perfume de tierra y de flores amarillas, muchas cosas brotando, y el jardín quieto con la savia misma del sol.

—¡Debió de ser terrible para usted! —dijo Connie.

—¡Oh, mi señora! Al principio no me di cuenta. Solo podía decir: ¡Oh, mi muchacho, por qué quisiste dejarme! —Ese era todo mi lamento. Pero de alguna manera sentí que volvería.

—Pero él no quería dejarla —dijo Connie.

—¡Oh, no, mi señora! Ese era solo mi tonto lamento. Y seguí esperándolo de vuelta. Especialmente por las noches. Me despertaba pensando: ¡Vaya,

no está en la cama conmigo! —Era como si mis sentimientos no creyeran que se había ido. Simplemente sentí que tendría que volver y acostarse a mi lado, para que pudiera sentirlo conmigo. Eso era todo lo que quería, sentirlo allí conmigo, caliente. Y me costó mil golpes antes de saber que no volvería, me costó años.

—El tacto de él —dijo Connie.

—¡Eso es, mi señora! ¡el tacto de él! Nunca lo he superado hasta el día de hoy, y nunca lo haré. Y si hay un cielo arriba, él estará allí, y se acostará a mi lado para que pueda dormir.

Connie miró el rostro hermoso y meditabundo con miedo. ¡Otro apasionado de Tevershall! ¡El tacto de él! ¡Pues los lazos del amor son difíciles de desatar!

—¡Es terrible, una vez que se te mete un hombre en la sangre! —dijo.

—¡Oh, mi señora! Y eso es lo que te hace sentir tan amargada. Sientes que la gente quería que lo mataran. Sientes que la mina quería matarlo. Oh, sentí que, si no hubiera sido por la mina, y por los que dirigen la mina, no me habría dejado. Pero todos quieren separar a una mujer y a un hombre, si están juntos.

—Si están juntos físicamente —dijo Connie.

—¡Así es, mi señora! Hay mucha gente de corazón duro en el mundo. Y cada mañana, cuando se levantaba e iba a la mina, sentía que estaba mal, mal. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Qué puede hacer un hombre?

Un extraño odio ardía en la mujer.

—Pero, ¿puede durar tanto un tacto? —preguntó Connie de repente—. ¿Que pudiera sentirlo tanto tiempo?

—Oh, mi señora, ¿qué otra cosa hay que dure? Los hijos se alejan de ti. ¡Pero el hombre, bueno...! Pero incluso eso querrían matar en ti, el solo pensamiento del tacto de él. ¡Incluso tus propios hijos! ¡Ah, bueno! Podríamos habernos distanciado, quién sabe. Pero el sentimiento es algo diferente. Es quizás mejor no querer nunca. Pero ahí está, cuando miro a las mujeres que nunca han sido realmente calentadas por un hombre, bueno, me parecen pobres lechuzas después de todo, no importa cómo se vistan y se pavoneen. No, me quedo con lo mío. No tengo mucho respeto por la gente.

CAPÍTULO XII

Connie fue al bosque directamente después de comer. Era un día realmente encantador, los primeros dientes de león formando soles, las primeras margaritas tan blancas. El bosquecillo de avellanos era un encaje de hojas entreabiertas, y la última vertical polvorienta de los amentos. Las celidonias amarillas ahora estaban en multitudes, planas y abiertas, apretadas hacia atrás con urgencia, y el brillo amarillo de sí mismas. Era el amarillo, el poderoso amarillo del principio del verano. Y las primulas eran anchas y llenas de un pálido abandono, primulas en densos racimos ya no tímidas. El exuberante verde oscuro de los jacintos era un mar, con brotes que se elevaban como trigo pálido, mientras que en el camino los nomeolvides se ahuecaban, y las aguileñas desplegaban sus riquezas de un púrpura de tinta, y había trozos de cáscara de huevo de pájaro azul bajo un arbusto. ¡Por todas partes los nudos de los brotes y el salto de la vida!

El guardabosques no estaba en la cabaña. Todo estaba sereno, pollitos marrones corriendo vigorosamente. Connie caminó hacia la casita, porque quería encontrarlo.

La casita estaba al sol, al borde del bosque. En el pequeño jardín, los narcisos dobles se alzaban en matas, cerca de la puerta abierta, y las margaritas rojas dobles formaban un borde en el sendero. Se oyó el ladrido de un perro, y Flossie vino corriendo.

¡La puerta abierta de par en par! así que estaba en casa. ¡Y la luz del sol cayendo sobre el suelo de ladrillo rojo! Al subir por el sendero, lo vio a

través de la ventana, sentado a la mesa en mangas de camisa, comiendo. La perra ladró suavemente, moviendo lentamente la cola.

Se levantó y fue a la puerta, limpiándose la boca con un pañuelo rojo, todavía masticando.

—¿Puedo entrar? —dijo ella.

—¡Entre!

El sol brillaba en la habitación desnuda, que todavía olía a chuleta de cordero, hecha en una cazuela de hierro ante el fuego, porque la cazuela todavía estaba en el guardafuegos, con la cacerola negra de la salsa de patatas sobre un trozo de papel a su lado en el hogar blanco. El fuego era rojo, más bien bajo, la barra caída, la tetera cantando.

Sobre la mesa estaba su plato, con patatas y los restos de la chuleta; también pan en una cesta, sal y una taza azul con cerveza. El mantel era de hule blanco. Él estaba de pie en la sombra.

—Llegas muy tarde —dijo ella—. ¡Sigue comiendo, por favor!

Se sentó en una silla de madera, al sol junto a la puerta.

—Tuve que ir a Uthwaite —dijo, sentándose a la mesa pero sin comer.

—Come, por favor —dijo ella.

Pero no tocó la comida.

—¿Quieres algo? —le preguntó—. ¿Quieres una taza de té? la tetera está a punto de hervir. —Se levantó a medias de nuevo de su silla.

—Si me dejas prepararlo yo misma —dijo ella levantándose. Él parecía triste, y ella sintió que lo estaba molestando.

—Bueno, la tetera está ahí —señaló un pequeño y deslucido armario esquinero—; y las tazas. Y el té está en la repisa de la chimenea, sobre tu cabeza.

Cogió la tetera negra y la lata de té de la repisa de la chimenea. Enjuagó la tetera con agua caliente y se quedó un momento preguntándose dónde vaciarla.

—Tíralo fuera —dijo él, consciente de ella—. Está limpio.

Fue a la puerta y tiró la gota de agua por el sendero. ¡Qué encantador era aquí, tan quieto, tan verdaderamente boscoso! Los robles estaban echando hojas de un amarillo ocre; en el jardín las margaritas rojas eran como botones de felpa roja. Miró la gran y hueca losa de arenisca del umbral, ahora cruzada por tan pocos pies.

—Pero es encantador aquí —dijo—. Qué quietud tan hermosa, todo vivo y quieto.

Él volvía a comer, más bien lentamente y de mala gana, y ella podía sentir que estaba desanimado. Preparó el té en silencio y puso la tetera en el fogón, como sabía que hacía la gente. Él apartó su plato y fue a la parte de atrás; oyó el clic de un pestillo, luego volvió con queso en un plato y mantequilla.

Puso las dos tazas sobre la mesa, solo había dos.

—¿Quieres una taza de té? —dijo.

—Si quieres. El azúcar está en el armario, y hay una pequeña jarra para la nata. La leche está en una jarra en la despensa.

—¿Te quito el plato? —le preguntó. Él la miró con una leve sonrisa irónica.

—Vaya... si quieres —dijo, comiendo lentamente pan y queso. Ella fue a la parte de atrás, a la despensa del cobertizo, donde estaba la bomba. A la izquierda había una puerta, sin duda la puerta de la despensa. La abrió y casi sonrió al ver el lugar que él llamaba despensa; un largo y estrecho hueco encalado. Pero lograba contener un pequeño barril de cerveza, así como algunos platos y trozos de comida. Tomó un poco de leche de la jarra amarilla.

—¿Cómo consigues la leche? —le preguntó, cuando volvió a la mesa.

—¡De los Flint! Me dejan una botella al final del coto. ¡Ya sabes, donde te encontré!

Pero estaba desanimado.

Sirvió el té, sosteniendo la jarra de la nata.

—Sin leche —dijo él; luego pareció oír un ruido y miró atentamente a través de la puerta.

—Quizás será mejor que cerremos —dijo.

—Parece una pena —respondió ella—. No vendrá nadie, ¿verdad?

—No, a menos que sea uno entre mil, pero nunca se sabe.

—Y aun así no importa —dijo ella—. Es solo una taza de té. ¿Dónde están las cucharas?

Se inclinó y abrió el cajón de la mesa. Connie estaba sentada a la mesa, al sol de la puerta.

—¡Flossie! —le dijo a la perra, que estaba tumbada en una pequeña alfombra al pie de la escalera—. ¡Ve y escucha, escucha!

Levantó el dedo, y su «¡escucha!» fue muy vívido. La perra salió a trote a reconocer el terreno.

—¿Estás triste hoy? —le preguntó.

Él volvió rápidamente sus ojos azules y la miró directamente.

—¡Triste! no, ¡aburrido! Tuve que ir a buscar citas para dos cazadores furtivos que cogí, y, bueno, no me gusta la gente.

Hablaba un inglés frío y correcto, y había ira en su voz.

—¿Odias ser guardabosques? —preguntó.

—¡Ser guardabosques, no! Mientras me dejen en paz. Pero cuando tengo que andar perdiendo el tiempo en la comisaría, y en otros sitios, y esperando a que un montón de tontos me atiendan... bueno, me enfado... —y sonrió, con un cierto y leve humor.

—¿No podrías ser realmente independiente? —preguntó.

—¿Yo? Supongo que podría, si te refieres a arreglármelas para existir con mi pensión. ¡Podría! Pero tengo que trabajar, o me moriría. Es decir, tengo que tener algo que me mantenga ocupado. Y no estoy de bastante buen humor para trabajar para mí mismo. Tiene que ser una especie de trabajo para otra persona, o lo dejaría en un mes, por mal humor. Así que, en conjunto, estoy muy bien aquí, especialmente últimamente...

Se rio de ella de nuevo, con humor burlón.

—Pero, ¿por qué estás de mal humor? —preguntó—. ¿Quieres decir que siempre estás de mal humor?

—Más o menos —dijo, riendo—. No digiero bien mi bilis.

—Pero, ¿qué bilis? —dijo ella.

—¡Bilis! —dijo—. ¿No sabes lo que es eso? —Ella guardó silencio y se sintió decepcionada. Él no le prestaba atención.

—Me voy por un tiempo el mes que viene —dijo ella.

—¡Te vas! ¿Adónde?

—A Venecia.

—¡Venecia! ¿Con Sir Clifford? ¿Por cuánto tiempo?

—Por un mes más o menos —respondió ella—. Clifford no irá.

—¿Se quedará aquí? —preguntó.

—¡Sí! Odia viajar tal como está.

—¡Sí, pobre diablo! —dijo, con simpatía.

Hubo una pausa.

—No me olvidarás cuando me haya ido, ¿verdad? —preguntó.

De nuevo levantó los ojos y la miró de lleno.

—¿Olvidar? —dijo—. Sabes que nadie olvida. No es una cuestión de memoria.

Ella quería decir: «¿Entonces qué?», pero no lo hizo. En cambio, dijo con una voz muda:

—Le dije a Clifford que podría tener un hijo.

Ahora la miró de verdad, intenso y escrutador.

—¿Lo hiciste? —dijo al fin—. ¿Y qué dijo?

—Oh, no le importaría. Se alegraría, de verdad, siempre y cuando pareciera suyo. —No se atrevió a mirarlo.

Estuvo en silencio mucho tiempo, luego volvió a mirar su rostro.

—Sin mencionarme a mí, por supuesto, ¿no? —dijo.

—No. Sin mencionarte a ti —dijo ella.

—No, difícilmente me tragaría como criador sustituto. —¿Entonces de dónde se supone que vas a sacar al niño?

—Podría tener una aventura amorosa en Venecia —dijo ella.

—Podrías —respondió lentamente—. ¿Así que por eso te vas?

—No para tener la aventura amorosa —dijo ella, mirándolo, suplicante.

—Solo la apariencia de una —dijo él.

Hubo silencio. Se quedó mirando por la ventana, con una leve sonrisa, mitad burla, mitad amargura, en su rostro. Ella odiaba su sonrisa.

—No has tomado ninguna precaución contra tener un hijo, entonces, ¿no? —le preguntó de repente—. Porque yo no la he tomado.

—No —dijo débilmente—. Odiaría eso.

La miró, luego de nuevo con la peculiar y sutil sonrisa por la ventana. Hubo un tenso silencio.

Al fin se volvió hacia ella y dijo satíricamente:

—¿Por eso me querías entonces, para tener un hijo?

Ella bajó la cabeza.

—No. No realmente —dijo.

—¿Entonces qué, realmente? —preguntó con bastante mordacidad.

Lo miró con reproche, diciendo:

—No lo sé.

Él soltó una carcajada.

—Pues entonces, ¡maldita sea si lo sé! —dijo.

Hubo una larga pausa de silencio, un silencio frío.

—Bueno —dijo al fin—. Es como a su señoría le plazca. Si tiene el bebé, Sir Clifford es bienvenido a él. Yo no habré perdido nada. Al contrario, he tenido una experiencia muy agradable, ¡muy agradable, en verdad! —y se estiró en una especie de bostezo medio reprimido—. Si me has utilizado —

dijo— , no es la primera vez que me utilizan; y no supongo que haya sido nunca tan agradable como esta vez; aunque, por supuesto, uno no puede sentirse tremendamente digno por ello. —Se estiró de nuevo, curiosamente, sus músculos temblando y su mandíbula extrañamente apretada.

—Pero no te utilicé —dijo ella, suplicante.

—A su servicio, mi señora —respondió él.

—No —dijo ella—. Me gustaba tu cuerpo.

—¿Ah, sí? —respondió él, y rio—. Bueno, entonces, estamos en paz, porque a mí me gustaba el tuyo.

La miró con extraños ojos oscurecidos.

—¿Te gustaría subir ahora? —le preguntó, con una voz algo ahogada.

—No, aquí no. ¡Ahora no! —dijo ella pesadamente, aunque si él hubiera usado algún poder sobre ella, habría ido, pues no tenía fuerzas contra él.

Él apartó la cara de nuevo y pareció olvidarla.

—Quiero tocarte como tú me tocas a mí —dijo ella—. Nunca he tocado realmente tu cuerpo.

La miró y sonrió de nuevo.

—¿Ahora? —dijo.

—¡No! ¡No! ¡Aquí no! En la cabaña. ¿Te importaría?

—¿Cómo te toco? —preguntó.

—Cuando me sientes.

La miró y encontró sus ojos pesados y ansiosos.

—¿Y te gusta cuando te siento? —preguntó, riéndose de ella todavía.

—Sí, ¿y a ti? —dijo ella.

—¡Oh, a mí! —Luego cambió de tono—. Sí —dijo—. Lo sabes sin preguntar. —Lo cual era cierto.

Se levantó y cogió su sombrero.

—Debo irme —dijo.

—¿Se va? —respondió cortésmente.

Quería que la tocara, que le dijera algo, pero no dijo nada, solo esperó cortésmente.

—Gracias por el té —dijo.

—No le he dado las gracias a su señoría por hacerme los honores de mi tetera —dijo él.

Bajó por el sendero, y él se quedó en la puerta, sonriendo débilmente. Flossie vino corriendo con la cola levantada. Y Connie tuvo que caminar penosamente y en silencio hacia el bosque, sabiendo que él estaba allí mirándola, con esa sonrisa incomprensible en su rostro.

Volvió a casa muy abatida y molesta. No le gustó nada que dijera que lo habían utilizado; porque en cierto sentido era verdad. Pero no debería haberlo dicho. Por lo tanto, de nuevo, estaba dividida entre dos sentimientos: resentimiento contra él y un deseo de hacer las paces con él.

Pasó una hora del té muy inquieta e irritada, y en seguida subió a su habitación. Pero una vez allí no sirvió de nada; no podía ni sentarse ni estar de pie. Tendría que hacer algo al respecto. Tendría que volver a la cabaña; si él no estaba allí, pues bien.

Se deslizó por la puerta lateral y tomó su camino directa y un poco hosca. Cuando llegó al claro, estaba terriblemente inquieta. Pero allí estaba de nuevo, en mangas de camisa, agachado, soltando a las gallinas de los gallineros, entre los pollitos que ahora crecían un poco desgarrados, pero eran mucho más pulcros que los pollitos de gallina.

Fue directamente hacia él.

—¡Ya ves que he venido! —dijo.

—¡Sí, lo veo! —dijo él, enderezando la espalda y mirándola con una leve diversión.

—¿Seltas a las gallinas ahora? —preguntó.

—Sí, han incubado hasta quedarse en los huesos —dijo—. Y ahora no tienen tantas ganas de salir a comer. No hay egoísmo en una gallina clueca; está toda en los huevos o en los pollitos.

¡Pobres gallinas madres; qué ciega devoción! ¡incluso a huevos que no son suyos! Connie las miró con compasión. Un silencio impotente cayó entre el hombre y la mujer.

—¿Entramos en la cabaña? —preguntó él.

—¿Me quieres? —preguntó ella, con una especie de desconfianza.

—Sí, si quieres venir.

Ella guardó silencio.

—¡Ven entonces! —dijo él.

Y fue con él a la cabaña. Estaba completamente oscuro cuando cerró la puerta, así que encendió una pequeña luz en la linterna, como antes.

—¿Te has quitado la ropa interior? —le preguntó.

—¡Sí!

—Ah, bueno, pues entonces me quitaré yo también mis cosas.

Extendió las mantas, poniendo una a un lado para cubrirse. Ella se quitó el sombrero y se sacudió el pelo. Él se sentó, quitándose los zapatos y las polainas, y desabrochándose los pantalones de pana.

—¡Túmbate entonces! —dijo, cuando se quedó en camisa. Ella obedeció en silencio, y él se tumbó a su lado y los cubrió a ambos con la manta.

—¡Ahí está! —dijo.

Y le levantó el vestido por completo, hasta llegar incluso a sus pechos. Los besó suavemente, tomando los pezones en sus labios en pequeñas caricias.

—¡Eh, pero qué buena estás, qué buena estás! —dijo, frotando de repente su rostro con un movimiento de acurrucamiento contra su cálido vientre.

Y ella le rodeó con los brazos bajo la camisa, pero tenía miedo, miedo de su cuerpo delgado, liso y desnudo, que parecía tan poderoso, miedo de los violentos músculos. Se encogió, asustada.

Y cuando él dijo, con una especie de pequeño suspiro: «¡Eh, qué buena estás!», algo en ella tembló, y algo en su espíritu se endureció en resistencia: se endureció por la terrible intimidad física y por la peculiar prisa de su

posesión. Y esta vez el agudo éxtasis de su propia pasión no la venció; yacía con las manos inertes sobre su cuerpo esforzado, y por mucho que hiciera, su espíritu parecía mirar desde lo alto de su cabeza, y el empuje de sus caderas le parecía ridículo, y la especie de ansiedad de su pene por llegar a su pequeña crisis evacuatoria le parecía una farsa. Sí, esto era amor, este ridículo rebote de las nalgas, y el marchitamiento del pobre, insignificante y húmedo pene. ¡Este era el amor divino! Después de todo, los modernos tenían razón cuando sentían desprecio por el acto; pues era un acto. Era muy cierto, como decían algunos poetas, que el Dios que creó al hombre debió de tener un siniestro sentido del humor, creándolo un ser razonable, pero forzándolo a adoptar esta ridícula postura, e impulsándolo con un ciego anhelo por este ridículo acto. Incluso un Maupassant lo encontraba un humillante anticlímax. Los hombres despreciaban el acto del coito, y sin embargo lo hacían.

Fría y burlona, su extraña mente femenina se mantenía al margen, y aunque yacía perfectamente quieta, su impulso era levantar las caderas y echar al hombre, escapar de su feo agarre y del empuje avasallador de sus absurdas caderas. Su cuerpo era una cosa tonta, impertinente, imperfecta, un poco asquerosa en su torpeza inacabada. Pues seguramente una evolución completa eliminaría este acto, esta «función».

Y sin embargo, cuando él hubo terminado, pronto, y yacía muy, muy quieto, retirándose al silencio y a una distancia extraña e inmóvil, lejos, más lejos que el horizonte de su conciencia, su corazón empezó a llorar. Podía sentirlo menguar, menguar, dejándola allí como una piedra en una orilla. Se estaba retirando, su espíritu la estaba abandonando. Él lo sabía.

Y con verdadero dolor, atormentada por su propia doble conciencia y reacción, empezó a llorar. Él no se dio cuenta, o ni siquiera lo supo. La tormenta de llanto creció y la sacudió, y lo sacudió a él.

— ¡Sí! —dijo—, esa vez no sirvió. No estabas ahí. — ¡Así que lo sabía! Sus sollozos se hicieron violentos.

— Pero, ¿qué pasa? —dijo—. De vez en cuando es así.

— Yo... no puedo amarte —sollozó ella, sintiendo de repente que su corazón se rompía.

—¿No puedes? Bueno, ¡no te preocupes! No hay ninguna ley que diga que tienes que hacerlo. Tómallo por lo que es.

Todavía yacía con la mano en su pecho. Pero ella había retirado las dos manos de él.

Sus palabras fueron un pequeño consuelo. Sollozó en voz alta.

—No, no —dijo—. Hay que aceptar lo bueno y lo malo. Esta vez fue un poco de lo malo.

Lloró amargamente, sollozando:

—Pero quiero amarte, y no puedo. Solo parece horrible.

Rio un poco, mitad amargo, mitad divertido.

—No es horrible —dijo—, aunque pienses que lo es. Y no puedes hacerlo horrible. No te preocupes por amarme. Nunca te forzarás a ello. Siempre hay una nuez mala en una cesta llena. Hay que tomar lo bueno con lo malo.

Apartó la mano del pecho de ella, sin tocarla. Y ahora que no la tocaba, sintió una satisfacción casi perversa. Odiaba el dialecto: el thee y el tha y el thysen. Podía levantarse si quería y quedarse allí, encima de ella, abrochándose aquellos absurdos pantalones de pana, justo delante de ella. Después de todo, Michaelis había tenido la decencia de darse la vuelta. Este hombre era tan seguro de sí mismo que no sabía qué payaso lo consideraban los demás, un tipo mestizo.

Sin embargo, mientras se apartaba, para levantarse en silencio y dejarla, ella se aferró a él aterrorizada.

—¡No! ¡No te vayas! ¡No me dejes! ¡No te enfades conmigo! ¡Abrázame! ¡Abrázame fuerte! —susurró en un frenesí ciego, sin siquiera saber lo que decía, y aferrándose a él con una fuerza extraña. Era de sí misma de quien quería ser salvada, de su propia ira y resistencia interior. ¡Pero qué poderosa era esa resistencia interior que la poseía!

La tomó en sus brazos de nuevo y la atrajo hacia sí, y de repente ella se hizo pequeña en sus brazos, pequeña y acurrucada. Se había ido, la resistencia se había ido, y empezó a derretirse en una paz maravillosa. Y mientras se derretía, pequeña y maravillosa en sus brazos, se volvió infinitamente deseable para él, todos sus vasos sanguíneos parecían escaldarse con un deseo

intenso pero tierno, por ella, por su suavidad, por la penetrante belleza de ella en sus brazos, pasando a su sangre. Y suavemente, con esa maravillosa caricia de su mano, como un desmayo, en puro y suave deseo, suavemente acarició la sedosa pendiente de sus lomos, hacia abajo, abajo entre sus suaves y cálidas nalgas, acercándose cada vez más a lo más íntimo de ella. Y ella lo sintió como una llama de deseo, pero tierno, y se sintió derretirse en la llama. Se dejó llevar. Sintió su pene erguido contra ella con una fuerza y afirmación silenciosas y asombrosas, y se dejó llevar por él. Se entregó con un temblor que fue como la muerte, se abrió completamente a él. ¡Y oh, si no fuera tierno con ella ahora, qué cruel, pues estaba completamente abierta a él e indefensa!

Tembló de nuevo ante la potente e inexorable entrada en su interior, tan extraña y terrible. Podría venir con el empuje de una espada en su cuerpo suavemente abierto, y eso sería la muerte. Se aferró en una súbita angustia de terror. Pero vino con un extraño y lento empuje de paz, el oscuro empuje de paz y una ternura pesada y primordial, como la que hizo el mundo en el principio. Y su terror se calmó en su pecho, su pecho se atrevió a desaparecer en paz, no retuvo nada. Se atrevió a soltarlo todo, a sí misma, y a desaparecer en la inundación.

Y parecía que era como el mar, nada más que olas oscuras que se alzaban y se agitaban, agitándose con una gran marejada, de modo que lentamente toda su oscuridad estaba en movimiento, y era un océano que hacía rodar su masa oscura y muda. Oh, y muy adentro de ella, las profundidades se separaron y se abrieron, en largas olas que viajaban lejos, y siempre, en lo más íntimo de ella, las profundidades se separaron y se abrieron, desde el centro de la suave zambullida, mientras el que se zambullía iba más y más profundo, tocando más abajo, y ella era más y más y más profundamente descubierta, y más pesadas las olas de ella rodaban hacia alguna orilla, descubriéndola, y más y más cerca se zambullía lo palpable desconocido, y más y más lejos rodaban las olas de sí misma lejos de sí misma, dejándola, hasta que de repente, en una suave y estremecedora convulsión, lo más íntimo de todo su plasma fue tocado, se supo tocada, la consumación estaba sobre ella, y desapareció. Desapareció, no fue, y nació: una mujer.

¡Ah, demasiado encantador, demasiado encantador! En el reflujo, se dio cuenta de todo lo encantador. Ahora todo su cuerpo se aferraba con tierno amor al hombre desconocido, y ciegamente al pene que se marchitaba,

mientras se retiraba tan tierna, frágil e inconscientemente, después del fiero empuje de su potencia. Al retirarse y dejar su cuerpo, la cosa secreta y sensible, dio un grito inconsciente de pura pérdida, y trató de volver a meterlo. ¡Había sido tan perfecto! ¡Y lo amaba tanto!

Y solo ahora se dio cuenta de la pequeña reticencia y ternura de capullo del pene, y un pequeño grito de asombro y conmoción se le escapó de nuevo, su corazón de mujer clamando por la tierna fragilidad de lo que había sido el poder.

— ¡Fue tan encantador! — gimió—. ¡Fue tan encantador! — Pero él no dijo nada, solo la besó suavemente, yaciendo quieto sobre ella. Y ella gimió con una especie de dicha, como un sacrificio, y una cosa recién nacida.

Y ahora en su corazón se despertó el extraño asombro de él. ¡Un hombre! ¡la extraña potencia de la virilidad sobre ella! Sus manos vagaron sobre él, todavía un poco asustadas. Asustadas de esa cosa extraña, hostil, ligeramente repulsiva que él había sido para ella, un hombre. Y ahora lo tocaba, y eran los hijos de dios con las hijas de los hombres. ¡Qué hermoso se sentía, qué puro en tejido! ¡Qué encantador, qué encantador, fuerte, y sin embargo puro y delicado, qué quietud del cuerpo sensible! ¡Qué quietud absoluta de potencia y carne delicada! ¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! Sus manos descendieron tímidamente por su espalda, hasta los globos suaves y más bien pequeños de las nalgas. ¡Belleza! ¡Qué belleza! una pequeña llama repentina de nueva conciencia la atravesó. ¿Cómo era posible, esta belleza aquí, donde antes solo había sentido repulsión? ¡La belleza inefable al tacto, de las nalgas cálidas y vivas! ¡La vida dentro de la vida, la pura, cálida y potente belleza! ¡Y el extraño peso de los testículos entre sus piernas! ¡Qué misterio! ¡Qué extraño y pesado peso de misterio, que podía yacer suave y pesado en la mano de una! Las raíces, raíz de todo lo que es encantador, la raíz primordial de toda la belleza plena.

Se aferró a él, con un siseo de asombro que era casi pavor, terror. Él la abrazó, pero no dijo nada. Nunca diría nada. Se acercó a él, más cerca, solo para estar cerca de la maravilla sensual de él. Y desde su quietud absoluta e incomprensible, sintió de nuevo el lento, trascendental y creciente alzamiento del falo de nuevo, el otro poder. Y su corazón se derritió con una especie de asombro.

Y esta vez su ser dentro de ella fue todo suave e iridiscente, puramente suave e iridiscente, tal como ninguna conciencia podría captar. Todo su ser tembló inconsciente y vivo, como plasma. No podía saber qué era. No podía recordar qué había sido. Solo que había sido más encantador que cualquier cosa que pudiera ser. Solo eso. Y después estuvo completamente quieta, completamente ignorante, no fue consciente de por cuánto tiempo. Y él todavía estaba con ella, en un silencio insondable junto con ella. Y de esto, nunca hablarían.

Cuando la conciencia del exterior empezó a volver, se aferró a su pecho, murmurando:

—¡Mi amor! ¡mi amor! —Y él la sostuvo en silencio. Y ella se acurrucó en su pecho, perfecta.

Pero su silencio era insondable. Sus manos la sostenían como flores, tan quietas y extrañas.

—¿Dónde estás? —le susurró—. ¿Dónde estás? ¡Háblame! ¡Dime algo!

La besó suavemente, murmurando:

—¡Sí, mi muchacha!

Pero ella no supo lo que quería decir, no supo dónde estaba. En su silencio, parecía perdido para ella.

—Me amas, ¿verdad? —murmuró.

—¡Sí, lo sabes! —dijo él.

—¡Pero dímelo! —suplicó.

—¡Sí! ¡Sí! ¿no lo has sentido? —dijo vagamente, pero suave y seguro. Y ella se aferró a él, más cerca. Él era mucho más pacífico en el amor que ella, y quería que la tranquilizara.

—¡Sí me amas! —susurró, asertiva. Y sus manos la acariciaron suavemente, como si fuera una flor, sin el temblor del deseo, sino con una delicada cercanía. Y todavía la acosaba una inquieta necesidad de aferrarse al amor.

—¡Di que siempre me amarás! —suplicó.

—¡Sí! —dijo él, distraídamente. Y ella sintió que sus preguntas lo alejaban de ella.

—¿No deberíamos levantarnos? —dijo al fin.

—¡No! —dijo ella.

Pero podía sentir su conciencia divagar, escuchando los ruidos de fuera.

—Estará casi oscuro —dijo. Y oyó la presión de las circunstancias en su voz. Lo besó, con el dolor de una mujer al ceder su hora.

Se levantó, y encendió más la linterna, luego empezó a ponerse la ropa, desapareciendo rápidamente dentro de ella. Luego se quedó allí, encima de ella, abrochándose los pantalones y mirándola con ojos oscuros y grandes, el rostro un poco sonrojado y el pelo alborotado, curiosamente cálido, quieto y hermoso a la tenue luz de la linterna, tan hermoso, que nunca le diría lo hermoso que era. Le daban ganas de aferrarse a él, de sujetarlo, pues había una lejanía cálida y medio somnolienta en su belleza que le daban ganas de gritar y agarrarlo, de tenerlo. Nunca lo tendría. Así que yacía en la manta con las caderas desnudas, curvas y suaves, y él no tenía ni idea de lo que ella estaba pensando, pero para él también era hermosa, la cosa suave y maravillosa en la que podía entrar, más allá de todo.

—Te amo porque puedo entrar en ti —dijo.

—¿Te gusto? —dijo, con el corazón latiendo.

—Lo cura todo, que pueda entrar en ti. Te amo porque te abriste a mí. Te amo porque entré en ti de esa manera.

Se inclinó y le besó el suave flanco, frotó su mejilla contra él, luego lo cubrió.

—¿Y nunca me dejarás? —dijo ella.

—No preguntes esas cosas —dijo él.

—Pero sí crees que te amo, ¿verdad? —dijo.

—Me amaste hace un momento, más de lo que nunca pensaste que lo harías. ¡Pero quién sabe qué pasará, una vez que empieces a pensar en ello!

—¡No, no digas esas cosas! —¿Y realmente no crees que quise utilizarte, verdad?

—¿Cómo?

—¿Para tener un hijo...?

—Ahora cualquiera puede tener cualquier hijo en el mundo —dijo, mientras se sentaba a abrocharse las polainas.

—¡Ah, no! —exclamó ella—. ¿No lo dices en serio?

—¡Eh, bueno! —dijo él, mirándola bajo las cejas—. Esto fue lo mejor.

Ella yacía quieta. Él abrió suavemente la puerta. El cielo era de un azul oscuro, con un borde cristalino y turquesa. Salió para encerrar a las gallinas, hablando suavemente a su perro. Y ella yacía y se maravillaba de la maravilla de la vida y del ser.

Cuando volvió, ella todavía estaba allí tumbada, brillando como una gitana. Se sentó en el taburete junto a ella.

—Tienes que venir una noche a la casita, antes de que te vayas; ¿vendrás? —preguntó, levantando las cejas mientras la miraba, con las manos colgando entre las rodillas.

—¿Vendré? —repitió ella, burlona.

Él sonrió.

—Sí, ¿vendrás? —repitió.

—¡Sí! —dijo ella, imitando el sonido del dialecto.

—¡Yi! —dijo él.

—¡Yi! —repitió ella.

—Y dormir conmigo —dijo—. Es necesario. ¿Cuándo vendrás?

—¿Cuándo vendré? —dijo ella.

—No —dijo—, no puedes hacerlo. ¿Cuándo vendrás entonces?

—Quizás el domingo —dijo.

—¡Quizás el domingo! ¡Sí!

Se rio de ella rápidamente.

—No, no puedes —protestó.

—¿Por qué no puedo? —dijo ella.

Él rio. Sus intentos de imitar el dialecto eran tan ridículos, de alguna manera.

—¡Vamos entonces, tienes que irte! —dijo.

—¿Tengo? —dijo ella.

—¡Tengo que! —la corrigió.

—¿Por qué debería decir tengo que cuando tú dijiste tienes? —protestó —. No juegas limpio.

—¿No lo hago? —dijo, inclinándose hacia adelante y acariciándole suavemente la cara.

—Eres un buen coño, sin embargo, ¿no? El mejor trozo de coño que queda en la tierra. ¡Cuando quieres! ¡Cuando estás dispuesta!

—¿Qué es coño? —dijo ella.

—¿Y no lo sabes? ¡Coño! Eres tú ahí abajo; y lo que obtengo cuando estoy dentro de ti, y lo que obtienes tú cuando estoy dentro de ti; es todo como es, todo ello.

—Todo ello —bromeó—. ¡Coño! Es como joder, entonces.

—¡No, no! Joder es solo lo que haces. Los animales joden. Pero el coño es mucho más que eso. Eres tú, ¿entiendes?: ¡y tú eres mucho más que un animal, no es así? ¡incluso para joder! ¡Coño! ¡Eh, esa es la belleza de ti, muchacha!

Se levantó y lo besó entre los ojos, que la miraban tan oscuros y suaves e indescritiblemente cálidos, tan insoportablemente hermosos.

—¿Lo es? —dijo—. ¿Y te importo?

La besó sin responder.

—¡Tienes que irte, déjame sacudirte el polvo! —dijo.

Su mano pasó sobre las curvas de su cuerpo, firmemente, sin deseo, pero con un conocimiento suave e íntimo.

Mientras corría a casa en el crepúsculo, el mundo parecía un sueño; los árboles del parque parecían hincharse y mecerse anclados en una marea, y

la subida de la pendiente hacia la casa estaba viva.

CAPÍTULO XIII

El domingo, Clifford quiso ir al bosque. Era una mañana encantadora, los perales y los ciruelos en flor habían aparecido de repente en el mundo, en una maravilla de blancura aquí y allá.

Era cruel para Clifford, mientras el mundo florecía, tener que ser ayudado a pasar de una silla a un sillón de inválido. Pero lo había olvidado, e incluso parecía tener una cierta presunción de sí mismo en su cojera. Connie todavía sufría, teniendo que colocar sus piernas inertes en su sitio. Ahora lo hacía la señora Bolton, o Field.

Lo esperaba en lo alto del camino, al borde de la pantalla de hayas. Su silla llegó resoplando con una especie de lenta importancia de valetudinario. Al reunirse con su esposa, dijo:

— ¡Sir Clifford en su espumeante corcel!

— ¡Resoplando, al menos! —rio ella.

Se detuvo y miró la fachada de la larga, baja y vieja casa marrón.

— ¡Wragby no pestañea! —dijo—. ¡Pero, por qué habría de hacerlo! Cabalga sobre los logros de la mente del hombre, y eso supera a un caballo.

— Supongo que sí. Y las almas de Platón que subían al cielo en un carro de dos caballos irían ahora en un Ford —dijo ella.

— O en un Rolls-Royce: ¡Platón era un aristócrata!

— ¡Desde luego! Se acabó el caballo negro al que azotar y maltratar. ¡Platón nunca pensó que superaríamos a su corcel negro y a su corcel blan-

co, y no tendríamos corceles en absoluto, solo un motor!

—¡Solo un motor y gasolina! —dijo Clifford.

—Espero poder hacer algunas reparaciones en el viejo lugar el año que viene. Creo que tendré unas mil libras de sobra para eso: ¡pero el trabajo cuesta tanto! —añadió.

—¡Oh, bien! —dijo Connie—. ¡Si tan solo no hubiera más huelgas!

—¡De qué serviría que volvieran a la huelga! Simplemente arruinar la industria, lo que queda de ella: ¡y seguramente las lechuzas están empezando a verlo!

—Quizás no les importe arruinar la industria —dijo Connie.

—¡Ah, no hables como una mujer! La industria les llena el vientre, aunque no pueda mantener sus bolsillos tan llenos —dijo, usando giros del lenguaje que extrañamente tenían un deje de la señora Bolton.

—Pero, ¿no dijiste el otro día que eras un anarquista-conservador? —preguntó inocentemente.

—¿Y entendiste lo que quise decir? —replicó él—. Todo lo que quise decir es que la gente puede ser lo que quiera y sentir lo que quiera y hacer lo que quiera, estrictamente en privado, siempre que mantenga intacta la forma de vida, y el aparato.

Connie caminó en silencio unos pasos. Luego dijo, obstinadamente:

—Suena como decir que un huevo puede estropearse todo lo que quiera, siempre que mantenga su cáscara entera. Pero los huevos estropeados se rompen solos.

—No creo que la gente sean huevos —dijo él—. Ni siquiera huevos de ángel, mi pequeña evangelista.

Estaba de bastante buen humor esa mañana brillante. Las alondras trataban sobre el parque, la mina lejana en el valle humeaba un vapor silencioso. Era casi como en los viejos tiempos, antes de la guerra. Connie no quería discutir realmente. Pero es que tampoco quería ir al bosque con Clifford. Así que caminaba junto a su silla con una cierta obstinación de espíritu.

—No —dijo él—. No habrá más huelgas, si el asunto se maneja adecuadamente.

—¿Por qué no?

—Porque las huelgas se harán prácticamente imposibles.

—Pero, ¿os dejarán los hombres? —preguntó ella.

—No les preguntaremos. Lo haremos mientras no miren: por su propio bien, para salvar la industria.

—Por vuestro propio bien también —dijo ella.

—¡Naturalmente! Por el bien de todos. Pero por su bien incluso más que por el mío. Yo puedo vivir sin las minas. Ellos no. Morirán de hambre si no hay minas. Yo tengo otras provisiones.

Miraron el valle poco profundo hacia la mina, y más allá, las casas de Tevershall con sus techos negros, arrastrándose como una serpiente por la colina. Desde la vieja iglesia marrón sonaban las campanas: ¡Domingo, domingo, domingo!

—Pero, ¿dejarán los hombres que les dictéis las condiciones? —dijo ella.

—Mi querida, tendrán que hacerlo: si uno lo hace con delicadeza.

—Pero, ¿no podría haber un entendimiento mutuo?

—Absolutamente: cuando se den cuenta de que la industria está antes que el individuo.

—Pero, ¿es necesario que seáis los dueños de la industria? —dijo.

—No lo soy. Pero en la medida en que lo soy, sí, decididamente. La propiedad se ha convertido ahora en una cuestión religiosa: como lo ha sido desde Jesús y San Francisco. La cuestión no es: toma todo lo que tienes y dáselo a los pobres, sino usa todo lo que tienes para fomentar la industria y dar trabajo a los pobres. Es la única manera de alimentar todas las bocas y vestir todos los cuerpos. Dar todo lo que tenemos a los pobres significa hambre para los pobres tanto como para nosotros. Y el hambre universal no es un objetivo elevado. Incluso la pobreza general no es algo hermoso. La pobreza es fea.

—Pero, ¿la disparidad?

—Eso es el destino. ¿Por qué la estrella Júpiter es más grande que la estrella Neptuno? ¡No puedes empezar a alterar la composición de las cosas!

—Pero cuando esta envidia y celos y descontento han empezado una vez —empezó ella.

—Haz lo posible por detenerlo. Alguien tiene que ser el jefe del cotarro.

—Pero, ¿quién es el jefe del cotarro? —preguntó ella.

—Los hombres que poseen y dirigen las industrias.

Hubo un largo silencio.

—Me parece que son un mal jefe —dijo ella.

—Entonces sugiere tú lo que deberían hacer.

—No se toman su jefatura lo suficientemente en serio —dijo.

—Se la toman mucho más en serio de lo que tú te tomas tu señoría —dijo él.

—Eso me ha sido impuesto. Realmente no lo quiero —soltó ella. Él detuvo la silla y la miró.

—¡Quién elude su responsabilidad ahora! —dijo—. ¿Quién intenta escapar ahora de la responsabilidad de su propia jefatura, como la llamas?

—Pero no quiero ninguna jefatura —protestó ella.

—¡Ah! Pero eso es cobardía. La tienes: estás destinada a ella. Y deberías estar a la altura. ¿Quién ha dado a los mineros todo lo que tienen que vale la pena: toda su libertad política, y su educación, tal como es, su saneamiento, sus condiciones de salud, sus libros, su música, todo? ¿Quién se lo ha dado? ¿Se lo han dado los mineros a los mineros? ¡No! Todos los Wragby y los Shipley de Inglaterra han dado su parte, y deben seguir dando. Ahí está tu responsabilidad.

Connie escuchó y se sonrojó intensamente.

—Me gustaría dar algo —dijo—. Pero no se me permite. Todo se vende y se paga ahora; y todas las cosas que mencionas ahora, Wragby y Shipley las venden a la gente, con un buen beneficio. Todo se vende. No dais ni un latido de verdadera simpatía. Y además, ¿quién le ha quitado a la gente su vida

natural y su hombría, y les ha dado este horror industrial? ¿Quién ha hecho eso?

—¿Y qué debo hacer yo? —preguntó él, verde—. ¿Pedirles que vengan y me saqueen?

—¿Por qué Tevershall es tan feo, tan horrible? ¿Por qué sus vidas son tan desesperanzadoras?

—Ellos construyeron su propio Tevershall, eso es parte de su exhibición de libertad. Se construyeron su bonito Tevershall, y viven sus propias bonitas vidas. No puedo vivir sus vidas por ellos. Cada escarabajo debe vivir su propia vida.

—Pero los haces trabajar para ti. Viven la vida de tu mina de carbón.

—En absoluto. Cada escarabajo encuentra su propia comida. A ningún hombre se le obliga a trabajar para mí.

—Sus vidas están industrializadas y sin esperanza, y las nuestras también —exclamó ella.

—No creo que lo estén. Eso es solo una figura retórica romántica, una reliquia del romanticismo desmayado y moribundo. No pareces en absoluto una figura sin esperanza ahí de pie, Connie, querida.

Lo cual era cierto. Pues sus ojos azul oscuro brillaban, el color ardía en sus mejillas, parecía llena de una pasión rebelde lejos del abatimiento de la desesperanza. Se fijó, en los lugares con matojos de hierba, en las jóvenes primuláceas algodonosas que se erguían todavía borrosas en su pelusa. Y se preguntó con rabia, por qué sentía que Clifford estaba tan equivocado, pero no podía decírselo, no podía decir exactamente dónde estaba equivocado.

—No me extraña que los hombres te odien —dijo.

—¡No lo hacen! —replicó él—. Y no caigas en errores: en tu sentido de la palabra, no son hombres. Son animales que no entiendes y nunca podrías entender. No impongas tus ilusiones a otras personas. Las masas siempre fueron las mismas y siempre serán las mismas. Los esclavos de Nerón eran extremadamente poco diferentes de nuestros mineros o de los obreros de la Ford. Me refiero a los esclavos de las minas y a los esclavos del campo de Nerón. Son las masas: son lo inmutable. Un individuo puede emerger de las masas. Pero la emergencia no altera la masa. Las masas son inalterables. Es

uno de los hechos más trascendentales de la ciencia social. ¡Panem et circenses! Solo que hoy la educación es uno de los malos sustitutos del circo. Lo que está mal hoy es que hemos hecho un profundo lío con la parte de los circos del programa y hemos envenenado a nuestras masas con un poco de educación.

Cuando Clifford se exaltaba de verdad en sus sentimientos sobre la gente común, Connie se asustaba. Había algo devastadoramente cierto en lo que decía. Pero era una verdad que mataba.

Al verla pálida y silenciosa, Clifford puso en marcha la silla de nuevo, y no se dijo más hasta que se detuvo de nuevo en la portilla del bosque, que ella abrió.

—Y lo que necesitamos tomar ahora —dijo— son látigos, no espadas. Las masas han sido gobernadas desde el principio de los tiempos, y hasta el fin de los tiempos, tendrán que ser gobernadas. Es pura hipocresía y farsa decir que pueden gobernarse a sí mismas.

—Pero, ¿puedes gobernarlas tú? —preguntó.

—¿Yo? ¡Oh, sí! Ni mi mente ni mi voluntad están tullidas, y no gobierno con las piernas. Puedo hacer mi parte de gobierno: absolutamente, mi parte; y dame un hijo, y él podrá gobernar su porción después de mí.

—Pero no sería tu propio hijo, de tu propia clase gobernante; o quizás no —balbuceó.

—No me importa quién sea su padre, siempre que sea un hombre sano y de inteligencia no inferior a la normal. Dame el hijo de cualquier hombre sano y de inteligencia normal, y haré de él un Chatterley perfectamente competente. No es quién nos engendra lo que importa, sino dónde nos coloca el destino. Coloca a cualquier niño entre las clases gobernantes, y crecerá, en su propia medida, como un gobernante. Pon a los hijos de reyes y duques entre las masas, y serán pequeños plebeyos, productos de la masa. Es la presión abrumadora del entorno.

—¡Entonces la gente común no es una raza, y los aristócratas no son de sangre! —dijo.

—¡No, mi niña! Todo eso es una ilusión romántica. La aristocracia es una función, una parte del destino. Y las masas son una función de otra parte del

destino. El individuo apenas importa. Es una cuestión de para qué función te crían y te adaptan. No son los individuos los que hacen una aristocracia: es el funcionamiento del todo aristocrático. Y es el funcionamiento de la masa entera lo que hace al hombre común lo que es.

— ¡Entonces no hay humanidad común entre todos nosotros!

— Como quieras. Todos necesitamos llenar nuestros vientres. Pero cuando se trata de la función expresiva o ejecutiva, creo que hay un abismo, y uno absoluto, entre las clases gobernantes y las sirvientes. Las dos funciones se oponen. Y la función determina al individuo.

Connie lo miró con ojos aturridos.

— ¿No quieres seguir? — dijo.

Y puso en marcha su silla. Había dicho lo que tenía que decir. Ahora cayó en su peculiar y más bien vacía apatía, que Connie encontraba tan agotadora. En el bosque, de todos modos, estaba decidida a no discutir.

Delante de ellos corría la hendidura abierta del camino, entre los muros de avellanos y los alegres árboles grises. La silla resoplaba lentamente, avanzando lentamente entre los nomeolvides que se alzaban en el camino como espuma de leche, más allá de las sombras de los avellanos. Clifford mantenía el rumbo medio, donde los pies al pasar habían mantenido un canal a través de las flores. Pero Connie, caminando detrás, había visto las ruedas traquetear sobre la aspérula y la bégula, y aplastar las pequeñas copas amarillas de la hierba de la moneda. Ahora abrían un surco a través de los nomeolvides.

Todas las flores estaban allí, los primeros jacintos de los bosques en charcos azules, como agua estancada.

— Tienes toda la razón en que es hermoso — dijo Clifford —. Lo es asombrosamente. ¡Qué es tan encantador como una primavera inglesa!

Connie pensó que sonaba como si incluso la primavera floreciera por ley del Parlamento. ¡Una primavera inglesa! ¿Por qué no una irlandesa? ¿o judía? La silla avanzaba lentamente, pasando por matas de robustos jacintos que se erguían como trigo, y sobre hojas grises de bardana. Cuando llegaron al claro donde se habían talado los árboles, la luz inundó el lugar de forma bastante cruda. Y los jacintos formaban mantos de un brillante color azul,

aquí y allá, derivando hacia el lila y el púrpura. Y entre ellos, los helechos levantaban sus cabezas marrones y enroscadas, como legiones de jóvenes serpientes con un nuevo secreto que susurrarle a Eva.

Clifford siguió con la silla hasta llegar a la cima de la colina; Connie lo siguió lentamente. Los brotes de los robles se abrían suaves y marrones. Todo salía tiernamente de la vieja dureza. Incluso los nudosos y escarpados robles echaban las hojas más suaves, extendiendo delgadas alitas marrones como alas de murciélago joven a la luz. ¿Por qué los hombres nunca tenían ninguna novedad en ellos, ninguna frescura con la que salir? ¡Hombres rancios!

Clifford detuvo la silla en la cima de la cuesta y miró hacia abajo. Los jacintos bañaban de azul, como una inundación, el ancho camino, e iluminaban la bajada con una cálida azulidad.

—Es un color muy fino en sí mismo —dijo Clifford—, pero inútil para hacer un cuadro.

—¡Desde luego! —dijo Connie, completamente desinteresada.

—¿Me aventuro hasta el manantial? —dijo Clifford.

—¿Subirá la silla de nuevo? —dijo ella.

—Lo intentaremos; ¡quien no arriesga, no gana!

Y la silla empezó a avanzar lentamente, traqueteando por el hermoso y ancho camino bañado de jacintos azules que lo invadían. ¡Oh, última de todas las naves, a través de los bajíos jacintinos! ¡Oh, pinaza en las últimas aguas salvajes, navegando en el último viaje de nuestra civilización! ¿Adónde, oh extraña nave con ruedas, tu lento rumbo diriges? Tranquilo y complaciente, Clifford estaba sentado al volante de la aventura: con su viejo sombrero negro y su chaqueta de tweed, inmóvil y cauteloso. ¡Oh capitán, mi capitán, nuestro espléndido viaje ha terminado! ¡Aunque todavía no! A popa, en la estela, venía Constance con su vestido gris, observando la silla traquetear cuesta abajo.

Pasaron el estrecho sendero hacia la cabaña. Gracias al cielo no era lo suficientemente ancho para la silla: apenas lo suficiente para una persona. La silla llegó al pie de la cuesta y giró para desaparecer. Y Connie oyó un sil-

bido bajo detrás de ella. Se giró bruscamente: el guardabosques bajaba la colina a grandes zancadas hacia ella, con su perro detrás.

—¿Va Sir Clifford a la casita? —preguntó, mirándola a los ojos.

—No, solo al pozo.

—¡Ah! ¡Bien! Entonces puedo mantenerme fuera de la vista. Pero te veré esta noche. Te esperaré en la portilla del parque sobre las diez.

La miró de nuevo directamente a los ojos.

—Sí —tartamudeó ella.

Oyeron el ¡Papp! ¡Papp! de la bocina de Clifford, llamando a Connie. Ella respondió con un «¡Cucú!». El rostro del guardabosques parpadeó con una pequeña mueca, y con la mano le rozó suavemente el pecho hacia arriba, desde abajo. Ella lo miró, asustada, y empezó a correr colina abajo, llamando ¡Cucú! de nuevo a Clifford. El hombre arriba la observó, luego se volvió, sonriendo débilmente, de vuelta a su sendero.

Encontró a Clifford subiendo lentamente hacia el manantial, que estaba a mitad de la ladera del oscuro bosque de alerces. Estaba allí cuando ella lo alcanzó.

—Lo hizo muy bien —dijo, refiriéndose a la silla.

Connie miró las grandes hojas grises de bardana que crecían fantasmagóricamente desde el borde del bosque de alerces. La gente lo llama ruibarbo de Robin Hood. ¡Qué silencioso y lúgubre parecía junto al pozo! ¡Sin embargo, el agua burbujeaba tan brillante, maravillosa! Y había trozos de eufrasia y fuerte búgula azul. Y allí, bajo el terraplén, la tierra amarilla se movía. ¡Un topo! Emergió, remando con sus manos rosadas y agitando su rostro ciego de barrena, con la diminuta punta de la nariz rosada levantada.

—Parece ver con la punta de la nariz —dijo Connie.

—¡Mejor que con los ojos! —dijo él—. ¿Quieres beber?

—¿Y tú?

Ella cogió una taza de esmalte de una ramita de un árbol y se agachó para llenársela. Él bebió a sorbos. Luego ella se agachó de nuevo y bebió un poco.

—¡Qué helada! —dijo jadeando.

—¡Buena, verdad! ¿Pediste un deseo?

—¿Y tú?

—Sí, pedí un deseo. Pero no lo diré.

Fue consciente del golpeteo de un pájaro carpintero, luego del viento, suave y misterioso a través de los alerces. Levantó la vista. Nubes blancas cruzaban el azul.

—¡Nubes! —dijo.

—Solo corderitos blancos —respondió él.

Una sombra cruzó el pequeño claro. El topo había salido nadando a la suave tierra amarilla.

—Pequeña bestia desagradable, deberíamos matarlo —dijo Clifford.

—¡Mira! parece un párroco en un púlpito —dijo ella.

Cogió unas ramitas de aspérula y se las llevó.

—¡Heno recién cortado! —dijo—. ¡No huele como las damas románticas del siglo pasado, que después de todo tenían la cabeza bien puesta!

Ella miraba las nubes blancas.

—Me pregunto si lloverá —dijo.

—¡Llover! ¡Vaya! ¿Quieres que llueva?

Emprendieron el viaje de vuelta, Clifford traqueteando con cautela cuesta abajo. Llegaron al fondo oscuro del valle, giraron a la derecha y, después de cien yardas, subieron por el pie de la larga pendiente, donde los jacintos se erguían a la luz.

—¡Ahora, muchacha! —dijo Clifford, poniendo la silla a prueba.

Era una subida empinada y accidentada. La silla avanzaba lentamente, de una manera esforzada y reacia. Aun así, se abrió paso irregularmente, hasta que llegó a donde los jacintos la rodeaban, entonces se resistió, luchó, avanzó a tirones un poco fuera de las flores y se detuvo.

—Será mejor que toquemos la bocina a ver si viene el guardabosques —dijo Connie—. Podría empujarla un poco. Por cierto, yo empujaré. Ayuda.

—Dejémosla respirar —dijo Clifford—. ¿Te importa poner una calza bajo la rueda?

Connie encontró una piedra y esperaron. Después de un rato, Clifford arrancó de nuevo el motor y puso la silla en movimiento. Luchó y vaciló como una cosa enferma, con ruidos curiosos.

—¡Déjame empujar! —dijo Connie, acercándose por detrás.

—¡No! ¡No empujes! —dijo enfadado—. ¡De qué sirve esta maldita cosa, si hay que empujarla! ¡Pon la piedra debajo!

Hubo otra pausa, luego otro arranque; pero más ineficaz que el anterior.

—Tienes que dejarme empujar —dijo—. O toca la bocina para llamar al guardabosques.

—¡Espera!

Esperó; y él hizo otro intento, haciendo más mal que bien.

—¡Toca la bocina entonces, si no me dejas empujar! —dijo.

—¡Demonios! ¡Cállate un momento!

Se calló un momento: él hizo esfuerzos demoledores con el pequeño motor.

—Solo vas a romper la cosa del todo, Clifford —le recriminó—; además de malgastar tu energía nerviosa.

—¡Si tan solo pudiera salir y mirar la maldita cosa! —dijo, exasperado. Y tocó la bocina estridentemente—. Quizás Mellors pueda ver qué le pasa.

Esperaron, entre las flores aplastadas bajo un cielo que se cuajaba suavemente de nubes. En el silencio, una paloma torcaz empezó a arrullar, ¡ru-jú-jú! ¡ru-jú-jú! Clifford la calló con un toque de bocina.

El guardabosques apareció directamente, dando grandes zancadas inquisitivas por la esquina. Saludó.

—¿Sabe algo de motores? —preguntó Clifford bruscamente.

—Me temo que no. ¿Se ha estropeado?

—¡Aparentemente! —espetó Clifford.

El hombre se agachó solícitamente junto a la rueda y miró el pequeño motor.

—Me temo que no sé nada de estas cosas mecánicas, Sir Clifford —dijo con calma—. Si tiene suficiente gasolina y aceite...

—Simplemente mire con atención y vea si puede ver algo roto —espetó Clifford.

El hombre apoyó su escopeta contra un árbol, se quitó el abrigo y lo arrojó a su lado. El perro marrón se quedó de guardia. Luego se sentó en cuclillas y miró bajo la silla, hurgando con el dedo en el grasiento motorcito y resintiendo las marcas de grasa en su limpia camisa de domingo.

—No parece haber nada roto —dijo. Y se levantó, echándose el sombrero hacia atrás, frotándose la frente y aparentemente estudiando.

—¿Ha mirado las varillas de debajo? —preguntó Clifford—. ¡Vea si están bien!

El hombre se tumbó boca abajo en el suelo, con el cuello echado hacia atrás, retorciéndose bajo el motor y hurgando con el dedo. Connie pensó qué cosa tan patética era un hombre, débil y de aspecto pequeño, cuando estaba tumbado boca abajo en la gran tierra.

—Parece todo bien por lo que puedo ver —llegó su voz ahogada.

—No supongo que pueda hacer nada —dijo Clifford.

—¡Parece que no! —Y se levantó de un salto y se sentó de nuevo en cuclillas, al estilo de los mineros—. Ciertamente no hay nada obviamente roto.

Clifford arrancó su motor y luego puso la marcha. No se movía.

—Hágala funcionar un poco fuerte, así —sugirió el guardabosques.

A Clifford le molestó la interferencia: pero hizo que su motor zumbara como un moscardón. Luego tosió y gruñó y pareció ir mejor.

—Suenas como si se hubiera despejado —dijo Mellors.

Pero Clifford ya la había puesto en marcha bruscamente. Dio una sacudida enfermiza y avanzó débilmente.

—Si le doy un empujón, lo hará —dijo el guardabosques, yendo detrás.

—¡Aléjese! —espetó Clifford—. Lo hará sola.

—¡Pero Clifford! —intervino Connie desde el terraplén—, ¿sabes que es demasiado para ella! ¿Por qué eres tan obstinado?

Clifford estaba pálido de ira. Pinchó las palancas. La silla dio una especie de carrera, avanzó unos metros más y llegó a su fin en medio de un grupo de jacintos particularmente prometedor.

—¡Está acabada! —dijo el guardabosques—. No tiene suficiente potencia.

—Ya ha subido aquí antes —dijo Clifford fríamente.

—Esta vez no lo hará —dijo el guardabosques.

Clifford no respondió. Empezó a hacer cosas con su motor, haciéndolo funcionar rápido y lento como para sacarle alguna melodía. El bosque resonó con ruidos extraños. Luego la puso en marcha de un tirón, habiendo quitado el freno de un tirón.

—Le va a destrozar las entrañas —murmuró el guardabosques.

La silla cargó en una sacudida enfermiza hacia la zanja.

—¡Clifford! —gritó Connie, corriendo hacia adelante.

Pero el guardabosques había agarrado la silla por la barandilla. Clifford, sin embargo, ejerciendo toda su presión, logró dirigirla hacia el camino, y con un ruido extraño la silla luchaba contra la colina. Mellors empujaba firmemente por detrás, y subió, como para recuperarse.

—¡Ves que lo está haciendo! —dijo Clifford victorioso, mirando por encima del hombro. Allí vio el rostro del guardabosques.

—¿La estás empujando?

—No lo hará sin ello.

—Déjala en paz. Te pedí que no lo hicieras.

—No lo hará.

—¡Que lo intente! —gruñó Clifford, con todo su énfasis.

El guardabosques retrocedió: luego se volvió para coger su abrigo y su escopeta. La silla pareció ahogarse inmediatamente. Se quedó inerte. Clifford, sentado prisionero, estaba blanco de fastidio. Tiró de las palancas con la mano, sus pies no servían de nada. Le sacó ruidos extraños. Con impaciencia salvaje, movió pequeñas manivelas y le sacó más ruidos. Pero no se movía. No, no se movía. Paró el motor y se sentó rígido de ira.

Constance se sentó en el terraplén y miró los jacintos miserables y pisoteados. «Nada tan encantador como una primavera inglesa». «Puedo hacer mi parte de gobierno». «Lo que necesitamos tomar ahora son látigos, no espadas». «¡Las clases gobernantes!».

El guardabosques se acercó con su abrigo y su escopeta, Flossie cautelosamente a sus talones. Clifford le pidió al hombre que hiciera algo en el motor. Connie, que no entendía nada de los tecnicismos de los motores y que había tenido experiencia con averías, se sentó pacientemente en el terraplén como si fuera una cifra. El guardabosques se tumbó de nuevo boca abajo. ¡Las clases gobernantes y las clases sirvientes!

Se puso de pie y dijo pacientemente:

— Pruébela de nuevo, entonces.

Habló en voz baja, casi como a un niño.

Clifford la probó, y Mellors se colocó rápidamente detrás y empezó a empujar. Estaba subiendo, el motor haciendo aproximadamente la mitad del trabajo, el hombre el resto.

Clifford miró a su alrededor, amarillo de ira.

— ¡Quiere quitarse de ahí!

El guardabosques soltó el agarre de inmediato, y Clifford añadió:

— ¡Cómo voy a saber lo que está haciendo!

El hombre dejó la escopeta y empezó a ponerse el abrigo. Había terminado.

La silla empezó a retroceder lentamente.

— ¡Clifford, el freno! — gritó Connie.

Ella, Mellors y Clifford se movieron a la vez, Connie y el guardabosques chocando ligeramente. La silla se detuvo. Hubo un momento de silencio sepulcral.

— ¡Es obvio que estoy a merced de todos! — dijo Clifford. Estaba amarillo de ira.

Nadie respondió. El rostro abstraído de Mellors parecía como si no hubiera oído nada. Connie lo miró con ansiedad. Clifford también miró a su alrededor.

— ¿Le importa empujarla a casa, Mellors? — dijo en un tono frío y superior—. Espero no haber dicho nada que lo ofenda — añadió, en un tono de aversión.

— ¡En absoluto, Sir Clifford! ¿Quiere que empuje esa silla?

— Si me hace el favor.

El hombre se acercó a ella: pero esta vez fue sin efecto. El freno estaba atascado. Hurgaron y tiraron, y el guardabosques se quitó la escopeta y el abrigo una vez más. Y ahora Clifford no dijo ni una palabra. Al fin, el guardabosques levantó la parte trasera de la silla del suelo y, con un empujón instantáneo de su pie, intentó aflojar las ruedas. Falló, la silla se hundió. Clifford se aferraba a los lados. El hombre jadeó por el peso.

— ¡No lo haga! — le gritó Connie.

— ¡Si tira de la rueda hacia allá, así! — le dijo, mostrándole cómo.

— ¡No! ¡No debe levantarla! ¡Se va a hacer daño! — dijo ella, sonrojada ahora de ira.

Pero la miró a los ojos y asintió. Y ella tuvo que ir y agarrar la rueda, lista. Él levantó y ella tiró, y la silla se tambaleó.

— ¡Por el amor de Dios! — gritó Clifford aterrorizado.

Pero todo estaba bien, y el freno se soltó. El guardabosques puso una piedra bajo la rueda y fue a sentarse en el terraplén, con el corazón latiendo y el rostro blanco por el esfuerzo, semiconsciente. Connie lo miró y casi lloró de ira. Hubo una pausa y un silencio sepulcral. Vio sus manos temblar sobre sus muslos.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó, acercándose a él.

—¡No. No! —se apartó casi enfadado.

Hubo un silencio sepulcral. La parte posterior de la cabeza rubia de Clifford no se movió. Incluso el perro se quedó inmóvil. El cielo se había nublado.

Al fin suspiró y se sonó la nariz con su pañuelo rojo.

—Esa neumonía me quitó mucho —dijo.

Nadie respondió. Connie calculó la cantidad de fuerza que debió haber necesitado para levantar esa silla y al voluminoso Clifford: ¡demasiada, demasiada! ¡Si no lo había matado!

Se levantó y de nuevo cogió su abrigo, colgándolo del asa de la silla.

—¿Está listo, entonces, Sir Clifford?

—¡Cuando usted lo esté!

Se agachó y quitó la calza, luego apoyó su peso contra la silla. Estaba más pálido de lo que Connie lo había visto nunca: y más ausente. Clifford era un hombre pesado: y la colina era empinada. Connie se colocó al lado del guardabosques.

—¡Yo también voy a empujar! —dijo.

Y empezó a empujar con la turbulenta energía de ira de una mujer. La silla fue más rápido. Clifford miró a su alrededor.

—¿Es necesario? —dijo.

—¡Mucho! ¿Quiere matar al hombre? Si hubiera dejado que el motor funcionara mientras podía...

Pero no terminó. Ya estaba jadeando. Aflojó un poco, pues era un trabajo sorprendentemente duro.

—¡Ay! ¡más despacio! —dijo el hombre a su lado, con una leve sonrisa en los ojos.

—¿Está seguro de que no se ha hecho daño? —dijo con ferocidad.

Él negó con la cabeza. Ella miró su mano más bien pequeña, corta y viva, bronceada por el tiempo. Era la mano que la acariciaba. Nunca la había mi-

rado antes. Parecía tan quieta, como él, con una curiosa quietud interior que le daban ganas de agarrarla, como si no pudiera alcanzarla. Toda su alma se lanzó de repente hacia él: ¡estaba tan silencioso y fuera de alcance! Y él sintió que sus miembros revivían. Empujando con la mano izquierda, posó la derecha en la muñeca redonda y blanca de ella, envolviendo suavemente su muñeca, con una caricia. Y la llama de la fuerza descendió por su espalda y sus lomos, reviviéndolo. Y ella se inclinó de repente y le besó la mano. Mientras tanto, la parte posterior de la cabeza de Clifford se mantenía lisa e inmóvil, justo delante de ellos.

En la cima de la colina descansaron, y Connie se alegró de soltar. Había tenido sueños fugitivos de amistad entre estos dos hombres: uno su marido, el otro el padre de su hijo. Ahora veía la absurda ridiculez de sus sueños. Los dos machos eran tan hostiles como el fuego y el agua. Se exterminaban mutuamente. Y se dio cuenta por primera vez de qué cosa tan extraña y sutil es el odio. Por primera vez, había odiado consciente y definitivamente a Clifford, con un odio vívido: como si debiera ser borrado de la faz de la tierra. Y era extraño, cuán libre y llena de vida la hacía sentir, odiarlo y admitirlo plenamente ante sí misma. — «Ahora que lo he odiado, nunca podré seguir viviendo con él», le vino el pensamiento a la mente.

En el llano, el guardabosques podía empujar la silla solo. Clifford conversó un poco con ella, para mostrar su completa compostura: sobre la tía Eva, que estaba en Dieppe, y sobre Sir Malcolm, que había escrito para preguntar si Connie conduciría con él en su pequeño coche a Venecia, o si ella y Hilda irían en tren.

— Preferiría mucho más ir en tren —dijo Connie—. No me gustan los largos viajes en coche, especialmente cuando hay polvo. Pero veré lo que quiere Hilda.

— Querrá conducir su propio coche y llevarte con ella —dijo él.

— ¡Probablemente! —Tengo que ayudar aquí. No tienes ni idea de lo pesada que es esta silla.

Fue a la parte de atrás de la silla y caminó penosamente al lado del guardabosques, empujando por el sendero rosa. No le importaba quién la viera.

— ¿Por qué no me dejas esperar y buscar a Field? Él es lo suficientemente fuerte para el trabajo —dijo Clifford.

—Está tan cerca —jadeó ella.

Pero tanto ella como Mellors se secaron el sudor de la cara cuando llegaron a la cima. Era curioso, pero este poco de trabajo juntos los había acercado mucho más de lo que habían estado antes.

—Muchas gracias, Mellors —dijo Clifford, cuando estaban en la puerta de la casa—. Tengo que conseguir otro tipo de motor, eso es todo. ¿No quiere ir a la cocina y comer algo? Ya debe ser la hora.

—Gracias, Sir Clifford. Hoy iba a casa de mi madre a comer, domingo.

—Como quiera.

Mellors se puso el abrigo, miró a Connie, saludó y se fue. Connie, furiosa, subió las escaleras.

En el almuerzo no pudo contener sus sentimientos.

—¿Por qué eres tan abominablemente desconsiderado, Clifford? —le dijo.

—¿Con quién?

—¿Con el guardabosques! Si eso es lo que llamas las clases gobernantes, lo siento por ti.

—¿Por qué?

—¿Un hombre que ha estado enfermo y no es fuerte! ¡Por mi vida, si yo fuera de las clases sirvientes, te dejaría esperando el servicio! Te dejaría silbando.

—Lo creo firmemente.

—Si él hubiera estado sentado en una silla con las piernas paralizadas y se hubiera comportado como te comportaste tú, ¿qué habrías hecho tú por él?

—Mi querida evangelista, esta confusión de personas y personalidades es de mal gusto.

—Y tu desagradable y estéril falta de simpatía común es del peor gusto imaginable. ¡Noblesse Oblige! ¡Tú y tu clase gobernante!

—¿Y a qué debería obligarme? ¿A tener un montón de emociones innecesarias sobre mi guardabosques? Me niego. Se lo dejo todo a mi evangelista.

—¡Como si no fuera un hombre tanto como tú, por mi vida!

—Mi guardabosques, además, y le pago dos libras a la semana y le doy una casa.

—¡Pagarle! ¿Qué crees que pagas, con dos libras a la semana y una casa?

—Sus servicios.

—¡Bah! Yo te diría que te quedaras con tus dos libras a la semana y tu casa.

—¡Probablemente a él le gustaría: pero no puede permitirse el lujo!

—¡Tú, y gobernar! —dijo—. ¡No gobiernas, no te halagues! Solo tienes más de lo que te corresponde del dinero, y haces que la gente trabaje para ti por dos libras a la semana, o los amenazas con el hambre. ¡Gobernar! ¿Qué emites tú de gobierno? ¡Vaya, si estás seco! ¡Solo intimidas con tu dinero, como cualquier judío o cualquier Schieber!

—¡Es usted muy elegante en su discurso, Lady Chatterley!

—Le aseguro que usted fue muy elegante en todo momento ahí fuera en el bosque. Me sentí completamente avergonzada de usted. ¡Vaya, mi padre es diez veces más ser humano que usted: usted, caballero!

Extendió la mano y tocó el timbre para llamar a la señora Bolton. Pero estaba amarillo de rabia.

Subió a su habitación, furiosa, diciéndose a sí misma: «¡Él y su compra de gente! Bueno, a mí no me compra, y por lo tanto no hay necesidad de que me quede con él. ¡Pescado muerto de caballero, con su alma de celuloide! Y cómo te engañan, con sus modales y su falsa melancolía y gentileza. Tienen tanto sentimiento como el celuloide».

Hizo sus planes para la noche y decidió quitarse a Clifford de la cabeza. No quería odiarlo. No quería estar mezclada muy íntimamente con él en ningún tipo de sentimiento. Quería que él no supiera nada en absoluto sobre ella: y especialmente, que no supiera nada sobre su sentimiento por el guardabosques. Esta disputa sobre su actitud hacia los sirvientes era una

vieja. Él la encontraba demasiado familiar, ella lo encontraba estúpidamente insensible, duro y de goma de la India en lo que a otras personas se refería.

Bajó tranquilamente, con su viejo porte recatado, a la hora de la cena. Él todavía estaba amarillo de rabia: metido en uno de sus ataques de hígado, cuando estaba realmente muy raro. Estaba leyendo un libro en francés.

—¿Has leído alguna vez a Proust? —le preguntó.

—Lo he intentado, pero me aburre.

—Es realmente muy extraordinario.

—¡Posiblemente! Pero me aburre: ¡toda esa sofisticación! No tiene sentimientos, solo tiene torrentes de palabras sobre sentimientos. Estoy cansada de las mentalidades engreídas.

—¿Preferirías animalidades engreídas?

—¡Quizás! Pero posiblemente se podría conseguir algo que no fuera engreído.

—Bueno, a mí me gusta la sutileza de Proust y su anarquía bien educada.

—Te deja muy muerto, en realidad.

—Ahí habla mi pequeña esposa evangélica.

¡Ya estaban otra vez, otra vez! Pero no podía evitar luchar contra él. Parecía estar sentado allí como un esqueleto, enviando una fría y espeluznante voluntad de esqueleto contra ella. Casi podía sentir el esqueleto agarrándola y apretándola contra su caja de costillas. Él también estaba realmente en pie de guerra: y ella le tenía un poco de miedo.

Subió las escaleras en cuanto pudo y se acostó bastante temprano. Pero a las nueve y media se levantó y salió a escuchar. No se oía ningún ruido. Se puso una bata y bajó. Clifford y la señora Bolton jugaban a las cartas, apostando. Probablemente seguirían hasta la medianoche.

Connie volvió a su habitación, arrojó el pijama sobre la cama deshecha, se puso un camisón fino y encima un vestido de lana de día, se puso zapatillas de tenis de goma y luego un abrigo ligero. Y estaba lista. Si se encontraba con alguien, diría que solo salía por unos minutos. Y por la mañana, al volver a entrar, diría que acababa de dar un pequeño paseo bajo el rocío,

como hacía con bastante frecuencia antes del desayuno. Por lo demás, el único peligro era que alguien entrara en su habitación durante la noche. Pero eso era muy improbable: ni una posibilidad entre cien.

Betts aún no había cerrado. Cerraba la casa a las diez en punto y la abría de nuevo a las siete de la mañana. Se deslizó fuera en silencio y sin ser vista. Había media luna brillando, suficiente para hacer un poco de luz en el mundo, no suficiente para delatarla con su abrigo gris oscuro. Cruzó el parque rápidamente, no realmente con la emoción de la cita, sino con una cierta ira y rebelión ardiendo en su corazón. No era el tipo de corazón adecuado para llevar a un encuentro amoroso. ¡Pero *à la guerre comme à la guerre*!

CAPÍTULO XIV

Cuando se acercó a la portilla del parque, oyó el clic del pestillo. ¡Estaba allí, entonces, en la oscuridad del bosque, y la había visto!

—Llegas muy temprano —dijo desde la oscuridad—. ¿Ha ido todo bien?

—Perfectamente fácil.

Cerró la portilla silenciosamente detrás de ella e iluminó con un punto de luz el suelo oscuro, mostrando las flores pálidas que todavía estaban allí, abiertas en la noche. Siguieron adelante, separados, en silencio.

—¿Estás seguro de que no te hiciste daño esta mañana con esa silla? —preguntó.

—¡No, no!

—Cuando tuviste esa neumonía, ¿qué te hizo?

—¡Oh, nada! me dejó el corazón no tan fuerte y los pulmones no tan elásticos. Pero siempre hace eso.

—¿Y no deberías hacer esfuerzos físicos violentos?

—No a menudo.

Continuó caminando penosamente en un silencio airado.

—¿Odiabas a Clifford? —dijo al fin.

—¡Odiarlo, no! He conocido a demasiados como él para alterarme odiándolo. Sé de antemano que no me gusta su tipo, y lo dejo así.

—¿Cuál es su tipo?

—No, tú lo sabes mejor que yo. El tipo de caballero joven un poco como una dama, y sin cojones.

—¿Qué cojones?

—¡Cojones! ¡Los cojones de un hombre!

Reflexionó sobre esto.

—Pero, ¿es una cuestión de eso? —dijo, un poco molesta.

—Dices que un hombre no tiene cerebro, cuando es un tonto; y no tiene corazón, cuando es un mezquino; y no tiene estómago, cuando es un cobarde. Y cuando no tiene esa pizca de hombre salvaje y valiente en él, dices que no tiene cojones. Cuando es una especie de manso.

Reflexionó sobre esto.

—¿Y crees que Clifford es manso? —preguntó.

—Manso y desagradable, como la mayoría de esos tipos, cuando te topas con ellos.

—¿Y crees que tú no eres manso?

—¡Quizás no del todo!

Al fin vio a lo lejos una luz amarilla.

Se detuvo.

—¿Hay una luz? —dijo.

—Siempre dejo una luz en la casa —dijo él.

Continuó de nuevo a su lado, pero sin tocarlo, preguntándose por qué iba con él.

Abrió la cerradura y entraron, echando el cerrojo detrás de ellos. ¡Como si fuera una prisión, pensó ella! La tetera cantaba junto al fuego rojo, había tazas en la mesa.

Se sentó en el sillón de madera junto al fuego. Hacía calor después del frío de fuera.

—Me quitaré los zapatos, están mojados —dijo.

Se sentó con los pies en calcetines sobre el brillante guardafuegos de acero. Él fue a la despensa, trayendo comida: pan y mantequilla y lengua prensada. Ella tenía calor: se quitó el abrigo. Él lo colgó en la puerta.

—¿Quieres cacao o té o café para beber? —preguntó.

—No creo que quiera nada —dijo ella, mirando la mesa—. Pero come tú.

—No, no me apetece. Solo le daré de comer al perro.

Caminó con una tranquila inevitabilidad sobre el suelo de ladrillo, poniendo comida para el perro en un cuenco marrón. La spaniel lo miró con ansiedad.

—¡Sí, esta es tu cena, no hace falta que mires como si no te la fueran a dar! —dijo.

Puso el cuenco en la alfombrilla al pie de la escalera y se sentó en una silla junto a la pared para quitarse las polainas y las botas. El perro, en lugar de comer, se acercó de nuevo a él y se sentó mirándolo, preocupado.

Se desabrochó lentamente las polainas. El perro se acercó un poco más.

—¿Qué te pasa, entonces? ¿Estás molesta porque hay alguien más aquí? ¡Eres una hembra, lo eres! Ve y come tu cena.

Le puso la mano en la cabeza, y la perra apoyó la cabeza de lado contra él. Le tiró lenta y suavemente de la larga y sedosa oreja.

—¡Venga! —dijo—. ¡Venga! ¡Ve y come tu cena! ¡Ve!

Inclinó su silla hacia el cuenco en la alfombrilla, y la perra fue dócilmente y se puso a comer.

—¿Te gustan los perros? —le preguntó Connie.

—No, en realidad no. Son demasiado mansos y apegados.

Se había quitado las polainas y se estaba desatando las pesadas botas. Connie se había apartado del fuego. ¡Qué desnuda estaba la pequeña habitación! Sin embargo, sobre su cabeza, en la pared, colgaba una horrible fotografía ampliada de una joven pareja casada, aparentemente él y una joven de rostro audaz, sin duda su esposa.

—¿Ese eres tú? —le preguntó Connie.

Se giró y miró la ampliación sobre su cabeza.

—¡Sí! Tomada justo antes de casarnos, cuando yo tenía veintiún años. —
La miró impassible.

—¿Te gusta? —le preguntó Connie.

—¿Gustarme? ¡No! Nunca me gustó esa cosa. Pero ella lo arregló todo para que la hicieran.

Volvió a quitarse las botas.

—Si no te gusta, ¿por qué la tienes colgada ahí? Quizás a tu mujer le gustaría tenerla —dijo.

La miró con una repentina sonrisa.

—Se llevó todo lo que valía la pena de la casa —dijo—. ¡Pero dejó eso!

—Entonces, ¿por qué la guardas? ¿Por razones sentimentales?

—No, nunca la miro. Apenas sabía que estaba ahí. Ha estado ahí desde que vinimos a este lugar.

—¿Por qué no la quemas? —dijo.

Se giró de nuevo y miró la fotografía ampliada. Estaba enmarcada en un marco marrón y dorado, horrible. Mostraba a un hombre muy bien afeitado, alerta, de aspecto muy joven, con un cuello bastante alto, y a una joven algo rolliza y audaz, con el pelo ahuecado y rizado, y vistiendo una blusa de satén oscuro.

—No sería mala idea, ¿verdad? —dijo.

Se había quitado las botas y se había puesto unas zapatillas. Se subió a la silla y descolgó la fotografía. Dejó una gran mancha pálida en el papel pintado verdoso.

—No sirve de nada quitarle el polvo ahora —dijo, apoyando la cosa contra la pared.

Fue al fregadero y volvió con un martillo y unas tenazas. Sentado donde había estado antes, empezó a arrancar el papel trasero del gran marco y a sacar los muelles que sujetaban el tablero trasero, trabajando con la inmediata y silenciosa absorción que era característica de él.

Pronto sacó los clavos: luego sacó los tableros traseros, y luego la ampliación en sí, en su sólido paspartú blanco. Miró la fotografía con diversión.

—Me muestra por lo que era, un joven cura, y a ella por lo que era, una matona —dijo—. ¡El remilgado y la matona!

—¡Déjame ver! —dijo Connie.

Él parecía, en efecto, muy bien afeitado y muy limpio en general, uno de los jóvenes limpios de hace veinte años. Pero incluso en la fotografía sus ojos estaban alerta e intrépidos. Y la mujer no era del todo una matona, aunque su mandíbula era pesada. Había un toque de súplica en ella.

—Nunca se deberían guardar estas cosas —dijo Connie.

—¡Desde luego que no! ¡Nunca deberían hacerse!

Rompió la fotografía de cartón y el paspartú sobre su rodilla, y cuando fue lo suficientemente pequeño, lo echó al fuego.

—Aunque estropeará el fuego —dijo.

El cristal y los tableros traseros los llevó cuidadosamente arriba.

El marco lo deshizo con unos pocos golpes de martillo, haciendo saltar el estuco. Luego llevó los trozos al fregadero.

—Lo quemaremos mañana —dijo—. Tiene demasiada moldura de yeso. Después de haber limpiado, se sentó.

—¿Amabas a tu mujer? —le preguntó.

—¿Amar? —dijo—. ¿Amabas tú a Sir Clifford?

Pero no se iba a dejar desviar.

—Pero, ¿te importaba? —insistió.

—¿Importarme? —sonrió.

—Quizás te importa ahora —dijo.

—¡Yo! —Sus ojos se abrieron—. Ah no, no puedo pensar en ella —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

Pero negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no te divorcias? Volverá contigo algún día —dijo Connie.

La miró bruscamente.

—No se acercaría a menos de una milla de mí. Me odia mucho más de lo que yo la odio a ella.

—Ya verás que volverá contigo.

—Eso nunca. ¡Se acabó! Me daría asco verla.

—La verás. Y ni siquiera estáis separados legalmente, ¿verdad?

—No.

—Ah, bueno, entonces volverá, y tendrás que aceptarla.

Miró a Connie fijamente. Luego hizo el extraño gesto de echar la cabeza hacia atrás.

—Puede que tengas razón. Fui un tonto al volver aquí. Pero me sentía perdido y tenía que ir a alguna parte. Un hombre es un pobre desgraciado, zarandeado. Pero tienes razón. Me divorciaré y me liberaré. Odio esas cosas como la muerte, funcionarios y tribunales y jueces. Pero tengo que terminar con ello. Me divorciaré.

Y vio su mandíbula apretarse. Interiormente, ella exultó.

—Creo que ahora tomaré una taza de té —dijo.

Se levantó para prepararlo. Pero su rostro estaba serio.

Mientras estaban sentados a la mesa, ella le preguntó:

—¿Por qué te casaste con ella? Era más vulgar que tú. La señora Bolton me habló de ella. Nunca pudo entender por qué te casaste con ella.

La miró fijamente.

—Te lo diré —dijo—. La primera chica que tuve, empecé con ella cuando tenía dieciséis años. Era hija de un maestro de escuela de Ollerton, bonita, hermosa en realidad. Se suponía que yo era un joven listo de la Escuela de Gramática de Sheffield, con un poco de francés y alemán, muy por las nubes. Ella era del tipo romántico que odiaba la vulgaridad. Me animó a la

poesía y a la lectura: en cierto modo, hizo de mí un hombre. Leí y pensé como una casa en llamas, por ella. Y era empleado en las oficinas de Butterley, un tipo delgado y de cara blanca que echaba humo con todas las cosas que leía. Y de todo le hablaba a ella: pero de todo. Nos hablamos hasta llegar a Persépolis y Tombuctú. Éramos la pareja más literaria y culta en diez condados. Le hablaba con éxtasis, positivamente con éxtasis. Simplemente me convertí en humo. Y ella me adoraba. La serpiente en la hierba era el sexo. De alguna manera no lo tenía; al menos, no donde se supone que debe estar. Me puse más delgado y más loco. Entonces dije que teníamos que ser amantes. La convencí con palabras, como de costumbre. Así que me dejó. Yo estaba excitado, y ella nunca lo quiso. Simplemente no lo quería. Me adoraba, le encantaba que le hablara y la besara: de esa manera sentía una pasión por mí. Pero lo otro, simplemente no lo quería. Y hay muchas mujeres como ella. Y era justo lo otro lo que yo sí quería. Así que ahí nos separamos. Fui cruel y la dejé. Entonces me lié con otra chica, una maestra, que había provocado un escándalo liándose con un hombre casado y volviéndolo casi loco. Era una mujer suave, de piel blanca, suave, mayor que yo, y tocaba el violín. Y era un demonio. Amaba todo lo relacionado con el amor, excepto el sexo. Apegada, cariñosa, metiéndose en ti de todas las maneras: pero si la forzabas al sexo en sí, simplemente rechinaba los dientes y emitía odio. Laforcé a ello, y podía simplemente paralizarme con odio por ello. Así que me quedé frustrado de nuevo. Detestaba todo eso. Quería una mujer que me quisiera, y que quisiera eso.

»Entonces apareció Bertha Coutts. Habían vivido al lado nuestro cuando yo era un niño, así que los conocía bien. Y eran vulgares. Bueno, Bertha se fue a algún lugar en Birmingham; dijo, como dama de compañía; todos los demás dijeron, como camarera o algo en un hotel. De todos modos, justo cuando estaba más que hartos de esa otra chica, cuando tenía veintiún años, vuelve Bertha, con aires y gracias y ropa elegante y una especie de lozanía en ella: una especie de lozanía sensual que a veces se ve en una mujer, o en una fulana. Bueno, yo estaba en un estado de asesinato. Dejé mi trabajo en Butterley porque pensé que era un alfeñique, trabajando de oficinista allí: y me metí de herrero de superficie en Tevershall: herrando caballos sobre todo. Había sido el trabajo de mi padre, y siempre había estado con él. Era un trabajo que me gustaba: manejar caballos: y me salía natural. Así que dejé de hablar «fino», como lo llaman, de hablar inglés correcto, y volví a hablar con acento. Todavía leía libros, en casa: pero trabajaba de herrero y

tenía mi propio carruaje de ponis, y era Su Señoría Patizambo. Mi padre me dejó trescientas libras cuando murió. Así que me lié con Bertha, y me alegré de que fuera vulgar. Quería que fuera vulgar. Quería ser vulgar yo mismo. Bueno, me casé con ella, y no estaba mal. Esas otras mujeres «puras» casi me habían quitado todos los cojones, pero ella estaba bien en ese sentido. Me quería, y no se andaba con rodeos. Y yo estaba más contento que unas pascuas. Eso era lo que quería: una mujer que quisiera que la follara. Así que la follé como un campeón. Y creo que me despreciaba un poco, por estar tan contento por ello, y por llevarle el desayuno a la cama a veces. Se dejó ir un poco, no me preparaba una cena en condiciones cuando volvía del trabajo, y si decía algo, se me echaba encima. Y yo le respondía, a martillazos. Me tiró una taza y la cogí por el pescuezo y casi la ahogo. ¡Ese tipo de cosas! Pero me trataba con insolencia. Y llegó un punto en que nunca me quería cuando yo la quería: nunca. Siempre me daba largas, tan brutal como quieras. Y luego, cuando me había desanimado del todo, y no la quería, venía toda melosa y me conseguía. Y yo siempre iba. Pero cuando la tenía, nunca se corría cuando yo lo hacía. ¡Nunca! Simplemente esperaba. Si yo me contenía durante media hora, ella se contenía más. Y cuando yo llegaba y realmente terminaba, entonces empezaba ella por su cuenta, y yo tenía que quedarme dentro de ella hasta que se corría, retorciéndose y gritando, se apretaba con ella misma ahí abajo, y entonces se corría, en éxtasis total. Y entonces decía: ¡Eso fue delicioso! Gradualmente me cansé de ello: y ella empeoró. Se volvió como más y más difícil de hacerla correr, y como que me desgarraba ahí abajo, como si fuera un pico desgarrándome. Por Dios, piensas que una mujer es suave ahí abajo, como un higo. Pero te digo que las viejas zorras tienen picos entre las piernas, y te desgarran con él hasta que te pones enfermo. ¡Ego! ¡Ego! ¡Ego! ¡todo ego! ¡desgarrando y gritando! Hablan del egoísmo de los hombres, pero dudo que pueda igualar la ceguera picuda de una mujer, una vez que ha ido por ese camino. ¡Como una vieja prostituta! Y no podía evitarlo. Se lo dije, le dije cuánto lo odiaba. E incluso lo intentaba. Intentaba quedarse quieta y dejar que yo manejara el asunto. Lo intentaba. Pero no servía de nada. No sentía nada, de mi trabajo. Tenía que trabajárselo ella misma, moler su propio café. Y le volvía como una necesidad rabiosa, tenía que dejarse llevar, y desgarrar, desgarrar, desgarrar, como si no tuviera sensación excepto en la punta de su pico, la punta misma, que frotaba y desgarraba. Así eran las viejas putas, decían los hombres. Era una especie de baja obstinación en ella, una especie de obstinación

rabiosa: como en una mujer que bebe. Bueno, al final no pude soportarlo. Dormíamos separados. Ella misma lo había empezado, en sus ataques cuando quería estar libre de mí, cuando decía que la mandoneaba. Había empezado a tener una habitación para ella. Pero llegó el momento en que no quise que viniera a mi habitación. No quise.

»Lo odiaba. Y ella me odiaba. ¡Dios mío, cómo me odiaba antes de que naciera ese niño! A menudo pienso que lo concibió por odio. De todos modos, después de que nació el niño, la dejé en paz. Y luego vino la guerra, y me alisté. Y no volví hasta que supe que estaba con ese tipo en Stacks Gate».

Interrumpió, pálido.

—¿Y cómo es el hombre de Stacks Gate? —preguntó Connie.

—Un tipo grandullón y bobalicón, muy malhablado. Ella lo intimida, y ambos beben.

—¡Caramba, si volviera!

—¡Dios mío, sí! Simplemente me iría, desaparecería de nuevo.

Hubo un silencio. El cartón en el fuego se había convertido en ceniza gris.

—Así que cuando conseguiste una mujer que te quería —dijo Connie—, tuviste un poco demasiado de algo bueno.

—¡Sí! ¡Parece que sí! Sin embargo, incluso entonces la preferiría a las que nunca, nunca: el amor blanco de mi juventud, y ese otro lirio con olor a veneno, y el resto.

—¿Y el resto? —dijo Connie.

—¿El resto? No hay resto. Solo que, según mi experiencia, la mayoría de las mujeres son así: la mayoría quieren a un hombre, pero no quieren el sexo, pero lo aguantan, como parte del trato. Las de tipo más anticuado simplemente se tumban como si nada y te dejan seguir. No les importa después: entonces les gustan. Pero el acto en sí no es nada para ellas, un poco desagradable. Y a la mayoría de los hombres les gusta así. Yo lo odio. Pero las mujeres astutas que son así fingen que no lo son. Fingen que son apasionadas y tienen orgasmos. Pero es todo una farsa. Se lo inventan.—Luego es-

tán las que aman todo, todo tipo de sentimientos y caricias y orgasmos, todo tipo excepto el natural. Siempre te hacen correrte cuando no estás en el único lugar donde deberías estar cuando te corres.—Luego está el tipo duro, que es un demonio para hacerlas correr, y se corren ellas mismas, como mi mujer. Quieren ser la parte activa.—Luego está el tipo que simplemente está muerto por dentro: pero muerto: y lo saben. Luego está el tipo que te saca antes de que realmente te «corras», y siguen retorciendo sus lomos hasta que se corren contra tus muslos. Pero esas son sobre todo las de tipo lésbico. Es asombroso lo lésbicas que son las mujeres, consciente o inconscientemente. Me parece que casi todas son lesbianas.

—¿Y te importa? —preguntó Connie.

—Podría matarlas. Cuando estoy con una mujer que es realmente lesbiana, aúllo en mi alma, queriendo matarla.

—¿Y qué haces?

—Simplemente me alejo lo más rápido que puedo.

—Pero, ¿crees que las mujeres lesbianas son peores que los hombres homosexuales?

—¡Sí! Porque he sufrido más por ellas. En abstracto, no tengo ni idea. Cuando estoy con una mujer lesbiana, sepa o no que lo es, veo rojo. ¡No, no! Pero quería no tener nada que ver con ninguna mujer más. Quería quedarme solo: mantener mi privacidad y mi decencia.

Parecía pálido y sus cejas estaban sombrías.

—¿Y te arrepentiste cuando aparecí yo? —preguntó.

—Me arrepentí y me alegré.

—¿Y qué sientes ahora?

—Lo lamento, desde fuera: todas las complicaciones y la fealdad y las recriminaciones que inevitablemente llegarán, tarde o temprano. Ahí es cuando se me hunde la sangre y estoy bajo. Pero cuando se me sube la sangre, me alegro. Incluso me siento triunfante. Realmente me estaba amargando. Pensé que no quedaba sexo de verdad: ninguna mujer que realmente se «corriera» naturalmente con un hombre: excepto las mujeres negras, y de

alguna manera, bueno, somos hombres blancos: y son un poco como el barro.

—¿Y ahora, te alegras de mí? —preguntó.

—¡Sí! Cuando puedo olvidar lo demás. Cuando no puedo olvidar lo demás, quiero meterme debajo de la mesa y morir.

—¿Por qué debajo de la mesa?

—¿Por qué? —rio—. Esconderme, supongo. ¡Como un bebé!

—Parece que has tenido experiencias terribles con las mujeres —dijo.

—Verás, no podía engañarme a mí mismo. Ahí es donde la mayoría de los hombres se las arreglan. Toman una actitud y aceptan una mentira. Yo nunca pude engañarme. Sabía lo que quería de una mujer, y nunca pude decir que lo había conseguido cuando no era así.

—Pero, ¿lo has conseguido ahora?

—Parece que podría.

—Entonces, ¿por qué estás tan pálido y sombrío?

—Harto de recordar: y quizás con miedo de mí mismo.

Se quedó en silencio. Se estaba haciendo tarde.

—¿Y crees que es importante, un hombre y una mujer? —le preguntó.

—Para mí lo es. Para mí es el núcleo de mi vida: si tengo una relación correcta con una mujer.

—¿Y si no la tuvieras?

—Entonces tendría que arreglármelas sin ella.

De nuevo reflexionó, antes de preguntar:

—¿Y crees que siempre has tenido razón con las mujeres?

—¡Dios, no! Dejé que mi mujer llegara a lo que era: culpa mía en gran parte. La malcrié. Y soy muy desconfiado. Tendrás que esperártelo. Cuesta mucho hacerme confiar en alguien, interiormente. Así que quizás yo también soy un fraude. Desconfío. Y la ternura no debe confundirse.

Ella lo miró.

—No desconfías con tu cuerpo, cuando se te sube la sangre —dijo—. No desconfías entonces, ¿verdad?

—¡No, por desgracia! Así es como me he metido en todos los problemas. Y por eso mi mente desconfía tan a fondo.

—Deja que tu mente desconfíe. ¡Qué importa!

El perro suspiró incómodo en la alfombrilla. El fuego, obstruido por las cenizas, se hundió.

—Somos un par de guerreros maltrechos —dijo Connie.

—¿Tú también estás maltrecha? —rio él—. ¡Y aquí estamos, volviendo a la lucha!

—¡Sí! Me siento realmente asustada.

—¡Sí!

Se levantó, puso los zapatos de ella a secar, limpió los suyos y los colocó cerca del fuego. Por la mañana los engrasaría. Sacó del fuego la ceniza de cartón tanto como pudo.

—Incluso quemado, es una porquería —dijo. Luego trajo palos y los puso en el fogón para la mañana. Luego salió un rato con el perro.

Cuando volvió, Connie dijo:

—Yo también quiero salir un minuto.

Salió sola a la oscuridad. Había estrellas en lo alto. Podía oler las flores en el aire nocturno. Y podía sentir sus zapatos mojados mojándose de nuevo. Pero sentía ganas de irse, lejos de él y de todos.

Hacía frío. Se estremeció y volvió a la casa. Él estaba sentado frente al fuego bajo.

—¡Uf! ¡Frío! —se estremeció.

Puso los palos en el fuego y trajo más, hasta que tuvieron una buena llamarada que crepitaba en la chimenea. La llama amarilla, ondulante y corrediza, los hizo felices a ambos, les calentó el rostro y el alma.

—¡No importa! —dijo ella, tomándole la mano mientras él estaba sentado en silencio y distante—. Uno hace lo que puede.

— ¡Sí! —suspiró, con una mueca de sonrisa.

Se deslizó hacia él y se metió en sus brazos, mientras él estaba sentado allí, frente al fuego.

— ¡Olvida entonces! —susurró—. ¡Olvida!

La abrazó con fuerza, en el calor corredizo del fuego. La llama misma era como un olvido. ¡Y su peso suave, cálido y maduro! Lentamente su sangre giró y empezó a refluir en fuerza y vigor temerario de nuevo.

— Y quizás las mujeres realmente querían estar ahí y amarte como es debido, solo que quizás no podían. Quizás no fue todo culpa suya —dijo ella.

— Lo sé. ¿Crees que no sé qué serpiente con la espalda rota y pisoteada era yo mismo?

Se aferró a él de repente. No había querido empezar todo esto de nuevo. Sin embargo, una cierta perversidad la había impulsado.

— Pero ahora no lo eres —dijo—. Ahora no eres eso: una serpiente con la espalda rota y pisoteada.

— No sé lo que soy. Hay días negros por delante.

— ¡No! —protestó, aferrándose a él—. ¿Por qué? ¿Por qué?

— Vienen días negros para todos nosotros y para todos —repitió con una melancolía profética.

— ¡No! ¡No digas eso!

Guardó silencio. Pero ella podía sentir el vacío negro de la desesperación dentro de él. Esa era la muerte de todo deseo, la muerte de todo amor: esta desesperación que era como la cueva oscura dentro de los hombres, en la que su espíritu se perdía.

— Y hablas tan fríamente del sexo —dijo—. Hablas como si solo hubieras querido tu propio placer y satisfacción.

Protestaba nerviosamente contra él.

— ¡No! —dijo—. Quería tener mi placer y satisfacción de una mujer, y nunca lo conseguí: porque nunca podría conseguir mi placer y satisfacción de ella a menos que ella consiguiera el suyo de mí al mismo tiempo. Y nunca ocurrió. Se necesitan dos.

—Pero nunca creíste en tus mujeres. Ni siquiera crees realmente en mí —dijo.

—No sé qué significa creer en una mujer.

—¡Ahí está, ves!

Todavía estaba acurrucada en su regazo. Pero su espíritu estaba gris y ausente, él no estaba allí para ella. Y todo lo que decía lo alejaba más.

—Pero, ¿en qué crees? —insistió.

—No lo sé.

—En nada, como todos los hombres que he conocido —dijo.

Ambos guardaron silencio. Luego él se animó y dijo:

—Sí, sí creo en algo. Creo en ser afectuoso. Creo especialmente en ser afectuoso en el amor, en follar con un corazón cálido. Creo que si los hombres pudieran follar con corazones cálidos, y las mujeres lo tomaran con afecto, todo saldría bien. Todo este follar con el corazón frío es la muerte y la idiotez.

—Pero tú no me follas con el corazón frío —protestó.

—No quiero follarte en absoluto. Mi corazón está tan frío como las patatas frías ahora mismo.

—¡Oh! —dijo, besándolo burlonamente—. Hagámoslas sautées. —Él rio y se enderezó.

—¡Es un hecho! —dijo—. Cualquier cosa por un poco de afecto. Pero a las mujeres no les gusta. Ni siquiera a ti te gusta de verdad. Te gusta el follar bueno, agudo, penetrante y con el corazón frío, y luego fingir que todo es azúcar. ¿Dónde está tu ternura por mí? Desconfías de mí como un gato de un perro. Te digo que se necesitan dos incluso para ser tierno y afectuoso. Te encanta follar, de acuerdo: pero quieres que se le llame algo grandioso y misterioso, solo para halagar tu propia importancia. Tu propia importancia es más para ti, cincuenta veces más, que cualquier hombre, o estar junto a un hombre.

—Pero eso es lo que yo diría de ti. Tu propia importancia lo es todo para ti.

—¡Sí! ¡Muy bien entonces! —dijo, moviéndose como si quisiera levantarse—. Mantengámonos separados entonces. Preferiría morir antes que seguir follando con el corazón frío.

Se deslizó de él y él se puso de pie.

—¿Y crees que yo lo quiero? —dijo ella.

—Espero que no —respondió él—. Pero de todos modos, tú vete a la cama y yo dormiré aquí abajo.

Ella lo miró. Estaba pálido, sus cejas estaban hosca, estaba tan distante en su retroceso como el polo frío. Los hombres eran todos iguales.

—No puedo irme a casa hasta la mañana —dijo.

—¡No! Vete a la cama. Es la una menos cuarto.

—Ciertamente no lo haré —dijo.

Cruzó y cogió sus botas.

—¡Entonces saldré! —dijo.

Empezó a ponerse las botas. Ella lo miró fijamente.

—¡Espera! —tartamudeó—. ¡Espera! ¿Qué se ha interpuesto entre nosotros?

Estaba inclinado, atándose la bota, y no respondió. Pasaron los momentos. Una penumbra se apoderó de ella, como un desmayo. Toda su conciencia murió, y se quedó allí con los ojos muy abiertos, mirándolo desde lo desconocido, sin saber ya nada.

Levantó la vista, debido al silencio, y la vio con los ojos muy abiertos y perdida. Y como si un viento lo zarandeara, se levantó y se acercó a ella cojeando, con un zapato puesto y otro quitado, y la tomó en sus brazos, apretándola contra su cuerpo, que de alguna manera se sentía herido por dentro. Y allí la sostuvo, y allí permaneció ella.

Hasta que sus manos descendieron ciegamente y la buscaron, y palparon bajo la ropa hasta donde ella era suave y cálida.

—¡Mi muchacha! —murmuró—. ¡Mi pequeña muchacha! ¡No peleemos! ¡No peleemos nunca! Te amo y el tacto de ti. ¡No discutas conmigo! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! Estemos juntos.

Ella levantó la cara y lo miró.

—No te alteres —dijo con firmeza—. No sirve de nada alterarse. ¿Realmente quieres estar junto a mí?

Lo miró con grandes y firmes ojos. Él se detuvo y de repente se quedó quieto, apartando la cara. Todo su cuerpo se quedó perfectamente quieto, pero no se retiró.

Luego levantó la cabeza y la miró a los ojos, con su extraña y levemente burlona sonrisa, diciendo:

—¡Sí, sí! Estemos juntos bajo juramento.

—¿Pero de verdad? —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Sí, de verdad! Corazón, vientre y polla.

Todavía sonreía débilmente hacia ella, con el parpadeo de la ironía en sus ojos y un toque de amargura.

Lloraba en silencio, y él yació con ella y entró en ella allí, en la alfombra del hogar, y así ganaron una medida de ecuanimidad. Y luego se acostaron rápidamente, pues empezaba a hacer frío, y se habían agotado mutuamente. Y ella se acurrucó junto a él, sintiéndose pequeña y envuelta, y ambos se durmieron al instante, profundamente en un solo sueño. Y así yacieron y no se movieron, hasta que el sol se levantó sobre el bosque y el día comenzaba.

Entonces él se despertó y miró la luz. Las cortinas estaban corridas. Escuchó el fuerte y salvaje canto de los mirlos y los zorzales en el bosque. Sería una mañana brillante, alrededor de las cinco y media, su hora de levantarse. ¡Había dormido tan profundamente! ¡Era un día tan nuevo! La mujer todavía estaba acurrucada, dormida y tierna. Su mano se movió sobre ella, y ella abrió sus ojos azules y asombrados, sonriendo inconscientemente a su rostro.

—¿Estás despierto? —le dijo.

La miraba a los ojos. Sonrió y la besó. Y de repente ella se despertó y se incorporó.

—¡Pensar que estoy aquí! —dijo.

Miró alrededor del pequeño dormitorio encalado con su techo inclinado y su ventana abuhardillada donde las cortinas blancas estaban cerradas. La habitación estaba desnuda salvo por una pequeña cómoda pintada de amarillo y una silla: y la cama blanquecina y más bien pequeña en la que yacía con él.

— ¡Pensar que estamos aquí! —dijo, mirándolo. Él yacía observándola, acariciándole los pechos con los dedos, bajo el fino camisón. Cuando estaba cálido y relajado, parecía joven y guapo. Sus ojos podían parecer tan cálidos. Y ella estaba fresca y joven como una flor.

— ¡Quiero quitarte esto! —dijo, recogiendo el fino camisón de batista y pasárselo por la cabeza. Ella se quedó sentada allí, con los hombros desnudos y los pechos más bien largos, débilmente dorados. A él le encantaba hacer que sus pechos se balancearan suavemente, como campanas.

— Tú también tienes que quitarte el pijama —dijo ella.

— ¡Eh, no!

— ¡Sí! ¡Sí! —ordenó.

Y se quitó su vieja chaqueta de pijama de algodón y se bajó los pantalones. Salvo por sus manos, muñecas, rostro y cuello, era blanco como la leche, con una carne muscular fina y esbelta. Para Connie, de repente fue penetrantemente hermoso de nuevo, como cuando lo había visto esa tarde lavándose.

El oro del sol tocó las cortinas blancas cerradas. Sintió que quería entrar.

— ¡Oh, descorramos las cortinas! ¡Los pájaros cantan tanto! ¡Deja que entre el sol! —dijo.

Se deslizó fuera de la cama de espaldas a ella, desnudo, blanco y delgado, y fue a la ventana, inclinándose un poco, descorriendo las cortinas y mirando fuera por un momento. La espalda era blanca y fina, las pequeñas nalgas hermosas con una exquisita y delicada virilidad, la nuca rojiza y delicada y sin embargo fuerte.

Había una fuerza interior, no exterior, en el delicado y fino muchacho.

— ¡Pero eres hermoso! —dijo—. ¡Tan puro y fino! ¡Ven! —Extendió los brazos.

Le daba vergüenza volverse hacia ella, por su desnudez excitada.

Cogió su camisa del suelo y la sostuvo contra él, acercándose a ella.

—¡No! —dijo ella, todavía extendiendo sus hermosos y delgados brazos desde sus pechos caídos—. ¡Déjame verte!

Dejó caer la camisa y se quedó quieto, mirando hacia ella. El sol, a través de la ventana baja, enviaba un rayo que iluminaba sus muslos y su esbelto vientre, y el falo erecto que se alzaba oscuro y de aspecto ardiente desde la pequeña nube de vello de un vivo color rojo dorado. Se sobresaltó y tuvo miedo.

—¡Qué extraño! —dijo lentamente—. ¡Qué extraño está ahí! ¡Tan grande! ¡y tan oscuro y seguro de sí mismo! ¿Es así?

El hombre miró la parte delantera de su esbelto cuerpo blanco y rio. Entre los delgados pechos, el vello era oscuro, casi negro. Pero en la raíz del vientre, donde el falo se alzaba grueso y arqueado, era rojo dorado, vivo en una pequeña nube.

—¡Tan orgulloso! —murmuró, inquieta—. ¡Y tan señorial! ¡Ahora sé por qué los hombres son tan autoritarios! Pero es encantador, de verdad. ¡Como otro ser! ¡Un poco aterrador! ¡Pero encantador, de verdad! ¡Y viene a mí! —Se mordió el labio inferior entre los dientes, con miedo y excitación.

El hombre miró en silencio el falo tenso, que no cambiaba.—¡Sí! —dijo al fin, con una vocecita—. ¡Sí, muchacho! ahí estás, bien plantao. ¡Hala, levanta la cabeza! Ahí por tu cuenta, ¿eh? ¡y no le haces caso a naide! No me haces caso a mí, John Thomas. ¿Eres el jefe? ¿de mí? Eh, bueno, eres más gallito que yo, y dices menos. ¡John Thomas! ¿La quieres a ella? ¿Quieres a mi Lady Jane? Me has vuelto a meter en el lío, sí que lo has hecho. ¡Sí, y sales sonriendo! —¡Pídeselo entonces! ¡Pídeselo a Lady Jane! Di: Alzad vuestras cabezas, oh puertas, para que entre el rey de la gloria. ¡Sí, qué cara tienes! ¡Coño, eso es lo que buscas! ¡Dile a Lady Jane que quieres coño! ¡John Thomas, y el coño de Lady Jane! —

—Oh, no lo provoques —dijo Connie, arrastrándose de rodillas por la cama hacia él y rodeando con los brazos sus blancos y esbeltos lomos, atrayéndolo hacia ella de modo que sus pechos colgantes y oscilantes tocaron la punta del falo agitado y erecto, y recogieron la gota de humedad. Sujetó al hombre con fuerza.

—¡Túmbate! —dijo él—. ¡Túmbate! ¡Déjame entrar!

Tenía prisa ahora.

Y después, cuando habían estado completamente quietos, la mujer tuvo que descubrir al hombre de nuevo, para mirar el misterio del falo.

—¡Y ahora es diminuto, y suave como un pequeño capullo de vida! —dijo, tomando el pene suave y pequeño en su mano—. ¿No es de alguna manera encantador? ¡tan por su cuenta, tan extraño! ¡Y tan inocente! ¡Y entra tan adentro de mí! Nunca debes insultarlo, sabes. También es mío. No es solo tuyo. ¡Es mío! ¡Y tan encantador e inocente! —Y sostuvo el pene suave en su mano.

Él rio.

—«Bendito sea el lazo que une nuestros corazones en amor afín» —dijo.

—¡Por supuesto! —dijo ella—. Incluso cuando está suave y pequeño, siento mi corazón simplemente atado a él. ¡Y qué hermoso es tu vello aquí! ¡completamente, completamente diferente!

—¡Ese es el vello de John Thomas, no el mío! —dijo él.

—¡John Thomas! ¡John Thomas! —y besó rápidamente el pene suave, que empezaba a moverse de nuevo.

—¡Sí! —dijo el hombre, estirando su cuerpo casi dolorosamente—. ¡Ese caballero tiene sus raíces en mi alma! Y a veces no sé qué hacer con él. ¡Sí, tiene su propia voluntad, y es difícil complacerlo! Sin embargo, no querría que lo mataran.

—¡No me extraña que los hombres siempre le hayan tenido miedo! —dijo—. ¡Es bastante terrible!

El temblor recorría el cuerpo del hombre, mientras la corriente de la conciencia cambiaba de nuevo de dirección, girando hacia abajo. Y él estaba indefenso, mientras el pene, en lentas y suaves ondulaciones, se llenaba y crecía y se erguía, y se endurecía, quedándose allí duro y arrogante, a su manera curiosa y altiva. La mujer también tembló un poco al mirar.

—¡Ahí! ¡Tómalo entonces! ¡Es tuyo! —dijo el hombre.

Y ella tembló, y su propia mente se derritió. Olas agudas y suaves de placer inefable la inundaron cuando él entró en ella, y comenzó la curiosa emoción fundida que se extendió y se extendió hasta que fue arrastrada por el último y ciego arrebató de la extremidad.

Oyó las lejanas sirenas de Stacks Gate, de las siete. Era lunes por la mañana. Se estremeció un poco, y con su rostro entre sus pechos, apretó los suaves pechos de ella sobre sus orejas, para ensordecerse.

Ni siquiera había oído las sirenas. Yacía perfectamente quieta, su alma lavada y transparente.

—Tienes que levantarte, ¿no? —murmuró él.

—¿Qué hora es? —llegó su voz incolora.

—Las sirenas de las siete hace un rato.

—Supongo que debo.

Le molestaba, como siempre, la compulsión del exterior.

Se sentó y miró fijamente por la ventana.

—Me quieres, ¿verdad? —preguntó con calma.

La miró.

—¡Sabes lo que sabes! ¿Para qué preguntas? —dijo, un poco irritable.

—Quiero que me guardes, que no me dejes ir —dijo.

Sus ojos parecían llenos de una oscuridad cálida y suave que no podía pensar.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Ahora en tu corazón. Luego quiero venir a vivir contigo para siempre, pronto.

Se sentó desnudo en la cama, con la cabeza gacha, incapaz de pensar.

—¿No lo quieres? —preguntó.

—¡Sí! —dijo.

Luego, con los mismos ojos oscurecidos por otra llama de conciencia, casi como el sueño, la miró.

—No me preguntes nada ahora —dijo—. Déjame estar. Me gustas. Te amo cuando yaces ahí. Una mujer es una cosa encantadora cuando es profunda para follar, y el coño es bueno. Te amo, tus piernas, y tu forma, y tu ser de mujer. Amo tu ser de mujer. Te amo con mis cojones y con mi corazón. Pero no me preguntes nada. No me hagas decir nada. Déjame quedarme como estoy mientras pueda. Puedes preguntarme todo después. ¡Ahora déjame estar, déjame estar!

Y suavemente, posó su mano sobre su monte de Venus, sobre el suave vello castaño, y se quedó sentado, quieto y desnudo en la cama, su rostro inmóvil en una abstracción física, casi como el rostro de Buda. Inmóvil, y en la llama invisible de otra conciencia, se sentó con la mano sobre ella, y esperó el cambio.

Después de un rato, cogió su camisa y se la puso, se vistió rápidamente en silencio, la miró una vez mientras ella todavía yacía desnuda y débilmente dorada como una rosa Gloire de Dijon en la cama, y se fue. Lo oyó abajo abriendo la puerta.

Y todavía yacía meditando, meditando. Era muy difícil irse: salir de sus brazos. Él llamó desde el pie de la escalera:

—¡Siete y media!

Ella suspiró y se levantó de la cama. ¡La pequeña habitación desnuda! Nada en ella en absoluto, salvo la pequeña cómoda y la cama más bien pequeña. Pero el suelo de tablas estaba fregado y limpio. Y en la esquina junto a la ventana abuhardillada había un estante con algunos libros, y algunos de una biblioteca de préstamo. Miró. Había libros sobre la Rusia bolchevique, libros de viajes, un volumen sobre el átomo y el electrón, otro sobre la composición del núcleo de la tierra y las causas de los terremotos: luego algunas novelas: luego tres libros sobre la India. ¡Así que! Era un lector, después de todo.

El sol caía sobre sus miembros desnudos a través de la ventana abuhardillada. Fuera vio a la perra Flossie deambulando. El bosquecillo de avellanos estaba empañado de verde, y el eléboro de un verde oscuro debajo. Era una mañana clara y limpia, con pájaros volando y cantando triunfalmente. ¡Si tan solo pudiera quedarse! ¡Si tan solo no existiera el otro mundo espantoso de humo y hierro! ¡Si tan solo él le creara un mundo!

Bajó las escaleras, las empinadas y estrechas escaleras de madera. Aun así, se contentaría con esta casita, si tan solo estuviera en un mundo propio.

Él estaba lavado y fresco, y el fuego ardía.

—¿Vas a comer algo? —dijo.

—¡No! Solo préstame un peine.

Lo siguió al fregadero y se peinó ante el trozo de espejo junto a la puerta trasera. Luego estuvo lista para irse.

Se quedó en el pequeño jardín delantero, mirando las flores cubiertas de rocío, el lecho gris de claveles ya en capullo.

—Me gustaría que todo el resto del mundo desapareciera —dijo—, y vivir contigo aquí.

—No desaparecerá —dijo él.

Fueron casi en silencio a través del encantador bosque cubierto de rocío. Pero estaban juntos en un mundo propio.

Le resultó amargo seguir hacia Wragby.

—Quiero venir pronto a vivir contigo para siempre —dijo al dejarlo.

Él sonrió sin responder.

Llegó a casa en silencio y sin ser vista, y subió a su habitación.

CAPÍTULO XV

Había una carta de Hilda en la bandeja del desayuno. «Padre va a Londres esta semana y pasaré a recogerte el jueves de la semana que viene, 17 de junio. Debes estar lista para que podamos irnos enseguida. No quiero perder el tiempo en Wragby, es un lugar horrible. Probablemente pasaré la noche en Retford con los Coleman, así que estaría contigo para el almuerzo del jueves. Luego podríamos salir a la hora del té y dormir quizás en Grantham. No sirve de nada que pasemos una noche con Clifford. Si odia que te vayas, no sería ningún placer para él».

¡Así que! La estaban moviendo de nuevo en el tablero de ajedrez.

Clifford odiaba que se fuera, pero solo porque no se sentía seguro en su ausencia. Su presencia, por alguna razón, lo hacía sentirse seguro y libre para hacer las cosas en las que estaba ocupado. Pasaba mucho tiempo en las minas, luchando en espíritu con los problemas casi desesperados de sacar su carbón de la manera más económica y luego venderlo una vez que lo había sacado. Sabía que debía encontrar alguna manera de usarlo, o convertirlo, para no tener que venderlo, o no tener el disgusto de no poder venderlo. Pero si producía energía eléctrica, ¿podría venderla o usarla? Y convertirlo en aceite era todavía demasiado costoso y demasiado elaborado. Para mantener viva la industria, debía haber más industria, como una locura.

Era una locura, y se requería un loco para tener éxito en ella. Bueno, él estaba un poco loco. Connie así lo pensaba. Su misma intensidad y agudeza en los asuntos de las minas le parecían una manifestación de locura, sus mismas inspiraciones eran las inspiraciones de la demencia.

Le hablaba de todos sus planes serios, y ella escuchaba con una especie de asombro y lo dejaba hablar. Luego el flujo cesaba, y él encendía el altavoz y se quedaba en blanco, mientras aparentemente sus planes se enroscaban dentro de él como una especie de sueño.

Y todas las noches ahora jugaba al pontón, ese juego de los soldados rasos, con la señora Bolton, apostando seis peniques. Y de nuevo, en el juego se perdía en una especie de inconsciencia, o intoxicación en blanco, o intoxicación de la nada, fuera lo que fuese. Connie no podía soportar verlo. Pero cuando ella se había acostado, él y la señora Bolton apostarían hasta las dos y las tres de la mañana, a salvo, y con una extraña lujuria. La señora Bolton estaba atrapada en la lujuria tanto como Clifford: tanto más, cuanto que casi siempre perdía.

Le dijo a Connie un día: —Anoche perdí veintitrés chelines con Sir Clifford. —¿Y le cogió el dinero? —preguntó Connie horrorizada. —¡Pues claro, mi señora! ¡Deuda de honor! Connie protestó enérgicamente y se enfadó con ambos. El resultado fue que Sir Clifford le subió el sueldo a la señora Bolton cien libras al año, y ella podía apostar con eso. Mientras tanto, a Connie le parecía que Clifford se estaba muriendo de verdad.

Al fin le dijo que se iba el diecisiete. —¡El diecisiete! —dijo él—. ¿Y cuándo volverás? —Para el veinte de julio a más tardar. —¡Sí! el veinte de julio. Extraña y ausentemente la miró, con la vaguedad de un niño, pero con la extraña y vacía astucia de un anciano. —No me fallarás ahora, ¿verdad? —dijo. —¿Cómo? —Mientras estés fuera. Quiero decir, ¿estás segura de que volverás? —Estoy tan segura como puedo estarlo de cualquier cosa, de que volveré. —¡Sí! ¡Bueno! ¡El veinte de julio! La miró de una manera tan extraña.

Sin embargo, él realmente quería que se fuera. Eso era muy curioso. Quería que se fuera, positivamente, que tuviera sus pequeñas aventuras y quizás volviera a casa embarazada, y todo eso. Al mismo tiempo, tenía miedo de que se fuera.

Ella temblaba, esperando su verdadera oportunidad de dejarlo por completo, esperando el momento en que ella, él, estuvieran maduros.

Se sentó y habló con el guardabosques de su viaje al extranjero. —Y entonces, cuando vuelva —dijo—, puedo decirle a Clifford que debo dejarlo.

Y tú y yo podemos irnos. Ni siquiera necesitan saber que eres tú. Podemos ir a otro país, ¿quieres? A África o a Australia. ¿Quieres? Estaba bastante emocionada con su plan. — Nunca has estado en las colonias, ¿verdad? — le preguntó. — ¡No! ¿Y tú? — He estado en la India, y en Sudáfrica, y en Egipto. — ¿Por qué no vamos a Sudáfrica? — ¡Podríamos! — dijo lentamente. — ¿O no quieres? — preguntó ella. — No me importa. No me importa mucho lo que haga. — ¿No te hace feliz? ¿Por qué no? No seremos pobres. Tengo unas seiscientas libras al año, escribí y pregunté. No es mucho, pero es suficiente, ¿no? — Para mí son riquezas. — ¡Oh, qué encantador será! — Pero debería divorciarme, y tú también, a menos que vayamos a tener complicaciones. Había mucho en qué pensar.

Otro día le preguntó sobre sí mismo. Estaban en la cabaña y había una tormenta. — ¿Y no eras feliz cuando eras teniente y oficial y caballero? — ¿Feliz? Estaba bien. Me caía bien mi coronel. — ¿Lo amabas? — ¡Sí! Lo amaba. — ¿Y él te amaba a ti? — Sí. En cierto modo, me amaba. — Háblame de él. — ¿Qué hay que contar? Había ascendido desde la tropa. Amaba al ejército. Y nunca se había casado. Era veinte años mayor que yo. Era un hombre muy inteligente: y solo en el ejército, como lo es un hombre así: un hombre apasionado a su manera: y un oficial muy listo. Viví bajo su hechizo mientras estuve con él. Dejé que dirigiera mi vida, por así decirlo. Y nunca me arrepiento. — ¿Y te dolió mucho cuando murió? — Yo mismo estuve a punto de morir. Pero cuando volví en mí, supe que otra parte de mí había terminado. Pero es que siempre había sabido que terminaría en la muerte. Todas las cosas lo hacen, si a eso vamos. Se sentó y rumió. El trueno retumbó fuera. Era como estar en una pequeña arca en el Diluvio. — Parece que tienes mucho detrás de ti — dijo. — ¿Yo? Me parece que ya he muerto una o dos veces. Sin embargo, aquí estoy, aguantando, y metido en más problemas. Pensaba intensamente, pero escuchaba la tormenta. — ¿Y no eras feliz como oficial y caballero, cuando tu coronel murió? — ¡No! Eran una panda de mezquinos. — Río de repente—. El coronel solía decir: Muchacho, las clases medias inglesas tienen que masticar cada bocado treinta veces porque tienen las tripas tan estrechas que un trozo del tamaño de un guisante les daría una obstrucción. Son la panda de pajaritas remilgadas más mezquina que se ha inventado: llenas de presunción, asustadas incluso si los cordones de sus zapatos no están correctos, podridas como la caza pasada y siempre con la razón. Eso es lo que me acaba. Reverencias, reverencias, lameculos hasta que se les endurece la lengua: sin embargo,

siempre tienen la razón. ¡Remilgados por encima de todo! ¡Remilgados! Una generación de remilgados con medio cojón cada uno. Connie rio. La lluvia caía a cántaros. —¡Los odiaba! —No —dijo él—. No se molestaba. Simplemente le desagradaban. Hay una diferencia. Porque, como decía, los soldados rasos se están volviendo igual de remilgados y con medio cojón y de tripas estrechas. Es el destino de la humanidad ir por ese camino. —¿La gente común también, la gente trabajadora? —Todos ellos. Se les ha muerto el coraje. Los coches y los cines y los aviones les chupan hasta la última gota. Te digo que cada generación engendra una generación más conejil, con tubos de goma por tripas y piernas de hojalata y caras de hojalata. ¡Gente de hojalata! Es todo una especie de bolchevismo constante que simplemente mata lo humano y adora lo mecánico. ¡Dinero, dinero, dinero! Toda la gente moderna obtiene su verdadera emoción de matar el viejo sentimiento humano en el hombre, haciendo picadillo del viejo Adán y la vieja Eva. Son todos iguales. El mundo es todo igual: matar la realidad humana, un billete por cada prepucio, dos por cada par de cojones. ¿Qué es el coño sino un follar a máquina?—Es todo igual. Págales dinero para que le corten la polla al mundo. ¡Paga dinero, dinero, dinero a los que le quiten el coraje a la humanidad y los dejen a todos como maquinitas que giran! Estaba sentado allí en la cabaña, con el rostro contraído en una ironía burlona. Sin embargo, incluso entonces, tenía una oreja hacia atrás, escuchando la tormenta sobre el bosque. Lo hacía sentirse tan solo. —Pero, ¿no terminará nunca? —dijo ella. —Sí, terminará. Alcanzará su propia salvación. Cuando maten al último hombre de verdad, y estén todos domesticados: blancos, negros, amarillos, todos los colores de los domesticados: entonces estarán todos locos. Porque la raíz de la cordura está en los cojones. Entonces estarán todos locos, y harán su gran auto de fe. ¿Sabes que auto de fe significa acto de fe? Pues bien, harán su propio y gran pequeño acto de fe. Se ofrecerán los unos a los otros. —¿Quieres decir que se matarán los unos a los otros? —¡Sí, patita! Si seguimos a este ritmo, dentro de cien años no habrá diez mil personas en esta isla: puede que no haya ni diez. Se habrán aniquilado amorosamente los unos a los otros. —El trueno se alejaba rodando. —¡Qué bonito! —dijo ella. —¡Bastante bonito! Contemplar el exterminio de la especie humana y la larga pausa que sigue antes de que surja otra especie, te calma más que ninguna otra cosa. Y si seguimos así, con todos, intelectuales, artistas, gobierno, industriales y obreros matando frenéticamente el último sentimiento humano, la última pizca de su intuición, el último instin-

to sano; si continúa en progresión algebraica, como está continuando: ¡entonces ta-tah! ¡a la especie humana! ¡Adiós, querida! la serpiente se traga a sí misma y deja un vacío, considerablemente desordenado, pero no sin esperanza. ¡Muy bonito! ¡Cuando los perros salvajes ladren en Wragby y los ponis salvajes de las minas pateen la escombrera de Tevershall! ¡te deum laudamus! Connie rio, pero no muy feliz. —Entonces deberías estar contento de que sean todos bolcheviques —dijo—. Deberías estar contento de que se apresuren hacia el final. —Y lo estoy. No los detengo. Porque no podría aunque quisiera. —Entonces, ¿por qué estás tan amargado? —¡No lo estoy! Si mi polla da su último canto, no me importa. —Pero, ¿y si tienes un hijo? —dijo. Él bajó la cabeza. —Vaya —dijo al fin—. Me parece algo incorrecto y amargo, traer un hijo a este mundo. —¡No! ¡No lo digas! ¡No lo digas! —suplicó ella—. Creo que voy a tener uno. Di que te alegrarás. —Le puso la mano sobre la de él. —Me alegro de que tú te alegres —dijo—. Pero para mí parece una traición espantosa a la criatura no nacida. —¡Ah, no! —dijo, horrorizada—. ¡Entonces no puedes quererme de verdad! ¡No puedes quererme, si sientes eso! De nuevo guardó silencio, con el rostro hosco. Afuera solo se oía el azote de la lluvia. —¡No es del todo verdad! —susurró—. ¡No es del todo verdad! Hay otra verdad. —Sintió que ahora estaba amargado en parte porque ella lo dejaba, yéndose deliberadamente a Venecia. Y esto le agradó a medias.

Le abrió la ropa y le descubrió el vientre, y le besó el ombligo. Luego apoyó la mejilla en su vientre y le rodeó con el brazo sus lomos cálidos y silenciosos. Estaban solos en el diluvio. —¡Dime que quieres un hijo, con esperanza! —murmuró, apretando el rostro contra su vientre—. ¡Dime que sí! —¡Vaya! —dijo al fin: y ella sintió el curioso temblor de la conciencia cambiante y la relajación recorrer su cuerpo—. ¡Vaya, a veces he pensado que si uno lo intentara, aquí entre los mineros incluso! Ahora trabajan mal y no ganan mucho. Si un hombre pudiera decirles: No penséis en nada más que en el dinero. Cuando se trata de necesidades, necesitamos poco. No vivamos por el dinero. Frotó suavemente su mejilla en su vientre y recogió sus testículos en la mano. El pene se movió suavemente, con extraña vida, pero no se levantó. La lluvia golpeaba con fuerza fuera. —Vivamos por algo más. No vivamos para ganar dinero, ni para nosotros ni para nadie más. Ahora nos vemos obligados. Nos vemos obligados a ganar un poco para nosotros, y un buen pico para los patrones. ¡Paremos esto! Poco a poco, paremos esto. No necesitamos despotricar y delirar. Poco a poco,

abandonemos toda la vida industrial y volvamos atrás. Con el más mínimo dinero bastará. Para todos, para mí y para ti, patrones y amos, incluso el rey. Con el más mínimo dinero bastará de verdad. Solo decídetes a ello, y habrás salido del lío. —Hizo una pausa y luego continuó: »Y les diría: ¡Mirad! ¡Mirad a Joe! ¡Se mueve encantador! ¡Mirad cómo se mueve, vivo y consciente! ¡Es hermoso! ¡Y mirad a Jonah! Es torpe, es feo, porque nunca está dispuesto a animarse. Les diría: ¡Mirad! ¡miraos a vosotros mismos! un hombro más alto que el otro, las piernas torcidas, los pies todos llenos de bultos. ¿Qué os habéis hecho a vosotros mismos, con el maldito trabajo? Os habéis estropeado. No hace falta trabajar tanto. Quitaos la ropa y miraos. Deberíais estar vivos y hermosos, y sois feos y estáis medio muertos. Eso les diría. Y haría que mis hombres vistieran ropas diferentes: quizás pantalones rojos ajustados, de un rojo brillante, y chaquetas blancas cortas. Vaya, si los hombres tuvieran piernas rojas y hermosas, solo eso los cambiaría en un mes. Empezarían a ser hombres de nuevo, ¡a ser hombres! Y las mujeres podrían vestirse como quisieran. Porque si una vez los hombres caminaran con las piernas juntas de un escarlata brillante, y las nalgas bonitas y mostrando el escarlata bajo una pequeña chaqueta blanca: entonces las mujeres empezarían a ser mujeres. Es porque los hombres no son hombres, que las mujeres tienen que serlo.— Y con el tiempo, derribar Tevershall y construir unos pocos edificios hermosos, que nos albergaran a todos. Y limpiar el campo de nuevo. Y no tener muchos hijos, porque el mundo está superpoblado. »Pero no les predicaría a los hombres: solo los desnudaría y les diría: ¡Miraos a vosotros mismos! ¡Eso es trabajar por dinero! — ¡Escuchaos a vosotros mismos! Eso es trabajar por dinero. ¡Habéis estado trabajando por dinero! ¡Mirad Tevershall! Es horrible. Eso es porque se construyó mientras trabajabais por dinero. ¡Mirad a vuestras chicas! No se preocupan por vosotros, vosotros no os preocupáis por ellas. Es porque habéis pasado el tiempo trabajando y preocupándoos por el dinero. No podéis hablar ni moveros ni vivir, no podéis estar propiamente con una mujer. No estáis vivos. ¡Miraos a vosotros mismos! Se hizo un completo silencio. Connie escuchaba a medias, y enhebraba en el vello de la raíz de su vientre unos pocos nomeolvides que había recogido de camino a la cabaña. Afuera, el mundo se había quedado quieto y un poco helado. —Tienes cuatro tipos de vello —le dijo—. En el pecho es casi negro, y tu pelo no es oscuro en la cabeza: pero tu bigote es duro y de un rojo oscuro, y tu vello aquí, tu vello de amor, es como un pequeño arbusto de muérdago rojo dorado brillante.

¡Es el más encantador de todos! Miró hacia abajo y vio los trocitos lechosos de nomeolvides en el vello de su ingle. — ¡Sí! Ahí es donde hay que poner los nomeolvides, en el vello de hombre, o en el vello púbico. Pero, ¿no te preocupa el futuro? Lo miró. — ¡Oh, sí, terriblemente! — dijo. — Porque cuando siento que el mundo humano está condenado, se ha condenado a sí mismo por su propia y mezquina bestialidad, entonces siento que las colonias no están lo suficientemente lejos. La luna no estaría lo suficientemente lejos, porque incluso allí podrías mirar hacia atrás y ver la tierra, sucia, bestial, desagradable entre todas las estrellas: ensuciada por los hombres. Entonces siento que he tragado hiel, y me está devorando por dentro, y ningún lugar está lo suficientemente lejos para escapar. Pero cuando me da un vuelco, lo olvido todo de nuevo. Aunque es una pena lo que se le ha hecho a la gente en estos últimos cien años: hombres convertidos en nada más que insectos de trabajo, y toda su hombría arrebatada, y toda su vida real. Volvería a barrer las máquinas de la faz de la tierra, y acabaría con la época industrial por completo, como un negro error. Pero como no puedo, y nadie puede, será mejor que me calle y trate de vivir mi propia vida: si es que tengo una para vivir, lo cual dudo bastante. El trueno había cesado fuera, pero la lluvia, que había amainado, de repente cayó con fuerza, con un último destello de relámpago y un murmullo de tormenta que se alejaba. Connie estaba inquieta. Había hablado tanto tiempo, y en realidad se estaba hablando a sí mismo, no a ella. La desesperación pareció caer sobre él por completo, y ella se sentía feliz, odiaba la desesperación. Sabía que el hecho de que ella lo dejara, de lo que él acababa de darse cuenta interiormente, lo había sumido de nuevo en este estado de ánimo. Y triunfó un poco.

Abrió la puerta y miró la lluvia recta y pesada, como una cortina de acero, y sintió un deseo repentino de salir corriendo a ella, de huir. Se levantó y empezó a quitarse rápidamente las medias, luego el vestido y la ropa interior, y él contuvo el aliento. Sus pechos puntiagudos y afilados como de animal se inclinaron y se agitaron mientras se movía. Tenía un color marfil a la luz verdosa. Se puso de nuevo sus zapatos de goma y salió corriendo con una pequeña risa salvaje, levantando los pechos a la lluvia pesada y extendiendo los brazos, y corriendo borrosa bajo la lluvia con los movimientos de danza eurítmica que había aprendido hacía tanto tiempo en Dresde. Era una extraña figura pálida que subía y bajaba, inclinándose para que la lluvia golpeará y brillara en sus caderas llenas, balanceándose de nuevo y avanzando con el vientre por delante a través de la lluvia, luego agachán-

dose de nuevo para que solo los lomos y las nalgas llenas se ofrecieran en una especie de homenaje hacia él, repitiendo una salvaje reverencia.

Rio con amargura y se quitó la ropa. Era demasiado. Saltó fuera, desnudo y blanco, con un pequeño escalofrío, bajo la lluvia dura y oblicua. Flossie saltó delante de él con un pequeño ladrido frenético. Connie, con el pelo todo mojado y pegado a la cabeza, volvió su rostro ardiente y lo vio. Sus ojos azules brillaban de excitación mientras se daba la vuelta y corría rápido, con un extraño movimiento de carga, fuera del claro y por el sendero, las ramas mojadas azotándola. Corrió, y él no vio más que la cabeza redonda y mojada, la espalda mojada inclinada hacia adelante en la huida, las nalgas redondeadas centelleando: una maravillosa desnudez femenina encogida en la huida.

Estaba casi en el ancho camino cuando él la alcanzó y le rodeó con su brazo desnudo la suave y mojada cintura. Dio un grito y se enderezó, y el montón de su carne suave y fría se apretó contra su cuerpo. La apretó toda contra él, locamente, el montón de carne femenina suave y helada que rápidamente se calentó como una llama, en contacto. La lluvia caía sobre ellos hasta que humeaban. Recogió sus encantadoras y pesadas posaderas, una en cada mano, y las apretó hacia él en un frenesí, temblando inmóvil bajo la lluvia. Luego, de repente, la levantó y cayó con ella en el sendero, en el rugiente silencio de la lluvia, y corto y rápido, la tomó, corto y rápido y terminado, como un animal.

Se levantó en un instante, secándose la lluvia de los ojos. —Entra —dijo, y empezaron a correr de vuelta a la cabaña. Corrió recto y rápido: no le gustaba la lluvia. Pero ella venía más despacio, recogiendo nomeolvides y collejas y jacintos, corriendo unos pasos y observándolo huir de ella.

Cuando llegó con sus flores, jadeando, a la cabaña, él ya había encendido un fuego y las ramitas crepitaban. Sus pechos afilados subían y bajaban, su pelo estaba aplastado por la lluvia, su rostro estaba sonrojado y su cuerpo brillaba y goteaba. Con los ojos muy abiertos y sin aliento, con una cabeza pequeña y mojada y caderas llenas, goteantes e ingenuas, parecía otra criatura.

Cogió la vieja sábana y la secó, ella de pie como una niña. Luego se secó él, habiendo cerrado la puerta de la cabaña. El fuego ardía con fuerza. Ella hundió la cabeza en el otro extremo de la sábana y se frotó el pelo mojado.

— ¡Nos estamos secando juntos en la misma toalla, vamos a pelearnos! — dijo él. Ella levantó la vista por un momento, con el pelo todo revuelto. — ¡No! — dijo, con los ojos muy abiertos —. No es una toalla, es una sábana. Y siguió frotándose la cabeza afanosamente, mientras él se frotaba afanosamente la suya.

Todavía jadeando por el esfuerzo, cada uno envuelto en una manta del ejército, pero con la parte delantera del cuerpo abierta al fuego, se sentaron en un tronco uno al lado del otro ante la llama, para tranquilizarse. Connie odiaba la sensación de la manta contra su piel. Pero ahora la sábana estaba toda mojada.

Dejó caer su manta y se arrodilló en el hogar de arcilla, acercando la cabeza al fuego y sacudiendo el pelo para secarlo. Él observó la hermosa caída curva de sus caderas. Eso lo fascinaba hoy. ¡Cómo se inclinaba con una rica pendiente descendente hacia la pesada redondez de sus nalgas! Y en medio, dobladas en el calor secreto, ¡las entradas secretas!

Le acarició la cola con la mano, larga y sutilmente, absorbiendo las curvas y la plenitud del globo. — Tienes una cola tan bonita — dijo, en el dialecto gutural y acariciador —. Tienes el culo más bonito de todas. ¡Es el culo de mujer más bonito, más bonito que hay! Y cada trozo de él es mujer, mujer tan seguro como la vida. No eres una de esas chicas de culo de botón que deberían ser chicos, ¿verdad? Tienes un culo suave y inclinado de verdad, como a un hombre le encanta en sus entrañas. Es un culo que podría sostener el mundo, sí que lo es. Mientras hablaba, acariciaba exquisitamente la cola redondeada, hasta que pareció como si un fuego resbaladizo saliera de ella a sus manos. Y las yemas de sus dedos tocaron las dos aberturas secretas de su cuerpo, una y otra vez, con un suave y pequeño roce de fuego. — Y si cagas y si meas, me alegro. No quiero una mujer que no pueda cagar ni mear. Connie no pudo evitar un repentino bufido de risa asombrada, pero él continuó imperturbable. — ¡Eres auténtica, sí que lo eres! Eres auténtica, incluso un poco zorra. Aquí cagas y aquí meas: y pongo mi mano en ambos y me gustas por ello. Me gustas por ello. Tienes un culo de mujer como debe ser, orgulloso de sí mismo. No se avergüenza de sí mismo, este no. Le posó la mano, firme y cercana, sobre sus partes secretas, en una especie de saludo cercano. — Me gusta — dijo —. ¡Me gusta! Y si solo viviera diez minutos, y te acariciara el culo y llegara a conocerlo, consideraría que he vivido una vida, ¿entiendes? ¡Sistema industrial o no! Aquí está una de mis

vidas. Se dio la vuelta y se subió a su regazo, aferrándose a él. — ¡Bésame! — susurró. Y supo que el pensamiento de su separación estaba latente en la mente de ambos, y al fin se sintió triste.

Estaba sentada en sus muslos, con la cabeza contra su pecho, y sus piernas de un marfil brillante, sueltamente separadas, el fuego brillando desigualmente sobre ellas. Sentado con la cabeza gacha, miró los pliegues de su cuerpo a la luz del fuego, y el vellón de suave pelo castaño que colgaba hasta un punto entre sus muslos abiertos. Se inclinó hacia la mesa de detrás y cogió su ramo de flores, todavía tan mojado que caían gotas de lluvia sobre ella. — Las flores se quedan fuera con cualquier tiempo — dijo —. No tienen casas. — ¡Ni siquiera una cabaña! — murmuró ella. Con dedos tranquilos, enhebró unas pocas flores de nomeolvides en el fino vellón castaño del monte de Venus. — ¡Ahí está! — dijo —. ¡Ahí están los nomeolvides en el lugar correcto! Ella miró hacia abajo, a las extrañas florecillas lechosas entre el vello castaño en la punta inferior de su cuerpo. — ¡No queda bonito! — dijo. — Bonito como la vida — respondió él. Y le clavó un capullo de colleja rosa entre el vello. — ¡Ahí! ¡Ahí estoy yo donde no me olvidarás! ¡Ese es Moisés entre los juncos! — No te importa, ¿verdad?, que me vaya — preguntó con nostalgia, mirándolo a la cara. Pero su rostro era inescrutable, bajo las cejas pobladas. Lo mantuvo completamente en blanco. — Haz lo que desees — dijo. Y habló en buen inglés. — Pero no iré si no lo deseas — dijo, aferrándose a él. Hubo silencio. Se inclinó y puso otro trozo de madera en el fuego. La llama brilló en su rostro silencioso y abstraído. Ella esperó, pero no dijo nada. — Solo pensé que sería una buena manera de empezar a romper con Clifford. Sí quiero un hijo. Y me daría la oportunidad de, de... — continuó. — Dejar que piensen unas cuantas mentiras — dijo él. — Sí, eso entre otras cosas. ¿Quieres que piensen la verdad? — No me importa lo que piensen. — ¡A mí sí! No quiero que me manipulen con sus mentes frías y desagradables, no mientras siga en Wragby. Pueden pensar lo que quieran cuando me haya ido definitivamente. Guardó silencio. — Pero, ¿Sir Clifford espera que vuelvas con él? — Oh, debo volver — dijo: y hubo silencio. — ¿Y tendrías un hijo en Wragby? — preguntó. Le rodeó el cuello con el brazo. — Si no me llevaras, tendría que hacerlo — dijo. — ¿Llévarte adónde? — ¡A cualquier parte! ¡lejos! Pero muy lejos de Wragby. — ¿Cuándo? — Vaya, cuando vuelva. — Pero, ¿de qué sirve volver, hacer la cosa dos veces, si ya te has ido una vez? — dijo. — Oh, debo volver. ¡Lo he prometido! Lo he prometido tan fielmente. Además, vuelvo a ti, en realidad.

—¿Al guardabosques de tu marido? —No veo que eso importe —dijo. —¿No? —Reflexionó un rato—. ¿Y cuándo pensarías en irte de nuevo, entonces; definitivamente? ¿Cuándo exactamente? —Oh, no lo sé. Volvería de Venecia. Y entonces lo prepararíamos todo. —¿Cómo preparar? —Oh, se lo diría a Clifford. Tendría que decírselo. —¡Ah, sí! Permaneció en silencio. Ella le rodeó el cuello con los brazos con fuerza. —No me lo pongas difícil —suplicó. —¿Poner qué difícil? —Que vaya a Venecia y arregle las cosas. Una pequeña sonrisa, media sonrisa, parpadeó en su rostro. —No lo pongo difícil —dijo—. Solo quiero saber exactamente qué buscas. Pero ni tú misma lo sabes realmente. Quieres tomarte tu tiempo: irte y mirarlo. No te culpo. Creo que eres sabia. Puede que prefieras quedarte como señora de Wragby. No te culpo. No tengo Wragbys que ofrecer. De hecho, sabes lo que sacarás de mí. No, no, ¡creo que tienes razón! ¡De verdad! Y no me entusiasma la idea de vivir de ti, de que me mantengas. También está eso. Sintió, de alguna manera, como si él le estuviera devolviendo la jugada. —Pero me quieres, ¿verdad? —preguntó. —¿Me quieres tú a mí? —Sabes que sí. Eso es evidente. —¡Desde luego! ¿Y cuándo me quieres? —Sabes que podemos arreglarlo todo cuando vuelva. Ahora estoy sin aliento contigo. Necesito calmarme y aclararme. —¡Desde luego! ¡Cálmate y aclárate! Se sintió un poco ofendida. —Pero confías en mí, ¿verdad? —dijo. —¡Oh, absolutamente! Oyó la burla en su tono. —Dime, entonces —dijo rotundamente—; ¿crees que sería mejor si no voy a Venecia? —Estoy seguro de que es mejor si vas a Venecia —respondió con la voz fría y ligeramente burlona. —¿Sabes que es el próximo jueves? —dijo. —¡Sí! Ahora empezó a meditar. Al fin dijo: —Y sabremos mejor dónde estamos cuando vuelva, ¿no es así? —¡Oh, seguro! ¡El curioso abismo de silencio entre ellos!

—He estado en el abogado por mi divorcio —dijo, un poco forzado. Ella se estremeció ligeramente. —¡Ah, sí! —dijo—. ¿Y qué dijo? —Dijo que debería haberlo hecho antes; eso puede ser una dificultad. Pero como estuve en el ejército, cree que saldrá adelante. ¡Si tan solo no me la trajera de cabeza! —¿Tendrá que saberlo? —¡Sí! se le notifica a ella: y también al hombre con el que vive, el codemandado. —¡No es odioso, todos los trámites! Supongo que tendría que pasar por ello con Clifford. Hubo un silencio. —Y por supuesto —dijo—, tengo que llevar una vida ejemplar durante los próximos seis u ocho meses. Así que si vas a Venecia, la tentación se elimina por una o dos semanas, al menos. —¡Soy una tentación! —dijo, acariciándole la cara—. ¡Me alegro tanto de ser una tentación para ti! ¡No

pensemos en ello! Me asustas cuando empiezas a pensar: me dejas hecha un trapo. No pensemos en ello. Podemos pensar tanto cuando estamos separados. ¡Ese es el punto! He estado pensando, tengo que venir a verte otra noche antes de irme. Debo venir una vez más a la casita. ¿Vendré el jueves por la noche? —¿No es cuando estará tu hermana? —¡Sí! Pero dijo que saldríamos a la hora del té. Así que podríamos salir a la hora del té. Pero ella podría dormir en otro sitio y yo podría dormir contigo. —Pero entonces tendría que saberlo. —Oh, se lo diré. Ya se lo he dicho más o menos. Debo hablarlo todo con Hilda. Es de gran ayuda, tan sensata. Pensaba en su plan. —¿Así que saldríais de Wragby a la hora del té, como si fuerais a Londres? ¿Qué camino tomaríais? —Por Nottingham y Grantham. —Y entonces tu hermana te dejaría en algún sitio y tú volverías andando o en coche hasta aquí. Me parece muy arriesgado. —¿De verdad? Bueno, entonces, Hilda podría traerme de vuelta. Podría dormir en Mansfield y traerme de vuelta aquí por la noche, y recogerme de nuevo por la mañana. Es bastante fácil. —¿Y la gente que te vea? —Llevaré gafas y un velo. Reflexionó durante un rato. —Bueno —dijo—. Haz lo que te plazca, como siempre. —Pero, ¿no te complacería a ti? —¡Oh, sí! Me complacería, de acuerdo —dijo un poco sombrío—. Podría aprovechar mientras el hierro está caliente. —¿Sabes lo que pensé? —dijo de repente—. Se me ocurrió de repente. ¡Tú eres el «Caballero de la mano de mortero»! —¡Sí! ¿Y tú? ¿Eres la Dama del Mortero al Rojo Vivo? —¡Sí! —dijo—. ¡Sí! ¡Tú eres Sir Mortero y yo Lady Mortero! —De acuerdo, entonces soy caballero. John Thomas es Sir John, para tu Lady Jane. —¡Sí! ¡John Thomas es caballero! Yo soy mi-dama-caballo-de-venus, y tú también tienes que tener flores. ¡Sí! Enhebró dos colles rosas en el arbusto de pelo rojo dorado sobre su pene. —¡Ahí está! —dijo—. ¡Encantador! ¡Encantador! ¡Sir John! Y le clavó un trocito de nomeolvides en el vello oscuro de su pecho. —Y no me olvidarás ahí, ¿verdad? —lo besó en el pecho, e hizo que dos trocitos de nomeolvides se alojaran uno sobre cada pezón, besándolo de nuevo. —¡Haz un calendario de mí! —dijo. Rio, y las flores se desprendieron de su pecho. —¡Espera un poco! —dijo. Se levantó y abrió la puerta de la cabaña. Flossie, tumbada en el porche, se levantó y lo miró. —¡Sí, soy yo! —dijo. La lluvia había cesado. Había una quietud húmeda, pesada y perfumada. Se acercaba la noche.

Salió y bajó por el pequeño sendero en la dirección opuesta al camino. Connie observó su figura delgada y blanca, y le pareció un fantasma, una aparición que se alejaba de ella.

Cuando ya no pudo verlo, su corazón se hundió. Se quedó en la puerta de la cabaña, con una manta alrededor, mirando el silencio empapado e inmóvil.

Pero volvía, trotando extrañamente y llevando flores. Le tuvo un poco de miedo, como si no fuera del todo humano. Y cuando se acercó, sus ojos miraron los de ella, pero no pudo entender el significado.

Había traído aguileñas y collejas, y heno recién cortado, y penachos de roble y madreselva en pequeños capullos. Le sujetó suaves y jóvenes ramitas de roble alrededor de los pechos, clavando matas de jacintos y collejas: y en su ombligo colocó una flor de colleja rosa, y en su vello púbico había nomeolvides y aspérula. — ¡Esa eres tú en toda tu gloria! —dijo—. Lady Jane, en su boda con John Thomas. Y se clavó flores en el vello de su propio cuerpo, y se enrolló un trozo de hierba de la moneda alrededor del pene, y se clavó una sola campanilla de jacinto en el ombligo. Ella lo observaba con diversión, su extraña concentración. Y le clavó una flor de colleja en el bigote, donde se quedó, colgando bajo su nariz. —Este es John Thomas casándose con Lady Jane —dijo—. Y debemos dejar que Constance y Oliver sigan sus caminos. Quizás... Extendió la mano con un gesto, y luego estornudó, quitándose de un estornudo las flores de la nariz y del ombligo. Estornudó de nuevo. —¿Quizás qué? —dijo ella, esperando que continuara. La miró un poco desconcertado. —¿Eh? —dijo. —¿Quizás qué? Continúa con lo que ibas a decir —insistió. —Sí, ¿qué iba a decir? Lo había olvidado. Y fue una de las decepciones de su vida, que nunca terminara.

Un rayo de sol amarillo brilló sobre los árboles. — ¡El sol! —dijo—. Y hora de que te vayas. ¡Hora, mi señora, hora! ¿Qué es eso que vuela sin alas, su señoría? ¡El tiempo! ¡El tiempo! Buscó su camisa. — ¡Dale las buenas noches a John Thomas! —dijo, mirando su pene—. ¡Está a salvo en los brazos de la hierba de la moneda! No tiene mucho de mano de mortero ardiente ahora mismo. Y se puso la camisa de franela por la cabeza. —El momento más peligroso de un hombre —dijo, cuando su cabeza hubo emergido— es cuando se está poniendo la camisa. Entonces mete la cabeza en un saco. Por eso prefiero esas camisas americanas, que se ponen como una chaqueta. —Ella seguía mirándolo. Se metió en sus calzoncillos cortos y se los abrochó en la cintura. — ¡Mira a Jane! —dijo—. ¡En todas sus flores! ¿Quién te pondrá flores el año que viene, Jinny? ¿Yo u otro? «¡Adiós, mi jacinto, adiós a ti!». Odio esa canción, es de los primeros días de la guerra.

—Se había sentado y se estaba poniendo las medias. Ella seguía inmóvil. Le posó la mano en la pendiente de sus nalgas—. ¡Pequeña y bonita Lady Jane! —dijo—. Quizás en Venecia encuentres un hombre que te ponga jazmín en tu vello púbico y una flor de granado en tu ombligo. ¡Pobre pequeña Lady Jane! —¡No digas esas cosas! —dijo—. Solo las dices para herirme. Él bajó la cabeza. Luego dijo, en dialecto: —¡Sí, quizás lo hago, quizás lo hago! Bueno, entonces, no diré nada y asunto concluido. Pero tienes que vestirme y volver a tus majestuosas casas de Inglaterra, qué hermosas se ven. ¡Se acabó el tiempo! ¡Se acabó el tiempo para Sir John y para la pequeña Lady Jane! ¡Ponte la camisa, Lady Chatterley! Podrías ser cualquiera, ahí de pie sin ni siquiera una camisa y unos cuantos harapos de flores. ¡Venga entonces, venga entonces, te desnudaré, joven zorzal de cola corta! —Y le quitó las hojas del pelo, besándole el pelo húmedo, y las flores de los pechos, y le besó los pechos, y le besó el ombligo, y le besó el vello púbico, donde dejó las flores enhebradas—. Deben quedarse mientras quieran —dijo—. ¡Así que! ¡Ahí estás desnuda de nuevo, nada más que una muchacha con el culo al aire y un poco de Lady Jane! ¡Ahora ponte la camisa, pues tienes que irte, o si no Lady Chatterley va a llegar tarde a la cena, y dónde has estado, mi linda doncella! Nunca supo cómo responderle cuando estaba en esta condición del habla vernácula. Así que se vistió y se preparó para irse un poco ignominiosamente a casa, a Wragby. O así lo sintió: un poco ignominiosamente a casa.

La acompañaría hasta el ancho camino. Sus jóvenes faisanes estaban bien bajo el refugio. Cuando él y ella salieron al camino, allí estaba la señora Bolton, vacilando pálidamente hacia ellos. —¡Oh, mi señora, nos preguntábamos si había pasado algo! —¡No! No ha pasado nada. La señora Bolton miró el rostro del hombre, que estaba liso y de aspecto nuevo por el amor. Se encontró con sus ojos medio risueños, medio burlones. Siempre se reía de la desgracia. Pero la miró con amabilidad. —¡Buenas noches, señora Bolton! Su señoría estará bien ahora, así que puedo dejarla. ¡Buenas noches a su señoría! ¡Buenas noches, señora Bolton! Saludó y se dio la vuelta.

CAPÍTULO XVI

Connie llegó a casa para un suplicio de interrogatorio. Clifford había salido a la hora del té, había entrado justo antes de la tormenta, y ¿dónde estaba su señoría? Nadie lo sabía, solo la señora Bolton sugirió que había ido a dar un paseo por el bosque. ¡Al bosque, con una tormenta así! Clifford, por una vez, se dejó llevar por un estado de frenesí nervioso. Se sobresaltaba a cada relámpago y palidecía a cada trueno. Miraba la helada lluvia de la tormenta como si fuera el fin del mundo. Se ponía cada vez más nervioso.

La señora Bolton intentó calmarlo. —Estará refugiada en la cabaña, hasta que pase. No se preocupe, su señoría está bien. —¡No me gusta que esté en el bosque con una tormenta como esta! ¡No me gusta que esté en el bosque en absoluto! Ya lleva fuera más de dos horas. ¿Cuándo salió? —Un poco antes de que usted entrara. —No la vi en el parque. Dios sabe dónde está y qué le ha pasado. —Oh, no le ha pasado nada. Ya verá, volverá a casa en cuanto deje de llover. Es solo la lluvia lo que la retiene. Pero su señoría no volvió a casa en cuanto dejó de llover. De hecho, pasó el tiempo, el sol salió para su último vistazo amarillo, y todavía no había señales de ella. El sol se había puesto, oscurecía, y ya había sonado el primer gong de la cena. —¡No sirve de nada! —dijo Clifford frenético—. Voy a enviar a Field y a Betts a buscarla. —¡Oh, no haga eso! —exclamó la señora Bolton—. Pensarán que ha habido un suicidio o algo así. Oh, no empiece a dar pie a habladurías... Déjeme ir un momento a la cabaña a ver si no está allí. La encontraré, no se preocupe. Así que, después de un poco de persuasión, Clifford le permitió ir.

Y así Connie se había topado con ella en el camino, sola y merodeando pálidamente. — ¡No debe importarle que viniera a buscarla, mi señora! Pero Sir Clifford se puso en un estado tal... Estaba seguro de que le había caído un rayo o que la había matado un árbol caído. Y estaba decidido a enviar a Field y a Betts al bosque a buscar el cuerpo. Así que pensé que era mejor que viniera yo, en lugar de poner en vilo a todos los sirvientes. Hablaba nerviosamente. Todavía podía ver en el rostro de Connie la tersura y el medio sueño de la pasión, y podía sentir la irritación contra sí misma. — ¡Desde luego! — dijo Connie. Y no pudo decir más. Las dos mujeres caminaron penosamente por el mundo mojado, en silencio, mientras grandes gotas salpicaban como explosiones en el bosque. Cuando llegaron al parque, Connie se adelantó a grandes zancadas, y la señora Bolton jadeó un poco. Estaba engordando. — ¡Qué tontería por parte de Clifford armar tanto alboroto! — dijo Connie al fin, enfadada, hablándose realmente a sí misma. — ¡Oh, ya sabe cómo son los hombres! Les gusta ponerse nerviosos. Pero estará bien en cuanto vea a su señoría. Connie estaba muy enfadada de que la señora Bolton supiera su secreto: pues ciertamente lo sabía.

De repente, Constance se detuvo en el sendero. — ¡Es monstruoso que tengan que seguirme! — dijo, con los ojos centelleando. — ¡Oh, su señoría, no diga eso! Ciertamente habría enviado a los dos hombres, y habrían ido directos a la cabaña. Yo no sabía dónde estaba, de verdad. Connie se sonrojó más de ira ante la sugerencia. Sin embargo, mientras la pasión la dominaba, no podía mentir. Ni siquiera podía fingir que no había nada entre ella y el guardabosques. Miró a la otra mujer, que estaba tan astuta, con la cabeza gacha: sin embargo, de alguna manera, en su feminidad, una aliada. — ¡Oh, bueno! — dijo —. Si es así, así es. ¡No me importa! — ¡Vaya, está usted bien, mi señora! Solo se ha refugiado en la cabaña. No es absolutamente nada. Continuaron hacia la casa. Connie entró marchando en la habitación de Clifford, furiosa con él, furiosa con su rostro pálido y sobreexcitado y sus ojos prominentes. — ¡Debo decir que no creo que necesite enviar a los sirvientes detrás de mí! — soltó. — ¡Dios mío! — explotó él —. ¿Dónde has estado, mujer? ¡Llevas fuera horas, horas, y con una tormenta como esta! ¿Para qué diablos vas a ese maldito bosque? ¿Qué has estado haciendo? ¡Han pasado horas incluso desde que dejó de llover, horas! ¿Sabes qué hora es? Eres capaz de volver loco a cualquiera. ¿Dónde has estado? ¿Qué demonios has estado haciendo? — ¡Y qué si no quiero decírtelo? — Se quitó el sombrero de la cabeza y se sacudió el pelo. La miró con los ojos desorbita-

dos, y el blanco de sus ojos se tornó amarillo. Era muy malo para él ponerse en estas rabias: la señora Bolton tenía un tiempo agotador con él, durante días después. Connie sintió un repentino remordimiento. — ¡Pero de verdad! — dijo, más suave —, ¡cualquiera pensaría que he estado no sé dónde! Simplemente me senté en la cabaña durante toda la tormenta, me encendí un fueguito y fui feliz. Hablaba ahora con facilidad. Después de todo, ¿para qué excitarlo más? La miró con recelo. — ¡Y mira tu pelo! — dijo —; ¡mírate! — ¡Sí! — respondió con calma —. Salí a correr bajo la lluvia sin ropa. La miró sin habla. — ¡Debes de estar loca! — dijo. — ¿Por qué? ¿Por gustarme una ducha de la lluvia? — ¿Y cómo te secaste? — Con una toalla vieja y junto al fuego. Todavía la miraba estupefacto. — Y suponiendo que viniera alguien — dijo. — ¿Quién vendría? — ¿Quién? ¡Vaya, cualquiera! Y Mellors. ¿Viene él? Debe venir por las noches. — Sí, vino más tarde, cuando había escampado, para dar de comer a los faisanes con maíz. Hablaba con una increíble despreocupación. La señora Bolton, que escuchaba en la habitación de al lado, oyó con pura admiración. ¡Pensar que una mujer podía llevarlo con tanta naturalidad! — ¿Y si hubiera venido mientras corrías bajo la lluvia sin nada, como una maníaca? — Supongo que se habría llevado el susto de su vida y habría huido tan rápido como pudo. Clifford todavía la miraba paralizado. Lo que pensó en su subconsciente nunca lo sabría. Y estaba demasiado desconcertado para formar un pensamiento claro en su conciencia superior. Simplemente aceptó lo que ella dijo, en una especie de vacío. Y la admiró. No pudo evitar admirarla. Se veía tan sonrojada y hermosa y tersa: tersa de amor.

— Al menos — dijo, calmándose —, tendrás suerte si te has librado sin un fuerte resfriado. — Oh, no he cogido un resfriado — respondió ella. Pensaba para sí misma en las palabras del otro hombre: ¡Tienes el culo de mujer más bonito de todas! Deseó, deseó ardientemente poder decirle a Clifford que le habían dicho esto, durante la famosa tormenta. ¡Sin embargo! Se comportó más bien como una reina ofendida y subió a cambiarse.

Esa noche, Clifford quiso ser amable con ella. Estaba leyendo uno de los últimos libros científico-religiosos: tenía una veta de una especie de religión espuria, y estaba egocéntricamente preocupado por el futuro de su propio ego. Era como su costumbre entablar conversación con Connie sobre algún libro, ya que la conversación entre ellos tenía que ser fabricada, casi químicamente. Tenían que prepararla casi químicamente en sus cabezas. — ¿Qué

piensas de esto, por cierto? —dijo, cogiendo su libro—. No tendrías necesidad de enfriar tu ardiente cuerpo corriendo bajo la lluvia, si tan solo tuviéramos unos cuantos eones más de evolución detrás de nosotros. ¡Ah, aquí está! —«El universo nos muestra dos aspectos: por un lado, se está desgastando físicamente, por el otro, está ascendiendo espiritualmente». Connie escuchó, esperando más. Pero Clifford esperaba. Lo miró sorprendida. —Y si asciende espiritualmente —dijo—, ¿qué deja abajo, en el lugar donde solía estar su cola? —¡Ah! —dijo—. Toma al hombre por lo que quiere decir. Ascender es lo opuesto a su desgaste, supongo. —¡Espiritualmente desinflado, por así decirlo! —No, pero en serio, sin bromas: ¿crees que hay algo en ello? Lo miró de nuevo. —¿Desgaste físico? —dijo—. Te veo engordar, y yo no me estoy desgastando. ¿Crees que el sol es más pequeño de lo que solía ser? Para mí no. Y supongo que la manzana que Adán le ofreció a Eva no era realmente mucho más grande, si acaso, que una de nuestras reinetas. ¿Crees que lo era? —Bueno, escucha cómo continúa: «Así está pasando lentamente, con una lentitud inconcebible en nuestras medidas de tiempo, a nuevas condiciones creativas, en medio de las cuales el mundo físico, tal como lo conocemos actualmente, estará representado por una ondulación apenas distinguible de la no entidad». Escuchaba con un brillo de diversión. Se le ocurrían todo tipo de cosas impropias. Pero solo dijo: —¡Qué tontería! ¡Como si su pequeña y engreída conciencia pudiera saber lo que estaba pasando tan lentamente! Solo significa que es un fracaso físico en la tierra, así que quiere hacer de todo el universo un fracaso físico. ¡Pequeña impertinencia remilgada! —¡Oh, pero escucha! ¡No interrumpas las solemnes palabras del gran hombre! «El tipo actual de orden en el mundo ha surgido de un pasado inimaginable, y encontrará su tumba en un futuro inimaginable. Queda el reino inagotable de las formas abstractas, y la creatividad con su carácter cambiante siempre determinado de nuevo por sus propias criaturas, y Dios, de cuya sabiduría dependen todas las formas de orden». ¡Ahí está, así es como termina! Connie se sentó a escuchar con desprecio. —Está espiritualmente desinflado —dijo—. ¡Qué montón de tonterías! Inimaginables, y tipos de orden en tumbas, y reinos de formas abstractas, y creatividad con un carácter voluble, ¡y Dios mezclado con formas de orden! ¡Vaya, es idiota! —Debo decir que es un conglomerado un poco vago, una mezcla de gases, por así decirlo —dijo Clifford—. Aun así, creo que hay algo en la idea de que el universo se está desgastando físicamente y ascendiendo espiritualmente. —¿Tú crees? Entonces que ascienda,

siempre que me deje a mí sana y salva y sólidamente física aquí abajo. — ¿Te gusta tu físico? — preguntó. — ¡Me encanta! — Y por su mente pasaron las palabras: ¡Es el culo de mujer más bonito, más bonito que hay! — Pero eso es realmente bastante extraordinario, porque no se puede negar que es un estorbo. Pero entonces supongo que una mujer no encuentra un placer supremo en la vida de la mente. — ¿Placer supremo? — dijo, mirándolo—. ¿Esa clase de idiotez es el placer supremo de la vida de la mente? ¡No, gracias! A mí dame el cuerpo. Creo que la vida del cuerpo es una realidad mayor que la vida de la mente: cuando el cuerpo se despierta realmente a la vida. Pero tanta gente, como tu famoso ventilador, solo tiene mentes pegadas a sus cadáveres físicos. La miró asombrado. — La vida del cuerpo — dijo — es solo la vida de los animales. — Y eso es mejor que la vida de los cadáveres profesionales. ¡Pero no es verdad! El cuerpo humano apenas está empezando a cobrar vida de verdad. Con los griegos dio un hermoso parpadeo, luego Platón y Aristóteles lo mataron, y Jesús lo remató. Pero ahora el cuerpo está cobrando vida de verdad, realmente está resucitando de la tumba. Y será una vida encantadora, encantadora en el universo encantador, la vida del cuerpo humano. — ¡Mi querida, hablas como si lo estuvieras introduciendo todo! Es cierto, te vas de vacaciones: pero por favor no estés tan indecentemente eufórica por ello. Créeme, cualquier Dios que haya está eliminando lentamente las tripas y el sistema alimentario del ser humano, para evolucionar a un ser superior, más espiritual. — ¿Por qué debería creerte, Clifford, cuando siento que cualquier Dios que haya se ha despertado por fin en mis tripas, como las llamas, y ondula allí tan felizmente, como el amanecer? ¿Por qué debería creerte, cuando siento todo lo contrario? — ¡Oh, exactamente! ¿Y qué ha causado este extraordinario cambio en ti? ¿Salir corriendo desnuda bajo la lluvia y jugar a ser bacante? ¿Deseo de sensación, o la anticipación de ir a Venecia? — ¡Ambas cosas! ¿Crees que es horrible por mi parte estar tan emocionada por irme? — dijo. — Más bien horrible mostrarlo tan claramente. — Entonces lo esconderé. — ¡Oh, no te molestes! Casi me comunicas una emoción a mí. Casi siento que soy yo quien se va. — Bueno, ¿por qué no vienes? — Ya hemos hablado de eso. Y de hecho, supongo que tu mayor emoción proviene de poder decir un adiós temporal a todo esto. ¡Nada tan emocionante, por el momento, como Adiós-a-todo! Pero toda despedida significa un encuentro en otro lugar. Y todo encuentro es una nueva esclavitud. — No voy a entrar en ninguna nueva esclavitud. — No presumas, mientras los dioses escuchan — dijo él. Se detuvo

en seco. — ¡No! ¡No presumiré! — dijo. Pero estaba emocionada, no obstante, de irse: de sentir romperse los lazos. No podía evitarlo.

Clifford, que no podía dormir, jugó toda la noche con la señora Bolton, hasta que ella estuvo demasiado somnolienta casi para vivir.

Y llegó el día en que debía llegar Hilda. Connie había acordado con Melors que si todo prometía bien para su noche juntos, colgaría un chal verde de la ventana. Si había frustración, uno rojo.

La señora Bolton ayudó a Connie a hacer la maleta. — Le sentará tan bien a su señoría un cambio. — Creo que sí. No le importa tener a Sir Clifford a su cargo sola por un tiempo, ¿verdad? — ¡Oh, no! Puedo manejarlo perfectamente. Quiero decir, puedo hacer todo lo que necesita que haga. ¿No cree que está mejor que antes? — ¡Oh, mucho! Hace maravillas con él. — ¡Vaya si las hago! Pero los hombres son todos iguales: solo bebés, y tienes que halagarlos y engatusarlos y dejar que piensen que se salen con la suya. ¿No le parece así, mi señora? — Me temo que no tengo mucha experiencia. Connie hizo una pausa en su ocupación. — Incluso su marido, ¿tuvo que manejarlo y engatusarlo como a un bebé? — preguntó, mirando a la otra mujer. La señora Bolton también hizo una pausa. — ¡Bueno! — dijo —. Tuve que engatusarlo bastante a él también. Pero siempre sabía lo que yo pretendía, debo decir eso. Pero generalmente me cedía. — ¿Nunca fue del tipo señor y amo? — ¡No! Al menos, a veces había una mirada en sus ojos, y entonces sabía que yo tenía que ceder. Pero normalmente él me cedía a mí. No, nunca fue señor y amo. Pero tampoco lo fui yo. Sabía cuándo no podía ir más lejos con él, y entonces cedía: aunque a veces me costara bastante. — ¿Y si se hubiera mantenido firme contra él? — Oh, no lo sé. Nunca lo hice. Incluso cuando él estaba equivocado, si estaba decidido, yo cedía. Verá, nunca quise romper lo que había entre nosotros. Y si realmente te enfrentas a un hombre, eso lo termina todo. Si te importa un hombre, tienes que cederle una vez que está realmente decidido; estés en lo cierto o no, tienes que ceder. Si no, rompes algo. Pero debo decir que Ted me cedía a mí a veces, cuando yo estaba empeñada en algo, y equivocada. Así que supongo que es mutuo. — ¿Y así es con todos sus pacientes? — preguntó Connie. — Oh, eso es diferente. No me importa en absoluto, de la misma manera. Sé lo que es bueno para ellos, o lo intento, y entonces simplemente me las arreglo para manejarlos por su propio bien. No es como alguien a quien realmente aprecias. Es completamente diferente. Una vez que has apreciado de verdad a un

hombre, puedes ser afectuosa con casi cualquier hombre, si te necesita. Pero no es lo mismo. Realmente no te importa. Dudo que, una vez que has apreciado de verdad, puedas volver a apreciar de verdad. Estas palabras asustaron a Connie. —¿Cree que solo se puede apreciar una vez? —preguntó. —O nunca. La mayoría de las mujeres nunca aprecian, nunca empiezan a hacerlo. No saben lo que significa. Ni los hombres tampoco. Pero cuando veo a una mujer que aprecia, mi corazón se detiene por ella. —¿Y cree que los hombres se ofenden fácilmente? —¡Sí! Si los hieres en su orgullo. Pero, ¿no son las mujeres iguales? Solo que nuestros dos orgullos son un poco diferentes. Connie reflexionó sobre esto. Empezó de nuevo a tener algunas dudas sobre su partida. Después de todo, ¿no le estaba dando esquinazo al hombre, aunque solo fuera por un corto tiempo? Y él lo sabía. Por eso era tan extraño y sarcástico.

¡Aun así! la existencia humana está en gran medida controlada por la máquina de las circunstancias externas. Estaba en poder de esta máquina. No podía liberarse en cinco minutos. Ni siquiera quería.

Hilda llegó a buena hora el jueves por la mañana, en un ágil coche bi-plaza, con la maleta firmemente sujeta detrás. Parecía tan recatada y virginal como siempre, pero tenía la misma voluntad propia. Tenía una voluntad de mil demonios, como había descubierto su marido. Pero el marido ahora se estaba divorciando de ella. Sí, incluso le facilitó el divorcio, aunque no tenía amante. Por el momento, estaba «harta» de los hombres. Estaba muy contenta de ser completamente dueña de sí misma: y dueña de sus dos hijos, a los que iba a criar «correctamente», signifique lo que signifique eso.

A Connie solo se le permitió una maleta también. Pero había enviado un baúl a su padre, que iba en tren. No servía de nada llevar un coche a Venecia. Y en Italia hacía demasiado calor para viajar en coche en julio. Él iba cómodamente en tren. Acababa de bajar de Escocia.

Así, como una recatada mariscala de campo arcádica, Hilda organizó la parte material del viaje. Ella y Connie se sentaron en la habitación de arriba, charlando. —¡Pero, Hilda! —dijo Connie, un poco asustada—. Quiero quedarme cerca de aquí esta noche. No aquí: ¡cerca de aquí! Hilda fijó en su hermana sus ojos grises e inescrutables. Parecía tan tranquila: y tan a menudo estaba furiosa. —¿Dónde, cerca de aquí? —preguntó suavemente.

—Bueno, sabes que amo a alguien, ¿no? —Me pareció que había algo. —Bueno, vive cerca de aquí, y quiero pasar esta última noche con él. ¡Debo hacerlo! Lo he prometido. Connie se puso insistente. Hilda inclinó su cabeza de Minerva en silencio. Luego levantó la vista. —¿Quieres decirme quién es? —dijo. —Es nuestro guardabosques —tartamudeó Connie, y se sonrojó intensamente, como una niña avergonzada. —¡Connie! —dijo Hilda, levantando ligeramente la nariz con disgusto: un gesto que tenía de su madre. —Lo sé: pero es encantador, de verdad. Realmente entiende de ternura —dijo Connie, intentando disculparlo. Hilda, como una Atenea rubicunda y de color intenso, inclinó la cabeza y reflexionó. Estaba realmente muy enfadada. Pero no se atrevió a demostrarlo, porque Connie, saliendo a su padre, se volvería enseguida obstinada e inmanejable.

Era cierto, a Hilda no le gustaba Clifford: ¡su fría seguridad de que era alguien! Pensaba que se aprovechaba de Connie vergonzosa e impudicamente. Había esperado que su hermana lo dejara. Pero, siendo de sólida clase media escocesa, detestaba cualquier «rebajamiento» de una misma, o de la familia. Levantó la vista al fin. —Te arrepentirás —dijo. —¡No lo haré! —exclamó Connie, sonrojada—. Es toda una excepción. Lo amo de verdad. Es encantador como amante. Hilda seguía reflexionando. —Lo superarás en poco tiempo —dijo—, y vivirás para avergonzarte de ti misma por él. —¡No lo haré! Espero tener un hijo suyo. —¡Connie! —dijo Hilda, dura como un martillazo, y pálida de ira. —Lo tendré si puedo. Estaría terriblemente orgullosa si tuviera un hijo de él. No servía de nada hablarle. Hilda reflexionó. —¿Y Clifford no sospecha? —dijo. —¡Oh, no! ¿Por qué debería? —No dudo de que le has dado muchas ocasiones para sospechar —dijo Hilda. —En absoluto. —Y el asunto de esta noche parece una locura bastante gratuita. ¿Dónde vive ese hombre? —En la casita al otro extremo del bosque. —¿Es soltero? —¡No! Su mujer lo dejó. —¿Qué edad tiene? —No lo sé. Mayor que yo. Hilda se enfadaba más con cada respuesta, enfadada como solía estar su madre, en una especie de paroxismo. Pero aun así lo ocultaba. —Yo abandonaré la escapada de esta noche si fuera tú —aconsejó con calma. —¡No puedo! Debo quedarme con él esta noche, o no puedo ir a Venecia en absoluto. Simplemente no puedo. Hilda oyó a su padre de nuevo, y cedió, por pura diplomacia. Y consintió en conducir a Mansfield, ambas, para cenar, llevar a Connie de vuelta al final del camino después de oscurecer, y recogerla del final del camino a la mañana siguiente, durmiendo ella misma en Mansfield, a solo media hora de distancia, a buen ritmo.

Pero estaba furiosa. Se lo guardó contra su hermana, esta frustración de sus planes.

Connie colgó un chal verde esmeralda del alféizar de su ventana.

Impulsada por su ira, Hilda se mostró más cálida con Clifford. Después de todo, él tenía una mente. Y si no tenía sexo, funcionalmente, tanto mejor: ¡mucho menos por lo que discutir! Hilda no quería más de ese asunto del sexo, donde los hombres se convertían en pequeños horrores desagradables y egoístas. Connie realmente tenía menos que soportar que muchas mujeres, si lo supiera.

Y Clifford decidió que Hilda, después de todo, era una mujer decididamente inteligente, y sería una excelente compañera para un hombre, si se dedicara a la política, por ejemplo. Sí, no tenía ninguna de las tonterías de Connie, Connie era más una niña: había que disculparla, porque no era del todo fiable.

Tomaron una taza de té temprano en el vestíbulo, donde las puertas estaban abiertas para dejar entrar el sol. Todos parecían jadear un poco. — ¡Adiós, Connie, niña! ¡Vuelve a mí sana y salva! — ¡Adiós, Clifford! Sí, no tardaré. — Connie estaba casi tierna. — ¡Adiós, Hilda! La vigilarás, ¿verdad? — ¡Incluso la vigilaré con dos ojos! — dijo Hilda—. No se desviará mucho. — ¡Es una promesa! — ¡Adiós, señora Bolton! Sé que cuidará noblemente de Sir Clifford. — Haré lo que pueda, su señoría. — Y escríbame si hay alguna noticia, y cuénteme sobre Sir Clifford, cómo está. — Muy bien, su señoría, lo haré. Y que lo pase bien, y vuelva y nos anime. Todos saludaron. El coche se fue. Connie miró hacia atrás y vio a Clifford sentado en lo alto de los escalones en su silla de casa. Después de todo, era su marido: Wragby era su hogar: las circunstancias lo habían hecho.

La señora Chambers abrió la portilla y le deseó a su señoría unas felices vacaciones. El coche salió del oscuro bosquecillo que enmascaraba el parque, hacia la carretera principal donde los mineros se arrastraban a casa. Hilda giró hacia la carretera de Crosshill, que no era una carretera principal, sino que iba a Mansfield. Connie se puso las gafas. Corrieron junto al ferrocarril, que estaba en una trinchera debajo de ellos. Luego cruzaron la trinchera por un puente. — ¡Ese es el camino a la casita! — dijo Connie. Hilda lo miró con impaciencia. — ¡Es una lástima que no podamos irnos directamente! — dijo—. Podríamos haber estado en Pall Mall a las nueve. — Lo

siento por ti —dijo Connie, desde detrás de sus gafas. Pronto estuvieron en Mansfield, esa ciudad minera antaño romántica, ahora completamente desalentadora. Hilda se detuvo en el hotel que figuraba en la guía de coches y tomó una habitación. Todo era completamente anodino, y estaba casi demasiado enfadada para hablar. Sin embargo, Connie tuvo que contarle algo de la historia del hombre. —¡Él! ¡Él! ¿Qué nombre le das? Solo dices él —dijo Hilda. —Nunca lo he llamado por ningún nombre: ni él a mí: lo cual es curioso, si lo piensas. A menos que digamos Lady Jane y John Thomas. Pero su nombre es Oliver Mellors. —¿Y qué te parecería ser la señora Oliver Mellors, en lugar de Lady Chatterley? —Me encantaría. No había nada que hacer con Connie. Y de todos modos, si el hombre había sido teniente en el ejército en la India durante cuatro o cinco años, debía ser más o menos presentable. Aparentemente tenía carácter. Hilda empezó a ceder un poco. —Pero lo superarás en poco tiempo —dijo—, y entonces te avergonzarás de haber estado relacionada con él. No se puede mezclar con la gente trabajadora. —¡Pero si eres tan socialista! Siempre estás del lado de las clases trabajadoras. —Puede que esté de su lado en una crisis política, pero estar de su lado me hace saber lo imposible que es mezclar la vida de una con la de ellos. No por esnobismo, sino simplemente porque todo el ritmo es diferente. Hilda había vivido entre los verdaderos intelectuales políticos, así que era desastrosamente irrefutable.

La noche anodina en el hotel se prolongó, y al final tuvieron una cena anodina. Luego Connie metió unas cuantas cosas en una pequeña bolsa de seda y se peinó una vez más. —Después de todo, Hilda —dijo—, el amor puede ser maravilloso; cuando sientes que vives y estás en el centro mismo de la creación. —Era casi como una fanfarronada por su parte. —Supongo que todo mosquito siente lo mismo —dijo Hilda. —¿Tú crees? ¡Qué bien por él! La noche era maravillosamente clara y se prolongaba, incluso en la pequeña ciudad. Habría media luz toda la noche. Con una cara como una máscara, por el resentimiento, Hilda arrancó de nuevo su coche, y las dos volvieron sobre sus pasos, tomando la otra carretera, a través de Bolsover.

Connie llevaba sus gafas y su gorro de disfraz, y se sentó en silencio. Debido a la oposición de Hilda, estaba ferozmente del lado del hombre, lo apoyaría contra viento y marea.

Tenían los faros encendidos cuando pasaron por Crosshill, y el pequeño tren iluminado que pasaba resoplando en la trinchera hizo que pareciera de

noche de verdad. Hilda había calculado el giro hacia el camino al final del puente. Redujo la velocidad de repente y se desvió de la carretera, las luces deslumbrando blancas en el camino cubierto de hierba y maleza. Connie miró. Vio una figura sombría y abrió la puerta. — ¡Ya estamos aquí! —dijo suavemente. Pero Hilda había apagado las luces y estaba absorta dando marcha atrás, haciendo el giro. — ¿Nada en el puente? —preguntó secamente. — Está todo bien —dijo la voz del hombre. Dio marcha atrás hasta el puente, invirtió la marcha, dejó que el coche avanzara unos metros por la carretera y luego dio marcha atrás hacia el camino, bajo un olmo de montaña, aplastando la hierba y los helechos. Luego todas las luces se apagaron. Connie bajó. El hombre estaba de pie bajo los árboles. — ¿Esperaste mucho? —preguntó Connie. — No mucho —respondió él. Ambos esperaron a que Hilda bajara. Pero Hilda cerró la puerta del coche y se quedó sentada. — Esta es mi hermana Hilda. ¿No quieres venir a hablarle? ¡Hilda! Este es el señor Mellors. El guardabosques se quitó el sombrero, pero no se acercó más. — Por favor, baja a la casita con nosotros, Hilda —suplicó Connie—. No está lejos. — ¿Y el coche? — La gente los deja en los caminos. Tienes la llave. Hilda guardó silencio, deliberando. Luego miró hacia atrás por el camino. — ¿Puedo dar marcha atrás alrededor de ese arbusto? —dijo. — ¡Oh, sí! —dijo el guardabosques. Dio marcha atrás lentamente alrededor de la curva, fuera de la vista de la carretera, cerró el coche con llave y bajó. Era de noche, pero una oscuridad luminosa. Los setos se alzaban altos y salvajes, junto al camino en desuso, y parecían muy oscuros. Había un aroma fresco y dulce en el aire. El guardabosques iba delante, luego Connie, luego Hilda, y en silencio. Iluminó los lugares difíciles con una linterna, y siguieron adelante, mientras un búho ululaba suavemente sobre los robles, y Flossie caminaba sigilosamente alrededor. Nadie podía hablar. No había nada que decir.

Al fin, Connie vio la luz amarilla de la casa y su corazón latió con fuerza. Tenía un poco de miedo. Siguieron adelante, todavía en fila india.

Abrió la puerta con llave y los precedió a la cálida pero desnuda habitación. El fuego ardía bajo y rojo en la chimenea. La mesa estaba puesta con dos platos y dos vasos, sobre un mantel blanco de verdad por una vez. Hilda se sacudió el pelo y miró alrededor de la habitación desnuda y desangelada. Luego reunió valor y miró al hombre.

Era moderadamente alto y delgado, y le pareció guapo. Mantenía una tranquila distancia propia y parecía absolutamente reacio a hablar. — Siéntate, Hilda — dijo Connie. — ¡Sí, por favor! — dijo él—. ¿Puedo prepararle té o algo, o quiere beber un vaso de cerveza? Está moderadamente fresca. — ¡Cerveza! — dijo Connie. — ¡Cerveza para mí, por favor! — dijo Hilda, con una especie de timidez fingida. Él la miró y parpadeó.

Cogió una jarra azul y fue a grandes zancadas al fregadero. Cuando volvió con la cerveza, su rostro había cambiado de nuevo.

Connie se sentó junto a la puerta, y Hilda se sentó en su asiento, de espaldas a la pared, contra la esquina de la ventana. — Esa es su silla — dijo Connie suavemente. Y Hilda se levantó como si le hubiera quemado. — ¡Quédese quieta, quedese quieta! Coja la silla que le apetezca, ninguno de nosotros es el oso grande — dijo, con completa ecuanimidad. Y le trajo un vaso a Hilda y le sirvió cerveza primero de la jarra azul. — En cuanto a los cigarrillos — dijo —, no tengo, pero quizás usted tenga los suyos. Yo no fumo. ¿Quieren comer algo? — Se dirigió directamente a Connie—. ¿Quieres comer un bocadito de algo, si te lo traigo? Normalmente te viene bien un bocado. — Hablaba el dialecto con una curiosa calma y seguridad, como si fuera el dueño de la posada. — ¿Qué hay? — preguntó Connie, sonrojándose. — Jamón cocido, queso, nueces en escabeche, si te gusta. Poca cosa. — Sí — dijo Connie—. ¿Tú no quieres, Hilda? Hilda lo miró. — ¿Por qué habla usted en dialecto de Yorkshire? — dijo suavemente. — ¡Eso! Eso no es Yorkshire, es Derby. La miró de nuevo con esa sonrisa leve y distante. — ¡Derby, entonces! ¿Por qué habla usted en dialecto de Derby? Al principio hablaba un inglés natural. — ¿De verdad? ¿Y no puedo cambiar si me apetece? No, no, déjeme hablar en dialecto de Derby si me conviene. Si usted no tiene nada en contra. — Suena un poco afectado — dijo Hilda. — ¡Sí, quizás! Y arriba en Tevershall, usted sonaría afectada. — La miró de nuevo, con una extraña distancia calculadora, a lo largo de sus pómulos: como diciendo: Sí, ¿y quién es usted?

Se fue a grandes zancadas a la despensa a por la comida. Las hermanas se sentaron en silencio. Trajo otro plato y un cuchillo y un tenedor. Luego dijo: — Y si a usted le da lo mismo, me quitaré el abrigo, como siempre hago. Y se quitó el abrigo y lo colgó en la percha, luego se sentó a la mesa en mangas de camisa: una camisa de franela fina de color crema. — ¡Servíos! — dijo—. ¡Servíos! ¡No esperéis a que os lo pidan! Cortó el pan y luego se

sentó inmóvil. Hilda sintió, como Connie solía sentir, su poder de silencio y distancia. Vio su mano más bien pequeña, sensible y suelta sobre la mesa. No era un simple obrero, no él: ¡estaba actuando! ¡actuando! —Aun así —dijo, mientras cogía un poco de queso—. Sería más natural si nos hablara en inglés normal, no en dialecto. La miró, sintiendo su voluntad de mil demonios. —¿Lo sería? —dijo en inglés normal—. ¿Lo sería? ¿Sería natural algo de lo que se dijera entre usted y yo, a menos que dijera que me deseaba en el infierno antes de que su hermana me viera de nuevo: y a menos que yo dijera algo casi tan desagradable de vuelta? ¿Sería natural cualquier otra cosa? —¡Oh, sí! —dijo Hilda—. Unos buenos modales serían bastante naturales. —¡Segunda naturaleza, por así decirlo! —dijo: luego empezó a reír—. No —dijo—. Estoy harto de modales. ¡Déjeme en paz! Hilda estaba francamente desconcertada y furiosamente molesta. Después de todo, podría demostrar que se daba cuenta de que le estaban haciendo un honor. En lugar de lo cual, con su teatro y sus aires de señor, parecía pensar que era él quien confería el honor. ¡Pura impertinencia! ¡Pobre Connie equivocada, en las garras del hombre!

Los tres comieron en silencio. Hilda observó sus modales en la mesa. No pudo evitar darse cuenta de que él era instintivamente mucho más delicado y bien educado que ella. Ella tenía una cierta torpeza escocesa. Y además, él tenía toda la tranquila y contenida seguridad de los ingleses, sin aristas sueltas. Sería muy difícil ganarle la partida.

Pero tampoco él le ganaría la partida a ella. —¿Y realmente cree —dijo, un poco más humanamente— que vale la pena el riesgo? —¿Qué vale qué riesgo? —Esta escapada con mi hermana. Esbozó su irritante sonrisa. —¡Eso pregúnteselo a ella! Luego miró a Connie. —Vienes por tu propia voluntad, muchacha, ¿no es así? ¿No soy yo quien te obliga? Connie miró a Hilda. —Ojalá no pusieras pegas, Hilda. —Naturalmente que no quiero. Pero alguien tiene que pensar en las cosas. Tienes que tener algo de continuidad en tu vida. No puedes simplemente ir haciendo un desastre. Hubo un momento de pausa. —¡Eh, continuidad! —dijo—. ¿Y qué con eso? ¿Qué continuidad tienes tú en tu vida? Pensé que te estabas divorciando. ¿Qué continuidad es esa? Continuidad de tu propia terquedad. Eso sí lo veo. ¿Y de qué te va a servir? Estarás harta de tu continuidad antes de que seas mucho más vieja. Una mujer terca y su propia voluntad: sí, hacen una buena continuidad, sí que la hacen. ¡Gracias al cielo que no soy yo quien tiene que

lidiar contigo! —¿Qué derecho tiene usted a hablarme así? —dijo Hilda. —
¡Derecho! ¿Qué derecho tienes tú a empezar a enjaezar a otra gente en tu
Continuidad? Deja a la gente con sus propias continuidades. —Mi querido
amigo, ¿cree que estoy preocupada por usted? —dijo Hilda suavemente. —
Sí —dijo—. Lo estás. Porque es una imposición. Eres más o menos mi
cuñada. —Todavía lejos de ello, se lo aseguro. —No tan lejos, se lo
aseguro. Yo tengo mi propia clase de continuidad, ¡apuesto mi vida! Tan
buena como la tuya, cualquier día. Y si tu hermana viene a mí por un poco
de coño y ternura, sabe lo que busca. Ha estado en mi cama antes: lo que tú
no has hecho, gracias al Señor, con tu continuidad. —Hubo una pausa mor-
tal, antes de añadir—: —Eh, no me pongo los pantalones al revés. Y si me
cae algo del cielo, doy gracias a mis estrellas. Un hombre obtiene mucho
placer de esa muchacha de ahí, que es más de lo que nadie obtiene de las de
tu calaña. Lo cual es una lástima, porque podrías haber sido una buena man-
zana, en lugar de una hermosa manzana agria. Las mujeres como tú necesi-
tan un buen injerto. La miraba con una extraña sonrisa parpadeante, débil-
mente sensual y apreciativa. —Y los hombres como usted —dijo ella— de-
berían ser segregados: justificando su propia vulgaridad y su lujuria egoísta.
—¡Sí, señora! Es una suerte que queden unos pocos hombres como yo. Pero
usted se merece lo que tiene: que la dejen severamente sola. Hilda se había
levantado y había ido a la puerta. Él se levantó y cogió su abrigo de la per-
cha. —Puedo encontrar el camino perfectamente sola —dijo ella. —Dudo
que pueda —respondió él con facilidad. Caminaron en una ridícula fila in-
dia por el camino de nuevo, en silencio. Un búho seguía ululando. Sabía
que debería dispararle.

El coche estaba intacto, un poco cubierto de rocío. Hilda entró y arrancó
el motor. Los otros dos esperaron. —Todo lo que quiero decir —dijo desde
su atrincheramiento— es que dudo que descubráis que ha valido la pena,
¡ninguno de los dos! —Lo que para uno es carne, para otro es veneno —
dijo él, desde la oscuridad—. Pero para mí es carne y bebida. Las luces se
encendieron. —No me hagas esperar por la mañana, Connie. —No, no lo
haré. ¡Buenas noches! El coche subió lentamente a la carretera principal,
luego se deslizó rápidamente, dejando la noche en silencio.

Connie le tomó tímidamente el brazo y bajaron por el camino. No habló.
Al fin, ella lo detuvo. —¡Bésame! —murmuró. —¡No, espera un poco! Dé-
jame calmarme —dijo. Eso la divirtió. Siguió agarrada de su brazo y ba-

jaron rápidamente por el camino, en silencio. Estaba tan contenta de estar con él, justo ahora. Se estremeció, sabiendo que Hilda podría haberla arrebataado. Él estaba inescrutablemente silencioso.

Cuando estuvieron de nuevo en la casita, casi saltó de alegría por estar libre de su hermana. —Pero fuiste horrible con Hilda —le dijo. —Deberían haberla abofeteado a tiempo. —Pero, ¿por qué? y es tan agradable. No respondió, se puso a hacer las tareas de la noche, con una especie de movimiento tranquilo e inevitable. Estaba exteriormente enfadado, pero no con ella. Así lo sintió Connie. Y su ira le daba una peculiar belleza, una interioridad y un brillo que la emocionaban y hacían que sus miembros se fundieran.

Aun así, no le prestó atención. Hasta que se sentó y empezó a desatarse las botas. Entonces la miró desde debajo de las cejas, en las que la ira todavía estaba firmemente asentada. —¿No vas a subir? —dijo—. ¡Hay una vela! Sacudió la cabeza rápidamente para indicar la vela que ardía sobre la mesa. Ella la cogió obedientemente, y él observó la curva completa de sus caderas mientras subía los primeros escalones.

Fue una noche de pasión sensual, en la que ella estuvo un poco sorprendida y casi reacia: sin embargo, atravesada de nuevo por agudos escalofríos de sensualidad, diferentes, más agudos, más terribles que los escalofríos de la ternura, pero, en el momento, más deseables. Aunque un poco asustada, lo dejó hacer su voluntad, y la sensualidad temeraria y desvergonzada la sacudió hasta los cimientos, la desnudó hasta lo último y la convirtió en una mujer diferente. No era realmente amor. No era voluptuosidad. Era sensualidad aguda y abrasadora como el fuego, quemando el alma hasta convertirla en yesca.

Quemando las vergüenzas, las más profundas, las más antiguas, en los lugares más secretos. Le costó un esfuerzo dejarle hacer su voluntad y su deseo de ella. Tuvo que ser una cosa pasiva, consentidora, como una esclava, una esclava física. Sin embargo, la pasión la lamió, consumiéndola, y cuando la llama sensual de ella presionó a través de sus entrañas y su pecho, realmente pensó que estaba muriendo: sin embargo, una muerte conmovedora y maravillosa.

A menudo se había preguntado qué quería decir Abelardo, cuando dijo que en su año de amor él y Eloísa habían pasado por todas las etapas y refi-

namientos de la pasión. Lo mismo, mil años atrás: ¡diez mil años atrás! ¡Lo mismo en los jarrones griegos, en todas partes! ¡Los refinamientos de la pasión, las extravagancias de la sensualidad! Y necesario, para siempre necesario, para quemar las falsas vergüenzas y fundir el mineral más pesado del cuerpo en pureza. Con el fuego de la pura sensualidad.

En la corta noche de verano aprendió tanto. Habría pensado que una mujer habría muerto de vergüenza. En lugar de lo cual, la vergüenza murió. La vergüenza, que es miedo: la profunda vergüenza orgánica, el viejo, viejo miedo físico que se agazapa en las raíces corporales de nosotros, y que solo puede ser ahuyentado por el fuego sensual, al fin fue despertado y derrotado por la caza fálica del hombre, y llegó al corazón mismo de la jungla de sí misma. Sintió, ahora, que había llegado al lecho de roca real de su naturaleza, y era esencialmente desvergonzada. Era su yo sensual, desnuda y sin vergüenza. Sintió un triunfo, casi una vanagloria. ¡Así que! ¡Así era! ¡Esa era la vida! ¡Así era una misma realmente! No quedaba nada que disfrazar o de qué avergonzarse. Compartía su última desnudez con un hombre, otro ser.

¡Y qué diablo temerario era el hombre! ¡realmente como un diablo! Había que ser fuerte para soportarlo. Pero costaba llegar al núcleo de la jungla física, el último y más profundo receso de la vergüenza orgánica. Solo el falo podía explorarlo. ¡Y cómo había presionado sobre ella!

Y cómo, con miedo, lo había odiado. ¡Pero cómo lo había querido realmente! Ahora lo sabía. En el fondo de su alma, fundamentalmente, había necesitado esta caza fálica, la había deseado en secreto, y había creído que nunca la conseguiría. Ahora, de repente, ahí estaba, y un hombre compartía su última y final desnudez, era desvergonzada.

¡Qué mentirosos eran los poetas y todos! Le hacían a una pensar que quería sentimiento. ¡Cuando lo que una quería supremamente era esta sensualidad penetrante, consumidora, más bien terrible! ¡Encontrar a un hombre que se atreviera a hacerlo, sin vergüenza ni pecado ni remordimiento final! ¡Si se hubiera avergonzado después, y la hubiera hecho sentir avergonzada, qué horrible! ¡Qué lástima que la mayoría de los hombres sean tan perrunos, un poco vergonzosos, como Clifford! ¡Como Michaelis incluso! Ambos sensualmente un poco perrunos y humillantes. ¡El placer supremo de la mente! ¿Y qué es eso para una mujer? ¿Qué es, realmente, para el

hombre tampoco? Se vuelve meramente desordenado y perruno, incluso en su mente. Se necesita pura sensualidad incluso para purificar y avivar la mente. Pura sensualidad ardiente, no desorden.

¡Ah, Dios, qué cosa tan rara es un hombre! Son todos perros que trotan y olfatean y copulan. ¡Haber encontrado a un hombre que no tuviera miedo ni vergüenza! Lo miró ahora, durmiendo tan como un animal salvaje dormido, ido, ido en la lejanía de ello. Se acurrucó, para no estar lejos de él.

Hasta que su despertar la despertó por completo. Estaba sentado en la cama, mirándola. Vio su propia desnudez en sus ojos, un conocimiento inmediato de ella. Y el conocimiento fluido y masculino de sí misma pareció fluir hacia ella desde sus ojos y envolverla voluptuosamente. ¡Oh, qué voluptuoso y encantador era tener los miembros y el cuerpo medio dormidos, pesados y bañados de pasión! —¿Es hora de despertar? —dijo. —Las seis y media. Tenía que estar en el final del camino a las ocho. ¡Siempre, siempre, siempre esta compulsión sobre una! —Podría preparar el desayuno y traerlo aquí arriba; ¿quieres? —dijo él. —¡Oh, sí! Flossie gimió suavemente abajo. Se levantó y se quitó el pijama, y se frotó con una toalla. ¡Cuando el ser humano está lleno de valor y de vida, qué hermoso es! Así pensó, mientras lo observaba en silencio. —Descorre la cortina, ¿quieres? El sol ya brillaba sobre las tiernas hojas verdes de la mañana, y el bosque se veía de un fresco azulado, en la cercanía. Se sentó en la cama, mirando soñadoramente por la ventana abuhardillada, sus brazos desnudos apretando sus pechos desnudos. Él se estaba vistiendo. Ella estaba medio soñando con la vida, una vida junto a él: solo una vida.

Se iba, huyendo de su peligrosa y agazapada desnudez. —¿He perdido mi camisón del todo? —dijo. Metió la mano en la cama y sacó el trozo de seda endeble. —Sabía que sentía seda en mis tobillos —dijo. Pero el camisón estaba rasgado casi en dos. —¡No importa! —dijo—. Pertenece aquí, en realidad. Lo dejaré. —Sí, déjalo, puedo ponerlo entre mis piernas por la noche, para compañía. No tiene nombre ni marca, ¿verdad? Se deslizó el desgarrado vestido y se sentó soñadoramente a mirar por la ventana. La ventana estaba abierta, el aire de la mañana entraba y el sonido de los pájaros. Los pájaros pasaban continuamente. Luego vio a Flossie deambulando fuera. Era de mañana.

Abajo lo oyó hacer el fuego, bombear agua, salir por la puerta trasera. Al poco rato llegó el olor a tocino, y al fin subió con una enorme bandeja negra que apenas pasaba por la puerta. Puso la bandeja en la cama y sirvió el té. Connie se sentó en cuclillas con su camisón roto y se lanzó a la comida con hambre. Él se sentó en la única silla, con el plato en las rodillas. — ¡Qué bueno está! — dijo ella—. ¡Qué agradable desayunar juntos! Comió en silencio, con la mente en el tiempo que pasaba rápidamente. Eso la hizo recordar. — ¡Oh, cómo me gustaría poder quedarme aquí contigo, y que Wragby estuviera a un millón de millas de distancia! De Wragby me voy, en realidad. Lo sabes, ¿verdad? — ¡Sí! — ¡Y prometes que viviremos juntos y tendremos una vida juntos, tú y yo! ¡Me lo prometes, verdad? — ¡Sí! Cuando podamos. — ¡Sí! ¡Y lo haremos! lo haremos, ¿verdad? — se inclinó, haciendo que el té se derramara, agarrándole la muñeca. — ¡Sí! — dijo él, limpiando el té. — No podemos no vivir juntos ahora, ¿verdad? — dijo suplicante. La miró con su sonrisa parpadeante. — ¡No! — dijo—. Solo que tienes que irte en veinticinco minutos. — ¿Tengo? — exclamó. De repente, levantó un dedo de advertencia y se puso de pie.

Flossie había dado un corto ladrido, luego tres fuertes y agudos ladridos de advertencia.

En silencio, puso su plato en la bandeja y bajó. Constance lo oyó bajar por el sendero del jardín. Una campanilla de bicicleta tintineó ahí fuera. — ¡Buenos días, señor Mellors! ¡Carta certificada! — ¡Oh, sí! ¿Tiene un lápiz? — ¡Aquí tiene! Hubo una pausa. — ¡Canadá! — dijo la voz del extraño. — ¡Sí! Es un compañero mío que está allí en la Columbia Británica. No sé qué tiene que certificar. — Quizás le ha enviado una fortuna. — Más bien quiere algo. Pausa. — ¡Bueno! ¡Qué día más bonito otra vez! — ¡Sí! — ¡Buenos días! — ¡Buenos días! Después de un rato, subió de nuevo, con aspecto un poco enfadado. — El cartero — dijo. — ¡Muy temprano! — respondió ella. — Ronda rural; suele estar aquí a las siete, cuando viene. — ¿Te envió tu compañero una fortuna? — ¡No! Solo unas fotografías y papeles sobre un lugar allí en la Columbia Británica. — ¿Irías allí? — Pensé que quizás podríamos. — ¡Oh, sí! ¡Creo que es encantador! Pero le molestó la llegada del cartero. — Esas malditas bicicletas, se te echan encima antes de que te des cuenta. Espero que no se haya percatado de nada. — Después de todo, ¿de qué podría percatarse? — Tienes que levantarte ahora y prepararte. Voy a echar un vistazo fuera. Lo vio salir de reconocimiento al camino, con el per-

ro y la escopeta. Bajó y se lavó, y estaba lista cuando él volvió, con las pocas cosas en la pequeña bolsa de seda.

Cerró con llave y partieron, pero a través del bosque, no por el camino. Estaba siendo precavido. —¿No crees que se vive para momentos como el de anoche? —le dijo. —¡Sí! Pero hay que pensar en el resto de los momentos —respondió él, bastante seco. Caminaron penosamente por el sendero cubierto de maleza, él delante, en silencio. —Y viviremos juntos y haremos una vida juntos, ¿verdad? —suplicó. —¡Sí! —respondió él, caminando a grandes zancadas sin mirar atrás—. ¡Cuando llegue el momento! Ahora mismo te vas a Venecia o a algún sitio. Lo siguió en silencio, con el corazón encogido. ¡Oh, ahora tenía que irse!

Al fin se detuvo. —Cruzaré por aquí —dijo, señalando a la derecha. Pero ella le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él. —Pero guardarás la ternura para mí, ¿verdad? —susurró—. Me encantó anoche. Pero guardarás la ternura para mí, ¿verdad? La besó y la abrazó con fuerza por un momento. Luego suspiró y la besó de nuevo. —Tengo que ir a ver si está el coche. Cruzó a grandes zancadas los bajos zarzales y helechos, dejando un rastro a través del helechal. Durante un minuto o dos se fue. Luego volvió a grandes zancadas. —El coche todavía no está —dijo—. Pero está el carro del panadero en la carretera. Parecía ansioso y preocupado. —¡Escucha! Oyeron un coche tocar suavemente la bocina al acercarse. Redujo la velocidad en el puente.

Se sumergió con una tristeza absoluta en su rastro a través del helecho y llegó a un enorme seto de acebo. Él estaba justo detrás de ella. —¡Por aquí! ¡Pasa por ahí! —dijo, señalando un hueco—. Yo no saldré. Lo miró desesperada. Pero la besó y la hizo irse. Se deslizó con pura miseria a través del acebo y de la valla de madera, tropezó en la pequeña zanja y subió al camino, donde Hilda acababa de salir del coche con fastidio. —¡Vaya, estás ahí! —dijo Hilda—. ¿Dónde está él? —No viene. El rostro de Connie estaba bañado en lágrimas mientras se metía en el coche con su pequeña bolsa. Hilda cogió el casco de motorista con las gafas desfigurantes. —¡Póntelo! —dijo. Y Connie se puso el disfraz, luego el largo abrigo de motorista, y se sentó, una criatura con gafas, inhumana, irreconocible. Hilda arrancó el coche con un movimiento práctico. Salieron con dificultad del camino y se alejaron por la carretera. Connie había mirado a su alrededor, pero no había

rastró de él. ¡Lejos! ¡lejos! Se sentó llorando amargamente. La despedida había llegado tan de repente, tan inesperadamente. Era como la muerte.

—¡Gracias a Dios que estarás lejos de él por un tiempo! —dijo Hilda, girando para evitar el pueblo de Crosshill.

CAPÍTULO XVII

— Verás, Hilda — dijo Connie después de comer, cuando se acercaban a Londres —, nunca has conocido ni la verdadera ternura ni la verdadera sensualidad: y si las conoces, con la misma persona, supone una gran diferencia.

— ¡Por el amor de Dios, no presumas de tus experiencias! — dijo Hilda —. Todavía no he conocido al hombre que fuera capaz de tener intimidad con una mujer, de entregarse a ella. Eso era lo que yo quería. No me entusiasma su ternura satisfecha de sí misma ni su sensualidad. No me contento con ser el juguetito de ningún hombre, ni tampoco su silla de placer. Quería una intimidad completa y no la conseguí. Eso es suficiente para mí.

Connie reflexionó sobre esto. ¡Intimidad completa! Suponía que eso significaba revelar todo lo concerniente a una misma a la otra persona, y que él te revelara todo lo concerniente a sí mismo. Pero eso era un aburrimiento. ¡Y toda esa fatigosa autoconciencia entre un hombre y una mujer! ¡una enfermedad!

— Creo que eres demasiado consciente de ti misma todo el tiempo, con todo el mundo — le dijo a su hermana.

— Espero al menos no tener una naturaleza de esclava — dijo Hilda.

— ¡Pero quizás la tengas! Quizás eres esclava de tu propia idea de ti misma.

Hilda condujo en silencio durante un rato después de esta inaudita insolencia de esa mocosa de Connie.

— Al menos no soy esclava de la idea que otro tiene de mí: y ese otro, un sirviente del marido de mi hermana — replicó al fin, con cruda ira.

— Verás, no es así — dijo Connie con calma.

Siempre se había dejado dominar por su hermana mayor. Ahora, aunque en algún lugar de su interior lloraba, estaba libre del dominio de otras mujeres. ¡Ah! eso en sí mismo era un alivio, como si le hubieran dado otra vida: estar libre del extraño dominio y obsesión de otras mujeres. ¡Qué horribles eran, las mujeres!

Se alegró de estar con su padre, de quien siempre había sido la favorita. Ella y Hilda se alojaron en un pequeño hotel cerca de Pall Mall, y Sir Malcolm estaba en su club.¹ Pero por la noche sacaba a sus hijas, y a ellas les gustaba ir con él.

Todavía era guapo y robusto, aunque un poco asustado del nuevo mundo que había surgido a su alrededor. Se había casado por segunda vez en Escocia, con una mujer más joven que él y más rica. Pero se tomaba tantas vacaciones lejos de ella como le era posible: igual que con su primera esposa.

Connie se sentó a su lado en la ópera. Era moderadamente corpulento y tenía muslos corpulentos, pero todavía eran fuertes y bien formados, los muslos de un hombre sano que había disfrutado de la vida. Su egoísmo bonachón, su especie de independencia obstinada, su sensualidad sin arrepentimiento, a Connie le parecía que podía verlos todos en sus muslos bien formados y rectos. ¡Solo un hombre! Y ahora convirtiéndose en un anciano, lo cual es triste. Porque en sus piernas masculinas, fuertes y gruesas, no había nada de la sensibilidad alerta y el poder de ternura que es la esencia misma de la juventud, aquello que nunca muere, una vez que está allí.

Connie despertó a la existencia de las piernas. Se volvieron más importantes para ella que los rostros, que ya no son muy reales. ¡Qué poca gente tenía piernas vivas y alertas! Miró a los hombres en el patio de butacas. Grandes muslos morcillosos en tela de morcilla negra, o delgados palos de madera en tela de funeral negra, o piernas jóvenes bien formadas sin ningún significado, ni sensualidad ni ternura ni sensibilidad, solo una mera ordinareiz patilarga que pavoneaba. Ni siquiera la sensualidad de su padre. Estaban todos amedrentados, amedrentados hasta la inexistencia.

¡Pero las mujeres no estaban amedrentadas! ¡Los horribles postes de molino de la mayoría de las hembras! ¡realmente espantosos, realmente suficientes para justificar el asesinato! ¡O las pobres y delgadas estacas! ¡o las cositas pulcras y aseadas con medias de seda, sin el más mínimo atisbo de vida! ¡Horrible, los millones de piernas sin sentido pavoneándose sin sentido!

Pero no era feliz en Londres. La gente parecía tan espectral y vacía. No tenían una felicidad viva, por muy vivaces y apuestos que fueran. Todo era estéril. Y Connie tenía un ciego anhelo de mujer por la felicidad, por tener la seguridad de la felicidad.

En París, al menos, todavía sentía un poco de sensualidad. Pero qué sensualidad tan fatigada, cansada, agotada. Agotada por falta de ternura. ¡Oh! París era triste. Una de las ciudades más tristes: cansada de su ahora mecánica sensualidad, cansada de la tensión del dinero, dinero, dinero, cansada incluso del resentimiento y la presunción, simplemente cansada de muerte, y todavía no lo suficientemente americanizada o londinense como para ocultar el cansancio bajo un mecánico jig-jig-jig. ¡Ah, estos viriles machotes, estos flaneurs, los mirones, estos comedores de buenas cenas! ¡Qué cansados estaban! cansados, agotados por falta de un poco de ternura, dada y recibida. Las mujeres eficientes, a veces encantadoras, sabían un par de cosas sobre las realidades sensuales: tenían esa ventaja sobre sus saltarinas hermanas inglesas. Pero sabían aún menos de ternura. Secas, con la interminable tensión seca de la voluntad, ellas también se estaban agotando. El mundo humano simplemente se estaba agotando. Quizás se volvería ferozmente destructivo. ¡Una especie de anarquía! ¡Clifford y su anarquía conservadora! Quizás no sería conservadora por mucho más tiempo. Quizás se convertiría en una anarquía muy radical.

Connie se encontró encogiéndose y asustada del mundo. A veces era feliz por un rato en los bulevares o en el Bois o en los Jardines de Luxemburgo. Pero ya París estaba lleno de americanos e ingleses, extraños americanos con los uniformes más raros, y los habituales y lúgubres ingleses que son tan desastrosos en el extranjero.

Se alegró de seguir en coche. De repente hizo un tiempo caluroso, así que Hilda iba a pasar por Suiza y por el Brennero, luego por los Dolomitas hasta

Venecia. A Hilda le encantaba toda la gestión y la conducción y ser la dueña del espectáculo. Connie se contentaba con mantenerse callada.

Y el viaje fue realmente bastante agradable. Solo que Connie se decía a sí misma: ¿Por qué no me importa de verdad? ¿Por qué nunca me emociono de verdad? ¡Qué horrible, que ya no me importe de verdad el paisaje! Pero no me importa. Es bastante horrible. Soy como San Bernardo, que podía navegar por el lago de Lucerna sin siquiera darse cuenta de que había montañas y agua verde. Simplemente ya no me importa el paisaje. ¿Por qué debería una mirarlo fijamente? ¿Por qué? Me niego.

No, no encontró nada vital en Francia o Suiza o el Tirol o Italia. Simplemente fue transportada a través de todo ello. Y todo era menos real que Wragby. ¡Menos real que el horrible Wragby! Sintió que no le importaba si nunca volvía a ver Francia o Suiza o Italia. Seguirían ahí. Wragby era más real.

¡En cuanto a la gente! la gente era toda igual, con muy pocas diferencias. Todos querían sacarte dinero: o, si eran viajeros, querían disfrutar, a la fuerza, como exprimir sangre de una piedra. ¡Pobres montañas! ¡pobre paisaje! todo tenía que ser exprimido y exprimido de nuevo, para proporcionar una emoción, para proporcionar disfrute. ¿Qué quería decir la gente, con su determinación de disfrutar de sí misma?

¡No!, se dijo Connie a sí misma. Preferiría estar en Wragby, donde puedo ir y estar tranquila, y no mirar fijamente nada ni hacer ninguna clase de actuación. Esta actuación turística de disfrutar de uno mismo es demasiado desesperadamente humillante: es un fracaso tal.

Quería volver a Wragby, incluso a Clifford, incluso al pobre tullido de Clifford. No era tan tonto como esta multitud de veraneantes, de todos modos.

Pero en su conciencia interior mantenía el contacto con el otro hombre. No debía dejar que su conexión con él se perdiera: oh, no debía dejarla perderse, o estaría perdida, completamente perdida en este mundo de gente cara y chusma y cerdos de la alegría. ¡Oh, los cerdos de la alegría! ¡Oh, «disfrutar de uno mismo»! Otra forma moderna de enfermedad.

Dejaron el coche en Mestre, en un garaje, y tomaron el vapor regular a Venecia. Era una hermosa tarde de verano, la laguna poco profunda ondea-

ba, el sol pleno hacía que Venecia, dándoles la espalda al otro lado del agua, pareciera tenue.

En el muelle de la estación cambiaron a una góndola, dándole al hombre la dirección. Era un gondolero de verdad con una blusa blanca y azul, no muy guapo, nada impresionante.

—¡Sí! ¡La Villa Esmeralda! ¡Sí! ¡La conozco! He sido el gondolero de un caballero allí. ¡Pero a una buena distancia!

Parecía un tipo más bien infantil e impetuoso. Remaba con una cierta impetuosidad exagerada, a través de los oscuros canales laterales con las horribles y viscosas paredes verdes, los canales que atraviesan los barrios más pobres, donde la ropa cuelga en lo alto en cuerdas, y hay un ligero o fuerte olor a aguas residuales.

Pero al fin llegó a uno de los canales abiertos con pavimento a ambos lados y puentes en bucle, que corren rectos, en ángulo recto con el Gran Canal. Las dos mujeres estaban sentadas bajo el pequeño toldo, el hombre encaramado arriba, detrás de ellas.

—¿Se quedan las señoritas mucho tiempo en la Villa Esmeralda? —preguntó, remando con facilidad y secándose la cara sudorosa con un pañuelo blanco y azul.

—Unos veinte días: somos ambas señoras casadas —dijo Hilda, con su curiosa voz apagada, que hacía que su italiano sonara tan extranjero.

—¡Ah! ¡Veinte días! —dijo el hombre. Hubo una pausa. Después de la cual preguntó—: ¿Quieren las señoras un gondolero para los veinte días más o menos que estarán en la Villa Esmeralda? ¿O por día, o por semana?

Connie y Hilda lo consideraron. En Venecia, siempre es preferible tener la propia góndola, como es preferible tener el propio coche en tierra.

—¿Qué hay en la Villa? ¿qué barcos?

—Hay una lancha motora, también una góndola. Pero... —El pero significaba: no serán de su propiedad.

—¿Cuánto cobra?

Eran unos treinta chelines al día, o diez libras a la semana.

—¿Es ese el precio normal? —preguntó Hilda.

—Menos, señora. El precio normal...

Las hermanas lo consideraron.

—Bueno —dijo Hilda—, venga mañana por la mañana y lo arreglaremos. ¿Cómo se llama?

Su nombre era Giovanni, y quería saber a qué hora debía venir, y luego por quién debía decir que estaba esperando. Hilda no tenía tarjeta. Connie le dio una de las suyas. La miró rápidamente, con sus ojos azules y cálidos del sur, luego volvió a mirar.

—¡Ah! —dijo, iluminándose—. ¡Milady! Milady, ¿no es así?

—¡Milady Costanza! —dijo Connie.

Asintió, repitiendo: «¡Milady Costanza!» y guardando la tarjeta cuidadosamente en su blusa.

La Villa Esmeralda estaba bastante lejos, al borde de la laguna, mirando hacia Chioggia. No era una casa muy antigua, y era agradable, con las terrazas mirando al mar, y abajo, un jardín bastante grande con árboles oscuros, amurallado desde la laguna.

Su anfitrión era un escocés pesado y más bien tosco que había hecho una buena fortuna en Italia antes de la guerra y había sido nombrado caballero por su ultrapatriotismo durante la guerra. Su esposa era una persona delgada, pálida y aguda, sin fortuna propia y con la desgracia de tener que regular las hazañas amorosas más bien sórdidas de su marido. Él era terriblemente pesado con los sirvientes. Pero habiendo sufrido un ligero derrame cerebral durante el invierno, ahora era más manejable.

La casa era bastante aburrida. Además de Sir Malcolm y sus dos hijas, había siete personas más, una pareja escocesa, de nuevo con dos hijas; una joven condesa italiana, viuda; un joven príncipe georgiano y un clérigo inglés más bien joven que había tenido neumonía y era capellán de Sir Alexander por motivos de salud. El príncipe no tenía un céntimo, era guapo, sería un excelente chófer, con la impertinencia necesaria, y ¡basta! La condesa era una pequeña gatita tranquila con algún juego entre manos. El clérigo era un tipo simple y sin experiencia de una vicaría de Bucks: por suerte había dejado a su mujer y a sus dos hijos en casa. Y los Guthrie, la familia

de cuatro, eran una buena y sólida clase media de Edimburgo, disfrutando de todo de una manera sólida y atreviéndose a todo sin arriesgar nada.

Connie y Hilda descartaron al príncipe de inmediato. Los Guthrie eran más o menos de su clase, sustanciales pero aburridos: y las chicas querían maridos. El capellán no era un mal tipo, pero demasiado deferente. Sir Alexander, después de su ligero derrame, tenía una terrible pesadez en su jovialidad, pero todavía estaba emocionado por la presencia de tantas jóvenes hermosas. Lady Cooper era una persona tranquila y felina que lo pasaba mal, pobrecita, y que observaba a todas las demás mujeres con una fría vigilancia que se había convertido en su segunda naturaleza, y que decía pequeñas cosas frías y desagradables que demostraban la opinión absolutamente baja que tenía de toda la naturaleza humana. También era bastante venenosamente autoritaria con los sirvientes, según descubrió Connie: pero de una manera tranquila. Y se comportaba hábilmente para que Sir Alexander pensara que él era el señor y monarca de todo el cotarro, con su panza corpulenta y pretendidamente genial, y sus chistes absolutamente aburridos, su humorosidad, como la llamaba Hilda.

Sir Malcolm pintaba. Sí, todavía hacía un paisaje de la laguna veneciana de vez en cuando, en contraste con sus paisajes escoceses. Así que por la mañana se lo llevaban remando con un enorme lienzo a su «sitio». Un poco más tarde, a Lady Cooper la llevaban remando al corazón de la ciudad, con su bloc de dibujo y sus colores. Era una pintora de acuarelas empedernida, y la casa estaba llena de palacios de color rosa, canales oscuros, puentes oscilantes, fachadas medievales, y así sucesivamente. Un poco más tarde, los Guthrie, el príncipe, la condesa, Sir Alexander y, a veces, el señor Lind, el capellán, se iban al Lido, donde se bañaban; volviendo a casa para un almuerzo tardío a la una y media.

La reunión de la casa, como reunión de la casa, era claramente aburrida. Pero esto no preocupaba a las hermanas. Estaban fuera todo el tiempo. Su padre las llevó a la exposición, millas y millas de cuadros aburridos. Las llevó a todos sus compinches en la Villa Lucchese, se sentó con ellas en las cálidas noches en la Piazza, habiendo conseguido una mesa en Florian's: las llevó al teatro, a las obras de Goldoni. Hubo fiestas acuáticas iluminadas, hubo bailes. Este era un lugar de vacaciones de todos los lugares de vacaciones. El Lido, con sus acres de cuerpos sonrosados por el sol o en pijama, era como una playa con un montón interminable de focas que habían salido

para aparearse. Demasiada gente en la piazza, demasiados miembros y troncos de humanidad en el Lido, demasiadas góndolas, demasiadas lanchas motoras, demasiados vapores, demasiadas palomas, demasiados helados, demasiados cócteles, demasiados sirvientes queriendo propinas, demasiadas lenguas traqueteando, demasiado, demasiado sol, demasiado olor a Venecia, demasiados cargamentos de fresas, demasiados chales de seda, demasiadas enormes y crudas rodajas de sandía en los puestos: ¡demasiado disfrute, en conjunto demasiado disfrute!

Connie y Hilda iban por ahí con sus vestidos soleados. Había docenas de personas que conocían, docenas de personas las conocían. Michaelis apareció como una mala moneda. «¡Hola! ¿Dónde os alojáis? ¡Venid a tomar un helado o algo! ¡Venid conmigo a algún sitio en mi góndola». Incluso Michaelis casi se bronceó: aunque cocido al sol es más apropiado para el aspecto de la masa de carne humana.

Era agradable en cierto modo. Era casi un disfrute. Pero de todos modos, con todos los cócteles, todo el tumbarse en agua tibia y tomar el sol en la arena caliente bajo el sol caliente, bailar jazz con el estómago pegado al de algún tipo en las cálidas noches, refrescarse con helados, era un narcótico completo. Y eso era lo que todos querían, una droga: el agua lenta, una droga; el sol, una droga; el jazz, una droga; los cigarrillos, los cócteles, los helados, el vermut. ¡Estar drogado! ¡Disfrute! ¡Disfrute!

A Hilda le gustaba a medias estar drogada. Le gustaba mirar a todas las mujeres, especular sobre ellas. Las mujeres estaban absortas en las mujeres. ¡Cómo se ve! ¿qué hombre ha capturado? ¿qué diversión está sacando de ello? Los hombres eran como grandes perros con pantalones de franela blanca, esperando ser acariciados, esperando revolcarse, esperando pegar el estómago de alguna mujer contra el suyo, en el jazz.

A Hilda le gustaba el jazz, porque podía pegar su estómago contra el estómago de algún supuesto hombre y dejar que él controlara sus movimientos desde el centro visceral, de un lado a otro de la pista, y luego podía soltarse e ignorar a «la criatura». Simplemente había sido utilizado. La pobre Connie era bastante infeliz. No bailaba jazz, porque simplemente no podía pegar su estómago contra el estómago de alguna «criatura». Odiaba la masa conglomerada de carne casi desnuda en el Lido: apenas había sufi-

ciente agua para mojarlos a todos. Le desagradaban Sir Alexander y Lady Cooper. No quería que Michaelis ni nadie más la siguiera.

Los momentos más felices eran cuando conseguía que Hilda la acompañara lejos, al otro lado de la laguna, a algún banco de guijarros solitario, donde podían bañarse completamente solas, mientras la góndola permanecía en el lado interior del arrecife.

Entonces Giovanni consiguió otro gondolero para que lo ayudara, porque era un largo camino y sudaba terriblemente bajo el sol. Giovanni era muy agradable: afectuoso, como son los italianos, y bastante sin pasión. Los italianos no son apasionados: la pasión tiene profundas reservas. Se conmueven fácilmente y a menudo son afectuosos, pero rara vez tienen alguna pasión duradera de ningún tipo.

Así que Giovanni ya estaba entregado a sus damas, como había estado entregado a cargamentos de damas en el pasado. Estaba perfectamente dispuesto a prostituirse a ellas, si lo querían: secretamente esperaba que lo quisieran. Le darían un generoso regalo, y le vendría muy bien, ya que estaba a punto de casarse. Les habló de su matrimonio, y ellas se mostraron adecuadamente interesadas.

Pensó que este viaje a algún banco solitario al otro lado de la laguna probablemente significaba negocio: el negocio era l'amore, el amor. Así que consiguió un compañero para que lo ayudara, pues era un largo camino: y después de todo, eran dos damas. ¡Dos damas, dos caballas! ¡Buena aritmética! ¡Y hermosas damas, además! Estaba justamente orgulloso de ellas. Y aunque era la signora quien le pagaba y le daba órdenes, esperaba más bien que fuera la joven milady quien lo eligiera para l'amore. Ella también daría más dinero.

El compañero que trajo se llamaba Daniele. No era un gondolero de verdad, así que no tenía nada de pedigüeño y prostituto. Era un hombre de sandola, siendo una sandola un gran barco que trae fruta y productos de las islas.

Daniele era hermoso, alto y bien formado, con una cabeza ligera y redonda de pequeños y apretados rizos rubios pálidos, y un rostro de hombre apuesto, un poco como un león, y ojos azules de larga distancia. No era efusivo, locuaz y bebedor como Giovanni. Era silencioso y remaba con una

fuerza y facilidad como si estuviera solo en el agua. Las damas eran damas, remotas para él. Ni siquiera las miraba. Miraba hacia adelante.

Era un hombre de verdad, un poco enfadado cuando Giovanni bebía demasiado vino y remaba torpemente, con efusivos empujones del gran remo. Era un hombre como Mellors era un hombre, no prostituido. Connie compadecía a la esposa del fácilmente desbordante Giovanni. Pero la esposa de Daniele sería una de esas dulces mujeres venecianas del pueblo que todavía se ven, modestas y como flores en la parte de atrás de ese laberinto de ciudad.

¡Ah, qué triste que el hombre primero prostituya a la mujer, y luego la mujer prostituya al hombre! Giovanni ansiaba prostituirse, babeando como un perro, queriendo entregarse a una mujer. ¡Y por dinero!

Connie miró Venecia a lo lejos, baja y de color rosa sobre el agua. Construida de dinero, florecida de dinero y muerta de dinero. ¡La muerte del dinero! Dinero, dinero, dinero, prostitución y muerte.

Sin embargo, Daniele era todavía un hombre capaz de una lealtad libre de hombre. No llevaba la blusa de gondolero: solo el jersey de punto azul. Era un poco salvaje, tosco y orgulloso. Así que era asalariado del más bien peruno Giovanni, que era a su vez asalariado de dos mujeres. ¡Así es! Cuando Jesús rechazó el dinero del diablo, dejó al diablo como un banquero judío, dueño de toda la situación.

Connie volvía a casa de la deslumbrante luz de la laguna en una especie de estupor, para encontrar cartas de casa. Clifford escribía regularmente. Escribía cartas muy buenas: todas podrían haber sido impresas en un libro. Y por esta razón, a Connie no le parecían muy interesantes.

Vivía en el estupor de la luz de la laguna, la salinidad chapoteante del agua, el espacio, el vacío, la nada: pero salud, salud, completo estupor de salud. Era gratificante, y se dejaba arrullar por ello, sin preocuparse por nada. Además, estaba embarazada. Ahora lo sabía. Así que el estupor de la luz del sol y la sal de la laguna y los baños de mar y tumbarse en los guijarros y encontrar conchas y dejarse llevar, lejos, en una góndola, se completaba con el embarazo dentro de ella, otra plenitud de salud, satisfactoria y estupefaciente.

Llevaba quince días en Venecia y debía quedarse otros diez días o quince. El sol brillaba sobre cualquier cuenta del tiempo, y la plenitud de la salud física completaba el olvido. Estaba en una especie de estupor de bienestar.

Del cual la despertó una carta de Clifford.

«Nosotros también hemos tenido nuestra leve excitación local. Parece que la esposa fugitiva de Mellors, el guardabosques, apareció en la casita y no fue bienvenida. Él la despachó y cerró la puerta con llave. Se dice, sin embargo, que cuando regresó del bosque encontró a la ya no tan bella dama firmemente establecida en su cama, en puris naturalibus; o debería decirse, en impuris naturalibus. Había roto una ventana y había entrado por ahí. Incapaz de desalojar a la Venus algo maltratada de su lecho, batió en retirada y se retiró, se dice, a casa de su madre en Tevershall. Mientras tanto, la Venus de Stacks Gate está establecida en la casita, que ella reclama como su hogar, y Apolo, aparentemente, está domiciliado en Tevershall.

»Repito esto de oídas, ya que Mellors no ha venido a verme personalmente. Me enteré de este particular trozo de basura local por nuestra ave de la basura, nuestro ibis, nuestro buitre carroñero, la señora Bolton. No lo habría repetido si no hubiera exclamado: ¡su señoría no irá más al bosque si esa mujer va a andar por ahí!

»Me gusta tu imagen de Sir Malcolm entrando en el mar con el pelo blanco al viento y la carne rosada brillando. Te envidio ese sol. Aquí llueve. Pero no envidio a Sir Malcolm su inveterada carnalidad mortal. Sin embargo, le sienta bien a su edad. Aparentemente, uno se vuelve más carnal y más mortal a medida que envejece. Solo la juventud tiene un sabor a inmortalidad».

Esta noticia afectó a Connie en su estado de bienestar semi-estupefacto con una vejación que rozaba la exasperación. ¡Ahora tenía que ser molesta-da por esa bestia de mujer! ¡Ahora debía empezar a inquietarse! No tenía carta de Mellors. Habían acordado no escribirse en absoluto, pero ahora quería saber de él personalmente. Después de todo, era el padre del niño que venía. ¡Que escribiera!

¡Pero qué odioso! Ahora todo estaba liado. ¡Qué asquerosas eran esas personas de baja estofa! ¡Qué agradable era aquí, bajo el sol y la indolencia,

comparado con ese lío lúgubre de esas midlands inglesas! Después de todo, un cielo despejado era casi lo más importante en la vida.

No mencionó el hecho de su embarazo, ni siquiera a Hilda. Escribió a la señora Bolton pidiendo información exacta.

Duncan Forbes, un artista amigo de ellos, había llegado a la Villa Esmeralda, viniendo del norte desde Roma. Ahora hacía de tercero en la góndola, y se bañaba con ellas al otro lado de la laguna, y era su escolta: un joven tranquilo, casi taciturno, muy avanzado en su arte.

Recibió una carta de la señora Bolton: «Se alegrará, estoy segura, mi señora, cuando vea a Sir Clifford. Tiene un aspecto floreciente y trabaja muy duro, y muy esperanzado. Por supuesto, está deseando verla de nuevo entre nosotros. Es una casa aburrida sin mi señora, y todos daremos la bienvenida a su presencia entre nosotros una vez más.

»Sobre el señor Mellors, no sé cuánto le contó Sir Clifford. Parece que su mujer volvió de repente una tarde, y él la encontró sentada en el umbral cuando volvió del bosque. Dijo que había vuelto a él y que quería volver a vivir con él, ya que era su esposa legal, y que él no iba a divorciarse de ella. Porque parece que el señor Mellors estaba intentando divorciarse. Pero él no quiso saber nada de ella, y no la dejó entrar en la casa, y no entró él mismo, volvió al bosque sin siquiera abrir la puerta.

»Pero cuando volvió después de anochecer, encontró la casa forzada, así que subió a ver qué había hecho, y la encontró en la cama sin un trapo encima. Le ofreció dinero, pero ella dijo que era su mujer y que debía aceptarla de nuevo. No sé qué clase de escena tuvieron. Me lo contó su madre, está terriblemente disgustada. Bueno, él le dijo que preferiría morir antes que volver a vivir con ella, así que cogió sus cosas y se fue directamente a casa de su madre en la colina de Tevershall. Pasó la noche y al día siguiente fue al bosque a través del parque, sin acercarse a la casita. Parece que no vio a su mujer ese día. Pero al día siguiente estaba en casa de su hermano Dan en Beggarlee, jurando y armando escándalo, diciendo que era su esposa legal, y que él había estado teniendo mujeres en la casita, porque había encontrado un frasco de perfume en su cajón, y colillas con boquilla de oro en el cenicero, y no sé qué más. Luego parece que el cartero Fred Kirk dice que oyó a alguien hablar en el dormitorio del señor Mellors una mañana temprano, y que había un coche en el camino.

»El señor Mellors se quedó con su madre, e iba al bosque a través del parque, y parece que ella se quedó en la casita. Bueno, hubo un sinfín de habladurías. Así que al final el señor Mellors y Tom Philips fueron a la casita y se llevaron la mayoría de los muebles y la ropa de cama, y desenroscaron la manivela de la bomba, así que se vio obligada a irse. Pero en lugar de volver a Stacks Gate, fue y se alojó con esa señora Swain en Beggarlee, porque la mujer de su hermano Dan no la quería. Y seguía yendo a casa de la vieja señora Mellors para pillarlo, y empezó a jurar que se había metido en la cama con ella en la casita, y fue a un abogado para que le pagara una pensión. Ha engordado y se ha vuelto más vulgar que nunca, y tan fuerte como un toro. Y va por ahí diciendo las cosas más horribles de él, cómo tiene mujeres en la casita, y cómo se comportó con ella cuando estaban casados, las cosas bajas y bestiales que le hizo, y no sé qué más. Estoy segura de que es terrible, el daño que puede hacer una mujer una vez que empieza a hablar. Y por muy baja que sea, siempre habrá quien la crea, y algo de la suciedad se pegará. Estoy segura de que la forma en que hace ver que el señor Mellors era uno de esos hombres bajos y bestiales con las mujeres es simplemente espantosa. Y la gente está demasiado dispuesta a creer cosas contra cualquiera, especialmente cosas así. Declara que nunca lo dejará en paz mientras viva. Aunque lo que yo digo es que, si fue tan bestial con ella, ¿por qué está tan ansiosa por volver con él? Pero, por supuesto, se está acercando a su cambio de vida, porque es años mayor que él. Y estas mujeres vulgares y violentas siempre se vuelven parcialmente locas cuando les llega el cambio de vida».

Este fue un duro golpe para Connie. ¡Ahí estaba ella, tan seguro como la vida, recibiendo su parte de la bajeza y la suciedad! Se sintió enfadada con él por no haberse librado de una Bertha Coutts: no, por haberse casado con ella. Quizás tenía una cierta inclinación por la bajeza. Connie recordó la última noche que había pasado con él y se estremeció. ¡Había conocido toda esa sensualidad, incluso con una Bertha Coutts! Era realmente bastante asqueroso. Sería bueno deshacerse de él, librarse de él por completo. Quizás era realmente vulgar, realmente bajo.

Sintió una repulsión contra todo el asunto, y casi envidió a las chicas Guthrie su inexperiencia desgarrada y su cruda doncellez. Y ahora temía la idea de que alguien supiera lo suyo con el guardabosques. ¡Qué indeciblemente humillante! Estaba cansada, asustada, y sentía un anhelo de absoluta

respetabilidad, incluso de la respetabilidad vulgar y mortificante de las chicas Guthrie. Si Clifford supiera de su aventura, ¡qué indeciblemente humillante! Tenía miedo, aterrorizada de la sociedad y su mordedura impura. Casi deseó poder deshacerse de nuevo del niño y estar completamente libre. En resumen, cayó en un estado de pánico.

En cuanto al frasco de perfume, eso fue una tontería suya. No había podido evitar perfumar sus uno o dos pañuelos y sus camisas en el cajón, solo por infantilismo, y había dejado un frasco de perfume de violeta de Coty, medio vacío, entre sus cosas. Quería que la recordara en el perfume. En cuanto a las colillas, eran de Hilda.

No pudo evitar confiar un poco en Duncan Forbes. No dijo que había sido la amante del guardabosques, solo dijo que le gustaba y le contó a Forbes la historia del hombre.

—Oh —dijo Forbes—, ya verás, nunca descansarán hasta que hayan derribado al hombre y acabado con él. Si se ha negado a trepar a las clases medias, cuando tuvo la oportunidad; y si es un hombre que defiende su propio sexo, entonces acabarán con él. Es lo único que no te dejarán ser, directo y abierto en tu sexo. Puedes ser tan sucio como quieras. De hecho, cuanta más suciedad hagas con el sexo, más les gusta. Pero si crees en tu propio sexo y no quieres que lo ensucien: te derribarán. Es el único tabú demente que queda: el sexo como algo natural y vital. No lo tolerarán, y te matarán antes de dejar que lo tengas. Ya verás, acosarán a ese hombre. Y, después de todo, ¿qué ha hecho? Si le ha hecho el amor a su mujer de todas las maneras, ¿no tiene derecho a ello? Debería estar orgullosa de ello. Pero verás, incluso una zorra baja como esa se vuelve contra él y usa el instinto de hiena de la multitud contra el sexo para derribarlo. Tienes que lloriquear y sentirte pecador o terrible por tu sexo, antes de que te permitan tenerlo. Oh, acosarán al pobre diablo.

Connie sintió una repulsión en la dirección opuesta ahora. ¿Qué había hecho, después de todo? ¿qué le había hecho a ella, Connie, sino darle un placer exquisito y una sensación de libertad y vida? Le había liberado su cálido y natural flujo sexual. Y por eso lo acosarían.

No, no, no debería ser. Vio la imagen de él, blanco y desnudo, con el rostro y las manos bronceadas, mirando hacia abajo y dirigiéndose a su pene erecto como si fuera otro ser, la extraña sonrisa parpadeando en su rostro. Y

oyó su voz de nuevo: ¡Tienes el culo de mujer más bonito de todas! Y sintió su mano cerrándose cálida y suavemente sobre su trasero de nuevo, sobre sus partes secretas, como una bendición. Y el calor corrió por su vientre, y las pequeñas llamas parpadearon en sus rodillas, y dijo: ¡Oh, no! ¡No debo retractarme! No debo volverme atrás con él. Debo aferrarme a él y a lo que tuve de él, a pesar de todo. No tuve una vida cálida y llameante hasta que él me la dio. Y no me retractaré.

Hizo una cosa imprudente. Envío una carta a Ivy Bolton, adjuntando una nota para el guardabosques, y pidiéndole a la señora Bolton que se la diera. Y le escribió: «Estoy muy angustiada al saber de todos los problemas que tu mujer te está causando, pero no te preocupes, es solo una especie de histeria. Todo pasará tan de repente como vino. Pero lo siento muchísimo, y espero que no te esté importando mucho. Después de todo, no vale la pena. Es solo una mujer histérica que quiere hacerte daño. Estaré en casa en diez días, y espero que todo esté bien».

Unos días después llegó una carta de Clifford. Estaba evidentemente alterado.

«Estoy encantado de saber que estás dispuesta a salir de Venecia el dieciséis. Pero si lo estás disfrutando, no te apresures en volver. Te echamos de menos, Wragby te echa de menos. Pero es esencial que recibas tu dosis completa de sol, sol y pijamas, como dicen los anuncios del Lido. Así que, por favor, quédate un poco más, si te está animando y preparándote para nuestro suficientemente horrible invierno. Incluso hoy, llueve.

»Soy asidua y admirablemente atendido por la señora Bolton. Es un espécimen curioso. Cuanto más vivo, más me doy cuenta de qué extrañas criaturas son los seres humanos. Algunos de ellos bien podrían tener cien patas, como un ciempiés, o seis, como una langosta. La coherencia y la dignidad humanas que uno ha llegado a esperar de sus semejantes parecen en realidad inexistentes. Uno duda de que existan en un grado sorprendente incluso en uno mismo.

»El escándalo del guardabosques continúa y crece como una bola de nieve. La señora Bolton me mantiene informado. Me recuerda a un pez que, aunque mudo, parece respirar chismes silenciosos a través de sus agallas, mientras vive. Todo pasa por el tamiz de sus agallas, y nada la sorprende.

Es como si los acontecimientos de la vida de otras personas fueran el oxígeno necesario de la suya propia.

»Está preocupada por el escándalo de Mellors, y si la dejo empezar, me lleva a las profundidades. Su gran indignación, que incluso entonces es como la indignación de una actriz interpretando un papel, es contra la mujer de Mellors, a quien persiste en llamar Bertha Coutts. He estado en las profundidades de las vidas fangosas de las Bertha Coutts de este mundo, y cuando, liberado de la corriente de chismes, vuelvo lentamente a la superficie, miro la luz del día asombrado de que alguna vez exista.

»Me parece absolutamente cierto que nuestro mundo, que nos parece la superficie de todas las cosas, es en realidad el fondo de un océano profundo: todos nuestros árboles son crecimientos submarinos, y somos extrañas faunas submarinas cubiertas de escamas, alimentándonos de despojos como los camarones. Solo ocasionalmente el alma se eleva jadeando a través de las insondables brazas bajo las que vivimos, muy arriba hasta la superficie del éter, donde hay aire verdadero. Estoy convencido de que el aire que respiramos normalmente es una especie de agua, y los hombres y las mujeres son una especie de peces.

»Pero a veces el alma sí sube, se dispara como una gaviota a la luz, con éxtasis, después de haber depredado en las profundidades submarinas. Es nuestro destino moral, supongo, depredar en la espantosa vida subacuática de nuestros semejantes, en la jungla submarina de la humanidad. Pero nuestro destino inmortal es escapar, una vez que hemos tragado nuestra presa nadadora, de nuevo hacia el éter brillante, saliendo de la superficie del Viejo Océano a la luz verdadera. Entonces uno se da cuenta de su naturaleza eterna.

»Cuando oigo hablar a la señora Bolton, me siento hundirme, hundirme, a las profundidades donde los peces de los secretos humanos se retuercen y nadan. El apetito carnal hace que uno se apodere de un bocado de presa: luego arriba, arriba de nuevo, de lo denso a lo etéreo, de lo húmedo a lo seco. A ti puedo contarte todo el proceso. Pero con la señora Bolton solo siento la zambullida hacia abajo, hacia abajo, horriblemente, entre las algas y los pálidos monstruos del fondo mismo.

»Me temo que vamos a perder a nuestro guardabosques. El escándalo de la esposa fugitiva, en lugar de apagarse, ha reverberado a dimensiones cada

vez mayores. Se le acusa de todas las cosas indecibles, y curiosamente, la mujer ha logrado poner de su parte a la mayoría de las esposas de los mineros, peces espantosos, y el pueblo está putrefacto de habladurías.

»Oigo que esta Bertha Coutts asedia a Mellors en casa de su madre, habiendo saqueado la casita y la cabaña. Un día se apoderó de su propia hija, mientras esa astilla del bloque femenino volvía de la escuela; pero la pequeña, en lugar de besar la mano de la amorosa madre, la mordió firmemente, y así recibió de la otra mano una bofetada en la cara que la hizo tambalearse y caer a la cuneta: de donde fue rescatada por una abuela indignada y acosada.

»La mujer ha soltado una cantidad asombrosa de gas venenoso. Ha aireado en detalle todos aquellos incidentes de su vida conyugal que suelen estar enterrados en la tumba más profunda del silencio matrimonial, entre las parejas casadas. Habiendo elegido exhumarlos, después de diez años de entierro, tiene un extraño despliegue. Oigo estos detalles de Linley y el médico: este último divertido. Por supuesto, no hay realmente nada en ello. La humanidad siempre ha tenido una extraña avidez por las posturas sexuales inusuales, y si a un hombre le gusta usar a su mujer, como dice Benvenuto Cellini, «a la manera italiana», bueno, eso es cuestión de gustos. Pero apenas esperaba que nuestro guardabosques estuviera al tanto de tantos trucos. Sin duda, la propia Bertha Coutts se los enseñó primero. En cualquier caso, es una cuestión de su propia sordidez personal, y no tiene nada que ver con nadie más.

»Sin embargo, todo el mundo escucha: como yo mismo. Hace una docena de años, la decencia común habría silenciado el asunto. Pero la decencia común ya no existe, y las esposas de los mineros están todas en pie de guerra y con la voz desinhibida. Uno pensaría que cada niño en Tevershall, durante los últimos cincuenta años, ha sido una concepción inmaculada, y que cada una de nuestras mujeres inconformistas era una brillante Juana de Arco. Que nuestro estimable guardabosques tenga un toque de Rabelais parece hacerlo más monstruoso e impactante que un asesino como Crippen. Sin embargo, esta gente de Tevershall es gente suelta, si hemos de creer todos los relatos.

»El problema, sin embargo, es que la execrable Bertha Coutts no se ha limitado a sus propias experiencias y sufrimientos. Ha descubierto, a voz en

grito, que su marido ha estado «manteniendo» mujeres en la casita, y ha hecho algunos disparos al azar al nombrar a las mujeres. Esto ha arrastrado algunos nombres decentes por el barro, y el asunto ha ido bastante demasiado lejos. Se ha obtenido una orden judicial contra la mujer.

»He tenido que entrevistar a Mellors sobre el asunto, ya que era imposible mantener a la mujer alejada del bosque. Él sigue como de costumbre, con su aire de molinero del Dee, ¡no me importa nadie, no, no yo, si a nadie le importo yo! Sin embargo, sospecho astutamente que se siente como un perro con una lata atada a la cola: aunque finge muy bien que la lata no está allí. Pero oigo que en el pueblo las mujeres alejan a sus hijos si él pasa, como si fuera el Marqués de Sade en persona. Sigue con una cierta impertinencia, pero me temo que la lata está firmemente atada a su cola, y que interiormente repite, como Don Rodrigo en el romance español: «¡Ah, ahora me muerde donde más he pecado!».

»Le pregunté si creía que podría atender a su deber en el bosque, y dijo que no creía haberlo descuidado. Le dije que era una molestia tener a la mujer merodeando: a lo que respondió que no tenía poder para arrestarla. Luego insinué el escándalo y su curso desagradable. «Sí», dijo. «La gente debería ocuparse de su propio follar, entonces no querrían escuchar un montón de chismes sobre el de otro hombre».

»Lo dijo con cierta amargura, y sin duda contiene el verdadero germen de la verdad. La forma de expresarlo, sin embargo, no es ni delicada ni respetuosa. Lo insinué, y entonces oí sonar de nuevo la lata, «No es para un hombre en la forma en que está usted, Sir Clifford, criticarme por tener una polla entre las piernas».

»Estas cosas, dichas indiscriminadamente a todos y a cada uno, por supuesto no lo ayudan en absoluto, y el rector, y Linley, y Burroughs, todos piensan que sería mejor que el hombre se fuera del lugar.

»Le pregunté si era cierto que recibía a damas en la casita, y todo lo que dijo fue: «Vaya, ¿qué le importa eso a usted, Sir Clifford?». Le dije que tenía la intención de que se observara la decencia en mi propiedad, a lo que respondió: «Entonces tendrá que cerrar la boca de todas las mujeres». Cuando lo presioné sobre su modo de vida en la casita, dijo: «Seguro que podría sacar un escándalo de mí y mi perra Flossie. Se ha perdido algo ahí». De hecho, como ejemplo de impertinencia, sería difícil de superar.

»Le pregunté si le sería fácil encontrar otro trabajo. Dijo: «Si está insinuando que le gustaría echarme de este trabajo, sería tan fácil como un abrir y cerrar de ojos». Así que no puso ningún problema en irse al final de la semana que viene, y aparentemente está dispuesto a iniciar a un joven, Joe Chambers, en tantos misterios del oficio como sea posible. Le dije que le daría el salario de un mes extra cuando se fuera. Dijo que preferiría que me guardara mi dinero, ya que no tenía ocasión de aliviar mi conciencia. Le pregunté qué quería decir, y dijo: «No me debe nada extra, Sir Clifford, así que no me pague nada extra. Si cree que ve mi camisa por fuera, dígamelo».

»Bueno, ahí está el final del asunto por el momento. La mujer se ha ido: no sabemos adónde: pero es susceptible de ser arrestada si muestra la cara en Tevershall. Y oigo que tiene un miedo mortal a la cárcel, porque se lo merece con creces. Mellors se marchará el sábado que viene, y el lugar pronto volverá a la normalidad.

»Mientras tanto, mi querida Connie, si disfrutaras de quedarte en Venecia o en Suiza hasta principios de agosto, me alegraría pensar que estás fuera de todo este zumbido de vileza, que se habrá desvanecido por completo a finales de mes.

»Así que, como ves, somos monstruos de las profundidades marinas, y cuando la langosta camina sobre el lodo, lo remueve para todos. Debemos por fuerza tomarlo con filosofía». — La irritación y la falta de simpatía en cualquier dirección de la carta de Clifford tuvieron un mal efecto en Connie. Pero lo entendió mejor cuando recibió lo siguiente de Mellors: «El gato ha salido del saco, junto con varios otros gatitos. Has oído que mi mujer Bertha volvió a mis brazos sin amor y se instaló en la casita: donde, para hablar sin respeto, olió a rata, en forma de un pequeño frasco de Coty. No encontré otras pruebas, al menos durante unos días, cuando empezó a chillar por la fotografía quemada. Se fijó en el cristal y el tablero trasero en el dormitorio de invitados. Desafortunadamente, en el tablero trasero alguien había garabateado pequeños bocetos y las iniciales, repetidas varias veces: C. S. R. Esto, sin embargo, no proporcionó ninguna pista hasta que irrumpió en la cabaña y encontró uno de tus libros, una autobiografía de la actriz Judith, con tu nombre, Constance Stewart Reid, en la primera página. Después de esto, durante unos días fue por ahí diciendo a voz en grito que mi amante no era otra que la propia Lady Chatterley. La noticia llegó al fin al rector, el señor Burroughs, y a Sir Clifford. Entonces procedieron a tomar

medidas legales contra mi señora feudal, que por su parte desapareció, habiendo tenido siempre un miedo mortal a la policía.

»Sir Clifford pidió verme, así que fui a verlo. Habló con rodeos y parecía molesto conmigo. Luego preguntó si sabía que incluso el nombre de su señoría había sido mencionado. Dije que nunca escuchaba escándalos y que me sorprendía oír este trozo del propio Sir Clifford. Dijo que, por supuesto, era un gran insulto, y le dije que había una reina María en un calendario en el fregadero, sin duda porque Su Majestad formaba parte de mi harén. Pero no apreció el sarcasmo. Poco menos que me dijo que era un personaje de mala reputación que andaba con los botones de los pantalones desabrochados, y yo poco menos que le dije que él no tenía nada que desabrochar de todos modos, así que me despidió, y me voy el sábado que viene, y el lugar no me conocerá más.

»Iré a Londres, y mi vieja casera, la señora Inger, 17 Coburg Square, o me dará una habitación o me encontrará una.

»Asegúrate de que tus pecados te descubrirán, especialmente si estás casado y su nombre es Bertha».

No había ni una palabra sobre ella misma, ni para ella. A Connie le molestó esto. Podría haber dicho algunas palabras de consuelo o tranquilidad. Pero sabía que la dejaba libre, libre de volver a Wragby y a Clifford. También le molestó eso. No necesitaba ser tan falsamente caballeroso. Deseó que le hubiera dicho a Clifford: «¡Sí, es mi amante y mi querida y estoy orgulloso de ello!». Pero su valor no llegaba tan lejos.

¡Así que su nombre estaba unido al de él en Tevershall! Era un lío. Pero eso pronto se apagaría.

Estaba enfadada, con la ira complicada y confusa que la dejaba inerte. No sabía qué hacer ni qué decir, así que no dijo ni hizo nada. Siguió en Venecia igual, remando en la góndola con Duncan Forbes, bañándose, dejando pasar los días. Duncan, que había estado bastante deprimentemente enamorado de ella hacía diez años, estaba enamorado de ella de nuevo. Pero ella le dijo:

—Solo quiero una cosa de los hombres, y es que me dejen en paz.

Así que Duncan la dejó en paz: realmente bastante contento de poder hacerlo. De todos modos, le ofreció una suave corriente de una extraña y retorcida clase de amor. Quería estar con ella.

—¿Has pensado alguna vez —le dijo un día— en lo poco que la gente está conectada entre sí? ¡Mira a Daniele! Es guapo como un hijo del sol. Pero mira qué solo parece en su belleza. Sin embargo, apuesto a que tiene esposa y familia, y no podría de ninguna manera alejarse de ellos.

—Pregúntale —dijo Connie.

Duncan lo hizo. Daniele dijo que estaba casado y tenía dos hijos, ambos varones, de siete y nueve años. Pero no traicionó ninguna emoción por el hecho.

—Quizás solo las personas que son capaces de una verdadera unión tienen esa mirada de estar solas en el universo —dijo Connie—. Las otras tienen una cierta pegajosidad, se adhieren a la masa, como Giovanni.

—«Y», pensó para sí misma, «como tú, Duncan».

CAPÍTULO XVIII

Tenía que decidir qué hacer. Saldría de Venecia el sábado que él salía de Wragby: en seis días. Esto la llevaría a Londres el lunes siguiente, y entonces lo vería. Le escribió a la dirección de Londres, pidiéndole que le enviara una carta al hotel Hartland's y que pasara a buscarla el lunes por la noche a las siete.

Por dentro, estaba curiosa y complicadamente enfadada, y todas sus respuestas estaban entumecidas. Se negó a confiar siquiera en Hilda, y Hilda, ofendida por su constante silencio, se había vuelto bastante íntima con una mujer holandesa. Connie odiaba estas intimidades más bien sofocantes entre mujeres, intimidades en las que Hilda siempre entraba pesadamente.

Sir Malcolm decidió viajar con Connie, y Duncan podría seguir con Hilda. El viejo artista siempre se cuidaba bien: tomó literas en el Orient Express, a pesar de la aversión de Connie a los trenes de lujo, la atmósfera de depravación vulgar que hay a bordo de ellos hoy en día. Sin embargo, acortaría el viaje a París.

Sir Malcolm siempre estaba inquieto al volver con su esposa. Era una costumbre arrastrada de la primera esposa. Pero habría una reunión en casa para la caza del urogallo, y quería llegar con mucha antelación. Connie, bronceada y hermosa, se sentó en silencio, olvidándose por completo del paisaje.

—Un poco aburrido para ti, volver a Wragby —dijo su padre, notando su melancolía.

—No estoy segura de volver a Wragby —dijo, con una sorprendente brusquedad, mirándolo a los ojos con sus grandes ojos azules. Sus grandes ojos azules adoptaron la mirada asustada de un hombre cuya conciencia social no está del todo tranquila.

—¿Quieres decir que te quedarás un tiempo en París?

—¡No! Quiero decir no volver nunca a Wragby.

Estaba preocupado por sus propios pequeños problemas y esperaba sinceramente no tener que cargar con ninguno de los de ella.

—¿Cómo es eso, de repente? —preguntó.

—Voy a tener un hijo.

Fue la primera vez que pronunció esas palabras a un alma viviente, y pareció marcar una división en su vida.

—¿Cómo lo sabes? —dijo su padre.

Ella sonrió.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Pero no es hijo de Clifford, por supuesto, ¿no?

—¡No! De otro hombre.

Disfrutaba un poco atormentándolo.

—¿Conozco al hombre? —preguntó Sir Malcolm.

—¡No! Nunca lo has visto.

Hubo una larga pausa.

—¿Y cuáles son tus planes?

—No lo sé. Ese es el punto.

—¿No se puede arreglar con Clifford?

—Supongo que Clifford lo aceptaría —dijo Connie—. Me dijo, después de la última vez que hablaste con él, que no le importaría si tuviera un hijo: siempre que lo hiciera con discreción.

—Lo único sensato que podía decir, dadas las circunstancias. Entonces supongo que todo irá bien.

—¿De qué manera? —dijo Connie, mirando a los ojos de su padre. Eran grandes ojos azules, más bien como los suyos, pero con una cierta inquietud en ellos, a veces una mirada de un niño pequeño inquieto, a veces una mirada de egoísmo hosco, generalmente de buen humor y cauteloso.

—Puedes presentarle a Clifford un heredero para todos los Chatterley y poner otro baronet en Wragby.

El rostro de Sir Malcolm sonrió con una sonrisa medio sensual.

—Pero no creo que quiera —dijo.

—¿Por qué no? ¿Te sientes enredada con el otro hombre? ¡Bueno! Si quieres la verdad de mí, hija mía, es esta. El mundo sigue. Wragby está en pie y seguirá en pie. El mundo es una cosa más o menos fija, y externamente, tenemos que adaptarnos a él. En privado, en mi opinión privada, podemos hacer lo que nos plazca. Las emociones cambian. Puede que te guste un hombre este año y otro el siguiente. Pero Wragby sigue en pie. Apoya a Wragby en la medida en que Wragby te apoye a ti. Luego haz lo que te plazca. Pero sacarás muy poco de una ruptura. Puedes romper si quieres. Tienes unos ingresos independientes, lo único que nunca te falla. Pero no sacarás mucho de ello. Pon un pequeño baronet en Wragby. Es algo divertido de hacer.

Y Sir Malcolm se recostó y sonrió de nuevo. Connie no respondió.

—Espero que al fin tuvieras un hombre de verdad —le dijo después de un rato, sensualmente alerta.

—Lo tuve. Ese es el problema. No hay muchos por ahí —dijo.

—¡No, por Dios! —meditó—. ¡No los hay! Bueno, querida, a juzgar por tu aspecto, fue un hombre afortunado. ¿Seguramente no te crearía problemas?

—¡Oh, no! Me deja ser completamente dueña de mí misma.

—¡Desde luego! ¡Desde luego! Un hombre genuino lo haría.

Sir Malcolm estaba complacido. Connie era su hija favorita, siempre le había gustado la hembra que había en ella. No tenía tanto de su madre como

Hilda. Y siempre le había desagradado Clifford. Así que estaba complacido, y muy tierno con su hija, como si el niño no nacido fuera su hijo.

La llevó en coche al hotel Hartland's y la vio instalarse: luego fue a su club. Ella había rechazado su compañía para la noche.

Encontró una carta de Mellors. «No pasaré por tu hotel, pero te esperaré fuera del Golden Cock en Adam Street a las siete».

Allí estaba él, alto y esbelto, y tan diferente, con un traje formal de tela oscura y fina. Tenía una distinción natural, pero no el aspecto cortado a patrón de su clase. Sin embargo, ella vio de inmediato que podía ir a cualquier parte. Tenía una distinción innata que era realmente mucho más agradable que la cosa de clase cortada a patrón.

—¡Ah, ahí estás! ¡Qué bien te ves!

—¡Sí! Pero tú no.

Lo miró a la cara con ansiedad. Estaba delgado y se le notaban los pómulos. Pero sus ojos le sonrieron y ella se sintió a gusto con él. Ahí estaba: de repente, la tensión de mantener las apariencias se desvaneció. Algo fluyó de él físicamente que la hizo sentirse interiormente a gusto y feliz, como en casa. Con un instinto de mujer ahora alerta a la felicidad, lo registró al instante. «¡Soy feliz cuando él está!». Ni todo el sol de Venecia le había dado esta expansión y calidez interior.

—¿Fue horrible para ti? —preguntó, mientras estaba sentada frente a él en la mesa. Estaba demasiado delgado; ahora lo veía. Su mano yacía como la conocía, con ese curioso olvido suelto de un animal dormido. Deseó tanto tomarla y besarla. Pero no se atrevió del todo.

—La gente siempre es horrible —dijo él.

—¿Y te importó mucho?

—Me importó, como siempre me importará. Y supe que era un tonto por importarme.

—¿Te sentiste como un perro con una lata atada a la cola? Clifford dijo que te sentías así.

La miró. Fue cruel por su parte en ese momento: pues su orgullo había sufrido amargamente.

—Supongo que sí —dijo.

Ella nunca supo la feroz amargura con la que él resentía el insulto.

Hubo una larga pausa.

—¿Y me echaste de menos? —preguntó.

—Me alegré de que estuvieras fuera de ello.

De nuevo hubo una pausa.

—Pero, ¿la gente creyó lo nuestro? —preguntó.

—¡No! No lo creo ni por un momento.

—¿Y Clifford?

—Yo diría que no. Lo descartó sin pensarlo. Pero naturalmente le hizo querer verme marchar.

—Voy a tener un hijo.

La expresión desapareció por completo de su rostro, de todo su cuerpo. La miró con ojos oscurecidos, cuya mirada no pudo entender en absoluto: como un espíritu de llama oscura mirándola.

—¡Di que te alegras! —suplicó, buscando su mano. Y vio surgir en él una cierta exultación. Pero estaba atrapada por cosas que no podía entender.

—Es el futuro —dijo.

—Pero, ¿no te alegras? —persistió.

—Tengo una desconfianza tan terrible del futuro.

—Pero no tienes que preocuparte por ninguna responsabilidad. Clifford lo tendría como suyo, se alegraría.

Lo vio palidecer y retroceder ante esto. No respondió.

—¿Voy a volver con Clifford y poner un pequeño baronet en Wragby? —preguntó.

La miró, pálido y muy distante. La fea sonrisita parpadeó en su rostro.

—No tendrías que decirle quién era el padre.

—¡Oh! —dijo ella—; lo aceptaría incluso entonces, si yo quisiera.

Pensó durante un rato.

—¡Sí! —dijo al fin, para sí mismo—. Supongo que sí.

Hubo silencio. Un gran abismo los separaba.

—Pero no quieres que vuelva con Clifford, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Qué quieres tú? —respondió él.

—Quiero vivir contigo —dijo simplemente.

A pesar de sí mismo, pequeñas llamas corrieron por su vientre al oírla decirlo, y bajó la cabeza. Luego la miró de nuevo, con aquellos ojos embrujados.

—Si vale la pena para ti —dijo—. Yo no tengo nada.

—Tienes más que la mayoría de los hombres. Venga, lo sabes —dijo.

—En cierto modo, lo sé. —Guardó silencio un rato, pensando. Luego continuó—: Solían decir que tenía demasiado de mujer en mí. Pero no es eso. No soy una mujer porque no quiera disparar a los pájaros, ni porque no quiera ganar dinero, o prosperar. Podría haber prosperado en el ejército, fácilmente, pero no me gustaba el ejército. Aunque podía manejar a los hombres perfectamente: les caía bien y me tenían un poco de santo temor cuando me enfadaba. No, era la estúpida y torpe autoridad superior la que hacía que el ejército estuviera muerto: absolutamente muerto de estupidez. Me gustan los hombres, y a los hombres les gusto yo. Pero no soporto la impertinencia parlanchina y mandona de la gente que dirige este mundo. Por eso no puedo prosperar. Odio la impertinencia del dinero, y odio la impertinencia de la clase. Así que en el mundo tal como es, ¿qué tengo yo que ofrecer a una mujer?

—Pero, ¿por qué ofrecer algo? No es un trato. Es solo que nos amamos —dijo.

—¡No, no! Es más que eso. Vivir es moverse y seguir adelante. Mi vida no irá por los cauces adecuados, simplemente no lo hará. Así que soy un poco un billete de desecho por mí mismo. Y no tengo derecho a meter a una mujer en mi vida, a menos que mi vida haga algo y llegue a alguna parte, al menos interiormente, para mantenernos frescos a ambos. Un hombre debe

ofrecer a una mujer algún significado en su vida, si va a ser una vida aislada, y si es una mujer genuina. No puedo ser simplemente tu concubino.

—¿Por qué no? —dijo.

—Pues porque no puedo. Y pronto lo odiarías.

—¡Como si no pudieras confiar en mí! —dijo.

La sonrisa parpadeó en su rostro.

—El dinero es tuyo, la posición es tuya, las decisiones recaerán en ti. No soy simplemente el follador de mi señora, después de todo.

—¿Qué más eres?

—Buena pregunta. Sin duda es invisible. Sin embargo, al menos soy algo para mí mismo. Puedo ver el sentido de mi propia existencia, aunque puedo entender perfectamente que nadie más lo vea.

—¿Y tu existencia tendrá menos sentido si vives conmigo?

Hizo una larga pausa antes de responder:

—Podría.

Ella también se detuvo a pensar en ello.

—¿Y cuál es el sentido de tu existencia?

—Te lo digo, es invisible. No creo en el mundo, ni en el dinero, ni en el progreso, ni en el futuro de nuestra civilización. Si ha de haber un futuro para la humanidad, tendrá que haber un cambio muy grande respecto a lo que hay ahora.

—¿Y cómo tendrá que ser el verdadero futuro?

—¡Dios sabe! Siento algo dentro de mí, todo mezclado con mucha rabia. Pero a qué equivale realmente, no lo sé.

—¿Quieres que te lo diga? —dijo, mirándolo a la cara—. ¿Quieres que te diga lo que tienes tú que otros hombres no tienen, y que hará el futuro? ¿Quieres que te lo diga?

—Dímelo entonces —respondió.

—Es el valor de tu propia ternura, eso es: como cuando me pones la mano en el trasero y dices que tengo un trasero bonito.

La sonrisa apareció parpadeando en su rostro.

—¡Eso! —dijo.

Luego se sentó a pensar.

—¡Sí! —dijo—. Tienes razón. Es eso realmente. Es eso en todo. Lo sabía con los hombres. Tenía que estar en contacto con ellos, físicamente, y no retractarme. Tenía que ser corporalmente consciente de ellos y un poco tierno con ellos, incluso si los hacía pasar por un infierno. Es una cuestión de conciencia, como dijo Buda. Pero incluso él rehuyó la conciencia corporal, y esa ternura física natural, que es la mejor, incluso entre hombres; de una manera propiamente viril. ¡Los hace realmente viriles, no tan simiescos! ¡Sí! es ternura, realmente; es conciencia del coño. El sexo es realmente solo tacto, el más cercano de todos los tactos. Y es al tacto a lo que tememos. Solo estamos medio conscientes y medio vivos. Tenemos que cobrar vida y conciencia. Especialmente los ingleses tienen que entrar en contacto los unos con los otros, un poco delicados y un poco tiernos. Es nuestra necesidad imperiosa.

Ella lo miró.

—Entonces, ¿por qué me tienes miedo? —dijo.

La miró durante mucho tiempo antes de responder.

—Es el dinero, realmente, y la posición. Es el mundo en ti.

—Pero, ¿no hay ternura en mí? —dijo con nostalgia.

La miró, con ojos oscurecidos y abstractos.

—¡Sí! Viene y va, como en mí.

—Pero, ¿no puedes confiar en ella entre tú y yo? —preguntó, mirándolo con ansiedad.

Vio su rostro ablandarse por completo, perdiendo su armadura.

—¡Quizás! —dijo.

Ambos guardaron silencio.

—Quiero que me abracés —dijo—. Quiero que me digas que te alegras de que tengamos un hijo.

Parecía tan encantadora y cálida y nostálgica, que sus entrañas se conmovieron por ella.

—Supongo que podemos ir a mi habitación —dijo—. Aunque es escandaloso de nuevo.

Pero vio el olvido del mundo apoderarse de él de nuevo, su rostro adoptando la mirada suave y pura de la pasión tierna.

Caminaron por las calles más remotas hasta Coburg Square, donde tenía una habitación en lo alto de la casa, una buhardilla donde cocinaba para sí mismo en un hornillo de gas. Era pequeña, pero decente y ordenada.

Se quitó sus cosas y le hizo hacer lo mismo. Estaba encantadora en el suave primer rubor de su embarazo.

—Debería dejarte en paz —dijo él.

—¡No! —dijo ella—. ¡Ámame! Ámame y di que me guardarás. ¡Di que me guardarás! Di que nunca me dejarás ir, ni al mundo ni a nadie.

Se acurrucó contra él, aferrándose con fuerza a su cuerpo delgado, fuerte y desnudo, el único hogar que había conocido.

—Entonces te guardaré —dijo—. Si lo quieres, entonces te guardaré.

La abrazó con fuerza.

—Y di que te alegras del niño —repitió—. ¡Bésalo! Besa mi vientre y di que te alegras de que esté ahí.

Pero eso fue más difícil para él.

—Tengo pavor de traer hijos al mundo —dijo—. Tengo tanto pavor del futuro para ellos.

—Pero lo has puesto en mí. Sé tierno con él, y ese será ya su futuro. ¡Bésalo!

Tembló, porque era verdad. «Sé tierno con él, y ese será su futuro».—En ese momento sintió un amor puro por la mujer. Le besó el vientre y su monte de Venus, para besar cerca del útero y del feto dentro del útero.

—¡Oh, me amas! ¡Me amas! —dijo, en un pequeño grito como uno de sus ciegos e inarticulados gritos de amor. Y entró en ella suavemente, sintiendo la corriente de ternura fluir en liberación de sus entrañas a las de ella, las entrañas de la compasión encendidas entre ellos.

Y se dio cuenta, al entrar en ella, de que esto era lo que tenía que hacer, entrar en un contacto tierno, sin perder su orgullo ni su dignidad ni su integridad como hombre. Después de todo, si ella tenía dinero y medios, y él no tenía ninguno, debería ser demasiado orgulloso y honorable para retener su ternura de ella por esa razón. «Defiendo el tacto de la conciencia corporal entre los seres humanos», se dijo a sí mismo, «y el tacto de la ternura. Y ella es mi compañera. Y es una batalla contra el dinero, y la máquina, y la insensata y simiesca idealidad del mundo. Y ella me apoyará en eso. ¡Gracias a Dios que tengo una mujer! Gracias a Dios que tengo una mujer que está conmigo, y es tierna y consciente de mí. Gracias a Dios que no es una matona, ni una tonta. Gracias a Dios que es una mujer tierna y consciente». Y mientras su semilla brotaba en ella, su alma también brotaba hacia ella, en el acto creativo que es mucho más que procreativo.

Estaba completamente decidida ahora a que no hubiera separación entre él y ella. Pero los medios y los modos aún estaban por decidir.

—¿Odiabas a Bertha Coutts? —le preguntó.

—No me hables de ella.

—¡Sí! Tienes que dejarme. Porque una vez te gustó. Y una vez fuiste tan íntimo con ella como lo eres conmigo. Así que tienes que contármelo. ¿No es bastante terrible, cuando has sido íntimo con ella, odiarla tanto? ¿Por qué es?

—No lo sé. Como que mantenía su voluntad lista contra mí, siempre, siempre: su espantosa voluntad femenina: ¡su libertad! ¡La espantosa libertad de una mujer que termina en la más bestial intimidación! Oh, siempre mantuvo su libertad contra mí, como vitriolo en mi cara.

—Pero ni siquiera ahora está libre de ti. ¿Todavía te ama?

—¡No, no! Si no está libre de mí, es porque tiene esa rabia loca, tiene que intentar intimidarme.

—Pero debió de amarte.

—¡No! Bueno, a ratos, sí. Se sentía atraída por mí. Y creo que incluso eso lo odiaba. Me amó en momentos. Pero siempre se retractaba y empezaba a intimidar. Su deseo más profundo era intimidarme, y no había manera de cambiarla. Su voluntad estaba mal, desde el principio.

—Pero quizás sentía que no la amabas de verdad, y quería obligarte.

—Dios mío, fue una sangrienta obligación.

—Pero no la amabas de verdad, ¿verdad? Le hiciste ese mal.

—¿Cómo podría? Empecé a hacerlo. Empecé a amarla. Pero de alguna manera, siempre me destrozaba. No, no hablemos de ello. Fue una fatalidad, eso fue. Y era una mujer condenada. Esta última vez, la habría matado de un tiro como mato a una comadreja, si me hubieran dejado: ¡una cosa delirante y condenada con forma de mujer! ¡Si tan solo hubiera podido matarla de un tiro y terminar con toda la miseria! Debería estar permitido. Cuando una mujer se vuelve absolutamente poseída por su propia voluntad, su propia voluntad enfrentada a todo, entonces es temible, y debería ser fusilada al final.

—¿Y no deberían los hombres ser fusilados al final, si se vuelven poseídos por su propia voluntad?

—¡Sí!... ¡lo mismo! Pero debo liberarme de ella, o volverá a por mí. Quería decírtelo. Debo divorciarme si es posible. Así que debemos tener cuidado. No debemos ser vistos juntos, tú y yo. Nunca, nunca podría soportarlo si ella cayera sobre mí y sobre ti.

Connie reflexionó sobre esto.

—¿Entonces no podemos estar juntos? —dijo.

—No durante seis meses o así. Pero creo que mi divorcio saldrá en septiembre, y luego hasta marzo.

—Pero el bebé probablemente nacerá a finales de febrero —dijo.

Guardó silencio.

—Desearía que los Clifford y las Bertha estuvieran todos muertos —dijo.

—Eso no es ser muy tierno con ellos —dijo ella.

—¿Tierno con ellos? Sí, incluso entonces, lo más tierno que podrías hacer por ellos, quizás, sería darles la muerte. ¡No pueden vivir! Solo frustran la vida. Sus almas son horribles por dentro. La muerte debería ser dulce para ellos. Y a mí deberían permitirme dispararles.

—Pero no lo harías —dijo.

—¡Sí que lo haría! y con menos remordimientos que al disparar a una comadreja. Al menos tiene una belleza y una soledad. Pero ellos son legión. Oh, les dispararía.

—Entonces quizás sea mejor que no te atrevas.

—Bueno.

Connie tenía ahora mucho en qué pensar. Era evidente que quería liberarse absolutamente de Bertha Coutts. Y sintió que tenía razón. El último ataque había sido demasiado sombrío. Esto significaba que viviría sola hasta la primavera. Quizás podría divorciarse de Clifford. Pero, ¿cómo? Si se nombraba a Mellors, entonces se acababa su divorcio. ¡Qué repugnante! ¿No podría una irse lejos, a los confines de la tierra, y estar libre de todo ello?

No se podía. Los confines del mundo no están a cinco minutos de Charing Cross, hoy en día. Mientras la radio esté activa, no hay confines de la tierra. Los reyes de Dahomey y los lamas del Tíbet escuchan Londres y Nueva York.

¡Paciencia! ¡Paciencia! El mundo es una vasta y espantosa intrincación de mecanismos, y hay que ser muy cauto para no ser destrozado por él.

Connie se lo confió a su padre.

—Verás, padre, era el guardabosques de Clifford: pero fue oficial en el ejército en la India. Solo que es como el coronel C. E. Florence, que prefirió volver a ser soldado raso.

Sir Malcolm, sin embargo, no sentía ninguna simpatía por el misticismo insatisfactorio del famoso C. E. Florence. Veía demasiada publicidad detrás de toda la humildad. Parecía exactamente el tipo de presunción que el caballero más detestaba, la presunción de la autohumillación.

—¿De dónde salió tu guardabosques? —preguntó Sir Malcolm con irritación.

—Era hijo de un minero de Tevershall. Pero es absolutamente presentable.

El artista ennoblecido se enfadó más.

—Me parece un cazafortunas —dijo—. Y tú eres una mina de oro bastante fácil, aparentemente.

—No, padre, no es así. Lo sabrías si lo vieras. Es un hombre. Clifford siempre lo detestó por no ser humilde.

—Aparentemente tuvo un buen instinto, por una vez.

Lo que Sir Malcolm no podía soportar era el escándalo de que su hija tuviera una aventura con un guardabosques. No le importaba la aventura: le importaba el escándalo.

—No me importa nada el tipo. Evidentemente ha sabido camelarte. Pero, por Dios, piensa en todas las habladurías. ¡Piensa en tu madrastra, cómo se lo tomará!

—Lo sé —dijo Connie—. Las habladurías son bestiales: especialmente si vives en sociedad. Y él quiere tanto divorciarse. Pensé que quizás podríamos decir que era hijo de otro hombre y no mencionar el nombre de Mellors en absoluto.

—¿De otro hombre! ¿De qué otro hombre?

—Quizás Duncan Forbes. Ha sido nuestro amigo toda la vida. Y es un artista bastante conocido. Y me tiene cariño.

—¡Bueno, estoy condenado! ¡Pobre Duncan! ¿Y qué va a sacar él de esto?

—No lo sé. Pero quizás hasta le guste.

—¿Podría, eh? Bueno, es un hombre raro si lo hace. Vaya, ni siquiera has tenido una aventura con él, ¿verdad?

—¡No! Pero en realidad no la quiere. Solo le encanta que esté cerca de él, pero no que lo toque.

—¡Dios mío, qué generación!

—Lo que más le gustaría es que yo fuera modelo para que él me pintara. Solo que nunca quise.

—¡Que Dios lo ayude! Pero parece bastante abatido para cualquier cosa.

—Aun así, ¿no te importarían tanto las habladurías sobre él?

—¡Dios mío, Connie, todo ese maldito tejemaneje!

—¡Lo sé! ¡Es repugnante! Pero, ¿qué puedo hacer?

—¡Tejemaneje, conspiración; conspiración, tejemaneje! Hace que un hombre piense que ha vivido demasiado.

—Vamos, padre, si no has hecho un buen montón de tejemanejes y conspiraciones en tu tiempo, puedes hablar.

—Pero era diferente, te lo aseguro.

—Siempre es diferente.

Hilda llegó, también furiosa, cuando se enteró de las novedades. Y tampoco podía soportar la idea de un escándalo público sobre su hermana y un guardabosques. ¡Demasiado, demasiado humillante!

—¿Por qué no desaparecemos, por separado, a la Columbia Británica y no tenemos ningún escándalo? —dijo Connie.

Pero eso no servía de nada. El escándalo saldría a la luz de todos modos. Y si Connie iba a irse con el hombre, sería mejor que pudiera casarse con él. Esta era la opinión de Hilda. Sir Malcolm no estaba seguro. El asunto todavía podría pasar.

—Pero, ¿lo verás, padre?

¡Pobre Sir Malcolm! no estaba nada entusiasmado. Y pobre Mellors, estaba aún menos entusiasmado. Sin embargo, el encuentro tuvo lugar: un almuerzo en una sala privada del club, los dos hombres solos, midiéndose con la mirada.

Sir Malcolm bebió una buena cantidad de whisky, Mellors también bebió. Y hablaron todo el tiempo de la India, sobre la que el joven estaba bien informado.

Esto duró durante la comida. Solo cuando se sirvió el café y el camarero se hubo ido, Sir Malcolm encendió un puro y dijo, cordialmente:

—Bueno, joven, ¿y qué hay de mi hija?

La sonrisa parpadeó en el rostro de Mellors.

—Bueno, señor, ¿y qué hay de ella?

—Le has metido un bebé, de acuerdo.

—¡Tengo ese honor! —sonrió Mellors.

—¡Honor, por Dios! —Sir Malcolm soltó una pequeña risita y se volvió escocés y lascivo—. ¡Honor! ¿Qué tal fue la cosa, eh? Buena, ¿verdad, muchacho?

—¡Buena!

—¡Apuesto a que sí! ¡Ja, ja! ¡Mi hija, de tal palo tal astilla, eh! Yo nunca me eché atrás ante un buen polvo. Aunque su madre, ¡oh, santos del cielo! —puso los ojos en blanco—. ¡Pero la calentaste, oh, la calentaste, eso se ve! ¡Ja, ja! ¡Mi sangre en ella! ¡Le prendiste fuego a su pajar, de acuerdo! ¡Ja, ja, ja! Me alegré mucho, te lo digo. Lo necesitaba. Oh, es una chica agradable, es una chica agradable, y sabía que sería buena yendo, ¡si tan solo algún maldito hombre le prendiera fuego a su pajar! ¡Ja, ja, ja! ¡Un guardabosques, eh, mi muchacho! ¡Maldito buen cazador furtivo, si me preguntas! ¡Ja, ja! Pero ahora, mira, hablando en serio, ¿qué vamos a hacer al respecto? ¡Hablando en serio, sabes!

Hablando en serio, no llegaron muy lejos. Mellors, aunque un poco achispado, era mucho más sobrio de los dos. Mantuvo la conversación tan inteligente como fue posible: lo que no es decir mucho.

—¡Así que eres guardabosques! ¡Oh, tienes toda la razón! Ese tipo de caza vale la pena para un hombre, ¿eh? La prueba de una mujer es cuando le pellizcas el culo. Puedes saber solo por el tacto de su culo si va a salir bien. ¡Ja, ja! Te envidio, mi muchacho. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y nueve.

El caballero levantó las cejas.

—¡Tanto! Bueno, tienes otros veinte años buenos, a juzgar por tu aspecto. Oh, guardabosques o no, eres un buen gallo. Lo veo con un ojo cerrado. ¡No como ese maldito Clifford! Un perro cobarde sin un polvo en él, nunca lo tuvo. Me caes bien, mi muchacho. Apuesto a que tienes una buena chor-

ra; oh, eres un gallo de pelea, eso se ve. Eres un luchador. ¡Guardabosques! ¡Ja, ja, por Cristo, no te confiaría mi caza! Pero mira, en serio, ¿qué vamos a hacer al respecto? El mundo está lleno de malditas viejas.

En serio, no hicieron nada al respecto, excepto establecer la vieja franc-masonería de la sensualidad masculina entre ellos.

—Y mira, mi muchacho, si alguna vez puedo hacer algo por ti, puedes contar conmigo. ¡Guardabosques! ¡Cristo, pero es la leche! ¡Me gusta! ¡Oh, me gusta! Muestra que la chica tiene agallas. ¿Qué? Después de todo, sabes, tiene sus propios ingresos, moderados, moderados, pero por encima de la inanición. Y le dejaré lo que tengo. Por Dios, lo haré. Se lo merece, por mostrar agallas, en un mundo de viejas. Llevo setenta años luchando por librarme de las faldas de las viejas, y todavía no lo he conseguido. Pero tú eres el hombre, eso se ve.

—Me alegro de que lo piense. Suelen decirme, de soslayo, que soy el mono.

—¡Oh, lo harían! Mi querido amigo, ¿qué podrías ser sino un mono, para todas las viejas?

Se despidieron muy cordialmente, y Mellors rio para sus adentros todo el resto del día.

Al día siguiente almorzó con Connie y Hilda, en algún lugar discreto.

—Es una gran pena que sea una situación tan fea por todas partes —dijo Hilda.

—Yo me divertí mucho —dijo él.

—Creo que podríais haber evitado traer niños al mundo hasta que ambos estuvierais libres para casaros y tener hijos.

—El Señor sopló un poco demasiado pronto en la chispa —dijo él.

—Creo que el Señor no tuvo nada que ver. Por supuesto, Connie tiene suficiente dinero para manteneros a ambos, pero la situación es insostenible.

—Pero entonces usted no tiene que soportar más que un pequeño rincón de ella, ¿verdad? —dijo él.

—Si hubiera sido de su propia clase.

—O si hubiera estado en una jaula en el zoo.

Hubo silencio.

—Creo —dijo Hilda— que será mejor si ella nombra a otro hombre como codemandado, y usted se mantiene al margen por completo.

—Pero pensé que ya había metido la pata hasta el fondo.

—Quiero decir, en el proceso de divorcio.

La miró asombrado. Connie no se había atrevido a mencionarle el plan de Duncan.

—No entiendo —dijo.

—Tenemos un amigo que probablemente aceptaría ser nombrado como codemandado, para que su nombre no tenga que aparecer —dijo Hilda.

—¿Un hombre?

—¡Por supuesto!

—Pero, ¿ella no tiene otro?

Miró asombrado a Connie.

—¡No, no! —dijo ella apresuradamente—. Solo esa vieja amistad, bastante simple, sin amor.

—Entonces, ¿por qué iba el tipo a cargar con la culpa? ¿Si no ha sacado nada de ti?

—Algunos hombres son caballerosos y no solo cuentan lo que sacan de una mujer —dijo Hilda.

—¡Una para mí, eh! Pero, ¿quién es el fulano?

—Un amigo que conocemos desde que éramos niñas en Escocia, un artista.

—¡Duncan Forbes! —dijo al instante, pues Connie había hablado de él—. ¿Y cómo le echaríais la culpa a él?

—Podrían alojarse juntos en algún hotel, o ella podría incluso quedarse en su apartamento.

—Me parece mucho jaleo para nada —dijo.

—¿Qué otra cosa sugiere? —dijo Hilda—. Si su nombre aparece, no obtendrá el divorcio de su mujer, que aparentemente es una persona imposible con la que mezclarse.

—¡Todo eso! —dijo sombríamente.

Hubo un largo silencio.

—Podríamos irnos lejos —dijo.

—No hay un lejos para Connie —dijo Hilda—. Clifford es demasiado conocido.

De nuevo el silencio de la pura frustración.

—El mundo es lo que es. Si quieren vivir juntos sin ser perseguidos, tendrán que casarse. Para casarse, ambos tienen que divorciarse. Así que, ¿cómo van a hacerlo?

Guardó silencio durante mucho tiempo.

—¿Cómo van ustedes a hacerlo por nosotros? —dijo.

—Veremos si Duncan consiente en figurar como codemandado: luego debemos conseguir que Clifford se divorcie de Connie: y usted debe seguir con su divorcio, y ambos deben mantenerse separados hasta que estén libres.

—Suenan a manicomio.

—¡Posiblemente! Y el mundo los consideraría locos: o peor.

—¿Qué es peor?

—Criminales, supongo.

—Espero poder clavar la daga unas cuantas veces más todavía —dijo sonriendo. Luego guardó silencio, y se enfadó.

—¡Bueno! —dijo al fin—. Estoy de acuerdo con cualquier cosa. El mundo es un idiota delirante, y ningún hombre puede matarlo: aunque haré lo posible. Pero tienes razón. Debemos rescatarnos lo mejor que podamos.

Miró con humillación, ira, cansancio y miseria a Connie.

—¡Mi muchacha! —dijo—. El mundo te va a poner sal en la cola.

—No si no lo permitimos —dijo ella.

Le importaba menos este complot contra el mundo que a él.

Duncan, cuando se lo propusieron, también insistió en ver al guardabosques delincuente, así que hubo una cena, esta vez en su apartamento: los cuatro. Duncan era un tipo más bien bajo, ancho, de piel oscura, un Hamlet taciturno con el pelo negro y liso y una extraña presunción celta de sí mismo. Su arte era todo tubos y válvulas y espirales y colores extraños, ultramoderno, pero con un cierto poder, incluso una cierta pureza de forma y tono: solo que a Mellors le pareció cruel y repelente. No se atrevió a decirlo, pues Duncan estaba casi loco en lo que respecta a su arte; era un culto personal, una religión personal para él.

Estaban mirando los cuadros en el estudio, y Duncan mantenía sus ojos marrones, más bien pequeños, fijos en el otro hombre. Quería oír lo que diría el guardabosques. Ya conocía las opiniones de Connie y Hilda.

—Es como un puro trozo de asesinato —dijo Mellors al fin; un discurso que Duncan de ninguna manera esperaba de un guardabosques.

—¿Y quién es el asesinado? —preguntó Hilda, con bastante frialdad y burla.

—¡Yo! Asesina todas las entrañas de la compasión en un hombre.

Una ola de puro odio salió del artista. Oyó la nota de aversión en la voz del otro hombre, y la nota de desprecio. Y él mismo detestaba la mención de las entrañas de la compasión. ¡Sentimentalismo enfermizo!

Mellors estaba de pie, más bien alto y delgado, de aspecto curtido, mirando con un parpadeante desapego que era algo así como el baile de una polilla al vuelo, los cuadros.

—Quizás la estupidez es asesinada; la estupidez sentimental —se burló el artista.

—¿Tú crees? Creo que todos estos tubos y vibraciones corrugadas son lo suficientemente estúpidos para cualquier cosa, y bastante sentimentales. Muestran mucha autocompasión y una terrible cantidad de opinión nerviosa de sí mismos, me parece.

En otra ola de odio, el rostro del artista pareció amarillo. Pero con una especie de altivez silenciosa, volvió los cuadros hacia la pared.

—Creo que podemos pasar al comedor —dijo.

Y se fueron, lúgubrementemente.

Después del café, Duncan dijo:

—No me importa en absoluto posar como el padre del hijo de Connie. Pero solo con la condición de que ella venga y pose como modelo para mí. La he querido durante años, y siempre se ha negado. —Lo pronunció con la oscura finalidad de un inquisidor anunciando un auto de fe.

—¡Ah! —dijo Mellors—. ¿Solo lo hace con esa condición, entonces?

—¡Desde luego! Solo lo hago con esa condición. —El artista intentó poner el máximo desprecio por la otra persona en su discurso. Puso un poco demasiado.

—Mejor que me tenga a mí como modelo al mismo tiempo —dijo Mellors—. Mejor que nos haga en grupo, Vulcano y Venus bajo la red del arte. Solía ser herrero, antes de ser guardabosques.

—Gracias —dijo el artista—. No creo que Vulcano tenga una figura que me interese.

—¿Ni siquiera si estuviera tubificada y aderezada?

No hubo respuesta. El artista era demasiado altivo para más palabras.

Fue una fiesta lúgubre, en la que el artista a partir de entonces ignoró firmemente la presencia del otro hombre y habló solo brevemente, como si las palabras fueran arrancadas de las profundidades de su sombría y portentosa personalidad, a las mujeres.

—No te gustó, pero es mejor que eso, de verdad. Es realmente amable —explicó Connie al salir.

—Es un pequeño cachorro negro con un moquillo corrugado —dijo Mellors.

—No, hoy no estuvo agradable.

—¿Y vas a ser modelo para él?

—Oh, en realidad ya no me importa. No me tocará. Y no me importa nada, si allana el camino para una vida juntos para ti y para mí.

—Pero solo te cagará en el lienzo.

—No me importa. Solo pintará sus propios sentimientos por mí, y no me importa si lo hace. No dejaría que me tocara, por nada del mundo. Pero si cree que puede hacer algo con su mirada de lechuza artística, que mire. Puede hacer de mí tantos tubos y corrugaciones vacíos como quiera. Es su funeral. Te odió por lo que dijiste: que su arte tubificado es sentimental y engreído. Pero, por supuesto, es verdad.

CAPÍTULO XIX

Connie vivía día a día. Se escribía con Mellors, pero sus cartas eran extrañas. Eran tiernas, en cierto modo, pero no cartas de amor. Eran tan curiosamente distantes. Hablaba de un trabajo que había conseguido, de peón en una granja, donde ganaba treinta chelines a la semana y vivía solo. Pero no decía mucho de ello. Hablaba de la política y de los periódicos, de un libro que había leído. A veces hablaba de sí mismo.

«Hay una cosa que lamento profundamente», escribió, «y es que nunca tuve el valor de mi propia ternura. Luché contra ella. Y la gané: luché hasta el final por no ser tierno, y la mantuve a raya. No quería ser tierno, no quería. Quería ser duro. Y ahora me he endurecido, con mi propia lucha. Así que ahora tengo que luchar para volver a ser tierno. Y eso es más difícil».

«Un hombre tiene que cuidar y proteger su propia ternura. Pero no se le permite hacerlo. Todo conspira para endurecerlo. Así que lo logra. Y entonces está acabado como hombre. Pero la mayoría de los hombres son así hoy en día. Y es porque no tienen el valor de su propia ternura. Y una mujer necesita la ternura de un hombre».

«No siento que sea un hombre. Me siento como una de las piezas del mundo, no como un hombre entero. Me muerdo las uñas y me siento inquieto. Me siento fuera de ello. Y creo que es porque nunca tuve el valor de mi propia ternura, en realidad. Clifford siempre tuvo el valor de su propia debilidad, o lo que sea. Pero he descubierto que la ternura es un gran valor en sí misma, mucho más que la dureza. Pero la mayoría de los hombres son

blandos en el fondo, por lo que tienen que ser duros por fuera. Y yo soy uno de ellos».

«A menudo pienso en ello, especialmente por la noche. Estoy aquí en esta granja. Es un lugar grande y bien gestionado, y el patrón es un hombre bastante decente. Pero cuando estoy aquí, trabajando, me siento extraño. Trabajo bien, soy buen trabajador; pero siento que me estoy apartando. Miro a los otros hombres y los oigo hablar. Y siento que me estoy apartando, de ellos y de todo».

«He estado pensando, ¿hay algo que la gente quiera realmente? Estoy en una granja donde todo es de primera. Pero me parece que nadie quiere realmente la granja. El patrón no quiere la granja. Quiere sacar dinero de ella. Los obreros no quieren la granja. Quieren su salario de ella. Yo tampoco la quiero realmente. Solo estoy aquí porque no sé adónde ir. Nadie parece querer realmente nada, para la cosa en sí. Siempre es para el dinero. Quiero ganar tanto de ello, dicen. Me gustaría tener mil libras, dicen. Pero nadie dice: me gustaría tener una buena granja. No me gustaría que me dieran esta granja, incluso si pudiera sacar quinientas al año de ella. Lo que quiero es una granja donde pueda trabajar y sentir que significa algo. Creo que en el fondo de tu corazón te gustaría tener una mujer con la que pudieras trabajar y sentir que significa algo. Pero casi todas las mujeres, como todos los hombres, quieren sentir que han marcado un punto y conseguido dinero. Es el dinero lo que importa, y marcar el punto. Cuando las gallinas están bien criadas, es un punto para el patrón. Cuando la cosecha es buena, es un punto para él. No es que le guste la sensación de la buena cosecha. Solo quiere marcar un punto. Como marcar un punto contra el hombre del mercado. Todo es una cuestión de marcar puntos. Es como un gran juego en el que compites contra los demás. Es un juego. Pero no es vida. El joven que se casa con la chica más bonita marca un punto. Y todo es una cuestión de marcar puntos. No creo que a los hombres les importen realmente las mujeres. Es solo una cuestión de marcar un punto, o sentirse superior a otro hombre.

»Casi todos los hombres son así. Y pienso: lo único que le importa a un hombre es su propia polla. A los otros hombres los odia. Y a la mujer, bueno, no la quiere, solo la quiere para su propia conveniencia y para marcar un punto. Un hombre con polla no tiene amigos, solo tiene a otros hombres con polla. Y todos se odian, y están dispuestos a apuñalar al otro por la

espalda. La polla de un hombre le hace odiar a todos los demás hombres. Y las mujeres son peores, si cabe. La vagina de una mujer le hace odiar a todas las demás mujeres y despreciar a todos los hombres.

»Así que no hay salida. Estamos en un lío, y no hay salida. Pienso en la noche en que llevamos a la pequeña gallina faisán a casa, y sentí su pequeño corazón latir. Estaba tan asustada, y sin embargo estaba valientemente allí. Y luego el perrito que cojeaba... Pero no podemos hacer nada. Vivimos en un mundo de puntos marcados y de dinero, y hay que ceder ante él.

»Mi divorcio va adelante. Pronto tendré que ir a Sheffield. No sé cómo resultará. Pero si no me libero, supongo que lo mejor es desaparecer. A veces me muero por ti. Y luego me siento: oh, qué importa. Si un hombre no puede tener una vida propia, que se quite de en medio. No soy tu hombre. Me muero por ti, pero eso es personal. Más allá de lo personal, no hay nada. El mundo se está volviendo cada vez menos personal. La gente son todos iguales, y marcan sus puntos de la misma manera. Son máquinas con caras. Y el amor es una grasienta ruedecita en la maquinaria. Me muero por ti, pero la maquinaria se interpone. Al final, tendremos que morir, para que la maquinaria pueda seguir funcionando. Pero me muero por ti primero.

»Es curioso, la polla de un hombre es lo único que mantiene un poco de valor en él, para enfrentarse a este mundo mecánico. Pero la mayoría de los hombres la usan para marcar sus pequeños puntos y conseguir su dinerito. Venden sus pollas, ésa es la verdad. Y luego no tienen nada que los respalde.

»Yo la usaré para luchar por ti y por mí. Lucharemos por la vida y el amor, lo que podamos. Pero es un mundo de gente mecánica y de dinero, y es difícil luchar.

»No olvides el pequeño nido que podríamos tener. Siempre pienso en él. Luego pienso en el mundo. Y me olvido del nido.

»Me muero por ti, y por tu vientre que es mío. No pienses en mí demasiado. Pero piensa en el pequeño nido. Y en la polla que marca un punto por sí misma».

En junio, Connie fue a una pequeña granja en la costa de Lincolnshire, recomendada por la señora Bolton. Sir Malcolm la había llevado allí en su

coche. Ahora que la niña estaba haciendo algo que él desaprobaba en el fondo, le profesaba una especie de amor vehemente y perverso.

La casita era muy remota, en medio de campos planos. Pero cerca estaban los diques de arena, y el mar. Y la gente, los escasos agricultores y sus familias, eran muy amables, de una manera antigua. Connie tenía una habitación y un salón, no muy grandes, pero soleados. Y podía ir a la cocina y hacer un poco de su propia cocina, si quería.

Se sintió mejor allí, menos tensa. La gente era muy amable con ella, especialmente cuando sabían que estaba esperando un hijo. Se habían enterado por el chófer.

No tenía nada que hacer más que esperar. Se sentaba durante horas en los diques de arena, mirando las olas y el brillante horizonte. A veces venían barcos, navegando tranquilamente, lejos. Y a veces pasaban barcos de vapor, humeando un poco de humo, lejos, como un sueño.

El bebé se estaba formando en ella. Ya había estado dos meses en la costa, y su tiempo se acercaba. Su padre venía a verla, y Hilda venía. A veces, la señora Bolton. Clifford no. Le escribía regularmente. Pero su vida ahora estaba en otro lugar. Un nuevo y enorme éxito parecía cernirse sobre sus minas, el fruto de su energía. Obtuvo una patente para sus invenciones, y estaba organizando una nueva compañía. Estaba absorto, y parecía que se estaba convirtiendo en uno de los hombres de hierro que dominaban cada vez más el mundo.

Mellors también le escribía con bastante regularidad. Pero sus cartas eran breves y distantes. No se mencionaba ninguna venida a verla. Tenía un trabajo en una granja cerca de Londres, trabajaba muy duro, y apenas si tenía tiempo libre. Pero parecía estar ganando salud y fuerza.

Su divorcio había salido adelante, el decreto nisi en abril, para ser absoluto en octubre. Le costó cuarenta libras.

Connie esperaba la llegada de su hijo, en un estado de quietud casi animal. No pensaba mucho. Esperaba. Y el tiempo parecía no significar nada.

A veces tenía una punzada de pánico. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a ser de ella? El futuro era un gran vacío. Pero también sentía una tranquila confianza en sí misma. Todo saldría bien.

Estaba esperando que su divorcio se hiciera absoluto, en octubre. Por ahora, no había hecho ningún movimiento para divorciarse de Clifford. No sentía que fuera el momento.

Ya era septiembre. Había estado en la costa casi tres meses. El granjero y su familia ya la consideraban una de ellos. El tiempo empezaba a ser más fresco.

Le escribió una carta larga y bastante desesperada.

«He estado aquí casi tres meses, y no he hecho nada más que esperar. Tengo la sensación de que ya no puedo soportarlo más. El lugar es agradable, la gente muy amable, todo es tan agradable como puede serlo. Pero es como estar en una especie de sueño. Nunca estoy del todo viva.

»A veces siento que estoy muriendo. Y me siento tan sola. ¿Por qué no vienes a verme? Seguramente podrías. Siento que te has apartado. Y ahora la única cosa en el mundo de la que tengo miedo eres tú. Tengo miedo de que te hayas ido.

»Si vienes, tal vez entonces me sentiré real. Pero ahora me siento como un fantasma en el limbo. Es un limbo encantador, la gente es muy amable. Pero es un limbo. Y no me siento real.

»Creo que el niño no nacerá hasta marzo. A veces tengo tanto miedo de él. Me siento como si estuviera completamente sola.

»Te escribo para preguntarte si podrías venir, quizás el próximo fin de semana. Este lugar está solo a dos millas y media de la estación de Mablethorpe, y hay un tren a las tres y diez de la tarde desde la estación de King's Cross.

»Por favor, ven. Siento que me estoy perdiendo. A veces tengo la sensación de que nunca has existido. Y es entonces cuando empiezo a tener miedo. Te ruego que vengas».

Recibió su respuesta a la mañana siguiente.

«Querida Connie, me alegro de saber de ti. Sí, iré el próximo fin de semana. Vendré en el tren de las tres y diez, y llegaré a las siete y cincuenta y dos. Así que espera que te vea en algún momento después de las ocho.

»Esta granja es casi el lugar más mecanizado de Inglaterra. No hay más que máquinas, y casi todas se mueven solas. Es un lugar grande, mantenido de primera. Pero me siento más un mecánico que un hombre. Es una especie de locura monetaria. Quiero dinero, pero no tanto como esto.

»A menudo pienso en el pequeño nido. Estaba pensando, hay una granja en venta cerca de aquí, de la que quizás podría hacerme cargo. Tiene unas sesenta acres, está medio abandonada, pero está en un buen lugar, no lejos del mundo. Quizás podríamos echarle un vistazo.

»Siento que el niño nacerá en marzo. Me alegro de que estés bien. Cuídate y no te preocupes por nada. Y no pienses que no he existido.

»John Thomas dice buenas noches a Lady Jane, un poco tristemente, pero con un guiño. Y yo te envío mi amor».

Connie estaba tan contenta que lloró. Él la amaba. Venía.

Se sintió como una persona diferente, ya no era un fantasma. Era ella misma, una mujer, esperando a su hombre. La brisa del mar soplabla en su rostro, la pequeña y brillante ola se curvaba en la arena. Las gaviotas se posaban en la orilla y se balanceaban en las olas. Todo era real y estaba en movimiento.

Se sintió una mujer de nuevo.

Era su hombre. Él era su hombre. Ella lo quería. Y era una completa locura, todo lo demás.

Se acercaba, venía. Y ella sintió que toda su alma se volvía hacia él. Era la única cosa en su vida, su única vida.

Todo lo demás se había ido. El mundo entero se había ido, y solo quedaba él. Él era el único hombre en el mundo para ella.

El sábado, todos en la granja estaban emocionados por su llegada. Era como si un novio viniera a ver a su prometida. Se sentó en el dormitorio, que había sido preparado para él. Su corazón latía rápido. Se estaba acercando, cada vez más cerca.

El coche llegó con él. Ella lo vio bajar. Y su corazón latió tanto que apenas podía respirar.

Entró, alto, delgado, un poco encorvado. Y su rostro estaba pálido, y sus ojos oscuros. Ella lo vio y supo que él también la había echado de menos.

Se miraron y sonrieron. Y supieron que todo estaba bien.

La dueña de la granja le sirvió la cena. Y luego se fueron a la salita.

Se sentaron en silencio. Pero se sentían tan cerca el uno del otro.

—Te he echado mucho de menos —dijo ella.

—Y yo a ti —dijo él.

Y luego hablaron de todas las pequeñas cosas que habían pasado. Pero todo parecía tan irreal. Solo ellos dos eran reales.

Subieron a la pequeña habitación. Él le cerró la puerta.

Se desnudaron y se metieron en la cama. Él la tomó en sus brazos.

Se sentía como en casa. Se sentía como si hubiera vuelto a casa.

Se quedaron despiertos mucho tiempo, hablando. Y le contó todo sobre la granja. Y ella le contó todo sobre la granja aquí. Pero nada de eso parecía importar.

—Me muero por ti —dijo él.

—Y yo por ti —dijo ella.

«Te escribiré una carta», le dijo. «No sé qué decir, pero te escribiré».

«Por favor, hazlo», dijo ella.

Su carta llegó dos días después.

«Me siento tan perdido sin ti. No sé qué hacer. El mundo parece tan vacío.

»Pienso en ti y en el niño todo el tiempo. Espero que estéis bien. Te envío mi amor.

»John Thomas os envía su amor a ti y a la pequeña Lady Jane».

Y unos días después, llegó otra carta.

«No sé qué hacer conmigo mismo. Todo parece tan desesperado. No tengo nada que hacer más que esperar. Esperar a que mi divorcio sea absoluto.

Y luego esperar a que el tuyo lo sea. Y luego esperar a que nazca el niño. Es como si toda mi vida fuera una larga espera.

»Estaba pensando en lo que dijiste, sobre la ternura. Creo que tienes razón. Es eso, de verdad. Es la ternura lo que falta. Y la gente son todos tan duros. Y se vuelven más duros. Y yo soy uno de ellos.

»He estado pensando, cuando el niño nazca, y si podemos vivir juntos, creo que deberíamos intentar tener una pequeña granja propia. Creo que podría hacerlo funcionar. Y creo que sería una vida real. No solo ganar dinero.

»La polla de un hombre es lo único que le queda, en cierto modo. John Thomas, quiero decir. Y tiene que cuidar de él.

»Me muero por ti, y por la pequeña Lady Jane. Espero que estéis bien. Cuidaos los dos.

»Te envió mi amor. Y John Thomas también».

«He estado pensando», escribió una semana después, «sobre lo que dijimos, sobre la ternura. Tienes razón. El mundo se está volviendo tan duro y mecánico. Y la ternura está desapareciendo. Pero tenemos que mantenerla viva. Tenemos que ser tiernos los unos con los otros.

»He estado pensando, si podemos tener una pequeña granja, podemos tener algunas vacas, y algunas gallinas. Y podemos tener nuestras propias verduras. Y podemos vivir nuestra propia vida. Y podemos ser tiernos los unos con los otros. Y ese será nuestro pequeño barco.

»La gente son todos tan duros. Y el mundo es un lugar tan duro. Pero podemos tener nuestro pequeño barco. Y podemos navegar en él. Y podemos ser tiernos los unos con los otros.

»Me muero por ti, y por la pequeña Lady Jane. Cuídate mucho. Y no te preocupes. Todo saldrá bien.

»Te envió mi amor. Y John Thomas también».

Connie yacía en la cama, con la carta en la mano. Y lloró. Lloró porque él la amaba. Y porque quería ser tierno con ella.

Se sentía tan sola. Pero ya no tenía miedo. Él la amaba. Y todo saldría bien.

Se levantó y miró por la ventana. El mar estaba gris y las olas rompían. Pero en algún lugar, más allá del horizonte, estaba su pequeño barco. Y estaba navegando hacia ella.

Se sentía tan llena de esperanza. Y tan llena de vida.

Estaba esperando. Pero ya no era una espera desesperada. Era una espera esperanzada.

Se sentía tan fuerte. Podía esperar. Podía esperar a que él viniera. Y podían tener su pequeño barco.

Le escribió de vuelta.

«Estoy esperando. Y no tengo miedo. Sé que vendrás. Y tendremos nuestra vida juntos.

»Te amo. Y amo a John Thomas. Él y yo os esperamos.

»Cuídate mucho. Y no trabajes demasiado. Y no te preocupes.

»Tu Lady Jane».

Llevaba el niño dentro de ella. Y lo amaba. Amaba al niño, y amaba al hombre. Y no tenía miedo.

Tenía su pequeño barco, y estaba navegando en él. Y el mar era ancho. Pero el barco era fuerte.

«Me muero por ti», le escribió. «Pero estoy esperando».

«Estoy esperando», se dijo a sí misma. «Y no tengo miedo».

Y así esperaba. Y la primavera se acercaba. Y el niño se acercaba. Y el hombre se acercaba.

Estaba en el umbral de una nueva vida. Y tenía miedo. Pero también estaba llena de una extraña y nueva esperanza.

Él le escribió desde la granja cerca de Londres.

«No sé qué hacer. La dueña quiere que me case con su hija. Es una chica agradable, pero no la quiero. Y no sé qué decir.

»Pienso en ti y en el niño todo el tiempo. Y no sé qué hacer.

»A veces siento que no puedo soportarlo más. El mundo es un lugar tan solitario. Y me siento tan solo.

»Te envió mi amor. Y John Thomas también».

«He estado pensando», escribió unos días después, «en la granja. Se llama Papplewick. Es un lugar pequeño, pero es bonito. Y creo que podríamos hacerlo funcionar. Y podríamos vivir nuestra propia vida allí.

»Pienso en ello todo el tiempo. Es lo único que me mantiene en pie.

»Me muero por ti. Y me muero por el niño.

»Te envió mi amor».

«He estado pensando», escribió, «en ti. Y en el niño. Y en nuestra vida juntos.

»Va a ser difícil. Pero lo haremos. Lo haremos.

»No tengo dinero. Pero tengo algo de fuerza. Y tengo algo de valor. Y te tengo a ti. Y eso es suficiente.

»Te amo. Y te esperaré.

»Y John Thomas también te espera. Dice que tiene que ver a Lady Jane».

Era el final de septiembre. El tiempo era hermoso. Se sentaba en los diques de arena y miraba el mar. Y esperaba.

Le escribió:

«Estoy esperando. Y soy fuerte. No tengo miedo.

»Te amo. Y amo al niño. Y te esperaremos a los dos».

Recibió su respuesta a la mañana siguiente.

«Querida Connie, me he enterado de lo de la granja. Se llama Papplewick Farm, cerca de Market Warsop. Creo que podría conseguirla. Y creo que podríamos vivir allí.

»Voy a intentar conseguirla. Y luego vendré a buscarte.

»No sé qué pasará. Pero lo intentaremos.

»Te envió mi amor».

Y eso fue todo. No escribió más.

Pero ella sabía que vendría. Y esperó.

Los días se acortaban. El mar se volvía más gris. Pero ella no tenía miedo. Estaba esperando.

Estaba esperando a que él viniera. Y sabía que vendría.

Le escribió una última carta.

«Estoy esperando. Y no tengo miedo. Sé que vendrás.

»Y luego viviremos juntos. Y tendremos nuestra vida juntos.

»Y el niño nacerá. Y seremos felices.

»Te amo. Te amo. Y te estoy esperando».

Y esperó. Y el tiempo pasó. Y el niño crecía dentro de ella. Y el invierno se acercaba. Pero ella no tenía miedo.

Estaba esperando. Y su corazón estaba lleno de una extraña y nueva esperanza.

Su divorcio se hizo absoluto en octubre. El de él también.

Ahora estaban libres. Pero todavía estaban separados.

Él estaba trabajando en la granja cerca de Londres. Y ella estaba esperando en la costa de Lincolnshire.

Se escribían. Pero sus cartas eran breves y distantes.

Ya era noviembre. El tiempo era frío y húmedo. Se sentaba junto al fuego y cosía para el bebé. Y esperaba.

Le escribió.

«Estoy esperando. Y tengo frío. Y me siento tan sola.

»Por favor, ven. Por favor, ven pronto.

»Te amo».

Recibió su respuesta.

«Querida Connie, tengo la granja. Y voy a ir a buscarte. Estaré allí el sábado.

»Te envió mi amor. Y John Thomas también».

Y entonces supo que vendría. Y su corazón latió con tanta fuerza que apenas podía respirar.

El sábado, esperó todo el día. Y cuando oscureció, oyó un coche.

Era él.

Corrió escaleras abajo. Y lo vio de pie en la puerta.

Era alto y delgado. Y su rostro estaba pálido a la luz de la lámpara.

—He venido —dijo.

—Lo sé —dijo ella.

Y se echaron en brazos el uno del otro. Y se besaron. Y supieron que todo estaba bien.

Le había escrito una larga carta, que le había enviado a Duncan, y que Duncan le había reenviado.

«Voy a empezar en la granja en Navidad. El hombre de aquí se va, y me deja entrar. Necesitaré un poco de dinero para empezar. Pero tengo unas trescientas libras, y mi pensión. Y si necesitamos más, tendremos que pedirlo prestado.

»Será una lucha. Pero no me importa. Me gusta luchar.

»No creo que quiera que vengas a la granja. Al menos no al principio. Es un lugar pequeño y tosco. Y tendrás al bebé. Creo que será mejor que te quedes en Wragby.

»Pienso en ti y en el niño todo el tiempo. Pero ahora tengo que pensar en la granja.

»Espero que estés bien. Y espero que no te preocupes.

»Te envió mi amor».

Era una carta extraña. Le rompió el corazón. No quería volver a Wragby. Quería estar con él.

Le escribió.

«No quiero volver a Wragby. Quiero estar contigo. Déjame venir a la granja. Puedo ayudarte. Y el bebé puede nacer allí.

»Por favor, déjame venir. No puedo soportar estar lejos de ti».

Él le respondió.

«Si vienes, tendrás que aceptar las cosas como son. La granja es un lugar tosco. Y estaré ocupado. Y no tendré mucho tiempo para ti.

»Pero si quieres venir, ven.

»Te envío mi amor».

Y así fue. Su padre la llevó en coche. Y la dejó en la granja.

Era un lugar pequeño y de piedra gris, al borde de un páramo. Y estaba en un estado terrible.

Pero a ella no le importó. Estaba con él.

Trabajaron duro. Y limpiaron el lugar. Y lo hicieron habitable.

Y en marzo, nació el niño. Era un niño.

Y eran felices.

Le escribió una última carta a Clifford.

«Me he ido con el guardabosques. Voy a tener un hijo suyo. Y voy a vivir con él.

»Lo siento. Pero no puedo evitarlo.

»Espero que seas feliz».

Clifford estaba furioso. Y estaba herido. Pero no pudo hacer nada.

Estaba solo. Y estaba tullido. Y era rico. Pero estaba vacío.

Connie y Mellors tenían su pequeña granja. Y tenían a su hijo. Y se tenían el uno al otro.

No tenían mucho dinero. Pero tenían vida.

La suya era la verdadera ternura.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB